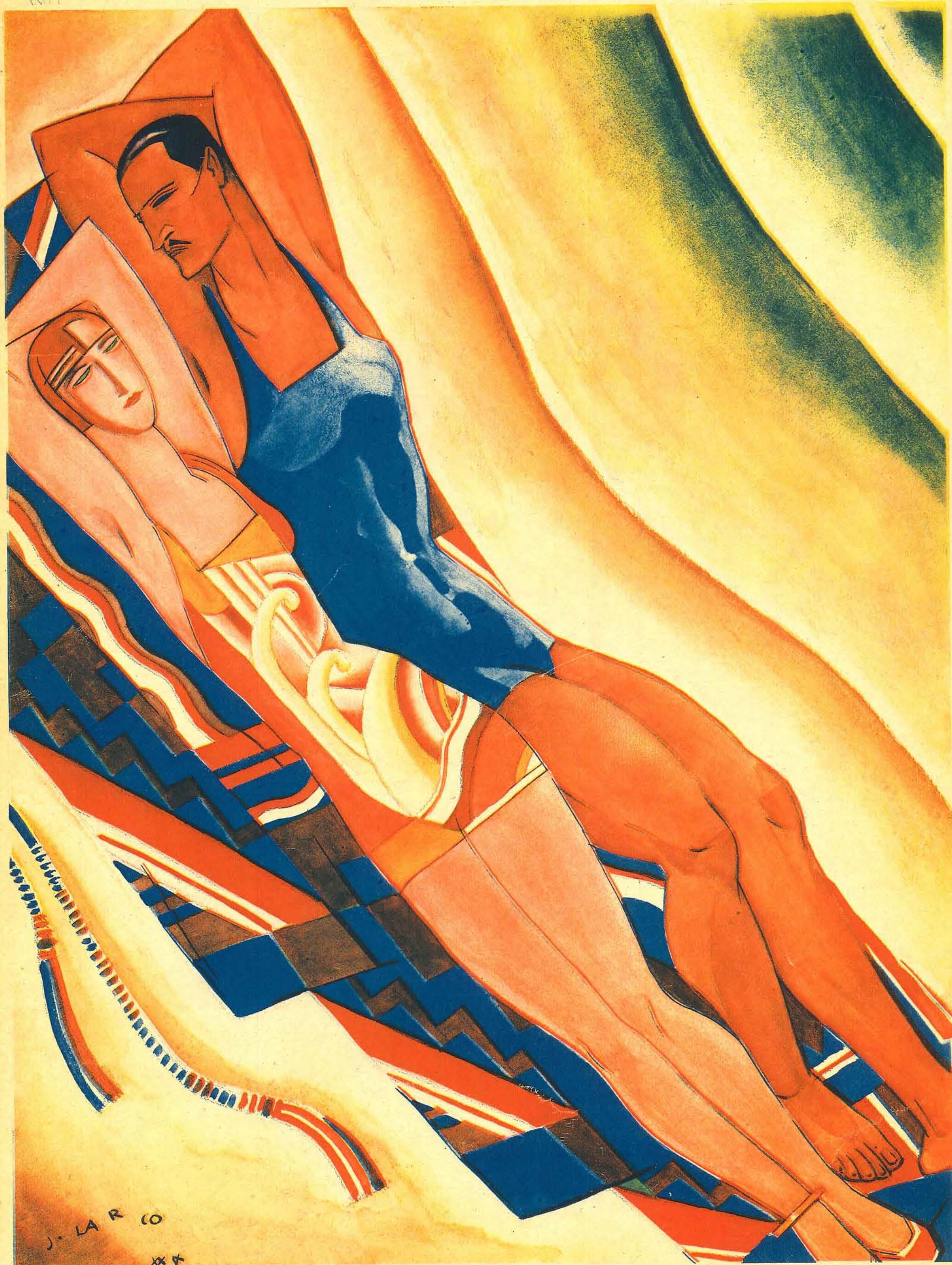


LA NACION

REVISTA SEMANAL

BUENOS AIRES, 9 DE FEBRERO DE 1930



ESPECIAL PARA LA NACION

POR JORGE LARCO.



POR QUE

¿ Por qué goza "LA NACION" de una preferencia tan sostenida por parte de los grandes avisadores?

¿ Porque es el diario más moderno en apariencia y contenido?

¿ Porque se ha distinguido siempre en sus acertados esfuerzos para obtener las informaciones más rápidas, más exactas y más amplias?

¿ Porque nunca ha vacilado en introducir innovaciones en el mundo periodístico?

Sí, he aquí seguramente

una parte de las razones de la preferencia antedicha, pero la causa principal del éxito extraordinario de "LA NACION" como medio de publicidad reside en que durante años ha conseguido atraer y cimentar una circulación enorme, compuesta principalmente de lectores escogidos.

Siempre "ha dado inmejorables resultados porque reúne en su vasta circulación las clases más selectas y pudientes de nuestro país."

Y los avisadores anuncian más donde los resultados son mas amplios y seguros.

HUMANISMO Y CIVILIZACION MATERIAL

CRECE la inquietud francesa frente a la invasión de productos, de métodos, de ideas de Estados Unidos. Una revista, en cuyo título se patentiza un programa de acción, el órgano de los que han sobrevivido a la catástrofe y preparan un orden nuevo para las generaciones que van adecuándose a la vida, la "Revue des Vivants" acaba de consagrar dos números importantes a esta cardinal preocupación: los Estados Unidos compran a Europa, la despojan de riquezas y bienes, se convierten en trajineros y mercaderes. En artículos de la prensa, en estudios difundidos, en entrevistas, observamos concordancia de impresiones y críticas.

Un escritor que nos había acostumbrado a ensayos elegantes y mesurados, M. André Suarès, declara ahora que todos los males de que sufre Europa tienen su principio en la América sajona. Considera a los norteamericanos como bárbaros autómatas, dominados por la máquina. Frente a ellos se yergue el espíritu que necesita de libertad para crear. Ellos fabrican y piensan en serie, nivelan, imponen una suerte de catecismo prosaico. Si no abandonan los caminos de la imitación, los europeos se convertirán en ilotas y Mr. Ford, espíritu primario, levantará su trono en nobles sociedades traicionadas por sus clases patricias. Atenas nada tiene que aprender de los escitas, y París es la moderna Atenas y el Museo británico de Londres una sucursal del Partenón, exclama indignado M. Suarès. Según él, el verdadero bárbaro vive y prospera en los Estados Unidos y es una amalgama de puritano, de proletario enriquecido y de piel roja.

Nadie ha olvidado que M. Henri Massis defendió, en un libro muy discutido, a Occidente desmazelado contra influencias del Asia que lo inficionan. Ahora se preocupa de otro peligro, el norteamericano. El cree en la amenaza, pero no en la prosperidad extraordinaria y definitiva de los Estados Unidos. Todo se le antoja en ultramar, brillo de sobrehaz, apariencia ilusiva. En dos generaciones puede saltar en pedazos la formidable fábrica ante la cual nos inclinamos con singular veneración, como atraídos por el minotauro, escribe el sutil veedor de los intereses europeos. Imagina como término de esa evolución el suicidio de una humanidad que ha perdido el alma en busca de métodos más perfeccionados para vivir, que se sentirá atraída por la nada, en una suerte de vértigo porque no se puede sobrepasar los límites impuestos a nuestra naturaleza.

Compra, conquista, imperialismo premeditado o espontáneo y natural, he aquí los términos empleados para calificar un vasto movimiento de expansión que va acentuándose en la última década. En la citada revista vemos que los sucesos se eslabonan de tal manera, que parecen obedecer a un plan madurado. El capital norteamericano interviene en las zonas más diversas, no para prosperar, sino para anexar.

Un financiero parisino que puede rivalizar con los magnates de Wall Street, M. Octave Homberg, ha deplorado hace poco, refiriéndose a la flaqueza de Francia, que no se defiende ésta contra la altanera campaña norteamericana. "Más que la amenaza de la gran fuerza transoceánica me inquieta, dice, la actitud de Francia en que se juntan resignación, fatiga y tristeza". El espera que la nación reaccionará al cabo, con el mismo entono que en las épocas más graves de su historia, que aparecerá tan resuelta e imperiosa en el dominio financiero como en el militar.

Según los cálculos publicados, los Estados Unidos han prestado a Europa desde 1921 la suma de tres mil millones de dólares, capital ingentísimo con el cual se habrían apoderado fácilmente de las empresas

POR

FRANCISCO
GARCIA
CALDERON

(Para LA NACION)
PARIS, diciembre de 1929

más principales y fundado un formidable monopolio. Ciertamente es que han aprovechado de estos préstamos no sólo las industrias de Europa sino también las provincias y las municipalidades; pero, en diversas direcciones, la presión se hace continua y enérgica.

Estudiando el origen del crack reciente en los Estados Unidos, uno de los escritores políticos franceses que con más acierto ordenan ideas y tracen influencias en el orden económico, M. Lucien Romier, acaba de demostrar que los Bancos combaten a la industria más allá del Océa-

no, granjean provechos a costa de las fábricas, y si éstas aspiran a independizarse, las oprimen y abaten. Tal ha sido el caso del banquero Morgan con una poderosa compañía de automóviles, la General Motors. Más que la prosperidad del país interesa a esos Bancos poderosos, un tanto anárquicos en su acción, los provechos inmediatos. Trabajan para el presente, olvidan o desdeñan el porvenir. ¿Cómo pedirles desinterés y altas preocupaciones de justicia en Europa si en su propio territorio les aguija un egoísmo estéril?

En otros dominios hallamos expresiones de pareja inquietud. Se lamenta Francia y se queja Europa de que los financieros saxo-americanos ofrezcan a las viejas naciones el oro de sus arcas sin otro plan de acción que el de obtener su primacía. El futuro de pueblos desmarrados les ocupa menos que el provecho derivado de préstamos onerosos, de comisiones y porcentajes. No colaboran, no contribuyen a la restauración de grandes Estados en menguante. En virtud de una aparente generosidad, hacen gravitar sobre Alemania e Italia, que no pueden ofrecer las garantías necesarias, ingentes créditos evaluados, en lo que se refiere al Reich, en dos mil millones de dólares. Italia fascista ha condenado recientemente esta política que no se funda en un espíritu de cooperación sino en los intereses de la nación acreedora.

Antes de la gran guerra se vilipendió con frecuencia a Alemania porque empleaba para conquistar mercados extranjeros y funda-

mentar el predominio de sus industrias, un método insidioso: el dumping. En las actuales discusiones se ha usado el mismo término para definir la manera imperiosa y turbativa como los Estados Unidos intervienen en los mercados europeos. Por una parte, clausuran sus fronteras económicas al comercio extranjero a pesar de que el desarrollo triunfal de sus fábricas les permitiría combatir libremente a sus rivales. Por otra, exigen concesiones a las naciones del Viejo Mundo y espían sus debilidades. Si alguna empresa, en parte porque no puede vender a los Estados Unidos murados y torreados, se halla obligada a pedirles colaboración financiera, aprovechan de esta momentánea inquietud para adquirir en gran número acciones de la sociedad amenazada y anexarla luego a alguna sociedad central cuya sede se halla en el territorio de la gran democracia fabril. Tal ha sucedido con firmas reputadas en las industrias cinematográficas y de automóviles. La República norteamericana compra poco, produce en gran escala con métodos remazados, trabaja para un inmenso mercado interior, vende en abundancia, presta capitales en diversas formas, acumula así créditos que parecen destinados a justificar la frase de la revista citada. Asistimos a la compra de Europa por un poder flamante y omnipotente.

La civilización material con sus demasías, con el triunfo definitivo del "homo faber", angustia a Europa que busca refugio en los templos de la sabiduría clásica cantados por Lucrecio. Pero contra los peligros de esa civilización que desarrolla con desmesura uno sólo de sus as-

(Continúa en la pág. 39)



De qué substancia, dime.

Soneto LIII

De qué substancia, dime, tu ser está formado
Pues millones de sombras sigúente así doquiera,
Y aunque cada cual se halle de una sombra dotado
Tu solo ser de todas la sombras se apodera?

Describase de Adonis la imagen peregrina
Y una imitación pobre será de tu hermosura;
De Helena en la mejilla gracia y arte combina
Y serás tú de nuevo en griega vestidura.

Piensa en la primavera o en el rico verano;
La una es sólo sombra de tu exterior altivo,
El otro un don parece de tu pródiga mano;
Que en cada bella forma te muestras a lo vivo
De toda externa gracia eres parte integrante
Mas sólo en ti se halla tu corazón constante.

William Shakespeare

Traducción de Mariano de Vedia y Mitre

Ilustración de Mirabelli



M. André Suarès, el penetrante pensador, quien opina que "todos los males de que sufre Europa proceden de la América sajona."



"Venus", por
Aristide Mai-
llol

ES innegable que la escultura, descuidada durante largo tiempo, la escultura que crece a la sombra de la pintura triunfante y que hasta crece muy bien en su pura soledad, vuelve a estar en el orden del día. Rompe precisamente con ese orden del día que habíamos establecido con tan vanas precauciones y nos revela, sin condiciones, personalidades robustas, reconocidas y durables.

En el mismo momento en que se están liquidando las situaciones, a veces efímeras y mal fundadas, de la pintura, los escultores vienen muy naturalmente a ocupar en nuestra conciencia sitios que no han acaparado, ni solicitado, ni previsto. Y por natural coincidencia, nuestra propia confianza, nuestra esperanza, nuestra misma curiosidad se vuelven hacia la escultura como hacia una tierra fecunda, que se conserva fuerte, fresca e inexplorada. Hoy se está haciendo sentir una verdadera necesidad de escultura.

En eso reside quizá el interés y la utilidad de la gran exposición de escultura internacional organizada en la galería Georges Bernheim. Hay necesidad de confrontar todas las tendencias, qué significan, de comparar los valores más auténticos y de conocer las verdades estéticas que dominan los esfuerzos novadores de los estatuarios durante los últimos treinta años.

Si faltaron algunos artistas a esta manifestación, en que debían haber ocupado un sitio, por lo menos esta muestra reúne las



"Tête", por
Manolo

(Para
LA NACION)

obras, en su mayor parte más recientes, de nuestros mejores escultores contemporáneos, lo que constituye una suerte excepcional, pues todas las tendencias modernas de la escultura estuvieron representadas.

Como yo tuve el gran honor de organizar esta exposición, me permití rogarle a mi compañero y amigo Maurice Raynal que hablase de ella, y he aquí el artículo que ha tenido a bien escribir al respecto.

★ ★ ★

M. Theodore Dubois, que fué músico y director del Conservatorio, exclamó un día ante algunos discípulos rebeldes: "Pero, ¿por qué hemos de empeñarnos en ir más allá que nuestros antecesores?" Esta increíble bufonada, desgraciadamente auténtica, nos servirá para establecer, por contraste, el sentido de los esfuerzos reunidos en esta importante manifestación.

Todos los escultores que han expuesto aquí han tenido precisamente el propósito de ir más allá que sus antecesores, desarrollando más ampliamente el lirismo de los fenómenos y ofreciendo a la sensibilidad humana nuevos temas de emoción plástica. Es decir, que las imitaciones de todas las tendencias antiguas y modernas han sido cuidadosamente eliminadas y que, por otra parte, se han agrupado elementos para ilustrar de una manera bastante completa el problema algo confuso de la estatuaría contemporánea.

Pero, dicho esto, hay que tener en cuenta que esta exposición ha reunido los esfuerzos más auténticos entre las tendencias más estudiadas o más sensibles, o más nuevas o más sinceras de la estatuaría actual. Y hay en ella una ocasión única de confrontar las aspiraciones de un período que agrupa actualmente a artistas cuyo estado civil va de la generación de los menos de treinta años a la de más de sesenta y que hay filiaciones internacionales que los vincula unos a otros.

En general, y a pesar de aspectos con frecuencia distintos, se advierte en las esculturas de calidad el eterno conflicto en-

tre el arte puramente plástico y el arte de expresión. La plástica pura confía a veces a materiales nuevos, nuevos en el empleo que de ellos se hace, el papel de ensanchar, de condensar o de profundizar la magia de las formas. El arte de expresión se esfuerza en igualar a la naturaleza en el empleo admirable de sus medios vivientes. Pero el uno y el otro se confunden al correr en busca de estilos a los que sólo un plan arquitectural podrá conceder títulos.

Cada cual se consagra según sus propias tendencias, a menos que, arrastrados por temperamentos especiales, algunos buscan en la riqueza de medios expresados una especie de aturdimiento en que la sensualidad plástica lucha ventajosamente. Otros, a la manera de los populares y los primitivos, nos muestran cómo la pasión puede disimular la imperfección. Hay, además, curiosas tentativas buscando un estilo nuevo, apasionante, ensayos que no serán con frecuencia más que tentativas de embaque. Pero, gracias a una selección bastante severa, el arte plástico no cae nunca aquí en la decoración y el arte de expresión en la novela de folletín.

Esta manifestación, al mismo tiempo que inicia seriamente en la historia de la escultura actual, también enseña que no existe estilo-canon, como quisieron hacerlo creer Violet-le-Duc y el Instituto, pero que sólo los imitadores y los devotos del pasado demasiado partidarios de la ley del menor esfuerzo son partidarios del trabajo hecho en moldes, caro a M. Dubois, y del que no se encuentra aquí ningún rastro.

De ellos, los nombres que siguen son la mejor garantía: Archipenko, Belling, Bourdelle, Brancusi, Csaky, Despiau, Gargallo, Giacometti, Gimond, Hernández, Kolbe, Laurens, Lahmbrück, Loutchansky, Lipchitz, Maillol, Curatella Manet, Manolo, Persner, Sintenis, Tombros y Zadkine.

Como se ve, todos estos nombres forman la más íntima familia internacional. La Argentina y Rumania, Francia y Grecia, España, Rusia, Alemania, Italia, Suiza y Hungría hacen aquí sus pequeños Estados Unidos.

"Chimpancé", talla
directa sobre gra-
nito, por Mateo
Hernández



PARIS,
enero de 1930



"Danseuse",
por Pablo Gar-
gallo

Por otra parte, el punto de vista estético reúne aquí todas las tendencias actualmente practicadas.

El arte clásico, ya sea considerado del punto de vista viviente o del punto de vista más deliberadamente plástico, es representado por Despiau, del que se ha admirado un torso de mujer juvenil que asocia el encanto florentino a la tradición francesa; por Maillol, cuya Venus raya en la perfección del estilo; por Manolo, por Tombros, por Gimond, por Hernández, por Loutchansky.

Lahmbrück, Kolbe, Sintenis, de Fiori y Belling representan, al lado de los clásicos de París, la misma tendencia practicada en Alemania. Hay en sus obras un apego a la tradición que no impide el despliegue de aspiraciones plásticas de la joven Alemania.

Bourdelle representa un arte algo más artificial con dos composiciones, un busto y una bailarina, de distinta concepción y poderosamente expresivos ambos.

La tendencia francamente moderna de la escultura, la que procede de las aspiraciones cubistas, es practicada aquí por Henri Laurens, que expone una muy bella fuente; por Brancusi, por Gargallo, de quien se ve con placer la bailarina y el Arlequín, piezas selectas; por Lipchitz, Persner, Giacometti, Zadkine, Csaky y, en fin, por Pablo Curatella Manes, que expone un "violoncelista" y "dos acróbatas" que sitúan de una manera auténtica al joven escultor argentino.

"Femme aux
bras croisés",
por Loutchansky



SOBRE EL TRAJE POPULAR

Por JOSE ORTEGA Y GASSET

(Para LA NACION)

MADRID, enero de 1930

ON su máquina fotográfica Ortiz Echagüe ha conseguido algo épico... No sé bien qué: ¿tragedia, comedia, fábula más bien? Pero estas páginas nos cuentan historias mudas de dos héroes.

Los dos protagonistas son Paño y Piedra. Nos ostentan con cierto cinismo, entre orgulloso y zumbón, sus músculos, sus masas, sus poros, sus luces, sus sombras. La Piedra, más segura de sí misma, se suele quedar al fondo, donde afirma su dureza geológica. Y, sin embargo, juega consigo misma a curvarse como un junco en el arco, en el portal, a bombearse en la panza de los torreones, a enternecerse en los detalles íntimos de un blasón que florece sobre la sillería granítica. El Paño, menos confiado en su destino, se adelanta al primer plano, como un tenor, para cantarnos su "aria" romántica, para que le veamos bien y nos interesemos por su suerte. Tienen también estos trajes extemporáneos al acercarse a quien contempla las fotografías de Ortiz Echagüe algo de animales exóticos que en el Zoo, tras los barrotes, se aproximan al visitante con la esperanza de que les eche algo.

No es impropia esta imagen que sugieren: porque, en efecto, como muchos animales de Zoo, no existen ya o van muriendo en sus territorios naturales. Seguramente el que recorra estas láminas admirables recibirá una impresión extraña de equívoca mascarada. El pueblo, que si es algo peculiar es precisamente vida espontánea y que se ignora a sí misma, aparece aquí como sorprendido de ser tal y cual es, como representando, por eutrapelia, un papel que algún poeta erudito le ha compuesto, es decir, viviendo la definición que de él ha dado alguien que no es pueblo.

Y es que el pueblo capaz de vestir con ingenuidad este indumento ya no existe o casi no existe. Donde, por azar, perdura aún, es cuestión de horas su desaparición. Podrá usar todavía en su vida normal tales anacrónicos atavios, pero ya ha decidido arrumbarlos. Por dentro es incompatible con su atuendo. Es la larva unos minutos antes de rasgar su forma, cuando siente ya bajo ella agitarse la seda de unas alas definitivas.

Haber fijado este instante crítico, equivoco, irónico es lo que da, a mi juicio, mayor calidad estética a la obra de Ortiz Echagüe. Lo otro hubiera sido o inocente o inhumano: complacerse en que unos hermanos nuestros usen un plumaje absurdo y parezcan seres infrahumanos, raras especies ornitológicas, o bien tapires y okapis.

Aunque he caminado bastante por los caminos de España, no conozco más que un rincón donde el traje "popular", "tradicional", en vez de retroceder se haya afirmado. Es el pueblo de Lagartera. ¿Quiere decir esto que por un estrambótico destino, los vecinos de este lugar vivan hacia atrás y sufran lamentable involución? Todo lo contrario. Al decidir la repristinación de los viejos atavios, este pueblo ejercita de la manera más curiosa su modernismo. Lo moderno es la industria y la explotación. Pues bien, los lagarteranos que habían ya casi abandonado sus usos indumentarios, conservaron la tradición de sus bordados. Algunos finos aficionados—sobre todo de la Institución Libre de Enseñanza—pusieron de moda, va para treinta años, estas labores, tan propias para el ornato de las casas actuales, y el bordado lagarterano se convirtió en industria que explota sobre todo al turista. Pero la industria moderna necesita del reclamo. Y he aquí que como anuncio de su industria tradicional resuelve el pueblo entero de Lagartera rehabilitar sus antiguas ropas. Por las calles de Madrid se ve pasar a las lagarteranas llevando la mercancía a domicilio: van con sus faldas huecas y sus colorines, con aire de faisanes o de lucidas gallináceas. El entusiasta de lo castizo, que suele ser un alma, torpe o ingenua, se conmueve ante el contraste de esas figuras que representan al "pueblo eterno" y las novedades técnicas de la gran urbe actual. ¿Cuál no sería su desilusión si cayesen en la cuenta de que bajo esa tupida fronda de haldas multicolores se oculta el espíritu hipermoderno de Mr. Ford: nada tierno, nada romántico, que cínicamente acepta la farsa de sí mismo, con tal de vender su manufactura!

Raro será el sitio donde el "pueblo" no sienta ya como disfraz su traje "popular". Esto significa, en prieto resumen, muchas cosas; significa casi entera la lista de problemas sugestivos que el traje popular plantea.

Parece increíble, pero, que yo sepa, no existe un solo estudio sobre el traje popular.



"Viejos de Turégano". — Fotografía de J. Ortiz Echagüe



EL COMANDANTE-AVIADOR
JOSE ORTIZ ECHAGÜE

De los Ortiz Echagüe, éste es el menos conocido. Fué, con el teniente coronel Herrera, el organizador de la aviación militar en Marruecos y realizó en su compañía la primera travesía del estrecho de Gibraltar en tiempos en que aquello—que hoy hacen a diario los aviones comerciales—parecía proeza. En la actualidad, el comandante Ortiz Echagüe está al frente de una poderosa empresa de construcciones aeronáuticas que fabrica la casi totalidad de los aviones para España. Puede decirse que él ha creado la industria aeronáutica en su patria, nacionalizándola hasta el punto de que uno de los más grandes "raids" del año último fué realizado en un aparato de su construcción: el Jesús del Gran Poder.

El aspecto menos conocido del comandante Ortiz Echagüe es el artístico, con ser el más interesante. Dice Ortega y Gasset hablando de él, que con su máquina fotográfica ha conseguido algo épico... La página que publicamos del gran pensador ibérico está sacada del prólogo que ha puesto a un libro de Ortiz Echagüe — "Tipos y trajes de España" — que se publicará en breve en cuatro idiomas y que llamará poderosamente la atención por el valor artístico de sus estampas españolas, del que dan idea las que reproducimos.

lar. Cien veces se han descrito los usos indumentarios de tal o cual país. Pero nadie se ha parado a meditar sobre el hecho genérico del traje popular, sobre su naturaleza y las leyes de su variación.

El fenómeno que acabo de señalar—que nuestro "pueblo" siente como un disfraz su traje tradicional—pone de manifiesto una de esas leyes. Por cierto, sorprendente. Es ésta. El pueblo no usa en todas las épocas históricas un traje "popular", sino sólo en algunas. Por ejemplo, en la que ahora entramos se desnuda de sus pintorescos y peculiares ropajes y adopta el traje común, universal. El hecho es terráqueo. En estos años cuelga el mandarín su veste cromática de pájaro humano y se introduce en el completo del europeo. En Turquía, Mustafá Kemal siega en un día todas las "checias" de Turquía y las substituye por el chapeo occidental. Lo propio acontece en los pueblecitos de España. Hay, pues, épocas de uniformismo indumentario que hacen desaparecer los atuendos populares. El Imperio Romano fué tiempo de esta índole e impuso el traje latino desde Palmira a Lusitania, desde el Sahara al Vístula, desde el Cáucaso a la isla de los britanos. En cambio, hay otras sazones de heterogeneidad triunfante. Cada pequeña región da caprichosamente su traje particular.

Dentro de Europa las clases sociales superiores han mantenido siempre un formato común de vestimenta, bien que modulado diversamente. Las diferencias radicales eran, en cambio, atributo popular.

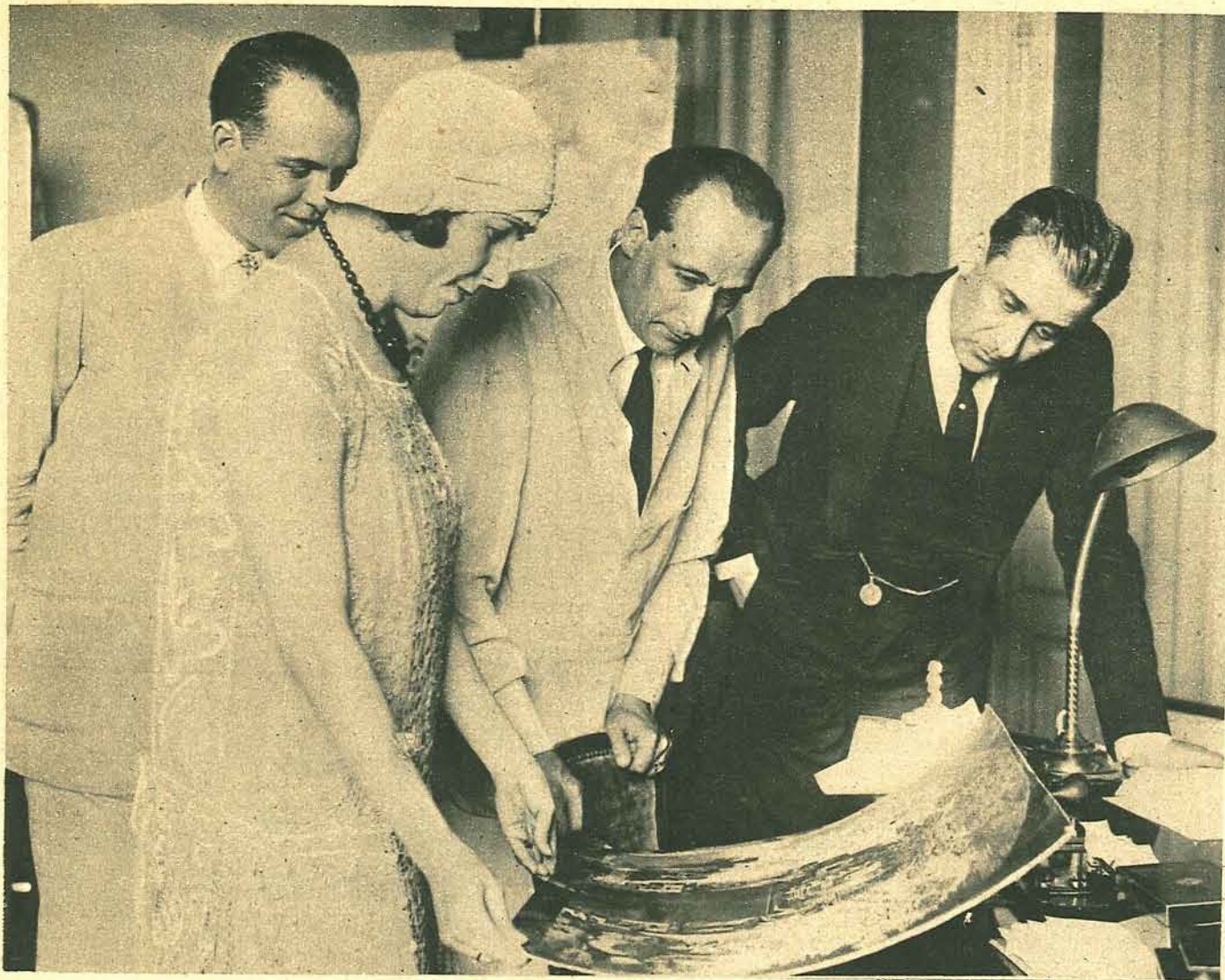
Conviene, sin embargo, defenderse de la ilusión óptica que suele producir todo lo popular, en virtud de la cual nos parece antiquísimo, vetusto y espontáneo. En realidad, los trajes populares no son más ni menos modas que los usados por las aristocracias. La única diferencia consiste en que el "tempo" de variación, de "modificación", es mucho más lento en el pueblo. Esta lentitud hace que se olvide el origen de la vestimenta y que parezca nacida espontáneamente, por una profunda y latente inspiración étnica. De aquí el culto romántico al "casticismo" de los trajes pueblerinos. Pero este culto no es más que inocencia. He aquí un gracioso ejemplo. Revolución popular no ha habido en España más que una: el motín de Squillacce o "de las capas y sombreros". La plebe peninsular ha solido ser mansa. Sufrió todo, soportó todo lo que con ella quiso hacerse.

Pero un buen día los gobernantes "ilustrados" de Carlos III quisieron adecentarla un poco, quitarle el aspecto pintoresco, estrafulario, extraeuropeo que su manera de vestir le proporcionaba. Con este fin se publica un bando para que todo el mundo recorte sus capas talares y recoja las enormes y caídas alas de los sombreros. El pueblo se sintió ofendido en lo más recóndito de su ser: era como tocarle a la propia alma tocar a su sombrero, que solía llamarse "chamberg" y "gacho". Como la guardia walona era la encargada del orden público y tuvo que ocuparse en dar cumplimiento al bando anticastizo, creció la hostilidad que ya de tiempo atrás sentían por ella los barrios de Madrid. Si el bando que procedía de un extranjero, Squillacce, era ya un atentado sacrilego a la espontaneidad tradicional del traje popular, la intervención autoritaria de soldados extranjeros acentuaba su carácter antinacional. Reformar el sombrero castizo, ¿no era como extirpar al pueblo su más autóctona personalidad? Y, en efecto, por una vez, el pueblo se sublevó y se dedicó a cazar guardias walonas.

Así cuentan el hecho los historiadores, y no hay nada que rectificar a su relación. Sólo les imputo una falta: no decirnos por qué ese sombrero tan castizo, tan consubstancial con la raza madrileña, se llamaba "chamberg". La palabra huele enormemente a extranjería. Chamberg viene de Schomberg. ¿Y quién fué Schomberg? Schomberg fué el comandante de la guardia flamenca traída a España en tiempos de Carlos II, aproximadamente un siglo antes del motín de Squillacce. Esta guardia flamenca despertó también la antipatía popular. ¡Irritaban aquellos hombrones barrocos, tocados con sus enormes sombreros a lo Schomberg! Pero es el caso que no mucho después el pueblo matritense adoptó el amplio chapeo extranjero y que dos generaciones más tarde lo consideraba como simbólico fetiche de la más pura casta madrileña. Por defenderlo se entregó denodadamente a linchar guardias walonas, herederos de aquellas a quienes había tomado el sombrero.

Este dato nos invita a reformar nuestra manera de deleitarnos con el traje popular. Su gracia no está en su efectiva antigüedad.

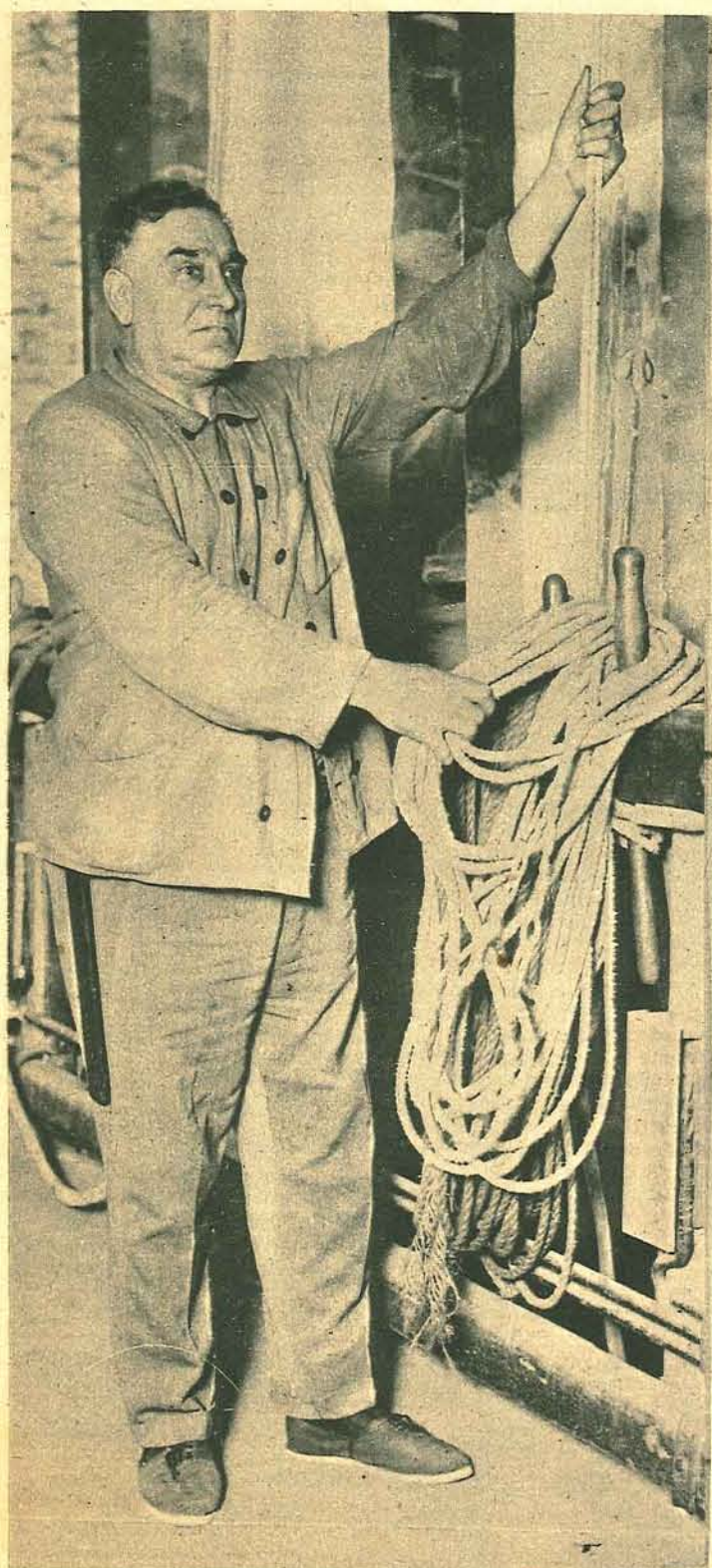
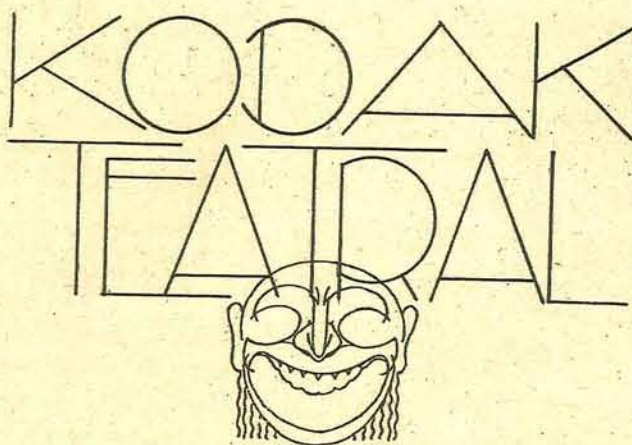
(Continúa en la pág. 39)



La celebrada cantante brasileña Antoinette de Souza, acompañada por el director técnico del Teatro Colón, Rodolfo Franco, y los Sres. Valerio Braga y A. Falcone, se interio- riza de algunos detalles de organización del coliseo municipal



En el hipódromo. Elena Alvarez, primera ac- triz que actuó con Eva Franco en la última temporada, a la expectativa, al iniciarse una carrera



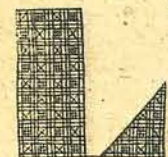
Viejos servidores del teatro. Eduardo Pe- tray, maquinista del Apolo, en su puesto de labor. Tiene 35 años de actuación en el oficio



Laura Pinillos y Zoraida Corbani, dos elemen- tos destacados de la "jazz" que, a semejanza de la famosa de "Las Ingenuas", organizó el maestro Terés en la compañía del Maipo

ARTE COLONIAL DEL BRASIL

Por ANTONIO PEREZ-VALIENTE
DE MOCTEZUMA



A gran bahía de Guanabara es un espejo para la belleza de Rio; una lámina azul, a cuyo borde circular la ciudad blanca diríase hecha de espumas y de encaje, en el límite divisorio del mar y las montañas. Una espuma levantada por las cóleras del Atlante, que al querer dominar las crestas y promontorios volcánicos de la bahía, quedó extático y absorto an-

La sencilla fachada del monasterio



E L MONASTERIO DE SAO BENTO

copiar en la superficie de la bahía su esbelta imagen duplicada. Las nubes cuelgan jirones de bandera sobre las agujas invisibles, dirigidas al cielo de Dios, cuyo espíritu las protege.

El monasterio de Sao Bento es un retiro de éxtasis enclavado en el corazón mismo de la urbe. Si arriesgáis la subida por el vericuetto empedrado que conduce a la residencia benedictina, os olvidaréis pronto del tráfago de los arsenales, de la febril



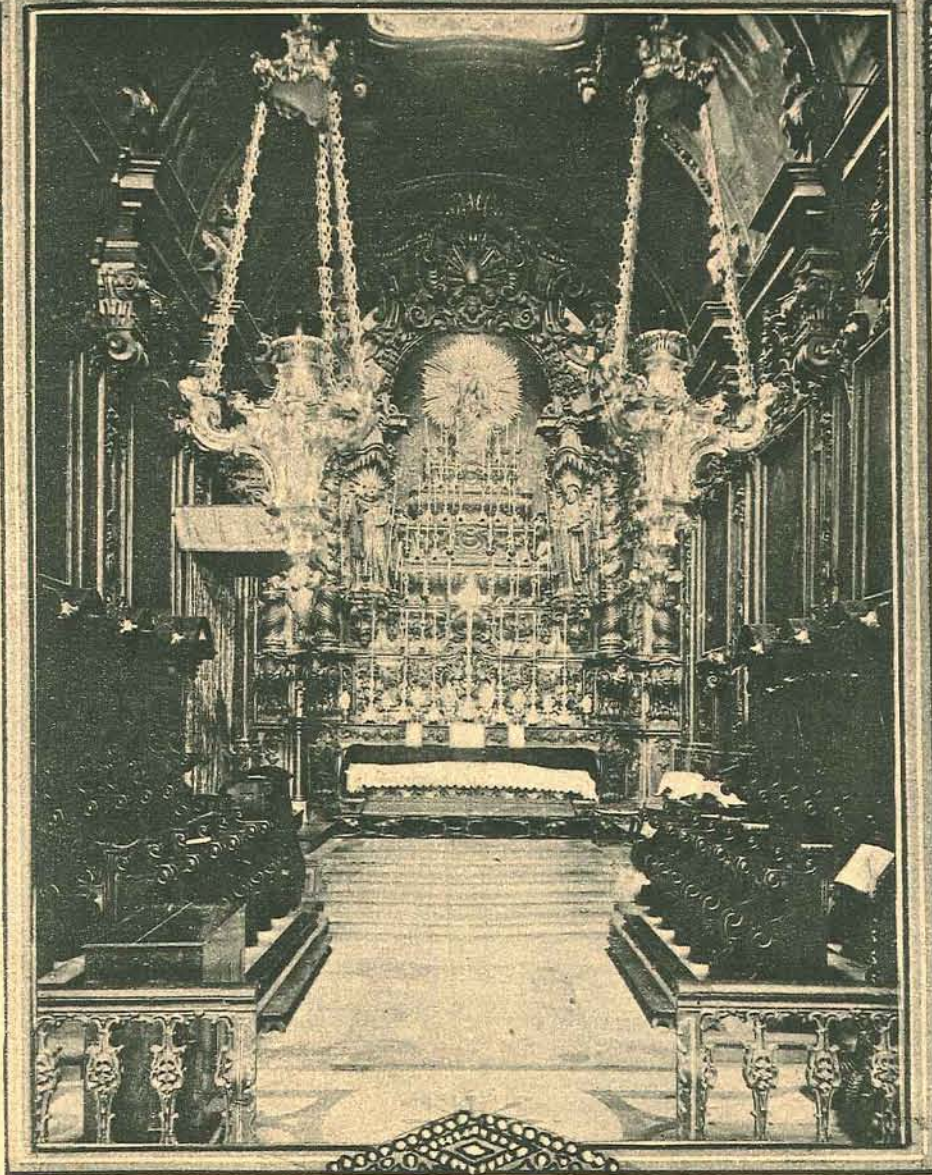
Claustros y patio del convento benedictino

te la belleza incomparable de este escenario que desafía los portentos del infinito.

Por eso la capital brasileña trastorna el sentido de realidad con que el viajero la juzga antes de su llegada. Porque en este panorama imprevisto, Rio de Janeiro es un ensueño de ciudad, una obra de magia o un capricho prodigioso de la naturaleza. Nadie pensaría que los hombres han dominado la selva hostil y el obstáculo de los gigantes promontorios, ni que es obra suya este laberinto de construcciones, puentes, plazas y avenidas, que enriquecen la franja de tierras arenosas donde el mar se adormece.

Y es que toda la arquitectura de Rio con sus pináculos, torreones, cúpulas y flamantes diedros de mampostería copian el ritmo desigual de los cerros que sobresalen coronando la densidad verde de las frondas. El sol, artista supremo del espacio, pone sobre la blancura de los edificios, sobre las aguas de esmeralda y en las aristas de basalto donde se desgarran las nubes, sus tonos de variada y cambiante policromía.

En este soberbio escenario, realmente indescriptible, las torres gemelas de Sao Bento se perfilan sobre la eminencia del Castelo, como hermanas cautivas que sueñan con la libertad del horizonte. La isla de Cobras tiende a sus plantas la gentileza de un tapiz perennemente florecido. Y en gracia a este tributo de belleza, las torres y la mole del monasterio se afirman en promontorio para librarse de la tenaz acometida de las aguas, que hace siglos esperan su caída. Pero estas torres no serán nunca presa del oleaje. Apenas disfrutaban la ilusión fingida de



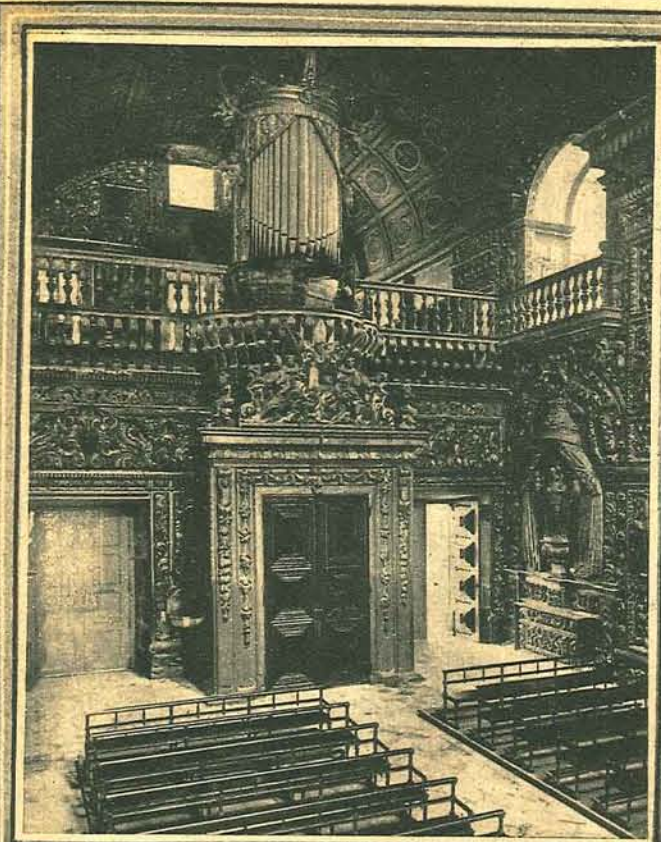
Retablo del altar mayor y sillería del coro

Interior con muebles antiguos y azulejos

actividad del puerto, del ambiente tumultuoso de la ciudad que vibra en impacencias de futuro. Entramos a una zona elevada donde el tiempo permanece todavía inmóvil, sin pulsación ni cambio. La imagen arquitectónica de la residencia nos hace retroceder al dorado y épico siglo de los Conquistadores. Sao Bento es la primera flor que el barroquismo hizo brotar en tierras del Brasil, y su grandeza decorativa es un canto de glorificación a la muerte de aquel valeroso guerrero, Estasio de Sáa, que ofreció la vida en defensa de la ciudad de Rio. El 20 de enero de 1567 una escuadra de galeones franceses, al mando de Nicolás Durand Villegaignon, apuntaba con sus culebrinas al viejo morro del Castelo. Los corsarios de allende el mar querían apoderarse de esta joya del Trópico y fundar en territorio del Brasil un estado hugonote, en perjuicio de los pobladores portugueses.

Notificado del arribo, Estasio de Sáa llegó de Santos con sus tropas de guerra, plantándose firme con la urca en el interior de la bahía, y distribuyendo un contingente de arcabuceros en la playa vermelha, cerca del Pan de Açúcar. Expulsó a los franceses de la isla Governador, que todavía lleva el nombre del hugonote derrotado. Estasio de Sáa cayó muerto en la sangrienta escaramuza por una flecha lanzada por los indios que combatían al lado de los invasores.

Mem de Sáa, tío del heroico defensor de la bahía de Guanabara, había fundado en el viejo morro del Castelo, en parte deshecho el año 1922, una torre fuerte a cuyos muros se agruparon las primitivas construcciones de



Puerta de entrada y órgano de la iglesia

Río. Algunos misioneros franciscanos instalaron en este sitio su retiro monástico, dando sepultura sagrada al cuerpo de Estasio de Sáa en el interior de la capilla.

Los sucesores benedictinos tomaron posesión del lugar a fines del siglo XVII. Ayudados por indios naturales de la región, empezaron a levantar la planta definitiva con sus grandes patios rectangulares, celdas, refectorios, claustros y grandes cámaras abovedadas. Los émulos del fraile mulato Aleijandinho, tallistas, albañiles, carpinteros, herreros, imagineros, doradores, etcétera, pusieron en la santa casa los testimonios de un arte que aprisiona con exaltada fantasía la exuberante traza del barroco; pero no del barroco que florecía en las tierras del Guadalupe y del Tajo, sino más bien un trasunto de aquel hermoso estilo, transformado por el indio y el mestizo con la abigarrada interpretación de la flora y hojarasca selváticas del Nuevo Mundo.

En este recinto silencioso, el ritmo lejano de las aguas persiste a modo de canción nostálgica y adormecedora; el otro ritmo, el del trabajo cotidiano, también mezclará en vuestros oídos vagas notas de salmo, de villancico o de salterio. Entre las húmedas nieblas tropicales, esos ruidos se purifican y afinan en su elevación al reino de las nubes. El monasterio los recoge, los deja entrar por sus cuadrados ventanales, los aprisiona en el oro de los retablos, permite que embalsamen el aire calmo de

Sacristía.
Vista de conjunto

las celdas, claustros y galerías, porque la casa responde a la idea de Dios y alza sus muros en la ruta del cielo.

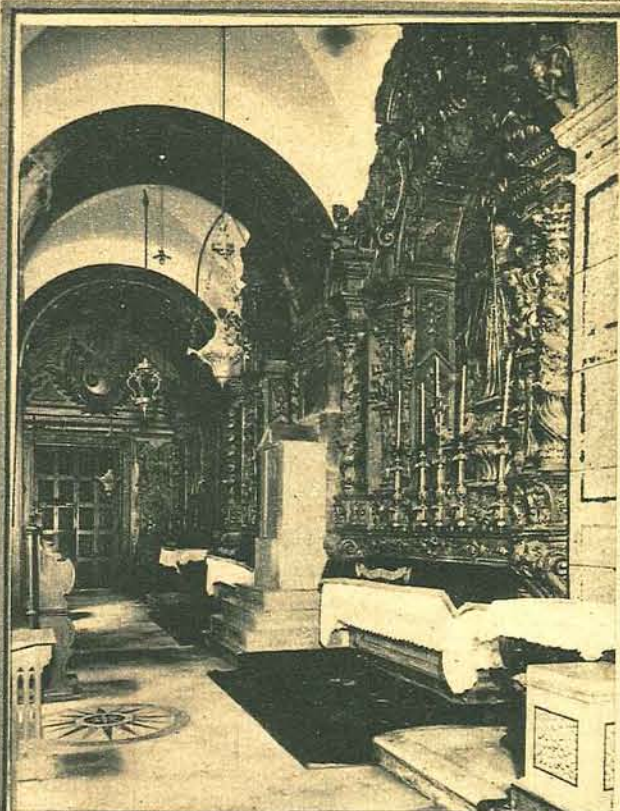
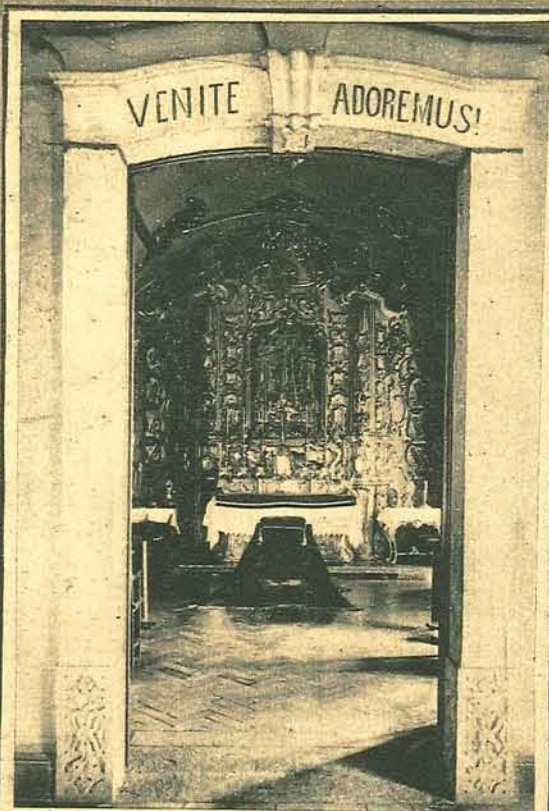
Esta curiosa obra de arquitectura regional sugiere como los tesoros ocultos. Cada visitante recibirá la sorpresa de un gran descubrimiento. La cancela forjada que el hermano lego hace rechinar en sus goznes, es el "sé-samo ábrete" de la ilusión ambicionada. Aquí encontraréis el ejemplo visible de un estilo genuinamente brasileño, de raíz colonial, abigarrado y expresivo como los follajes amazónicos. Aunque no se tiene memoria de quiénes fueron los artistas que trabajaron en la obra, sabemos que la piedra fundamental fué puesta en 1590 por un monje germánico, denominado Fray Pilar, cuyo recuerdo subsiste como una afirmación de arte en la atmósfera del monasterio. El aire que suspira bajo las bóvedas diríase que repite el nombre de este sencillo religioso, y las palmeras que abanicen el silencio de los grandes patios enclaustrados repiten en acompasado movimiento el ritmo de su acción, desarrollada sin desalientos ni fatiga durante el curso lejano y místico de su existencia. El hizo germinar la semilla de la inspiración en el nativo brasileño, hasta conseguir que esta rosa del barroquismo concentrara en su aroma de santidad los efluvios más delicados del mar y de la selva. Gracias a la energía desarrollada por el misionero en estos trabajos de naturaleza superior, apenas iniciados en la madurez de la vida, el alma de los antiguos monjes permanece latente junto al esplendor de los retablos, en el brillo de los espejos y en esa vacilante luz que ponen los cirios en la soledad de las penumbras.

El cedro y el jacarandá se eternizan en la talla prolífica. Los azulejos dan un brillo metálico a los muros. Las pisadas se hacen sonoras en la curva de los cuartos abovedados. Hay

La capilla del Sacramento

solerías donde el mármol de diferentes tonos se combina en geométricas labores de mosaico. La piedra tallada indica nombres del santoral sobre el vano de los desnudos aposentos. Y las viejas pinturas religiosas cuelgan de las paredes blancas, donde las lámparas de plata proyectan el contorno de sus labores ampulosas. Con todo, no busquéis aquí el equilibrio clásico ni aquella solidez romana que dió sentido de eternidad al viejo imperio de los Césares. Tampoco busquéis entre estos muros silenciosos la finura decorativa de los Alhambres, ni las filigranas del arte gótico, ni el encanto majestuoso del Renacimiento, ni otras formas universalizadas por la arquitectura del viejo continente. La belleza de Sao Bento irradia con resplandores puros, de tonalidad tibia y suave como el espíritu de los misioneros fundadores. Su recinto guarda riquezas artísticas de un misterioso y extraño contenido. Los detalles arquitectónicos no responden tal vez al sólido equilibrio que caracteriza una gran parte de los monumentos europeos, pero tienen en cambio la fuerza de expresión que los hace destacarse como elementos artísticos de un estilo indiscutiblemente original, bello y armonioso.

Hemos nombrado antes al monje Aleijandinho, vinculándolo sin premeditación al arte de Sao Bento. Y es que se le considera en todo el Brasil como el artífice máximo del barroquismo. Su habilidad técnica y artística fué demostrada en obras de magnífica realización, como el convento de San Francisco d'Asis en Ouro Preto, Estado de Minas Geraes, donde la fantasía y el ingenio creador del ejecutante principal llegan a la más elevada cúspide del perfeccionamiento. La espontaneidad aparente de Aleijandinho se transforma en tristeza y amargura tempestuosas cuando se conoce la existencia del fraile, torturado por las más cruen-



Nave lateral y retablos estilo barroco

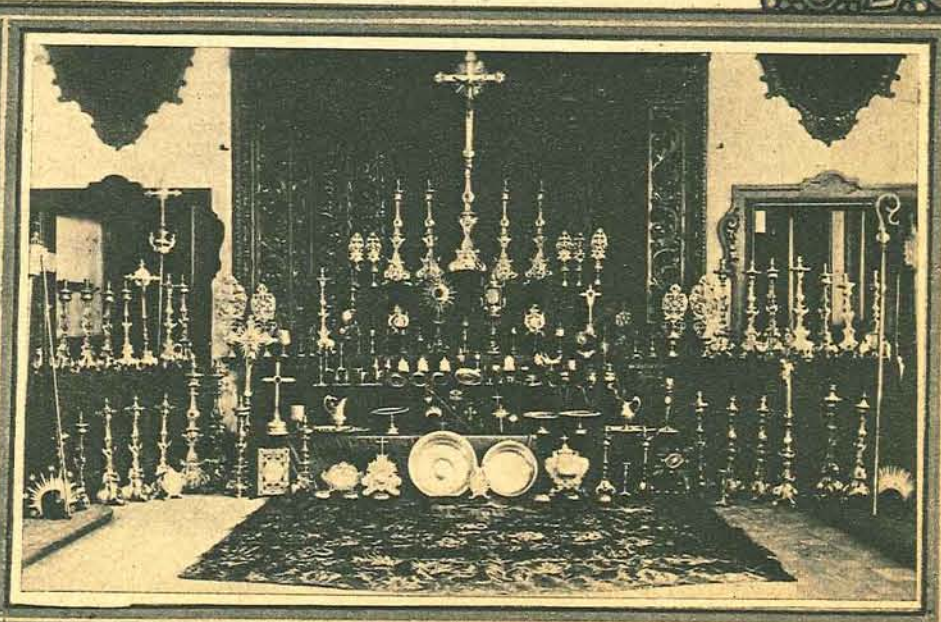
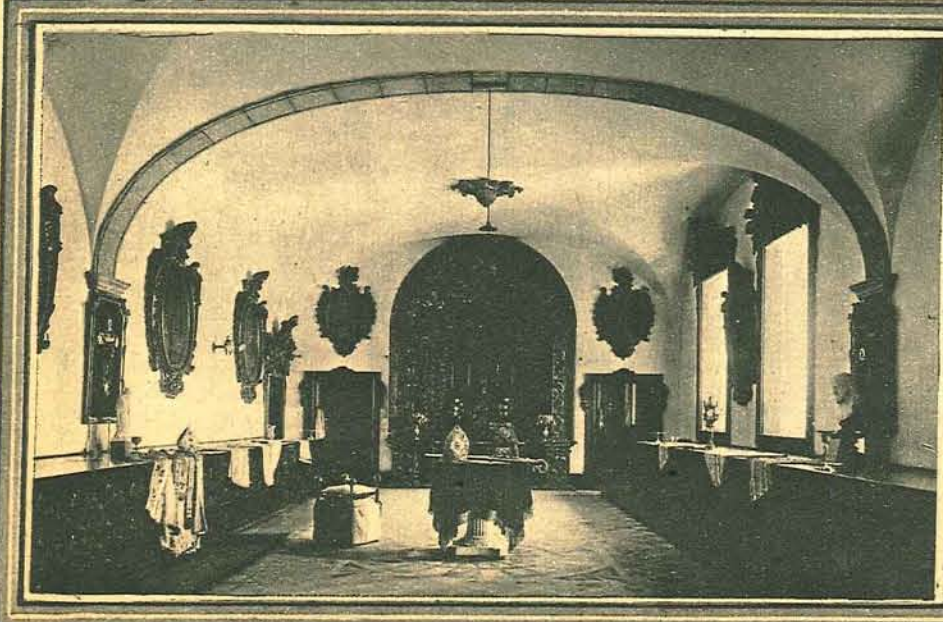
tas pesadumbres. Su cuerpo deformado era la envoltura de un espíritu iluminado por la gracia del arte. Tenía facciones de mulato y una enfermedad misteriosa había desfigurado sus miembros, haciéndole perder los dedos de pies y manos, como también los dientes y el cabello. Vivía arrastrándose con las rodillas y el trabajo lo hacía con dificultades sólo inferiores a su voluntad inquebrantable.

El templo y la sacristía de Sao Bento abundan en detalles decorativos donde se revela la influencia del artífice franciscano. Otros hombres ejecutaron la talla de los muebles y levantaron las capillas y altares de la residencia, pero el espíritu barroco del siglo XVIII, tan propicio a identificarse con la naturaleza de los trópicos, interpretó en este recinto claustral la idea de Aleijandinho.

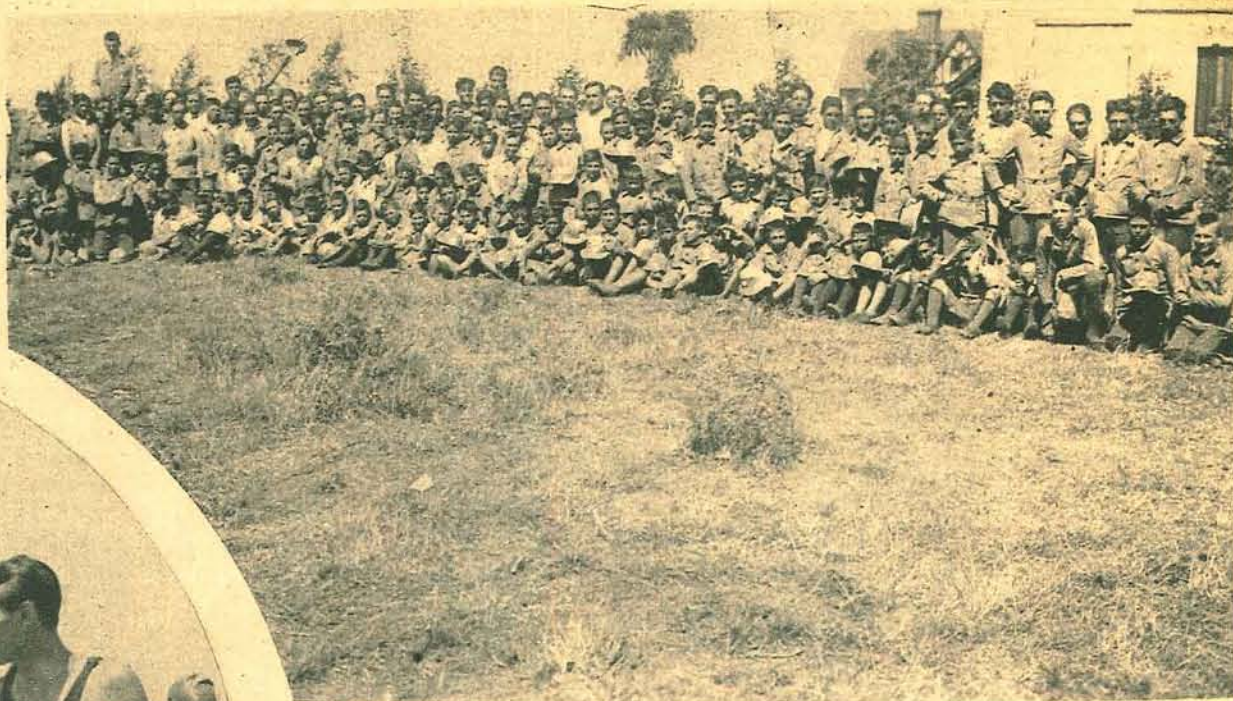
El extraordinario conjunto de la iglesia demuestra que han trabajado en ella generaciones diferentes de obreros y artistas manuales. El barroco primitivo, excesivamente voluminoso ha ido cambiándose a través de los años en una suave y alegre sinfonía de curvas y relieves aéreos. El altar mayor destaca por la riqueza del retablo, formado por una gran coronación que sostiene columnas salomónicas con tallas de pámpanos y uvas. Las imágenes son policromadas en madera del Amazonas y su realismo está imbuido de una impresión monástica, pero al mismo tiempo llena de vida y movi-

(Continúa en la pág. 39)

Tesoro del templo abacial



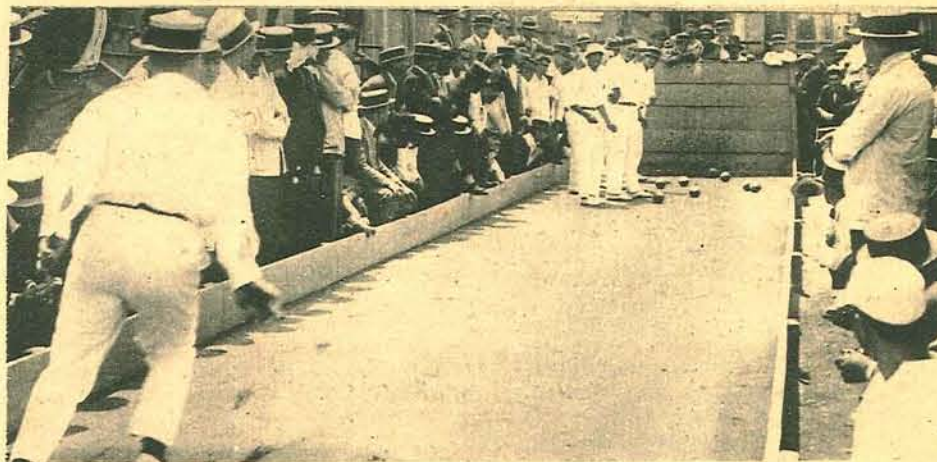
MOZAICO SPORTIVO



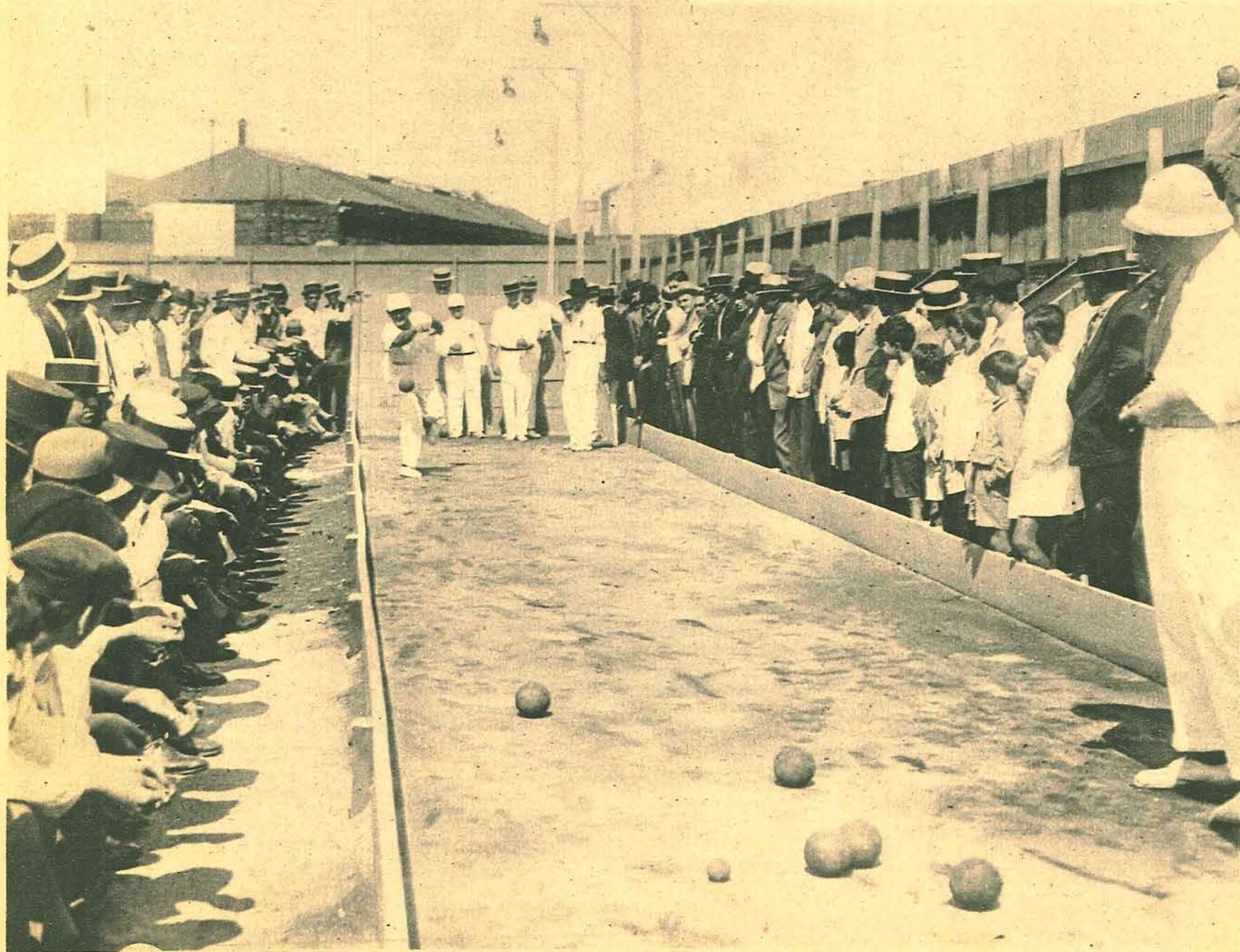
Mar del Plata ha visto desfilar por la rambla, en esta temporada, a diversas estrellas de la esgrima nacional. La fotografía muestra a Roberto Larraz y Luis Lucchetti dándose un apretón de manos en postura de pedana



El de los caddies es uno de los grandes problemas de los links de golf. Se necesitan muchos y tienen que ser buenos y amoldarse al carácter de los golfers. He aquí el plantel con que cuenta el Mar del Plata Golf Club. Es un pequeño regimiento de profesionales en potencia



El juego de las bochas está organizado como uno de los tantos sports populares y hasta tiene una federación y su correspondiente campeonato. Presentamos aquí dos escenas del match entre los equipos de Boca Juniors y Náutico Buchardo



COMO un mensaje de paz y de tolerancia llegó y fué recibida en un escenario parisiense la obra del alemán Leonhard Frank, "Karl et Anna". Después del resentimiento desgarrante de la guerra, del encono que se alza del abismo cavado entre los dos pueblos como una llamarada, cada vez que el recuerdo resurge, una pieza que revive la contienda hecha por un escritor alemán y, lo que es más, teniendo por protagonistas a soldados del campo enemigo, se temió que levantara una tempestad de protestas. Sobre todo, esto último era lo que más se temía. La obra no es arrebatada, ni patriótica, ni siquiera característicamente alemana. No podría serlo, escrita por Leonhard Frank. El que excedió de la guerra en "El hombre es bueno", con agria indignación y acusativo índice; el que por "mal patriota" fué perseguido por el Imperio, no podía, después, volver a encarar la guerra sin una firme actitud condenatoria. No hay, por otra parte, en "Karl et Anna", ni en sus ideas ni en su tono, nada que pueda provocar resistencias, ni aun en el público resentido y adversario. Pero había algo que se temía grandemente con un exacto conocimiento de la psicología infantil de las masas: la exhibición de uniformes alemanes sobre un escenario francés. Hubo, efectivamente, un murmullo de asombro y casi de hostilidad en la pequeña sala del teatro que dirige Gastón Baty, cuando aparecieron sobre el proscenio, apenas levantado el telón, los uniformes de trágica memoria. Pero, al andar de la pieza, toda prevención fué disipándose ante su emoción honda y su sentido noble; todos la fueron viendo como una triste evocación, igualmente triste para unos que para otros, de las horas angustiosas, impuestas por igual a ambos pueblos con fatalidad inapelable; y, al caer, por última vez la cortina, todos aplaudieron el drama intenso y el arte sobrio de Leonhard Frank. Y "Karl et Anna", que se había representado simultáneamente en ochenta teatros de Alemania, que había llegado ya al cinematógrafo, en "El canto del prisionero", que volcó en complaciente sentimentalismo lo que en la obra hay de sentimiento austero, recibió también el homenaje de París, y por encima de imborrables rencores y de fronteras sangrientas, fué valorada y saludada, sin odio y con hidalguía, como podría haberlo sido un acto caballeresco surgido de la trinchera enemiga.

Desde que la pieza comienza, en un campo de concentración de prisioneros, se advierte, se comunica, uno de los padecimientos más torturantes de los hombres que hicieron la guerra: la ausencia de mujer. Karl y Richard, casi no tienen otro tema en las horas estériles del cautiverio. Karl no conserva, ni de la adolescencia en las aldeas plácidas, ni del paso por las ciudades febriles, el recuerdo de un amor. Richard, en cambio, tiene, permanente, obsesionante, la imagen de la esposa. La ve, la evoca en sus detalles tiernos y en su juventud alucinante. El compañero de prisión viene, por fuerza, a ser también el confidente. El esposo rememora, a cada momento, a su Anna, mansa o incitante, según que la distancia y el encierro lo pongan sentimental o exaltado. Karl no tiene de quien acordarse. Entonces, como todo hombre tiene siempre delante una forma de mujer, evoca también a la compañera de Richard. Mientras el marido, a cada instante se la describe en su alma simple o en su maternidad atrayente; hace resurgir un episodio de su amor o un detalle sentimental de

su noviazgo; le cuenta un hecho cualquiera de su vida en común, modesta pero feliz; se entenece con su bondad o se enciende con su recuerdo, en la retina de Karl se va burlando, física y espiritualmente, la imagen de Anna. Y los ojos de Karl acaban por estar llenos, plétóricos, anhelantes de Anna, en sus vigiliadas de enternecimiento o de fuego.

Un día Karl, que lejos de ser un mal amigo ha salvado la vida a Richard, impidiéndole sublevarse contra un guardián, consigue escapar del campo adversario, y, con Anna por única meta, llega a la casa donde ella sobrevive su incierta viudez. Sin haberla visto nunca la quiere con un amor de años. Se hace, y puede realmente hacerse, la ilusión de que hubieran convivido todos los recuerdos de la adolescencia de Anna y del amor de Richard, como si le pertenecieran el pasado de la mujer y su único y humilde romance. Tanto los ha oído contar en las conversaciones de la prisión y de la trinchera; tanto los ha evocado, después él, a solas; con tanta fruición los ha saboreado, que ha acabado por convencerse de que es éste su único amor y Anna la única mujer que ha cruzado por sus días, iguales y grises. A tal extremo, que llega a ella, por vez primera, como podría volver el amante tras larga ausencia, en la que se ha consolado de la separación y de la lejanía, representándose, a cada instante, los momentos de felicidad, que juntos han vivido. Los sitios donde Richard por primera vez la encontraba, los evoca Karl con la mansedumbre de las cosas pasadas; la intimidad diaria de las miradas blandas y las actitudes amigas del matrimonio que se ha querido, las va haciendo revivir el recién llegado, en la atmósfera tibia de la estancia. Anna, que se ha sorprendido ante la entrada de un hombre que no

Una escena de la película "La vuelta al hogar", en la que se desarrolla el argumento de "Karl et Anna", de Leonhard Frank, obra estrenada con éxito en París

PIEZAS DE GUERRA KARL Y ANNA POR OCTAVIO RAMIREZ



Gustav Frölich y Lars Hanson, en otra escena de "La vuelta al hogar"

ha visto nunca, comienza a mirarlo como algo suyo, ante la evocación de los tiempos gratos. Este hombre que es dueño de su pasado, que lleva dentro de sí todos sus detalles, deja ya para Anna de ser un desconocido. Empieza a adquirir la simpatía del confidente; más todavía: la ternura de un recuerdo lejano. Y se da a él, se da al hombre recién venido, como quien vuelve a darse al amante de otro tiempo. Sólo hay, entonces, en la vida de estos seres, que sin haberse visto nunca se quieren con la sencillez de si volvieran a encontrarse, una amenaza pendiente: la vuelta de Richard. Pero Karl, que la ha cultivado con el mismo cariño, hasta con las mismas palabras del marido, lo ha substituido tan plenamente que, para ella, hasta ha tomado su nombre. Y el día que el esposo regresa, roto, desvenado por la trinchera, para Anna ya no existe más que Karl. Con Karl se va, porque Karl se ha hecho dueño de toda su vida, de su pasado, de su presente, de los días que vendrán; mientras el soldado que vivió los cuatro años, constantemente nublados, con el único resplandor de la sonrisa de la mujer querida, con la única luz de la estancia familiar que imaginaba iluminada a su vuelta, se reintegra a ella y la halla más lúgubre que la visión de la muerte, más despiadada que el silbar de las balas, más sombría que los días del frente, envueltos en lodo y en pólvora.

Hay en la última obra de Leonhard Frank, artísticamente superior a "El hombre es bueno", porque su arquitectura es más armónica, su tono más sobrio y en lugar de la prédica agresivamente socialista respira una emoción honda, fuerte, pero contenida, dos dramas, uno dentro del otro. El primero, conflicto y nudo de la pieza, es el que

viven sus personajes, y, en especial, las dos figuras protagonistas de Karl y Anna, que le dan título y que ocupan casi toda su extensión. Este es un romance extraño, apasionado y ciego, que lleva su originalidad en la curiosa forma en que fué poco a poco encendiéndose y que es después encarado. El hombre que ha ido cultivando la idea de una mujer, la imagen de la mujer que se ha ido formando a través de las palabras y de las referencias, el amor incubándose en la soledad y en la imaginación, le dan, al hombre el tono imprevisto de su pasión, como a ella le imprimen una fisonomía singular; su propicia inclinación al nuevo amor, que se ve desde el primer momento, la raíz, que en seguida tiene en ella el hombre que recién llega y su voluntariosa decisión de no separarse del que quiere, aunque sea pasando sobre el cadáver moral del marido, cuya desoladora

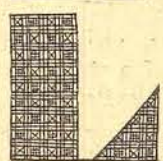
visión tiene delante. Hay en este romance, humilde, pero fuerte y hondo, una sinceridad y una emoción que llegan y contagian, por encima de su anudamiento, que podría parecer un poco artificioso. Sobre la base relativamente inconsistente de lo que Karl ha oído hablar de Anna, sobre las frases no muy lógicas que Anna escucha, rendida, de labios de Karl, se siente palpar una pasión ardorosa y comunicativa. Hay, en los dos, y sobre todo en él, detalles gráficos, convincentes, de un amor fuerte y noble. Envuelve la atmósfera el placer indefinible de estar juntos, que experimentan dos seres que se adoran; se ve temblar al hombre, que tal vez no ha temblado al cruzar de la trinchera, ante la visión de perder a la mujer que idolatra. Hay, entre los dos protagonistas, como interés de intriga y como fuerza emocional de la obra, un romance extraño, anhelante, exasperado, que repercute en las almas, como las explosiones en la entraña de la tierra sangrienta.

Y hay también, en el desenlace de la pieza y en la idea que queda latente, otro drama, más general y más sublevante. Es la vuelta infausta del marido, del soldado que ha ido a sacrificarse en la trinchera y que, como única recompensa, encuentra que ha sido suplantado en su mujer; es el regreso de todos los hombres de la guerra, que su mujer no ha sabido esperar. En todas las contiendas anteriores, en medio de la sangre y el luto, de los muertos y las devastaciones, quedaba un solo cuadro riante, una única rendija por la que se colaba un rayo de luz: la mujer saltando al cuello del amado vuelto con vida. La última guerra ha concluido con este último lirismo. El cuadro podrá ser muy luminoso y muy atrayente; pero la realidad, implacable, ha sido todo lo contrario. La literatura surgida de la guerra no cree en el amor ni en la fidelidad. "Le feu", "Le tombeau sous l'arc de triomphe", "L'équipage", en episodios aislados, corroboran esta visión injusta y desoladora, pero ya cuestionable en la mujer que ha convivido los años de guerra, que es idea primordial y sedimento doloroso de "Karl et Anna". Las mujeres de la guerra, no han sabido esperar. Ciertamente que Anna se ve extraña y tenazmente asediada. Pero lo mismo hace, con menos motivo, otro personaje secundario en la obra: cuando el marido llega la encuentra con el vástago del que llegó antes que él. A todos los sufrimientos de la lucha, de la trinchera, de la expectativa, de los asaltos, de la incertidumbre, del hambre y de las heridas, han unido otro mayor todavía: la pérdida de la mujer, que es la pérdida de todo consuelo y de todo optimismo. La última guerra ha arrasado con todo. No ha dejado nada en pie. Ha matado hasta el amor.

ALEJANDRO SIRIO

VIÑETAS METROPOLITANAS

VIAJERAS



AS estaciones de ferrocarril de una gran ciudad como Buenos Aires cumplen una función de embellecimiento urbano: son un muestrario de mujeres bonitas. Desde luego, toda mujer que viaja es mucho más bonita que ella misma en casi todo momento de su vida, porque entonces le sale a la mirada, al porte, a toda la exterioridad, su condición de renovadora de la vida, de vehículo de la humanidad en su viaje a través del tiempo. Una mujer que viaja es una energía traslativa que anda; una impaciencia de movimiento que se mueve; el concierto de dos impulsos de avance, uno potencial y otro en acción. Una mujer en viaje, es un destino en evidencia de su propio ser, y por eso es un gozo. La mujer, causa y estímulo de todo el viaje múltiple de la especie a lo largo de distancias o esperanzas; la mujer, que viaja por representación hasta cuando no viaja, porque va implícita en toda ambición masculina lanzada a la realidad de una conquista; la mujer, por todo eso, siente mucho más hondamente que el hombre el gozo de viajar. Para ella viajar es una realidad completa, no solamente el medio relativo que es para los hombres. En trance de andar, es toda ella una vibrátil corporización de la divina fiebre de más allá que gobierna nuestra vida y la mejora.

La bella mujer se muestra en las estaciones de ferrocarril con una variedad de tipos que no ofrece ningún otro sitio de la ciudad. En el puerto, la viajera no es enteramente ella misma: si llega, porque tiene encima el velo de la emoción sin sexo de la curiosidad; si parte, porque la gana y la transforma la tristeza simplemente humana de la despedida. En la estación de ferrocarril, a la hora del tren suburbano que le saca a la ciudad por unas horas el adorno mejor, está la mujer que se va sirirse muy lejos o que llega sin venir de muy allá. La que no viaja de veras, pero le toma al traslado el sportivo gustito del vaivén, es la mujer en su atmósfera simpática, en una perenne inquietud sin trascendencia. La mujer bonita y elegante que le llega a la ciudad por esas vías, viene con una tercera condición atractiva: el refulgente gozo de su viaje. Es más fresca su frescura y de otra laya indefinible la suelta armonía de su paso. Siendo una ciudadana en todo lo bueno que la ciudad ha puesto en sus mujeres, es algo más, prestado por el tren: la viajera; la hermosa en tensión de prisa pueril, que la torna más hermosa.

Por las anchas puertas de sus estaciones ferroviarias renueva Buenos Aires todos los días una parte de su energía ambiente, un estímulo que entra por los ojos y por la imaginación: la mujer que se fue

sin alejarse casi; la que todos los días retorna, renovada e idéntica como los estímulos vitales.

* * *

No importa a qué venga a la ciudad la mujer que los trenes dejan y recogen todos los días en las anchas puertas de Buenos Aires. La madre, la "flapper", la niña; el ama de la casa, la bella paseante, la escolar; la empleada, la vendedora o la obrera, todas traen a la gran colmena el tesoro de sus mieles esenciales. Una pondrá la radiosa animación de su presencia en los grandes almacenes; la otra endulzará el trajín afanoso de esos inmensos recintos mercantiles donde el progreso del país acusa la presión arterial; ésta, que no ha venido a nada fijo, paseará su encanto por las calles donde se agita en fiebre de acción la perturbadora idea fija de tantos hombres; aquella otra vino traída por la impaciencia, a acortar las horas de su soledad, y la vemos hacia mediodía o a la caída de la noche, a las horas del regreso, prestando el apoyo decisivo de su compañía a un hombre que en la máquina veloz de la ciudad es una pieza que se fundiría en el calor de su alocado juego si le faltaran esos reposos protectores.

En la ciudad hay mujeres y mujeres. La que a la ciudad viene todos los días es siempre la compañera del hombre, la del Evangelio. No se podría conciliar con su imagen una idea de pecado. La vasta feria metropolitana recoge al atardecer esos adornos nobles y los guarda hasta el día siguiente en las estaciones de ferrocarril.

EPITAFIO EN LA TUMBA DE LA "CUCARACHA"

Yo querría que mi país estuviera gobernado por un talento administrativo como el del señor gerente de la Compañía Anglo-Argentina de Tranvías. A fuerza de "affiches" y de cifras manejadas con positivo talento dialéctico, el señor Rongé ha conseguido demostrarnos que el tranvía no ocupa lugar en la calle; que suya no es la culpa principal de la congestión de las calzadas centrales. Para hacernos ingerir esa píldora, el hombre comenzó por suprimir los coches acoplados. Es esta la faena de prestidigitación más admirable que yo haya visto: escamotear a la observación de dos millones y pico de seres humanos, los dos mil y tantos acoplados que se ha tragado la tierra. ¿A que usted, lector, no habrá reparado en que ya no hay tranvías acoplados?

Me imagino el asombro del señor Rongé cuando llegó a Buenos Aires y se encontró con que su empresa hacia andar por callecitas de ocho metros

de ancho, vehículos vertebrados de veinte metros de largo. "Si aquí toleran esto — debió pensar — yo suprimiré la "cucaracha" y me echaré a decir que el tranvía es incorpóreo. Y me creerán".

Así es, no más. Ya le están creyendo.

EL ARBOL Y EL FRUTO

Un inspector de tranvías es una encarnación perfecta y almidonada de la autoridad cortés. Cuesta hacerse a la idea de que un guarda de tranvías sea la larva de un futuro inspector.

LA CIUDAD DEL PORVENIR

Buenos Aires posee de tal manera la conciencia y la coquetería de su limpieza, que está por mandar al sótano el tranvía Lacroze. Ya tienen el moho del presentimiento los verdes uniformes de los guardas.

CUANDO BUENOS AIRES DUERME

El Concejo Deliberante no tiene existencia visible. Ella se manifiesta solamente cuando la ciudad duerme. En eso se distingue del Congreso, la otra legislación de la ciudad. Los ruidos humanos que se producen en el Congreso comienzan a trascender mezclados con el estrépito característico de la entrada de la noche, o sea cuando la retirada del gran ejército carga de nafta la atmósfera, de prisa los ánimos, de gente los tranvías y de luces artificiales las aceras. El Congreso comienza a trabajar cuando sueña por la ciudad la hora del reposo; es la suya una voz que alcanza a ser recogida por los diarios vespertinos. En cambio, los ruidos que se producen en el Concejo son una propiedad de la noche porteña, como la música de "jazz", los crímenes pasionales, los excesos de velocidad y las ideas de los borrachos: afloran a las columnas de los diarios matutinos como el eco de un suceso lejanísimo o como el incoherente relato de una pesadilla de la ciudad dormida.

El Concejo es la forma somnambúlica de los anhelos municipales.

DETALLE MECANICO

La línea 9 del tranvía es un pistón que comprime la gente en dos cilindros: Retiro y Constitución. Nadie hace de extremo a extremo el viaje de la línea 9; todo el mundo utiliza solamente uno de sus extremos. Es una escalera a dos puntas: nadie aspira a llenarla de los dos lados.

MATEO

Mateo no ha desaparecido del todo. Vivirá todavía unos años más en el cuadro metropolitano. Es un muerto que anda con licencia: se la dió la piedad porteña, estimulada por la sugestión del sainete magistral.

Mateo anda por la ciudad sostenido en sus últimas horas por una inyección que le dió el arte.

DINTY MOORE

ILUSTRACIONES DE
ALEJANDRO SIRIO

LA VISITA



I
Dicen que don Pepe Robles
Anda queriendo vender
Una novillada gorda
Del quinto de su mujer.

Así supo la noticia
Dada conforme las dan,
En el real de unos troperos
Don Sinforoso Galván.

Había ido allá por el cobro
De la aguada y el pastaje,
Porque dentro de su campo
Viene a quedar el paraje.

Y hombre diligente, cuida
Por mano propia la estancia,
Aunque nada cicatero
Ni avariento en la ganancia.

De modo que al otro día,
Con la fresca y en buen flete,
Salió para lo de Robles
Muy animoso y paquete.

Chapeado, arreador y espuelas
Son de plata potosina.
De merino la bombacha,
De vicuña la chalina.

Chaqueta con alamares,
Faja de seda morada,
Chambergos que echa el barbiño
Bajo la barba peinada.

A la mano, en la gurupa,
Va cebada la pistola,
Y a la falda del recado
La daga que corta sola.

El ruano es galopador,
Y no bien toma la senda,
Seguro es que el día entero
Va sobrándose en la rienda.

Aunque son diez leguas largas,
Las hará, pues, de un tirón,
Mientras madura el negocio
Con pausada reflexión.

La hacienda aquella es serrana,
Pero él no ignora su clase,
Porque del pago es nativo,
Más que en el llano poblase.

Y casualmente reserva
Dos potreros en un bajo,
Donde acabó con el nio
Que le dió mucho trabajo.

Mal haya con la ponzoña
Y el arraigo de aquel yuyo!
Si logra comprar barato,
Fleta una tropa hasta Cuyo.

Pero ¿por qué habrá dispuesto
Clara Gómez de su quinto,
Si nunca con el consorte
Pensó de modo distinto...

Ha de ser para cubrirle
Alguna deuda de juego
A su hijo único, Pepito,
Pues le tiene grande apego.

El mozo es calaverón
Y en unas timbas lo ha visto
Buscando las ocasiones
De clavarse como un Cristo.

Ahora recuerda que entonces
Se enteró en una pandorga,
Que es público que don Pepe
Ya su firma no le otorga.

Parece que por vicioso
Perdió el crédito paterno.
Pero el corazón de madre
No se cansa de ser tierno.

Siempre la Clarita Gómez
Desde muchacha fué así.
El también le arrastró el aia,
Mas nunca pasó de allí.

Pues entre sus pretendientes
El Robles salió más lince,
Y cata ahí que la doncella
Se casó al cumplir los quince.

Al hacer estas memorias
Ahora que se encuentra viudo,
Acaso en otro codicia
Lo que aventajarle pudo.

Aunque las mellizas que a él
La finada le dejó,

Son el premio merecido
Que su desvelo alcanzó.

Porque si el bien de los hijos
De todo costo resarce,
Puede sostener que en yunta
Tiene dos perlas de engarce.

Como el tiempo pasa pronto
Y empiezan ya a oír lisonjas,
Ese invierno va a llevarlas
Al colegio de las monjas.

Gracias que no lo ha privado
La suerte con su desdén,
De darles como es debido
La educación y el sostén.

En ese punto el jinete
Sujeta un momento el ruano
Para que alivie el galope
Saliendo con la otra mano.

No lejos de allá deslinda
El campo de Santa Clara
Con su quebrachal tupido
Que a tiempo del sol repara.

No será él quien a lo gringo
Por gusto el caballo sobe.
Desde el próximo repecho
Verá el caserón de adobe.

Contento va a divisarlo
Al pie de aquel cerro verde,
Porque quien nació serrano
Jamás la querencia pierde.

Remoto alegra los montes
El grito de la charata.
En el aire adelgazado
Revive un dejo de horchata.

El hombre empina el chambergos,
Y en su arrogancia morena,
Una noble simpatía
Mirada y frente serena.

II

Ya el sol bañando esa estancia
De Santa Clara, ha tendido
Un listón de poncho bayo
Que cruza el patio barrido.

Allá espera Robles, solo,
Frente al caserón desierto,
La llegada del jinete
Que ha atisbado con acierto.

Lleva mi don Pepe un gacho
Y un terno de obra casera.
Se ve relumbrar el mate
Entre la mano y la pera.

Contra sus botas el perro
Sacudiendo el rabo estorba.
Tiene la pinta entrecana,
Ojos verdes, nariz corva.

En los cercanos poleos
Rezoza un vientito blando.
Por el callejón de entrada
Ya viene Galván llegando.

De lejos lo ha conocido,
Aunque de nuevas se hará:
—Amigo don Sinforoso,
Tanto bueno por acá!

Acude el mozo de mano,
Ladra el perro haciendo fiesta,
Pues sabido es que no ofenden
A la persona bien puesta.

El jinete, al desmontarse,
Echa un ojeadito al contorno.
Todo está igual: la ramada,
El pozo, el tala y el horno.

Pero nada manifiesta,
Porque, ya sea malo o bueno,
El hombre formal no alaba
Ni curiosear lo ajeno.

Y pronto en el corredor,
Con circumspecta confianza,
Se ofrecen ambos amigos
Los cumplimientos de usanza.

—Clara está siempre animosa
Como Vd. sabe. El muchacho
Salió ayer por la contrata
De unos postes de quebracho.

Y sus niñas? —Las criaturas?
Ahí van. Creciendo, sí, pues.

—La rubia era Mercedesita...
—No, señor, esa es la Inés.

Una chinita pecosa
Les lleva de adentro el mate.
La dan por hija de Robles
Aun cuando éste lo recate.

Y dicen que doña Clara
La consiente a su servicio,
Tan solo por evitarle
Que vaya y se entregue al vicio.

A ratos se oye sonar
El almirez atareado
En que majan los olores
De un adobo o de un recado.

La sombra azul de una nube
Cruza empavonando el cerro,
Y aclara en los pastizales
Una frescura de berro.

Y como hasta mediodía
El tirón es largo, a fe,
Allá mismo un churrasquito
Les sirven por tentempié.

El cortés dueño de casa
Tiene una buena ginebra
Con la que sus relaciones
De más estima celebra.

Bienvenido el medio frasco
Que emparejó la patrona
Con un porrón de anisete
Que ella fabrica en persona.

Galván lleva buen tabaco
De una melguita barbecha
Donde el mejor colorado
Para su gasto cosecha.

Mas, por no ostentar en propio,
Los menesteres iguala:
—El llano para el tabaco,
—La sierra para la chala.

Robles saca de la suya
Planchada como una seda
Lentas gierende las palabras
La sentenciosa humareda.

Y es tan profundo el sosiego
Que con seguro alborozo,
Rompe a cantar la calandria
Sobre el cabezal del pozo.

Entre razón que va y viene,
Corre toda la mañana.
Por el pilar esquintero
Se asoma la resaca.

La señora que hasta entonces
Ha esquivado su presencia,
Manda decir que si gustan
Pasen a hacer penitencia.

Van a enjuagarse las manos
Y asentarse un poco el pelo.
Cuelga la toalla de randas
Hasta rozar con el suelo.

III

Más bruñida, como dicen,
Que una muñeca de loza,
Doña Clara está hecha un ampo
De compuesta y buena moza.

LEOPOLDO
LUGONES

ILUSTRACION DE L. MACAYA

En la pieza obscurecida
Reina un frescor de jardín.
La mesa allá puesta halaga
Con apronte de festín.

La media luz, acrisola
Los tejos de oro del caldo.
Toma asiento el buen amigo
En el sillón de respaldo.

Mientras pide a la señora,
Que a su derecha lo invita,
Disculpa de que haga tanto
Que no les paga visita.

—Más vale tarde que nunca...
Sonríe ella, muy oronda,
Con sus ojos siempre lindos
Y su larga trenza blonda.

Y avivándole una gracia
Juvenil cuando conversa,
Luce en la boca pulida
La dentadura tan tersa.

Mas, qué comilona, amigo!
Qué estofado y qué pasteles!
El servicio es a la antigua,
Con dos mudas de manteles.

La del postre está olorosa
Porque recién se la saca
Del armario que perfuman
Con manojitos de albahaca.

Salió, pues, largo el almuerzo,
Y el priorato fué copioso.
Hasta cerca de las cinco
La siesta exigió reposo.

Cuando quieren levantarse,
Ya otra vez en el brasero
Está zumbando la pava
Del agasajo campero.

Después de matear un rato
A la sombra de la casa,
Habla de ensillar el huésped
Porque ya el bochorno pasa.

Pero el otro le argumenta
Con amistoso reproche,
Que cuando y que anda de chasque
Para marchar con la noche.

Aunque el ruano sea de aquellos
Que no precisan un chirlo,
Si no va a volver de apuro,
No tiene por qué exigirlo.

Y a menos que alguna falta
De atención se les enrostre,
Dónde se ha visto convite
Acabado antes del postre.

A tanta amabilidad
Que bien por mejor se emplea,
Decide Galván quedarse
Como tal vez lo desea.

La tarde serena al mundo
Con una caricia mansa.
Ya la peonada que ha vuelto
De su trabajo, descansa.

En el corral el balido
De la majada porfía,
Y se oye una risa clara
De moza en la ranchería.

Es la hora de la merienda,
Y hasta la cena hacen boca
Con un buñuelo y un trago
Que el apetito provoca.

Así que el lucero salta
En el cielo solitario,
La señora, como es de orden,
Llama a rezar el rosario.

Patrones y jornaleros
Van a rogar por la chacra,
Pues al granar se ha apestado
Y el choclo salé con lacra.

Mientras el rezo concluyen,
Asoma la luna llena
Sobre los campos tranquilos
Con suavidad de azucena.

Después que la cena toman,
Sacan por junto las sillas
Al patio claro y fragante
De alelías y maravillas.

La dueña de casa, entonces,
Acusándose de intrusa,

Manda traerle al forastero
La guitarra, aunque él se excusa.

Asegurando a la dama
Que desde su mocedad
No ha vuelto a pulsar las cuerdas
Sino por casualidad.

Pero quién habrá olvidado
Que en los mejores bureos,
Nadie como él se floreaba
Con punteados y rasgueos.

No le aceptan, pues, disculpas;
Y pronto, en la dulce calma,
El instrumento concierta
Dichas y penas del alma.

Cada cuerda corresponde
Con la expresión de su canto:
La prima para la risa,
La segunda para el llanto.

La tercera para el triunfo,
La cuarta para la suerte,
La quinta para el amor,
La sexta para la muerte.

Y el cantor las seis dedica
Según tiempos y lugares,
La prima a los regocijos
La segunda a los pesares.

La tercera a pialar mozas,
La cuarta a sonsacar viejas,
La quinta a desfogar celos
Y la sexta a aventar quejas.

Acordándose de aquellos
Tiempos de sencillos goces,
Propone luego a la dama
Cantar un triste a dos voces.

Tono le da por el temple
Que llaman de Santos Vega.
Orillando la ramada,
La gente a escuchar se allega.

Pasan que pasan las horas,
Y en su olvidado deslíz,
Sobre campo y corazones
Reina la luna feliz.

IV

Al otro día, temprano,
Galván pide al capataz
Que le arrimen el caballo
Porque el sol va a ser voraz.

Ensilado se lo traen,
Y tan garifo que asombra,
Junto con el de don Pepe
Que atan del tala, en la sombra.

Pero antes que el buen potrero
Del acomodo celebre,
Con perdón de ustedes nota
Que había comido a pesebre.

Así lo agradece a Robles
Que, calmoso, el mate chupa,
Mientras de arreglar acaba
Su pistola en la gurupa.

Llega en eso la chinita
Trayendo el último anís
Que por ser el del estribo
Galván despacha en un tris.

Ya, terciando al hombro izquierdo
La chalina de vicuña,
Sobre la cruz del caballo
Riendas y cabestro empuña.

Y como dándose tiempo
De asentar los cojinitos:
—Mehabían dicho, amigo Robles,
Que tenía unos novillos...

A estas palabras don Pepe,
Como es de la misma laya,
Regatea con desgano:
—Puede ser que algunos haya.

—Y ¿costará mucho verlos?
El otro, sin contestar,
Afirma, entregando el mate:
—Yo lo voy a acompañar.

Montan juntos, y sin prisa
Toman el camino al trote.
Es allá cerca, no más,
Trasmontando aquel mogote.

Así podrá revisarlos
Antes que asiente el calor.
La hacienda estaba rodeada
Desde la tarde anterior.

GANCHO

—¡Hace rato!... A las seis.
—¿A las seis?
—Sí; a las seis.

Intentó una sonrisa y arrastró el garabato de carne de su cuerpo entre los garabatos de luces de los anuncios eléctricos. Todavía bailaban en el fondo de sus oídos los dos ruiditos—dos ruiditos breves, como con punta—que despertaron en la bandeja mínima del empleado. Atrás, el jefe, la cara del jefe—de ese, del señor que vino último—serena, llena de melancolía.

Trató de encontrar un detalle grotesco en ese recuerdo con la esperanza de acabar con la angustia que lo roía por dentro como un fuego húmedo, pero desistió en seguida, asustado como de un sacrilegio.

Había llegado al salón del banco cuando aun el sol dibujaba largos picos temblorosos delante de cada ventana. Frente a las casillas de empeño, hombres y mujeres acechaban las puertas numeradas; una señora con una pañoleta rosada, y un viejo menudito que limpiaba con el pañuelo los cristales de sus anteojos, y una señora de negro, y dos señoras gruesas con tapados de pieles, y una muchacha de boca roja y ojos azules que sonreía a todos, y dos muchachitas recién florecidas con vestidos baratos y unos paquetes bajo el brazo, y un hombre de traje oscuro que se limpiaba las uñas con el cortaplumas—gravemente—, y una señora de luto, meditativa, y una mujer del pueblo alta y despeinada, y allá, al frente, un tabique de vidrios, y detrás del tabique ruido de voces y un grito descolorido que de tanto en tanto desangraba un número en el aire.

Al principio recostó su sombra contra una columna y dejó que los ojos se le llenaran de cansancio. Pero reaccionó pronto; alargó la mirada hacia los rincones, quiso hacer algo. El alcohol le caldeaba las sienes. Y aquellos estúpidos inmóviles delante de las puertas numeradas. Una cólera amarilla y vi-driosa le pintó los ojos de violencia.

De pronto, una de las puertas giró, y apareció una mujer delgada apretando la cartera con ambas manos—manos largas de cadáver—. La señora de luto quiso entrar en la casilla, pero él se adelantó, la hizo a un lado brutalmente, y se metió adentro de un salto. La puerta se cerró a sus espaldas con estruendo. Atrás, la cólera levantó algunas voces. Pero el hombre estaba adentro, con los codos apoyados sobre el pequeño mostrador, riendo ruidosamente. Aquello lo divertía de veras. La pobre mujer había avanzado el pie, ya segura de entrar, y él... ¡Oh, qué bueno! Y volvió a reír más fuerte aun.

Entonces fué cuando se asomó el empleado por primera vez. Tenía los ojos redondos y en la mano levantada un lápiz dorado. Lo miró un instante, sin decir palabra, encogió los hombros y quiso marcharse. Pero él lo enredó con una súplica.

—¿Puede atenderme, señor?... Estoy apurado.

—Sí; en cuanto termine. Contestó sin cólera, sin ninguna intención malévol. Ni siquiera lo reprendió por haberle ganado el sitio a la señora de luto. El hombre se sintió confuso.

—¡Es lo mismo!... En realidad, no tengo tanto apuro. Es que...

Pero ya el empleado había desaparecido. Sólo se veían los ángulos de madera clara de las casillas, y arriba—arriba—, en el medio del techo, las cuatro hélices inmóviles de un ventilador.

En la fonda, la mujer del Flaco Ernesto estaría escribiendo el menú de todas las noches en una larga página impresa.

—¡Sopa, uno!... Bife a caballo, marche, van dos... Sopa...

Eso era más tarde: a las siete. A esa hora no. A esa hora no había ningún cliente, y el comedor de la fonda estaría sin nadie. Acaso estuviera Farol, que muchas tardes iba temprano a leer el diario. Una tarde él fué a las cinco. Era un día aburrido. Pero las luces de la fonda estaban apagadas, y era silencioso y triste y había muchas moscas. En el mostrador, la mujer del Flaco Ernesto escribía el menú, mor-diendo de vez en vez el extremo del lápiz, cuando se olvidaba de algo y trataba de recordar. El Flaco Ernesto golpeaba sobre las mesas con una servilleta para ahuyentar el polvo. Comenzaron a salir las alumnas de la escuela del frente...

Vió que el empleado cruzaba delante de su casilla sin detenerse. Golpeó el mostrador con los puños. Gritó:

—¡Atiéndame a mi ahora! Me toca a mí.

No le hizo caso. Apenas si desvió fugazmente la vista y desapareció. El hombre se dobló en un alarido.

—¡Atiéndame, atiéndame!... Tengo un hijo enfermo, señor. Necesito volver a la pieza en seguida.

Su voz nasal hacía grotesca la súplica. Algunas risas crepitaron—húmedas—detrás de los tabiques. El hombre se exaltó. Sentía que nadie creía en sus palabras y se indignaba como si en verdad tuviera un hijo moribundo. Se había olvidado un poco que su demanda era falsa y un rencor sordo le llenaba la boca de palabras tiradas. Pero no dijo nada. Comenzó a golpear el mostrador exiguo de la casilla. En su imaginación se dibujó vagamente la carita llorosa de un niño muy pálido.

—¡Atiéndame!... ¡Atiéndame!—Repentinamente, su voz había adquirido una tonalidad honda, como si se ahuecara en el sollozo. Un hombre estiró la cabeza fuera de la casilla y espío.

—¿Pero no comprende que tengo un hijo enfermo?

Había empezado a decir aquello porque sí, porque fué lo que se le ocurrió primero, pero ahora sentía como cierta angustia del hijo moribundo. Y él, sin recursos, llevando su última joya—acaso un recuerdo sentimental—al Banco de Empeños. Se llenó de ternura para consigo mismo, y, desarmado, abatió la cabeza sobre sus brazos y comenzó a sollozar. A sollozar de una manera horrible, lenta, ronca, agobiante, como en la medianoche lloran los borrachos frente a los umbrales impasibles.

Apareció el empleado.

—¿Qué pasa?

—¡Atiéndame, señor!... El chico...

—Vea, si continúa escandalizando lo voy a hacer sacar por la policía.

—¿Que sacar por la policía! Tengo un hijo moribundo y usted... ¿Pero no comprende que tengo un hijo moribundo?

Un desdén incrédulo se dobló sobre los labios del empleado. Quiso alejarse. Pero el hombre lo detuvo con un alarido.

—¿Qué; no me atiende?... Vea... (abrió la puerta de la casilla) he atropellado a esta señora...—Se le distendió la mandíbula. No había ninguna señora. Sólo una muchachita morena, asombrada; una mecha de pelo le caía sobre la mejilla...

El hombre sintió que todo su valor se derrumbaba como un andamiaje antiguo. Su mano temblaba sobre el picaporte, sin voluntad... Pero una voz extraña pronunció unas palabras a su espalda. Miró. Era el señor, aquel señor... el jefe.

—¿Qué pasa?

—Este hombre que...

Pero él volvió a recobrarse. Avanzó el busto, agresivo.

—Lo que pasa es que tengo un hijo enfermo. Necesito volver a la pieza pronto, con dinero...—Se detuvo, como si todas las palabras se le hubieran apagado adentro. Pensó: "estoy oliendo a vino que apesto"; y la vergüenza le subió enrojecida a las mejillas. Pero el jefe no percibió nada. Su frialdad se diluyó como dos cristales de hielo sobre sus ojos azules. Preguntó:

—¿Qué trae? Mugue, atiéndalo, quiere?... Pronto.

El sabía que no se agachó, que permaneció en la misma postura, que estaba allí con los codos apoyados sobre el mostrador... pero le parecía que se había encogido, que era un guñapo sucio y mal oliente acurrucado en un rincón. Tiró los dos anillos sobre la bandeja que le alargaba el empleado. Sin alegría. Lleno de confusión. Con un temor frío de que las palabras se le juntaran adentro y él no las pudiera atajar contra los dientes apretados y el jefe las oyera y supiese la verdad... Sacó un pañuelo y se lo pasó por la frente.

Cuando el empleado lo dejó solo con el otro, el miedo de delatarse se hizo enorme. Trató de sonreír. Bajó la cabeza. Las orejas se le acalaron repentinamente.

—¿Qué tiene?

Alzó los ojos lleno de susto.

—¿Quién?

—El chico. Su chico enfermo...

—¡Ah, claro! Su chico. El chico ese.

¡Ah!

—¿Qué tiene?

—Fiebre... habla... dice muchas cosas extrañas...

Volvió el empleado.

—¿Cuánto?

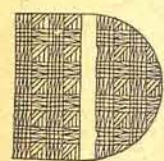
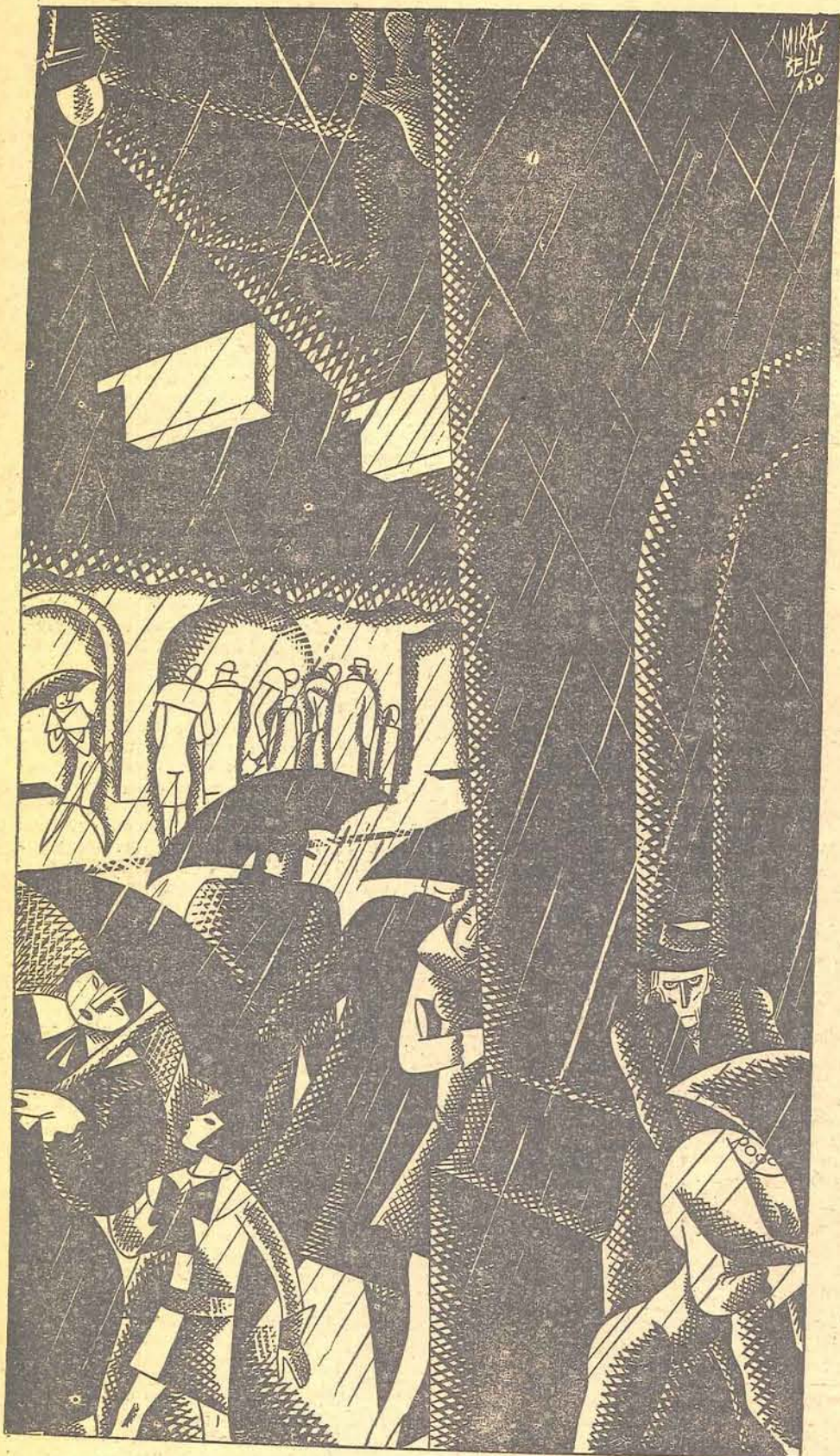
—Seis pesos, señor.

—Dele diez.

—Como usted quiera.

¡Qué bueno golpearle la boca con

(Continúa en la pág. 29)



DEJÓ que su mirada vagara como un pájaro aturcido sobre el aire de la tarde. Letreros de colores incendiaban las fachadas inmóviles. Llovía apenas, y los ojos tristes de los foquillos eléctricos dejaban su temblor lastimoso sobre el asfalto húmedo. Seis monedas de bronce golpearon el aire sonoro.

Apareció el portero del banco—azul, oro; una mano morena—y entornó la puerta principal. Las ventanas del edificio fueron bajando una a una su párpado sombrío. Por la rendija de la puerta a medio cerrar saltaron dos empleados como evadidos. Pero la mayoría estaba adentro aun.

Salió un hombre grueso que provocó un saludo respetuoso del portero. Ya saldría el otro también...

Esperó. Esperó. Sus ojillos de rata se llenaban de lágrimas por mirar a un solo punto. No importa; acaso, acaso...

Pero era difícil mantener la mirada inmóvil en la puerta del banco, y a cada instante se le deslizaba hacia las piernas de las mujeres o se quedaba quieta sobre la boca de una muchacha rubia que amaneció en la esquina o en las letras de un cartel amarillo que había encima de una puerta o en las caderas de aquella mujeruntuosa o en los ojos de las otras mujeres o en el vigilante que dialogaba en la esquina con el chauffeur de un camión detenido o en las ruedas del camión o en la plazoleta o en la estatua de la plazoleta, que era la de un héroe montado a caballo, todo de bronce obscuro, y estaba sobre un pedestal de piedra, y en el pedestal había varias placas extrañas y unas letras de metal que no podía leer porque su vista era mala y necesitaba comprar anteojos, que ya la otra

P O R
J. MIRANDA KLIX
ILUSTRACION
DE MIRABELLI

tarde había saludado con mucho respeto a Farol pensando que era el presidente del comité, y luego...

Otra moneda de bronce cayó sobre el tambor del aire. Las cejas del hombre se elevaron hacia la frente. El edificio del banco estaba a oscuras por completo. A lo largo de la calle, los letreros dibujaban su palabra luminosa, roja, azul, verde.

Se enderezó en un envión. Había estado apoyado contra la pared de una casa, los ojos inmóviles bajo el ala caída del sombrero, degustando el agrio sabor de su angustia. Así, desde las cinco. Los ecos del tiempo llegaron varias veces hasta su oído, como muriendo. El aire se había ido enturbiando de sombras lentamente, y la ciudad abrió sus pupilas amarillas en las esquinas. Las seis y media.

Cruzó la calzada y apretó el ojo contra la cerradura del banco. Negro; sin luz. El vestíbulo donde se cruzaban dos escaleras de mármol y el salón de empeños y la escalera del fondo y el edificio entero. Negro; todo negro.

Alguien le golpeó la espalda. Se volvió asustado.

—¿Qué?

—No se puede detener ahí. Marche.

El agente que conversaba con el chauffeur despeinado del camión en la esquina...

—Se habrán marchado, ¿no?—y dobló el pulgar hacia el edificio del banco.

DESDE CARRASCO HASTA POCITOS

APUNTES DEL BUCEO, MALVIN Y PUNTA GORDA

NUMERO DE FOLLETIN

ENTRE Pocitos y Carrasco hay tres playas sucesivas, marginalmente ensartadas por la cinta de la rambla Wilson: Buceo, Malvin y Punta Gorda. La rambla sorteas accidentes que van cambiando el cuadro sin cesar. De pronto, en una de las primeras curvas que marcamos, Bryan de Grineau ha hecho detener el automóvil frente a una perspectiva que presenta el siguiente repertorio: a la derecha, la toldería de lona del balneario; a la izquierda, el cipresal y las lápidas del cementerio del Buceo; en el centro, avanzando a primer término, una casa en restauración. Esta casa—en cuyo interior retumba el repiqueteo de las herramientas de los constructores—ha sido hasta hace poco la morgue del cementerio, aduana de cadáveres de suicidas y otros despojos humanos sometidos a cuarentena por la justicia del crimen. Ahora se trabaja en ella para cambiarle un poco la fisonomía y convertirla en festivo "cabaret" que explotará el Municipio desde el próximo verano.

Es preciso convenir en que no es nueva la filosofía que por intermedio del folletín ha encontrado cierto parentesco entre el "cabaret" y la morgue; pero de todas maneras esta superposición que vemos resulta insólita y deja un tanto confuso al paseante desprevenido, originando además un montón de chistes de dudoso gusto. Sólo a Bryan de Grineau no se le ocurre otra cosa sino encender un cigarrillo y ponerse a dibujar con su rara elegancia británica, sumergido en el fondo del automóvil y silbando un tanguito que le persigue desde que desembarcó en Montevideo. Mientras el dibujante hace esto, yo bajo y hablo con el arquitecto que aparece dirigiendo los trabajos.

—Imparcialmente, ¿qué opina usted de este asunto? ¿No le parece espantoso?

Los arquitectos son tipos que pertenecen a la eternidad. Por eso éste me contesta con voz lejana, después de haberle dicho al capataz que la palmera del patio es preciso respetarla sacramentalmente:

—¿Un reportaje? No me interesa. Pero, en fin, si usted se empeña, le diré que el Municipio no tiene supersticiones. Jamás un comerciante particular se hubiera atrevido a esto. Pensaría que tarde o temprano le habría de acaecer algo tremendo. Por ejemplo, el ataque de un agente elemental como aquel del mosquito faraónico que picó y mató a Lord Carnarvon cuando se metió en la morgue de Tutankamón. Pero a nuestro Municipio, ¿qué le puede suceder? ¿Dónde puede picarle el mosquito? Ahí tiene usted mi opinión, por si quiere publicarla.

LA CASITA DE JUANA

EN el Buceo, ya frente a la playa donde se agrupan las carpas, el automóvil pasa cerca de otra casa que mucha gente, al pasar, señala con el dedo: la casita morisca de Juana de Ibarbourou. Cal viva por todas partes. Cuatro ventanitas verdes. Un alero de tejas coloradas. Un pequeño portal de medio punto, coquetón, con zócalo de azulejos, y delante un jardincito, cercado de madera, en cuyo centro va

creciendo un pino rodeado de rosales. Uno ve siempre cerrada esa casita, pero hay dos circunstancias que lo explican bien: primera, que en ella escribe sus versos la poetisa; segunda, que en ella tiene que defenderse como puede contra esa terriblemente devota peregrinación de admiradores que

za incomparables. Además, puede ser el balneario preferido por el elemento femenino que aun pene reparo a los últimos alardes de la moda y al mismo tiempo no quiere dejar de ceñirse a ella. Conflicto arduo verdaderamente para evacuarlo en Pocitos y que Malvin resolverá sin grandes violencias mo-

realidad le ha obligado a reconocer que Montevideo es una ciudad en la que, o sobran playas que disfrute. Por eso seguramente el Municipio continúa tirando la casa por la ventana para suplir con el aporte de la inmigración veraniega la insuficiencia del crecimiento vege-

males el gran macizo de roca que da nombre a este paraje de la costa. Frente al mar, va surgiendo una fila de casas en talud, escalonadas, de varios pisos, construidas en la entraña de la roca abierta a pico. Esto es lo que confiere un fuste singular al perfil panorámico de Punta Gorda, porque la arquitectura tiene que obedecer a ciertas imposiciones de la naturaleza y lo retórico choca demasiado para prosperar. Es el único sector de nuestra edificación playera donde la piedra no parece de cartón aun siendo piedra. Esta cae ya desgraciada hasta la playa, que es más reducida que las anteriores y queda bien acotada entre dos rompeolas naturales.

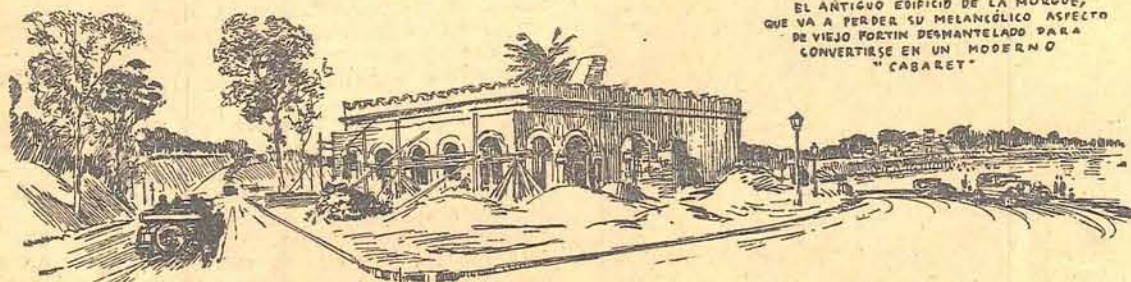
No falta en esta playa la toldería ni la placita de deportes, hacia el final, con trapezios utilizados por muchachas, que los ocupan prescindiendo de la edad; pero lo que da carácter a la concurrencia de Punta Gorda es ese aspecto nómada que toma con los automóviles enfundados, cerca de la orilla, que permanecen allí desde que sale el sol hasta que se va, sirviendo de despensa, guardarropa y tocador a cada familia. Las carpas de esos coches, por regla general, denotan su lejana procedencia de tierra adentro.

CARRASCO Y LOS PORTEÑOS

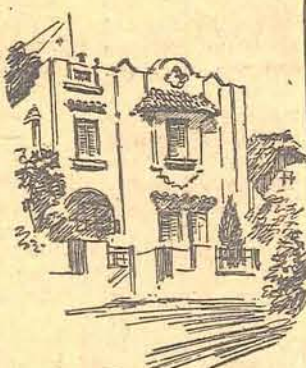
PARA el veraneante porteño — él sabrá por qué — las playas enumeradas tienen una importancia puramente visual, pictórica, contemplativa, de recreo para la vista desde el asiento del automóvil. El porteño que desde luego no decide pasar de largo por Montevideo para irse a Piriápolis o a Punta del Este, si es rico se instala en Carrasco, y si no se aloja en el centro para bañarse en Pocitos.

Carrasco resulta caro, pero allí lo tiene todo de una vez: hotel, playa, bosque, salón de baile, ruleta. Además, y no obstante todo eso, Carrasco es el balneario en que aun asume la naturaleza mucha más importancia que la gente. Hay que creer que este privilegio no lo perderá muy pronto, pues se afianza no sólo en la distancia que le separa del centro de la ciudad, sino también en el hecho de que en cuanto la virazón se apodera de la atmósfera ya tenemos que la arena se amontona en las casetas, sepulta los aparatos de gimnasia, gana la rambla, cubre los bancos, se desliza por la superficie de hormigón como en ráfagas de humo, se cuele por los oídos y obliga al vecindario a cerrarlo todo. El hotel municipal, lógicamente grande y espeso, con su galería al frente de vidrieras corredizas, parece constantemente apercebido contra la saña de la virazón.

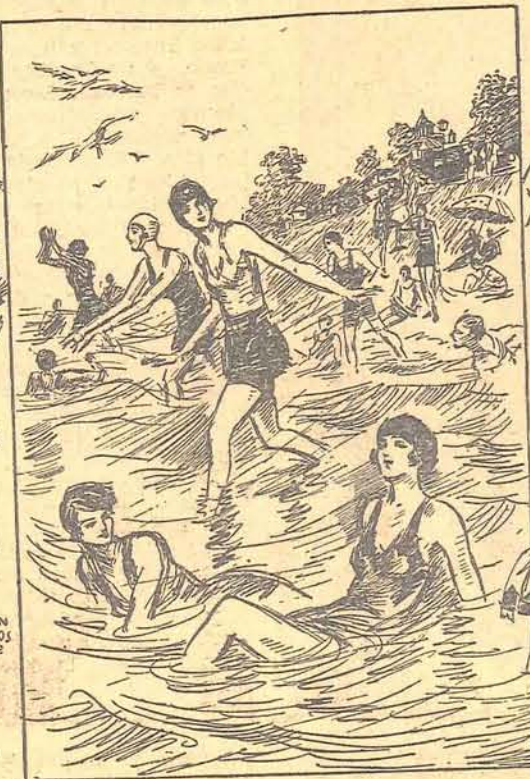
Hay quien dice que esto agrada a los porteños, porque la virazón suele acentuarse a la hora en que se abre la ruleta. Si esto es verdad, el Municipio explotador del juego tampoco tiene motivos para quejarse de la virazón. Ni de los porteños, que son los verdaderos mantenedores de la ruleta de Carrasco, pues el aporte de la población nativa se reduce a ese pequeño contingente del jugador vergonzante que huye del casino del Parque Hotel porque le perjudica que lo vean los agentes secretos de los bancos.



EL ANTIGUO EDIFICIO DE LA MORGUE, QUE VA A PERDER SU MELANCOLICO ASPECTO DE VIEJO PORTIN DESMANTELADO PARA CONVERTIRSE EN UN MODERNO "CABARET"



BUCEO: LA ELEGANTE RESIDENCIA DE "JUANA DE AMERICA" CUYAS VENTANAS MIRAN AL ANCHO MAR

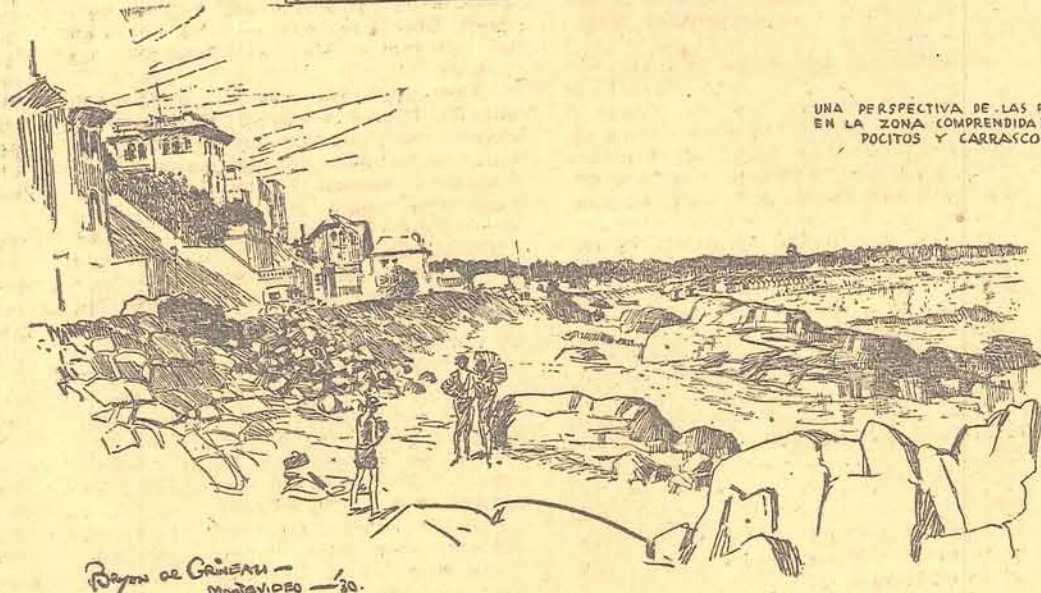


LA HORA DEL BAÑO EN PUNTA GORDA. NO LEJOS DE LA PLAYA DE CARRASCO



NUMERO DE CIRCO EN MALVIN A CARGO DE UN GRUPO DE AFILIONADOS

HELADOS



UNA PERSPECTIVA DE LAS PLAYAS EN LA ZONA COMPRENDIDA ENTRE POCITOS Y CARRASCO

APUNTES DEL NATURAL POR BRIAN DE GRINEAU PARA "LA NACIÓN"

llegan a conocerla desde veinte repúblicas americanas.

LAS COSAS MAL REPARTIDAS

MALVIN quiere estar más bajo que el Buceo para darnos una sensación más pronunciada del arresto panorámico de Punta Gorda. Pero Malvin no tiene nada que envidiar porque no es una playa, sino dos, divididas por una larga punta de piedra a modo de rompeolas que avanza al mar, y también porque su arena tiene un blanco y una fine-

rales mientras sea tan reducida como ahora la población interesada en ello.

Esto ha dado lugar a que Bryan de Grineau formule una consideración históricamente extraña en un inglés: es decir, que las cosas están mal repartidas en el mundo. Tomando apuntes en esta rambla, la

tativo. Cuando el Municipio se enteró de que nuestra avenida 18 de Julio es la avenida mejor alumbrada del mundo, en seguida decidió que también lo fuese la rambla Wilson, para lo cual acaba de colocarle un candelabro a cada cincuenta metros. La rambla tiene más de quince kilómetros.

EN ROCA VIVA, NO DE CARTON

AL llegar a Punta Gorda, pendiente arriba, la ruta hormigonada se bifurca y deja en medio de dos ra-

BOY

(Para LA NACIÓN)
MONTEVIDEO, enero de 1930.



N el limitado núcleo de personas invitadas para "la première", estábamos incluidos Fanny y yo. Debíamos defender los números 17 y 19 de los sillones. Estuvimos en capilla tres días. Los tres días exigidos por el autor de la pieza para poder asistir al estreno.

Fanny desconocía el teatro. Yo le tenía muy presente, pues mis padres, que tentaran una falsa vocación de cómico en mis primeros diez años, me condujeron un día al teatro. Llevaba aprendido un monólogo, cuyo título adquiere hoy, para mí, una importancia suma. Se titulaba: "¿Qué debo ser?" Andará aún por los libretos de declamación y le imagino como una sutil viborita amarilla, ansiosa por colarse en la ranura fácil de una cachola adolescente. Ahora el monólogo me suena al "Ser o no ser", de Hamlet.

Yo fui al teatro, con mi disco único. Declamé lo que pude y fué muy escaso mi decir. Según tengo oído, no hice otra cosa que inventar un nuevo y caprichoso monólogo disparatado. Me dicen que lo meché, de vez en vez, con algún trozo del texto aprendido.

Aquel teatro me hizo perder la memoria. No era propiamente un teatro. Así lo juzgué en esa ocasión y así ha sido para mí después. No era una sala como las demás. No. Y, sin embargo, en poco difería de las salas de espectáculos conocidas. Era, eso sí, estrecha. Pero la razón para que no se pareciera a un teatro era la existencia de su director. Aquel hombre lo animaba en forma singular, porque no era un hombre como los demás. Era más bien una rara presencia.

Por esta razón no era propiamente un teatro. Mejor dicho, era un sitio donde se juntaban las sombras, donde anidaban las sombras. Sombras que tan pronto se hacían un nudo corrido, como el de una horca, o presentaban el aspecto de armas. Su director, a ratos, para algunos, era como un general que distribuía sombras en lugar de armas, para un inminente combate.

Distaba el teatro del centro de la ciudad. Por sus calles no pasaban vehículos. Era una calle muerta, una calle terminada, sin salida. Si la tenía, esa escapatoria única era el teatro. Aquel límite daba a la sala un aspecto de fin de mundo, un telón bajado para siempre, como la cuchilla de un cadáver. Allí, en la calle, terminaba la ciudad, la farsa. Caía muerta la velocidad. De manera que, frente a la sala, había siempre un remolino, no de gentes, pero sí de pasiones, de acechanzas, de vidas anhelosas, de intenciones en busca de blanco.

La calle del teatro era el fin. Y, sin embargo, se sabía que allí dentro nacían las fuerzas. La gente sabía que el teatro era más bien un trampolín para dar un salto. El que suele faltar en la vida. Su aspecto, por fuera, si bien era el común de todas las salas, tenía algo de fábrica o de usina. Según desde donde se le contemplase. Si uno se colocaba en la acera de enfrente, descubría un pequeño pararrayos. Luego, fijando la vista, surgía la sombra de una chimenea vecina, la cual atravesaba el pararrayos, dándole apariencias de cruz. Aquella cruz sugería inmediatamente la idea de tener ante la vista un cementerio. Hacía, por lo tanto, pensar en la muerte. En el teatro morían algunas esperanzas, daba término más de una empresa ruin.

Todo esto se lo conté a Fanny antes de entrar en capilla. Estaba en mi tarea el preparar a mi mujer, a fin de no hacerle tan violento el espectáculo. Asimismo, le significué el éxito de los "conciertos inspirados", en los cuales un gran director de orquesta, ruso, reunía un centenar de profesores y dirigía sus movimientos, arribando a veces a grandiosas audiciones que no podrían repetirse jamás. Aquellas reuniones se parecían a las sesiones de espi-

ESTRENARON "EL AMOR", COMEDIA EN SEIS ACTOS

ritismo. El director era algo así como el médium. Como entre los espiritistas cuando la cadena fluidica no atrae un espíritu interesante abandonan la experiencia, así el músico ruso abandonaba el concierto al no sentirse inspirado.

A iniciativa del director del teatro, donde se estrenó "El amor", se pasaron "films" sonoros, parlantes y odores. En ellos se veía el mar, se oía el mar y se aspiraba el iodo y salitre del mar.

Todas estas cosas las sabía Fanny antes de entrar en capilla.

Los privilegiados para el estreno, el primer día de preparación lo utilizamos en contemplar diversos puntos de la ciudad, determinados sitios y paisajes. El director del teatro nos condujo, por indicación del autor de "El

amor", cuando un ruido de pasos violentos, como un tropel, se oyó venir por la calle. Y, al instante, me sentí asido por la garganta fuertemente. Era una férrea mano la que me ceñía músculos y tendones. Caí de espaldas, suavemente, y me quedé largo a largo tendido sobre las losas frías. Tenía miedo, un miedo atroz. Me dejaba apretar la garganta, paralizadas mis manos. Aguantaba la respiración. Sentí un filoso cuchillo rasgando mis ropas. El frío de la hoja rozaba mi pecho. Tenía la sensación del dolor, pero no me dolía. Dejábame hacer daño como si fuese necesario, a fin de poder asistir al estreno... Era necesario, evidentemente. Se me ocurrió que podía ser una broma, pero el miedo, el miedo más terrible me paralizaba. Me sentí ablandado, reducido, vencido. Dejába-

embargo, aquella mujer no significó lo más mínimo durante los días de preparación. Ni la vi junto al mar, ni sé si estrechó la mano perfumada de la mujer. No la había visto en la vida. Y, sin embargo, tal vez a su lado pasé, o me aspiré, sin pensarlo, su perfume; o llegué a oír su voz, sin gozar su timbre. Y ahora—me decía—la siento suave a mi lado; oigo su voz y sé cómo es ella, lo qué piensa del amor y cuánto lo siente.

A medida que pasaban las escenas del primer acto de "El amor", me iba compenetrando de ella más aun. La presencia de Fanny ya no existía para mí. La comedia era un espejo en el cual aquella mujer y yo nos estábamos mirando. Las palabras del protagonista eran mis palabras. Lo que decía la enamorada mujer, en la comedia, lo estaba pensando mi vecina. Si ella se llevaba la mano a la frente, apcsadumbrada, la protagonista también lo hacía. El nombre de mi enamorada debía ser el mismo de la enamorada de la comedia. Esta se llamaba Olga.

Me parecía, por momentos, absurdo que una mujer, en las tablas, estuviese diciendo lo que pensaba otra mujer ubicada en un sillón de la platea. O me irritaba que se hiciese farsa de una cosa nuestra. En cambio, gozaba lo indecible al oír al protagonista expresar mis ideas, explicar mis sentimientos, manifestar lo que tan oculto conservaba yo hasta ese momento. Luego, las respuestas eran mis respuestas a las preguntas de la mujer de la comedia y a las preguntas de la mujer de la platea. ¿Qué necesidad teníamos de dialogar en público? Olga, Olga, me decía por lo bajo, abandona la farsa, ahórrame tanta explicación. Ella, sin duda, pensaba otro tanto.

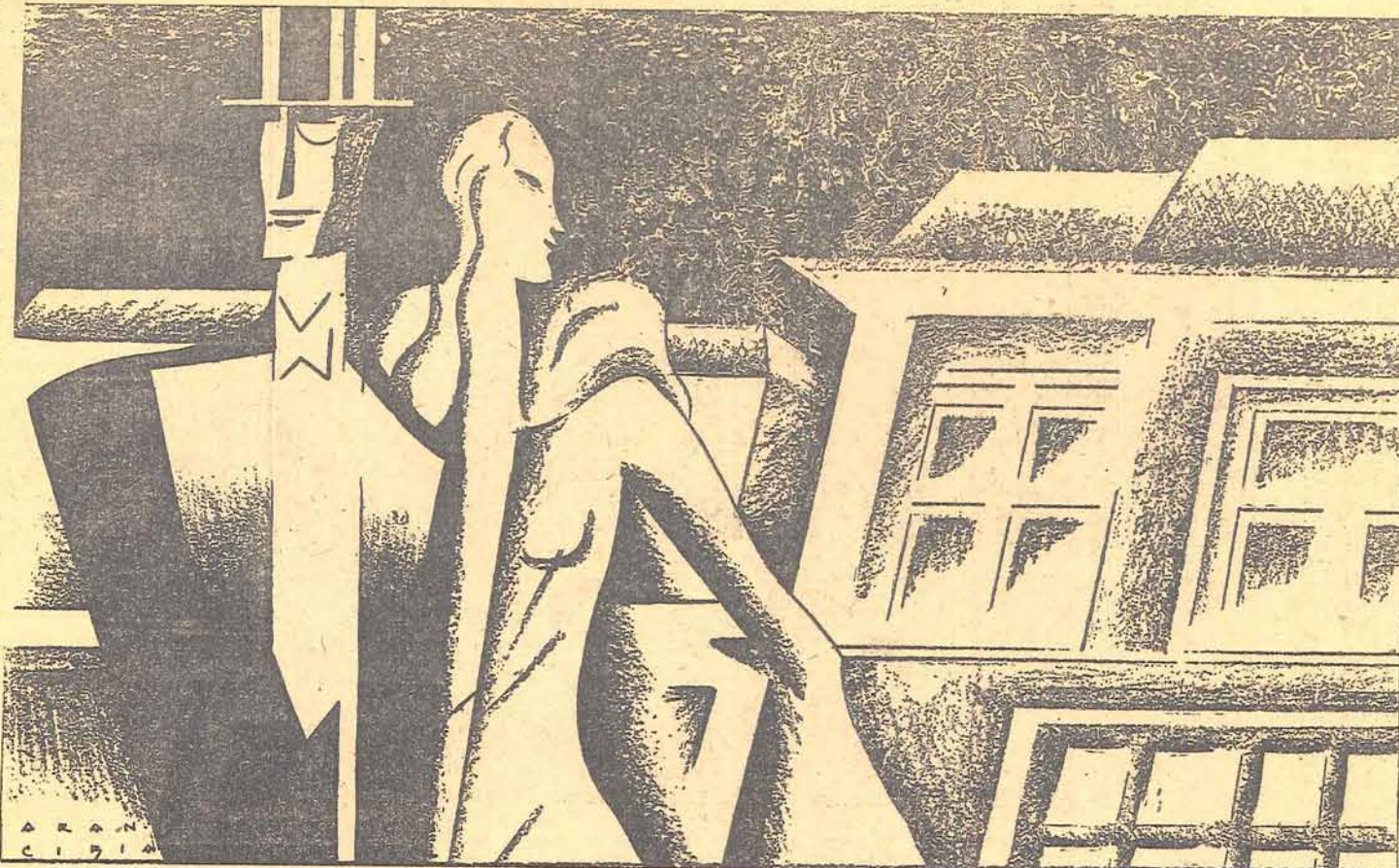
Siguieron los actos. Sucediéndose, sin caer el telón, como se acostumbra en ese teatro, espaciados unos y otros

por largos silencios. Yo utilizaba esos espacios en mirar a la Olga de la realidad. Cuando la otra, la de la ficción, la actriz, salía a escena, ambos sonreíamos. Después, salía yo a escena y hablaba y hablaba largamente. ¿Qué satisfacción poder hablar así, ininterrumpidamente, explicando una pasión! De algo sirvieron los tres días, precursores sin duda de esta emoción tan clara.

Finalizaba el quinto acto cuando Olga—la de la realidad—me enseñó su nuca, una nuca fresca y rosada. Era, por cierto, en una escena deliciosa, en que la actriz dejábase besar por su amante. Acababa yo de besarla. Era mía.

En el último acto se cumplió la revelación. Aquella mujer y yo acabábamos de unirnos para siempre. Fanny no era un obstáculo. Quizá ella también había hallado un alma en la sala. Al caer el telón, en la escena final, Fanny me dio tres golpecitos en el brazo. Volvíamos a la realidad. Si, habíamos vuelto a la realidad. De acuerdo. Los tres días previos, de preparación, fueron en verdad tres días en capilla... Los golpecitos en el brazo que me dio Fanny tuvieron para mí el valor de tres truenos en la cuerda de una horca. Desde aquel instante—han pasado años—estoy en el aire, abocado en un amor sin salida. No sé si maldecir aquel estreno, aquel teatro y los días en capilla y el miedo, precursor de un estado de amor que me tendrá suspenso hasta el fin de mis días. El fin de mis días, cuando caiga a tierra, a secarse, este esqueleto, cuyos pies danzan en el aire. Como epitafio provisorio a mis restos, vayan por ahora las palabras de Oscar Wilde en la "Balada de la cárcel de Reading": "Dulce es bailar al son de los violines cuando el Amor y la Vida son propicios; bailar al son de las flautas y al son de los laúdes es delicado y raro; pero bailar en el aire con pie ágil, nada tiene de placentero".

Así estoy desde entonces, desde que me sentí preparado para presenciar el estreno de "El amor", comedia en seis actos.



amor". No podríamos concurrir al estreno sin el fiel cumplimiento de los tres días previos de preparación. Estábamos en capilla.

Durante la jira vimos el mar. Nos lo hizo contemplar un largo rato. Luego nos condujo a la montaña. Desde la cima observamos la ciudad, el humo de la ciudad suspenso sobre las fábricas en acción. La ondulante bandera del trabajo. Más tarde nos ubicó en una esquina de un barrio sórdido. Una esquina sucia de sudor. Una de esas esquinas cuya arista de la casa se había puesto redonda de tanta gente que la doblara. A la vuelta de una esquina está aguardando siempre la fortuna.

El segundo día nos presentó mujeres que habitaban barrios excéntricos. Mujeres de ademanos contenidos, medrosos gestos, en una aparente desfachatez... Estrechamos sus manos en silencio. Maliciosas miradas nos dejaron a los hombres. Fanny recogió un reproche. Al volver, su mano había perdido el perfume habitual. Un olor penetrante metieron sus dedos en los guantes blancos...

El último día nos llevaron a oír música. Pasamos la tarde oyendo a Beethoven. Un buen número de sus sonatas.

Nos hallábamos listos, preparados, según el director, para presenciar el estreno. Habíanse cumplido sus exigencias.

A las 8 y 30 estábamos Fanny y yo a cien metros del teatro. Fácil nos era ser puntuales.

Sonaron las 9 en el reloj de una iglesia vecina. Nos metimos la hora en el alma. Estábamos en el "hall" del teatro. De pronto se apagaron las luces de la calle, del "hall" y la sala. La vecindad se hundió en una pavorosa obscuridad, salpicada de entrecortadas voces de incertidumbre. Hubo un comienzo de zozobra, de inquietud manifiesta. No habrían pasado diez segun-

me herir y, de cuando en cuando, me brotaba en los labios una sonrisa nerviosa. Una carcajada se hacía ovillo en mi garganta. Me castañeteaban los dientes.

Era necesario, era necesario todo aquello. Olvidé a Fanny. Mi mujer no existía. No tenía por qué existir en mi vida, desde que nos disponíamos a presenciar el estreno de "El amor". Pero, ¿por qué aquel miedo, aquel miedo atroz que paralizaba mis fuerzas? ¿Era necesario pasar por aquel estado para sentir, comprender la comedia? ¿Acaso, según el autor, era necesaria una crisis de miedo, como precursora del amor?

El miedo me separó de mi mujer. Tal vez ella sufría vejámenes a pocos pasos de mi cuerpo martirizado. Aquello me parecía a ratos absurdo. Recuerdo que me reía, no de mí mismo. Me reía del autor, de sus tretas para prepararnos al espectáculo.

Luego de un compás de espera, sin vejámenes, ni dolor, ni miedo, nos sentimos en el teatro. Decididamente, aunque mi sillón y el de Fanny estaban unidos, desde el primer diálogo nada teníamos que ver el uno con el otro. No bien se levantó el telón comprendí que estábamos ubicados en dos puntos de vista diametralmente opuestos. En cambio, por no sé qué razón, yo estaba ciertamente de acuerdo con una mujer ubicada a varios metros de mi sillón. Su punto de vista era el mío. Aquella mujer veía las cosas como yo. Así las sentía, como yo. De la misma manera que, en la calle, al cruzarnos con una persona, por una fuerza de simpatía, nos entendemos rápidamente, así era con aquella mujer. La diferencia estribaba en la duración de nuestro entendimiento. Si en la calle nos alejamos al instante de comprendidos, quizá para no vernos más, en el teatro durante una hora, poco a poco, nos estamos canjeando sensaciones. Sin

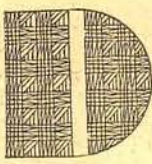
ENRIQUE AMORIM

ILUSTRACION DE ERNESTO ARANCIBIA

LA JUVENTUD DE NAPOLEON

POR
JACQUES
BAINVILLE

(PARA LA NACION)
PARIS, enero de 1930



DESIGNADO para el regimiento llamado de La Fère, el cadete hidalgo obtuvo la guarnición que deseaba. Valence era el Mediodía; por lo tanto, el camino de Córcega. El regimiento proporcionaba además a la isla dos compañías, de modo que Bonaparte tenía esperanzas de ser enviado a su país, donde vivía en espíritu con su corazón siempre henchido de nostalgia. Por medio de la imaginación y de la literatura se hacía de él una idea de tal modo hermosea, que luego la realidad le decepcionará. Esa Córcega que abandonara a los nueve años, sólo la conoce en realidad por las obras de aquellos que llamará ideólogos. Se la representa según la concepción Rouscan, quien nunca puso allí sus pies y que ha hecho de ella la imagen de lo que debería ser una república ideal, una tierra de hombres libres e iguales viviendo de acuerdo con la naturaleza.

Evidentemente, este oficialito es un intelectual. Mientras que su compañero de Mazis desprecia los libros, y piensa en las mujeres y en el amor, la pubertad de Bonaparte sueña también; pero toma de Juan Jacobo el "Contrato social" en vez de la "Nueva Heloisa"; profundiza el derecho natural y las constituciones; se dedica, más que nunca, a los libros y la fiebre de escribir comienza a atormentarlo.

En enero de 1786, ostentando ese uniforme azul con adornos rojos que para él fué siempre el más hermoso del mundo, pudo desempeñar por fin funciones de oficial y gozar de las primeras satisfacciones que proporcionan las charreteras. En Valence había una pequeña sociedad de provincia que le abrió sus puertas como a sus camaradas, de manera que no vivió completamente solitario. A pesar de lo arisco, lo torpe y lo pedante que era, accedió a las amabilidades de la señora de Colombier que le daba buenos consejos y tenía una hija Carolina, con la que esbozó un tímido idilio. ¿No iba con ella a comer cerezas a la hora de la fresca, como lo hacía Juan Jacobo con la señorita de Galley? Con la señorita Carolina mostrábase, además, ingenuamente libresco.

Muy poco resultado obtiene el futuro emperador de todos sus trámites en Ajaccio. Encuentra a su madre en grande escasez de dinero, pues la estancia en París ha costado muy caro; en esa ocasión carece de sirvienta y escribe a José para que le traiga una de Pisa, capaz de hacer el trabajo de nuestra "pequeña cocinera". Para salvar las moreras, queda por intentarse un último recurso ante el intendente de Córcega. Napoleón se traslada a Bastia, donde encuentra a sus colegas de guarnición; allí come con ellos, los asombra por su "espíritu claro y sentencioso", su "tono doctoral" y los escandaliza con teorías que hoy llamaríamos autonomistas y separatistas. Habiéndole preguntado uno de los oficiales franceses, si llegaría hasta desenvainar la espada contra un representante del rey, cuyo uniforme vestía, no contestó nada. Quizá él, tan prudente en sus palabras cuanto exaltado en sus escritos, se mordió la lengua temiendo haber hablado demasiado.

Renovando continuamente su permiso de licencia pasó más de veinte meses ausente de su cuerpo, hasta que en junio de 1788 tuvo que reincorporarse a él. Acantonaba éste a la sazón en Auxonne, villorrio de Borgoña y sede de un colegio de artillería dirigido por el mariscal de campo Barón du Teil. Bonaparte permanecerá allí hasta el mes de septiembre de 1789 y esta etapa le será provechosa, pues en tanto que Francia entra en la revolución

y el servicio reclama del joven teniente su participación para reprimir los disturbios que provoca ya la "anarquía espontánea", va operándose bajo la dirección de su jefe su verdadera formación, no sólo como artillero, sino también como militar. El general du Teil, hijo de una familia de militares, nacido entre las balas, era amigo de enseñar y despertar las inteligencias. Distinguió a Bonaparte que cursó con él su Escuela de Estado Mayor. En Auxonne no sólo dió el joven oficial los "principios de artillería", los métodos de tiro y "el modo de disponer los cañones para disparar bombas", sino también sus primeras nociones de táctica; más aun, se inició en el arte de la guerra y se compenetró con las ideas que más tarde tendría que aplicar.

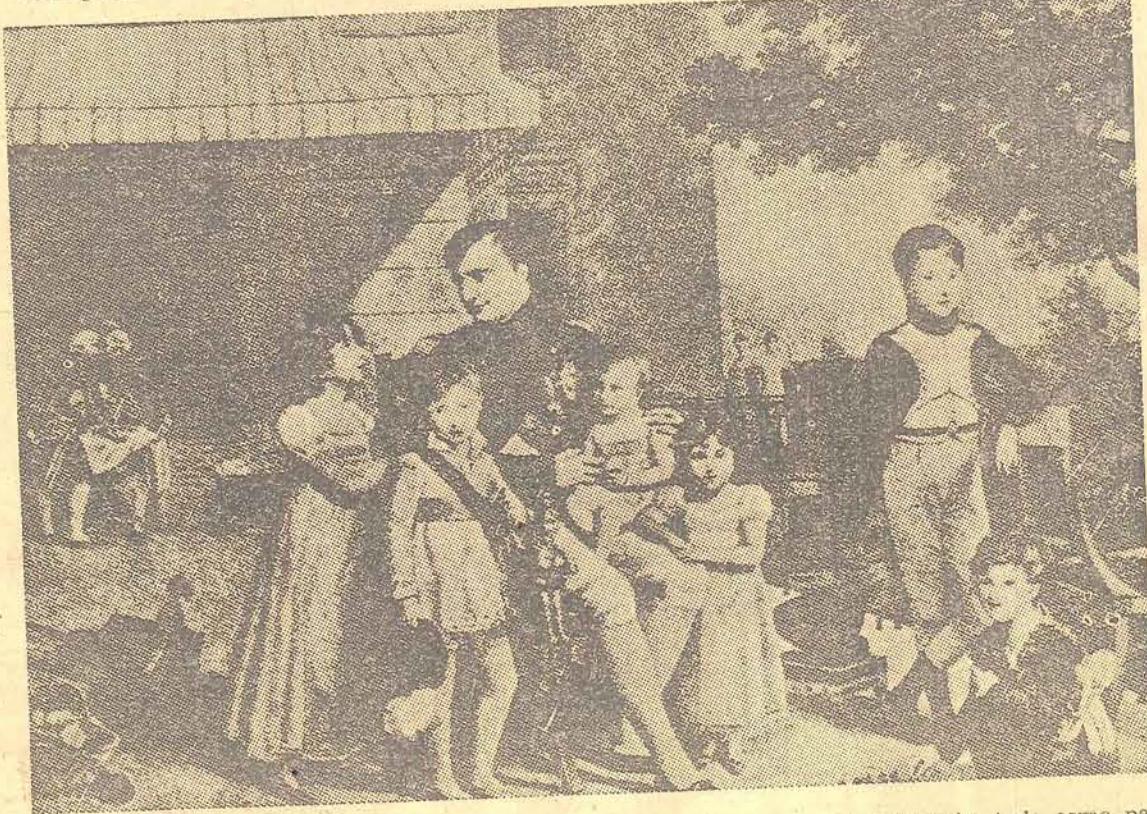
Bonaparte conoció el "Uso

guerra ofensiva y enérgica que se creía seguro alcanzar".

Napoleón experimentaba la dificultad de renovarse. Por eso los meses de Auxonne fueron tiempo de trabajo y de estudio; allí se ejercitó, una vez más, ese don característico de Napoleón, rara vez igualado, de aprender, retener y utilizar los conocimientos que estaban a su alcance. Sacaba provecho del polígono y de todas partes. Un día fué arrestado: "feliz accidente" dirá Roederer su administrador. En el cuarto donde pasó veinticuatro horas encerrado no había más que un libro: las

de julio, como sucedió en muchas otras ciudades, el populacho invadió las oficinas de impuestos, rompiendo todo y destruyendo los registros y los padrones, puesto que según la observación desilusionada del gran Carnot, las revoluciones detestan los impuestos por razones profundas. Un nuevo síntoma de desorganización se produjo al mes siguiente cuando comenzaron las sediciones militares. El regimiento de La Fère imitó a los demás; obligó al coronel a que le hiciera entrega de la caja del regimiento y los amotinados salieron, victoriosos.

El teniente Bonaparte contemplaba estos acontecimientos como extranjero a sueldo de Francia. Como soldado disciplinado, participaba en las represiones; no simpatizaba con las sediciones, ni con los moti-



Napoleón en Saint-Cloud con los hijos de Murat. (Oleo de Luis Ducos)

"Institutas" de Justiniano, cuyo infolio polvoriento devoró. Cerca de quince años más tarde, mientras se redactaba el Código Civil, asombraba al Consejo de Estado con sus citas de las leyes romanas; de una lectura fortuita había retenido lo suficiente como para alternar con viejos juristas.

Para que estas previsiones fueran de utilidad, para que el lector del Digesto se convirtiera en legislador supremo, se precisaban los formidables acontecimientos que estaban a punto de producirse. Fué desde Auxonne de donde Bonaparte presenció los comienzos de la revolución, con un espíritu digno de ser explicado y definido, ya que en él se halla una de las explicaciones de su carrera y tal vez la principal.

Hoy, la Revolución catalogada entre los fenómenos políticos a cuya categoría pertenece, se despoja de su leyenda. Su proceso de desarrollo fué análogo al de otras; su patología no fué una excepción. Comenzó por desórdenes vulgares que precedieron y siguieron a la toma de la Bastilla, y se produjeron en todas partes, y hasta en la región borgoñona donde se hallaba el regimiento de Napoleón, quien como militar tuvo que tomar parte en las represiones. En el mes de abril de 1789, enviado con su compañía a Seurre donde habían estallado disturbios, tuvo un gesto enérgico al disolver un tumulto, dando en alta voz la orden de cargar las armas y gritando a la multitud: "Que las personas decentes vuelvan a sus casas; sólo tiraré a la canalla". De regreso a Auxonne, fué testigo de escenas más graves. El 19

nes, y juzgaba todo como persona que en el fondo fuera ajena al país. Sus lecturas lo impulsaban, sin duda, hacia las nuevas ideas, como sucedía con algunos de sus camaradas. Sólo que éstos soñaban con una regeneración de Francia, al paso que él calculaba la independencia de Córcega.

Los sentimientos republicanos que contrajera en su culto por Paoli, tanto como en la lectura de Rousseau y que le hacían ya cambiar puntapiés con Philippeaux por debajo de las mesas del Colegio Militar, se avivaron sin duda con las noticias de París; sin embargo, permanecía sereno. Desprovisto de dinero, no salía de su habitación, a no ser para el cumplimiento de sus deberes militares; no cesaba de leer y de escribir en abundancia y siempre en francés, pues no se conserva de él ni una sola página en italiano, a pesar de que su francés esté salpicado de italianismos. Según el acertado método del antiguo adagio que dice que la lectura sin pluma no es más que sueño, acumulará notas sobre notas de los libros más diversos. No renunciaba ni aun a la literatura, y de esta época datan dos pequeños relatos que llamaremos "novelas". Luego analizaba sucesivamente la "República" de Platón y la historia de Federico II; ponía ficha aparte sobre los resultados financieros de la Compañía de Indias y sobre el presupuesto de Necker; entre sus papeles se encuentran también los estatutos de la asociación de jóvenes oficiales del regimiento, en boga en el viejo ejército y que se denominaba "la Calotte". Bonaparte había redactado los artículos de este proyecto destinado a los tenientes de La Fère, con la misma seriedad que

si se tratara de dar una constitución a un gran país.

¿Qué hace, pues, Bonaparte mientras comienza la revolución en París? Escribe, escribe siempre. Su historia de Córcega, compuesta en forma epistolar, sometida al juicio de uno de sus antiguos profesores de Brienne, el Padre Dupuy, que el 15 de julio de 1789 le envió las primeras observaciones, corrigiendo su estilo, cambiando expresiones defectuosas y borrando pasajes demasiado enfáticos. El joven autor, enteramente dedicado a su trabajo no se conmueve por las noticias de París, como le sucedió, según dicen, a Kant, quien por primera vez interrumpió su paseo al enterarse de la toma de la Bastilla. La caída de la vieja fortaleza no figura en los escritos del teniente como tampoco en el diario de Luis XVI.

Circunstancia más importante en la orientación de su vida será el estar ausente de Francia durante la mayor parte del verdadero período revolucionario, del período del entusiasmo. Desde el mes de septiembre de 1789 hasta fines de enero de 1791, después desde octubre de 1791 hasta junio de 1792 y luego desde octubre de 1792 hasta junio de 1793 se hallará en Córcega. Sólo habrá presenciado algunos episodios de la Revolución Francesa, pero no la habrá vivido; no habrá respirado sino de lejos sus pasiones y, sobre todo, no se habrá visto comprometido ni envuelto por ellas. Será tan libre de ideas como de sentimientos frente a la república, como frente a la realidad caída.

Junto con su hermano José actuó en la política de Córcega, pero en muy pequeña escala para lo mucho que se agitó. Por lo pronto, al desembarcar lo esperaba una desilusión; la realidad no respondía a lo que él se había imaginado o a lo que los filósofos le habían enseñado. Sus compatriotas no se manifestaron unánimes en participar de su celo por la revolución libertadora. La isla estaba dividida en clases y facciones y Napoleón chocó en seguida con hombres eminentes como Pozzi di Bergho y Peraldi, de gran influencia por sus numerosos partidarios, al lado de los cuales los hermanos Bonaparte eran personajes insignificantes. Había también conservadores y reaccionarios que acogían con desconfianza o rechazaban las ideas de París, actitud que empeoraría al inmiscuirse la cuestión religiosa. De aquí surgió una consecuencia decisiva para el político novel, que, habiendo abrazado el partido de la Revolución en favor de Córcega, no pudo combatir la contrarrevolución en su isla, sin alistarse entre los patriotas y enrolarse a pesar suyo en el partido francés. Por el mismo motivo saludó como un triunfo sobre los aristócratas el decreto de la Constituyente que proclamaba a Córcega parte integrante del territorio de Francia y la convertía en un departamento como los demás. Llegado a Ajaccio con los sentimientos de un autonomista, vióse inducido por su doctrina que lo llevaba a libertar a la isla de su tiranía, a colocarse del lado de los unificadores, es decir, del lado de Francia, del que no se separará jamás. Al final se separará del mismo Paoli, porque el defensor de la independencia, su dios, su héroe a quien el candor de los constituyentes había vuelto a abrir las puertas de Córcega, la guerra entregará a los británicos, considerando al francés con la escarapela tricolor o con la blanca, siempre como a enemigo.

Fueron sobre todo sinsabores lo que Napoleón recogió de sus sucesivas estadas en su primera patria, hasta el momento en que ella le rechazó del todo.

Reintegrado a su regimiento, primero en Auxonne y luego en Valence, reanudó su vida de guarnición tanto más austera

(Continúa en la pág. 31)

EL MISTERIO DEL MARIE CELESTE

por
HORACE J. ANDREWS
ILUSTRACIONES DE L. MACAYA

Enigma fascinador e inquietante en grado sumo, que permaneció por espacio de cuarenta y un años sin solución plausible, fué este, ocurrido en alta mar y que, rebasando la esfera de lo novelesco, pudo, como dijo el "Spectator" en 1873, a raíz del suceso, haber inspirado a Edgar Allan Poe—cuyos "Cuentos de misterio y de imaginación", son bien conocidos—o bien al poeta Coleridge, que escribió el poema obsesional y horrendo titulado "El antiguo marinero".

ESDE que por vez primera los hombres "surcaron la mar en buques", se han dado casos misteriosos en sus aguas, pero el más famoso, más notable y más enigmático que registran los anales de la navegación, es el del bergantín norteamericano Marie Celeste.

El 5 de diciembre de 1872, la barca inglesa Dei Gratia avisó un bergantín que tenía su proa puesta directamente al estrecho de Gibraltar hacia el cual navegaba a toda vela y, al parecer, en perfectas condiciones marítimas, pero sin comando. Iba guiñando y dando tumbos por causa del viento.

El capitán Boyce, de la Dei Gratia, advirtió a su piloto, señor Adams, que indudablemente ocurría algo extraño en aquel barco. Al acercarse a éste pudieron observar con sus anteojos que no había nadie en cubierta.

—¡Ice el pescante de urgencia, ordenó el capitán.

Sin embargo, el bergantín no dió señales de vida y, como el mar estaba tranquilo, el capitán decidió abordarlo y enterarse de lo extraño que le ocurría. Bajóse un bote, y el propio capitán Boyce, junto con el piloto y dos marineros, se dirigió a bordo del buque abandonado.

Lo abordaron con alguna dificultad y no hallaron en él alma viviente; pero tampoco encontraron causa aparente para su abandono. Su cargamento, que consistía principalmente en licores, se hallaba en su sitio, intacto, y todo estaba en el orden más perfecto. No había agua en la cala, lo que demostraba que no había sufrido ninguna vía de agua, y todas sus berlingas, aparejos y velas aparecían en su lugar, incólumes. Lo más misterioso del caso era que ni un bote faltaba. Todos estaban colocados en sus pescantes.

Prosiguiendo su búsqueda, el capitán Boyce y su piloto se asombraron aún más.

En la mesa del comedor se veía una comida interrumpida, en la que habían participado evidentemente cuatro personas, una de las cuales, sin duda alguna, había sido un niño que casi había terminado de comer un plato de sopa de avena. En el sitio del capitán quedaban las dos mitades de un huevo duro, todavía en su cáscara, y al lado, como para ser administrado al niño, un frasco de jarabe para la tos, sin descorchar.

Si hubiese habido mal tiempo, al ser abandonado el barco, o después, el frasco se habría derribado.

Al otro extremo de la mesa se veía una máquina de coser, destapada, en una esquina de cuya base, "puesto de lado", quedaba un dedal, comprobando también que el barco no había sufrido una tormenta reciente. Bajo la aguja de la máquina había un delantal de niño, mostrando que la mujer que estaba cosiendo "había interrumpido la costura, dejando a medio coser una manga".

La cabina del capitán no ofrecía señales de desorden; su caja de hierro estaba intacta, como todos sus demás efectos, que eran de valor. En el camarote de los dos pilotos quedaban dos

relojes sobre la mesa y sus prendas de uso personal no habían sido tocadas.

Cosa bastante extraña, sin embargo: se informó que los papeles y el cronómetro del barco habían desaparecido. El diario de navegación se halló, viéndose que había sido escrito sólo hasta el 24 de noviembre, es decir, diez días antes; pero se dice que en el cuarto de mapas un reloj daba su tic-tac ininterrumpido y en ninguna parte se advertían señales de preparativos hechos para abandonar el barco.

Una aserción asaz emocionante, que no figura en la mayor parte de las versiones de esta tragedia, dice que "una espada que estaba en el camarote, probablemente la del capitán, y no en el comedor, aparecía manchada de sangre". El referido aserto se lee en una información acerca del misterio publicada en un semanario londinense el 15 de marzo de 1873, tres meses después de ocurrido el suceso. La tomamos del "Spectator" que probablemente la publicó tres semanas antes. Dice así:

"Romántica aventura marítima": El "Gibraltar Chronicle" publica un relato capaz de inspirar a Edgar Poe o a Coleridge. El 5 de diciembre un buque británico, el Dei Gratia, se encontró un bergantín norteamericano, el Mary Celeste, a los 38°20' de latitud norte y 17°15' de longitud oeste. El piloto lo abordó y lo halló abandonado, sin causa aparente, en perfectas condiciones, no averiado por tormentas, parada una redomita llena de aceite (sic) y sin muestras de haber sufrido nada. Una espada que se halló en la cabina aparecía manchada de sangre y huellas de ésta se veían en una batayola de cofa y las dos servietas de la nave habían sido cortadas con algún instrumento afilado. Las prendas del capitán eran de valor y a bordo habían estado una señora y un niño. No se dice si los botes habían desaparecido, pero se presume que la tripulación, o parte de ella, asesinó al capitán, puso proa a las Azores y huyó en los botes, llevándose a la señora y el niño".

La hipótesis adelantada por el "Spectator" cayó por su base al saberse, merced a un informe posterior más completo, que no había desaparecido un solo bote. Pero no hemos acabado con los hallazgos del capitán Boyce a bordo del barco abandonado. Aquél y el piloto hallaron el lavado semanal de los marineros,

tendido sobre una cuerda del bauprés del castillo de proa y en éste, donde está el compartimiento de la tripulación, sobre la estufa, pailas con el desayuno de los marineros, completamente listo. En derredor se veían los efectos de aquéllos, inclusive sus pipas y tabaco.

Haciendo una inspección más minuciosa, como lo decía el "Spectator", se hallaron ciertas huellas sospechosas en las servietas del bergantín, las que se han descrito en diferentes términos, como "un solo tajo profundo como un hachazo en los baluartes" y "una avería rara en las servietas y dos cortes cuadrados en el exterior".

La Dei Gratia remolcó al barco abandonado, que resultó ser el Marie Celeste, de Nueva York, a Gibraltar; desde allí el consúl norteamericano cablegrafió al propietario lo siguiente: "El bergantín norteamericano Marie Celeste, de Nueva York, fué remolcado a este puerto por la barca británica Dei Gratia, que lo encontró abandonado en alta mar el 5 de diciembre. El bergantín se hallaba en perfecto estado; pero el Tribunal del Almirantazgo lo tomó como abandonado. Se ignora la suerte de sus tripulantes".

Luego se supo que el Marie Celeste había zarpado de Nueva York con rumbo a Génova en el otoño de 1872. Era un barco de 600 toneladas brutas, comandado por el capitán Benjamín o Benedicto Briggs y tripulado por diez marineros y dos pilotos. Iban también a bordo la esposa del capitán y su hijo, de siete a ocho años.

El Gobierno norteamericano comunicó al punto a sus consules de todos los puertos situados dentro del radio donde se encontró al buque abandonado, las misteriosas circunstancias de su hallazgo, dándoles instrucciones para hacer investigaciones diligentes, a fin de saber la suerte de la tripulación; pero no se supo nada sino que el barco bri-

tánico Highlander, se había cruzado con el Marie Celeste en mitad del Atlántico, justamente al sur de las Azores, el 4 de diciembre, es decir, la víspera del día en que se le halló abandonado. Los dos barcos habían cambiado señales y el Marie Celeste había respondido: "Todo va bien".

No averiguándose nada más, el Gobierno de los Estados Unidos, despachó, al cabo, un mensaje al mundo entero, pidiendo informaciones que aclarasen el misterio; pero transcurrieron cuarenta y un años antes de que se obtuviese en noviembre de 1913 una explicación plausible del enigma. Hasta esa fecha, a pesar de la amplia publicidad dada al asunto, no se obtuvo la menor luz al respecto ni se supo nada de la tripulación, ni aun del capitán, de su esposa y de su hija.

grillos a la madrugada y, después de haberlos arrojado al mar, haber hecho lo mismo con el resto de los tripulantes, con su mujer y su hija, horrorizadas, valiéndose de la espada ensangrentada, siguiéndoles al punto él mismo y dejando como único rastro de su espantosa acción la espada tinta en sangre.

Sea como fuere, en noviembre de 1913, según ya dijimos, la explicación más factible apareció publicada en el "Strand Magazine" por Mr. A. Howard Linford, director de la escuela de Peterborough, la principal escuela preparatoria de Hampstead. Allí decía Mr. Linford que no garantizaba la verdad de lo narrado, que lo había tomado de unos papeles que le dejara un viejo servidor suyo, llamado Abel Fosdyk, encerrados en tres cajas.

En lo escrito en aquellos papeles, Fosdyk afirmaba haber sido uno de los diez marineros que formaban la tripulación del Marie Celeste, donde servía como steward más bien que como marinero. Refería cómo alrededor de quince días después de zarpar de Nueva York, el viento se convirtió en galerna, que duró cuatro días y cuatro noches. Luego sobrevino buen tiempo por unos días, seguido nuevamente por rachas y galernas que duraron la última mitad de octubre y la primera de noviembre. Mientras reinaba el mal tiempo, la señora de Briggs, esposa del capitán, cayó enferma, pero se restableció pronto al volver los días mejores y cálidos.

No obstante, a la sazón, el capitán Briggs sufrió una depresión nerviosa que inquietó muchísimo a su esposa. En esos días la tripulación presenció un gran espectáculo meteórico en el cielo. Al entrar los días de calma, el carpintero de a bordo, para que la niña jugase y tomase el aire con seguridad, le había arreglado en las servietas una armazón semejante a un puente o plataforma, a la que se dió el nombre humorístico de "alcázar de la nena" y donde ésta solía jugar todos los días, mientras su madre se sentaba a su lado a coser o leer.

El capitán Briggs se fué empeorando día a día, y una mañana, probablemente la del 5 de diciembre, anunció en el desayuno que quería nadar vestido en torno del barco. Era un excelente nadador, como lo era también el piloto, y probablemente su repentina determinación surgió a raíz de una discusión entre ambos al respecto.

En vano la señora Briggs y el piloto procuraron disuadir al capitán de su descabellado propósito; pero viendo que estaba resuelto a llevarlo a cabo, la señora suplicó al piloto que lo acompañase a nadar.

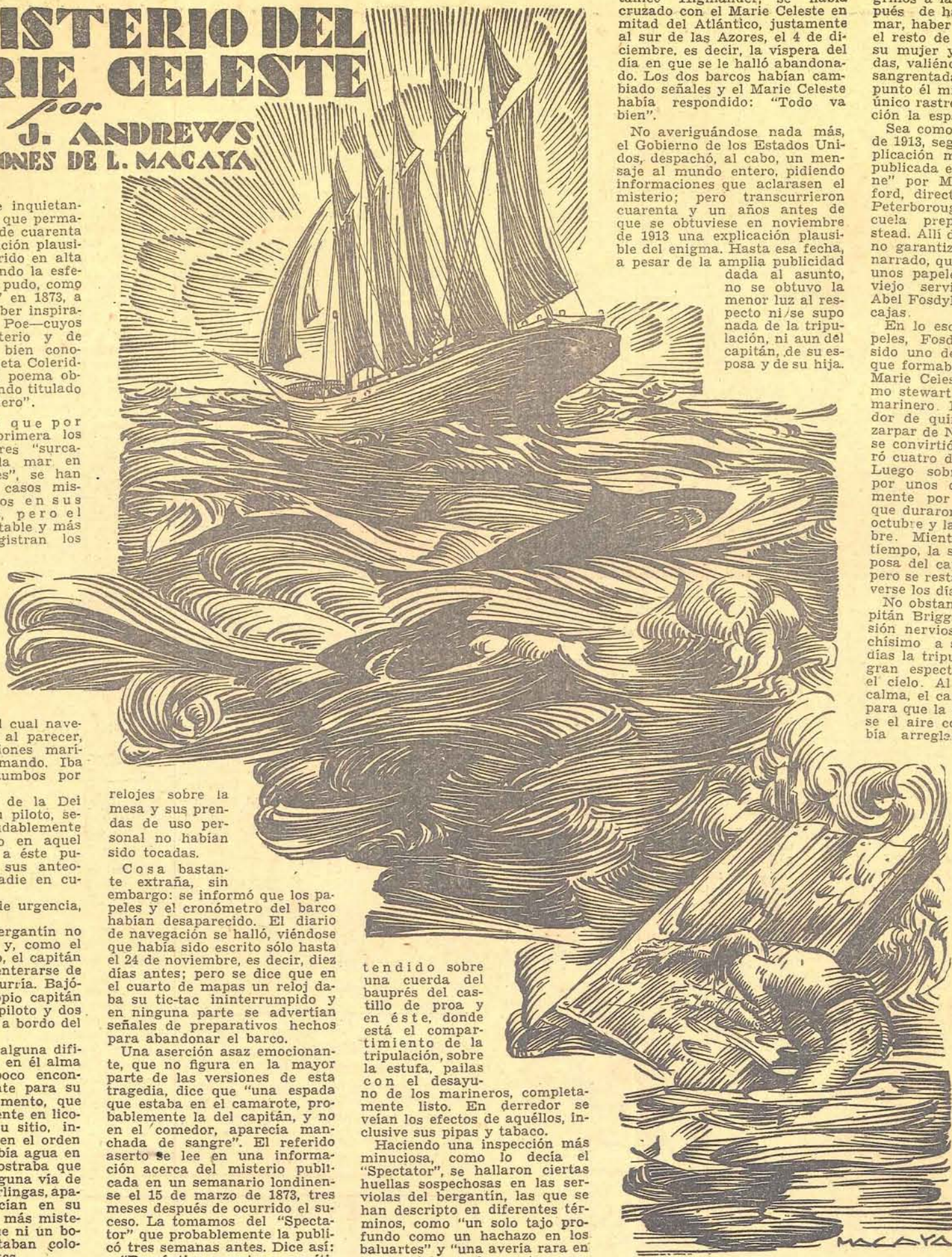
Este accedió a su ruego y, completamente vestidos, los dos hombres se arrojaron al mar juntos, mientras toda la tripulación, apiñada entre la señora Briggs y la "nena", sobre el "alcázar" de ésta, presenciaba la competencia, para, en caso de hallarse en apuros uno de los nadadores, prestarles la ayuda necesaria.

Al aparecer los dos hombres detrás de la popa, tratando probablemente de aventajarse mutuamente, todos los que se hallaban en el "alcázar" se agruparon hacia aquel lado para verlos mejor, haciendo que se levantara hacia el opuesto la fragil armazón y los lanzara al agua en revuelto montón, resbalándose tras ellos y golpeando las olas con un gran chapoteo.

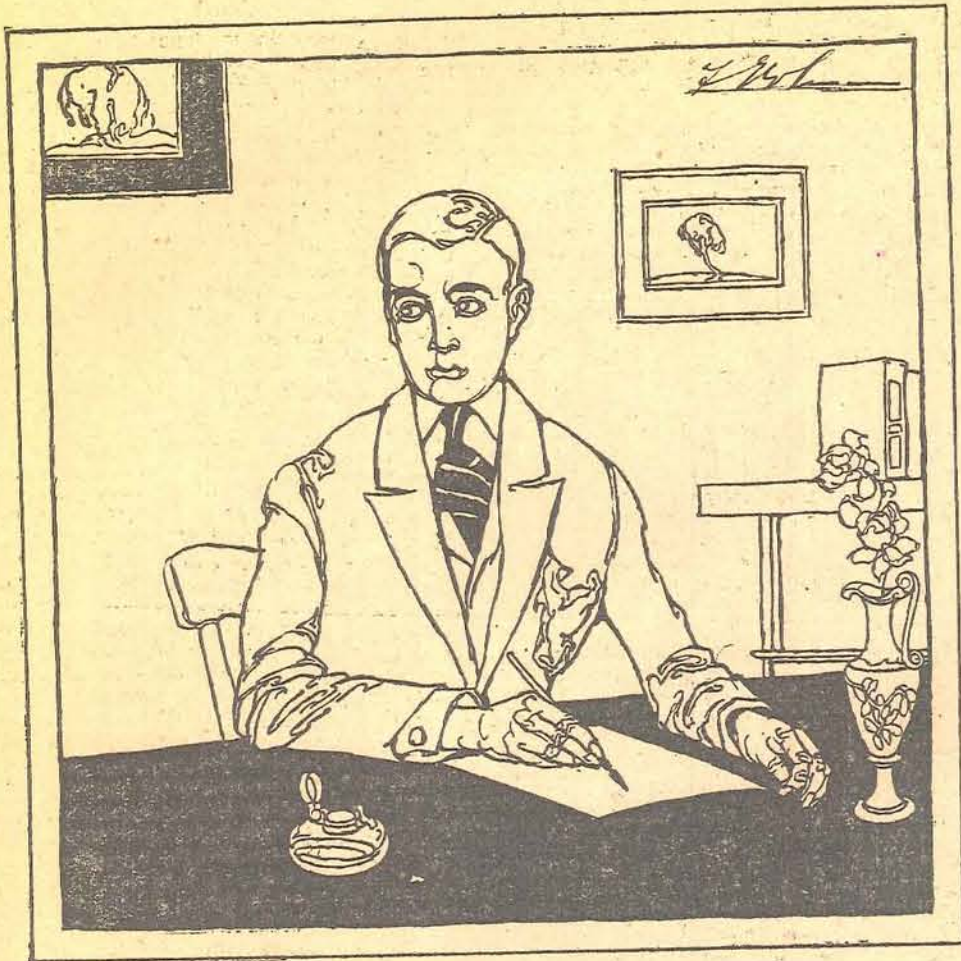
Fosdyk maniobró para agarrarse a la plataforma y mantenerse así a ella, siendo el único en lograrlo. Sin duda, su propio empuje lo alejó juntamente con las olas a cierta distancia del barco. Mientras tanto, levantóse viento que infló las velas.

Un tiburón dió cuenta del ca-

(Continúa en la pág. 29)



EPISTOLARIO



DE JUAN CARLOS A LIDIA

Querida Beba:

DESPUES de cuatro días de involuntario silencio, vividos entre angustias sin cuento y durante los cuales habrás pensado de mí las monstruosidades mayores, hoy te escribo para darte una tremenda noticia: ayer hemos enterrado al tío Federico, fallecido casi repentinamente.

No sé si alguna vez te dije lo que este pariente nobilísimo significaba en mi familia. Era el consejero oportuno, el amigo cordialísimo, un segundo padre. Estamos todos aplastados, desorientados. Precisamente la víspera del luctuoso suceso me entregará el sastre los dos trajes de "palm beach" de que te hablé en mi anterior. Ya ves qué desastre, ahora con el luto riguroso. Esto sin contar con los zapatos de cuero a dos tonos, que se están imponiendo y que pensaba lucir durante mi permanencia en esa y que ahora tendré que archivar. ¡Un verdadero dolor!

No creo necesario comunicarte que mi proyectado viaje a Chivilcoy hemos de considerarlo largamente aplazado. ¡Y con lo magníficos que van a estar los bailes en el teatro!... Pobre tío, era un santo. Su desaparición, justamente en esta fecha, es la primera inoportunidad que le conozco. Resignémonos. Tengo los nervios indomables. Una mezcla de rabia y de dolor... En fin, es mejor no hablar.

Espero mañana tus noticias. Sin falta ¿eh? A no vengarse que no lo merezco. Cariños.

Juan Carlos.



DE LIDIA A JUAN CARLOS

Adorado Carluchito:

No sé cómo expresarte la zozobra y la pena hondísima que me causan tus nefastas nuevas. ¿Qué voy a decirte en trance tan amargo? Resignación y confiar en Dios. Si tú te quejas, qué me queda a mí, que esperaba tu llegada con la ansiedad que te suponías, después de casi ocho meses... ¡Y pensar que ayer terminé las aplica-

ciones de pintura en mi disfraz de "Las Cuatro Artes".

La verdad es que no recuerdo haber oído nunca hablar de tu tío Federico. Pero nos parece tan poco el tiempo de nuestras espaciadas entrevistas para hablar de nosotros mismos... ¡Qué egoísta es el amor!

Supongo que, en los frívolos días que se avecinan, no has de separarte un momento del lado de tu buena mamita, a quien la desgracia debe tener abatida en sumo grado. Yo, por mi parte, pienso no moverme de casa. Aun cuando, pensándolo mejor, tal vez me vaya a Suipacha a pasar estos días en la estancia de mi cuñada, que también guarda luto reciente. Allí veremos. De todas formas te avisaré y he de escribirte cada día. Espiritualmente, ya que la fatalidad desbarata nuestro tan acariciado proyecto carnavalesco, estaré a tu lado con mi carta diaria.

Espero que tendrás serenidad y calma y piensa en lo que sufre también por no tenerte a su lado, tu

Beba.



DE SUSANA A LIDIA

Mi queridísima Beba:

Esperaba encontrar carta tuya a mi regreso de Mar del Plata, pero veo que continúas tan holgazana como siempre. Las enamoradas sois una calamidad perfecta. No te perdono, por esta vez, esa tacañería epistolar, sobre todo después de estos días locos, en que has debido correrla de lo lindo, pues ya sé que estuviste libre como un pájaro. ¿Qué ocurrió? ¿Hubo borrasca? Ya me contarás. ¡Feliz tú, hijita, que no tienes a tu lado un testigo maniático y perverso como Raúl; este turco que no me dejó a sol ni a sombra, como si temiese que me devorase! Figúrate que en el baile del Golf, bailamos tres piezas, y cuando empezaba la cosa a tener gusto, romanticismo de terraza hasta el final. ¡No es para desesperarse? ¡Vale la pena tener 18 años y no ser absolutamente un esperpento para llegar a estos resultados?

He visto a Juan Carlos diversas veces durante los días de Carnaval. Por la mañana, Rambla arriba, Rambla

abajo, tan maniquí como siempre (no te me ofendas) con unos zapatos de bailarín ruso y unos trajes de esa arpillera que ahora llevan los muchachos, de tal manera claros que ofendía la vista. Menos mal que sus excesos tropicales aparecían equilibrados por la compañía de una chica de Córdoba, de tal forma modosa y lindísima, que más parecía una cosa de novela que una veraneante de carne y hueso; tan agradable y tan sensatamente vestida, que se nos embotaba la tijera. No había por donde meterle diente. ¡Una monada! Te digo todo esto, porque sé que no eres celosa. ¡Qué suerte la tuya, querida! ¡Dioscintas cordobesas hubiese deseado yo para Raúl, con tal de que me dejase tranquila durante esta semana!

He visto a Juan Carlos, por última vez, en el baile del martes, con sus dos hermanas, monisimas, elegantísimas, con unos vestidos de crêpe estampado, tal vez demasiado colorines para por la noche, pero perfectos. Y qué bailarinas! Acapararon a medio mundo. También estaba la mamá, muy coquetona y distinguida, rodeada de señores, hablando por los codos. ¡Qué "Manual de la perfecta viuda" podría escribir esta deliciosa dama! No será superfluo decirte que estuvo la cordobesa, con los mejores ojos y la sonrisa más ingenua y, por lo tanto, más peligrosa de la temporada. ¡Ya no sabemos sonreír, querida, nacemos viejas! Bailaron toda la noche. Juan Carlos no me saludó, ni creo que me haya reconocido, lo cual no tiene nada de extraño, teniendo en cuenta aquella fugacísima presentación en el Hipódromo, en tu anterior venida a ésta.

Nada más por el momento, hasta que no me escribas. Además, estoy ocupadísima. Este Buenos Aires la agarra a una como un pulpo. A las 3 tengo una reunión de directiva en las Siervas. Desde las 4 hasta las 5.30 de tiendas. Vengo desnuda. A las 5.30 un té sensacional. ¡Me traigo unos líos! Ya te contaré. Pero a cambio de que tú me cuentes.

Muchos besos de tu

Susy.



DE JUAN CARLOS A LIDIA

Mi buenisima Bebita:

Creo innecesario disculparme porque ya sé de antemano que, si no tu cabeza, al menos tu corazón habrá perdonado suficientemente este silencio de media

semana. No obstante, es mi deber explicarte sus causas.

Dos días después del fallecimiento de tío Federico—¡aquel santo a quien tanto hemos llorado y lloraremos!—la pobre mamá sufrió una crisis nerviosa tremenda. Sin perder ni una hora, por indicación terminante del médico, quien impuso cambio de aires y cura de reposo inmediata, hemos salido el sábado de Carnaval para Córdoba. Llegamos el domingo y después de descansar unas horas, salimos para Tanti Viejo, en las sierras. Como es natural, tuve que pasarme allí cuatro días fatales, inmensos, sin tus noticias, sin ver a nadie, encarcelado en la pequeña quinta, teniendo que atender yo solo a mamá, abatida hasta la postración, pues mis hermanas, asustadísimas, se lo pasaron llorando y entorpeciendo todo. Date cuenta qué Carnaval. Confiamos en que después de esta prueba a que nos somete el destino, nos aguarden días mejores.

Por fortuna, el miércoles se inició una franca mejoría y ese mismo día por la noche partí de Córdoba para llegar hoy a Buenos Aires, a fin de entender en los pormenores enojosos del juicio sucesorio de tío Federico, que Dios tenga en su paz. Mi primer cuidado al llegar, es el de escribirte. Te aseguro que estoy aturdido e indignado. Nunca creí que la vida fuese tan injusta.

Escribeme. Te necesita más que nunca y te adora más que nunca tu

Carluchito.



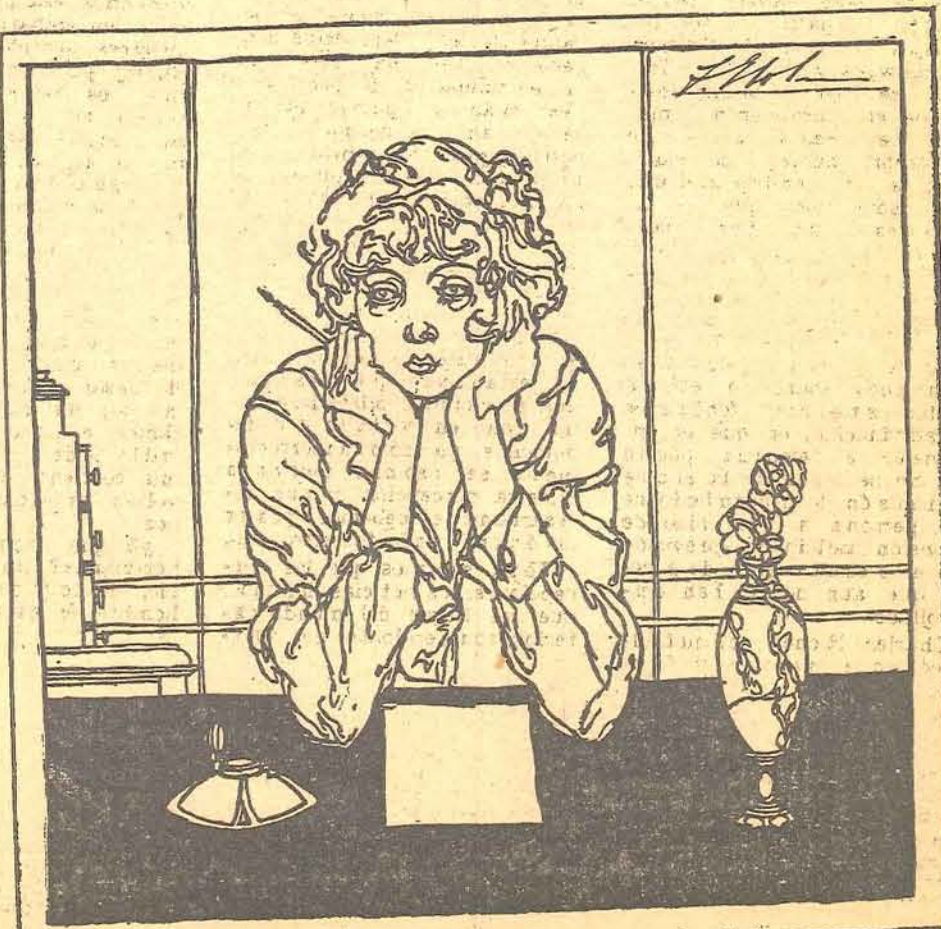
DE LIDIA A JUAN CARLOS

Señor Juan Carlos Ramírez, Buenos Aires:

Es usted el cínico más insolente que he conocido en mi vida y lo que me resta de ella, que pienso que sea mucho, me parecerá poco para lamentar los dos años que he perdido suponiendo que era un caballero, quien no era otra cosa que un vulgar sinvergüenza. Apelo a ese resto de hombría que siempre queda en los rincones del alma más abyecta, para que usted no deje desatendidos estos dos ruegos de una mujer: devuélvame mis retratos y trate de no saber más de mí.

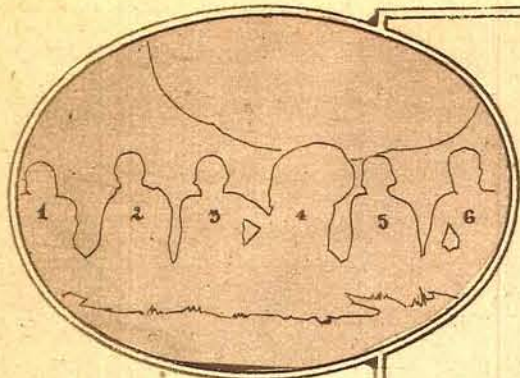
Que sea usted tan feliz como yo empiezo a serlo desde el momento en que me veo libre de su hipócrita relación. Yo encantada.

Lidia Nevares.



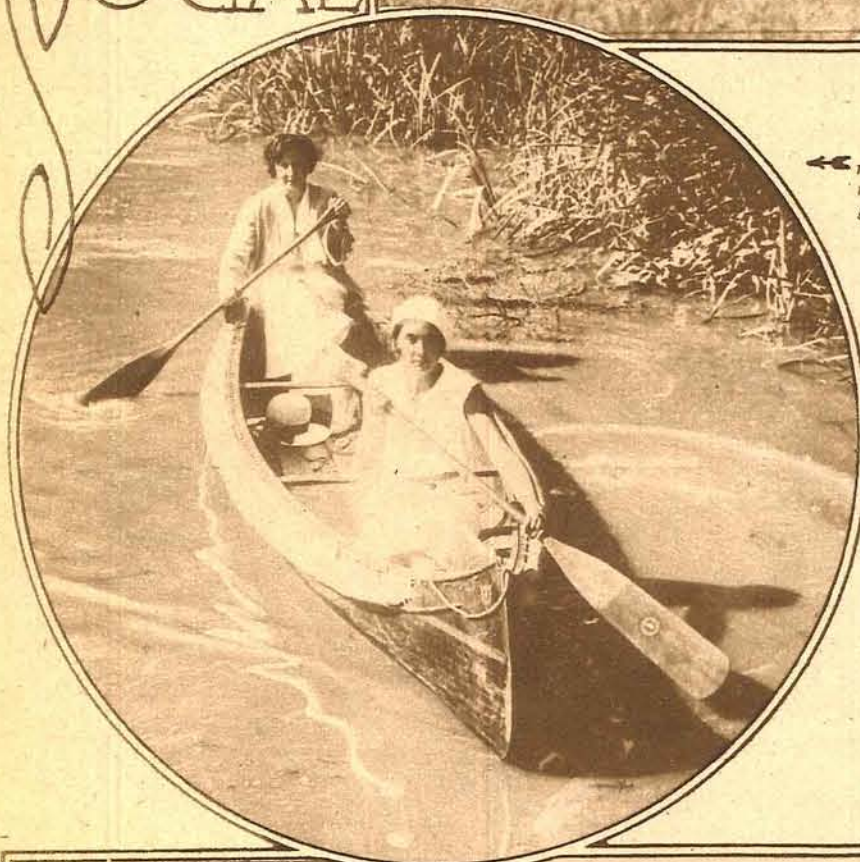
POR LA TRANSCRIPCION
EDUARDO BLANCO-AMOR

ILUSTRACIONES DE JUAN HOHMANN



Los balnearios de los pueblos del Norte ofrecen a esta altura de la temporada animado aspecto singularizándose la playa de San Isidro, concurrida por numerosos grupos de bañistas. Aparecen en la fotografía las siguientes personas: 1, Alberto Isla Casares; 2, Mercedes Obarrío Gelly; 3, Lola Isla Casares; 4, María Piñero; 5, Hebe Gowland; 6, Carlos Piccardo Urquiza.

FILM SOCIAL



El ejercicio del remo en canoa canadiense presta singular encanto a los riachos del Tígre. Tripulan esta embarcación: a proa, la señorita María Florencia Agote Robertson y a popa la señorita María Clementina Villegas.

La señorita Susana Bunge y el señor Ernesto Bellocq, en la playa de San Fernando.

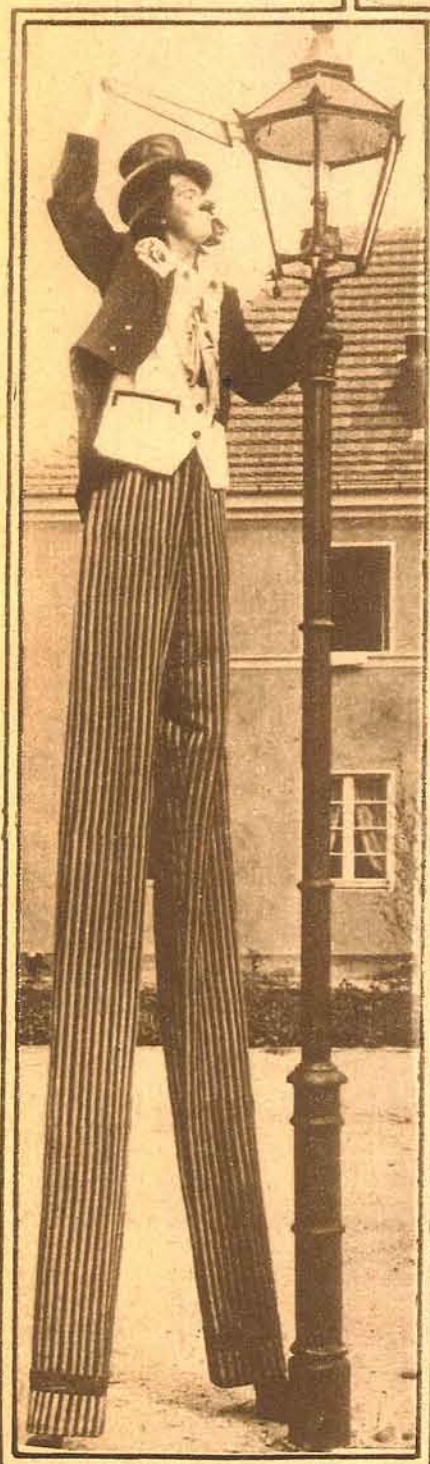


Las regatas de lanchas a motor fueron presenciadas por numerosas familias. Desde una embarcación asistieron al desarrollo de las pruebas la señorita Susana Coelho Cramwell, Elbio Coelho Cramwell, Carlos Allende, Nelly Velarde y Enrique Marcó del Pont, que figuran de izquierda a derecha en esta nota.

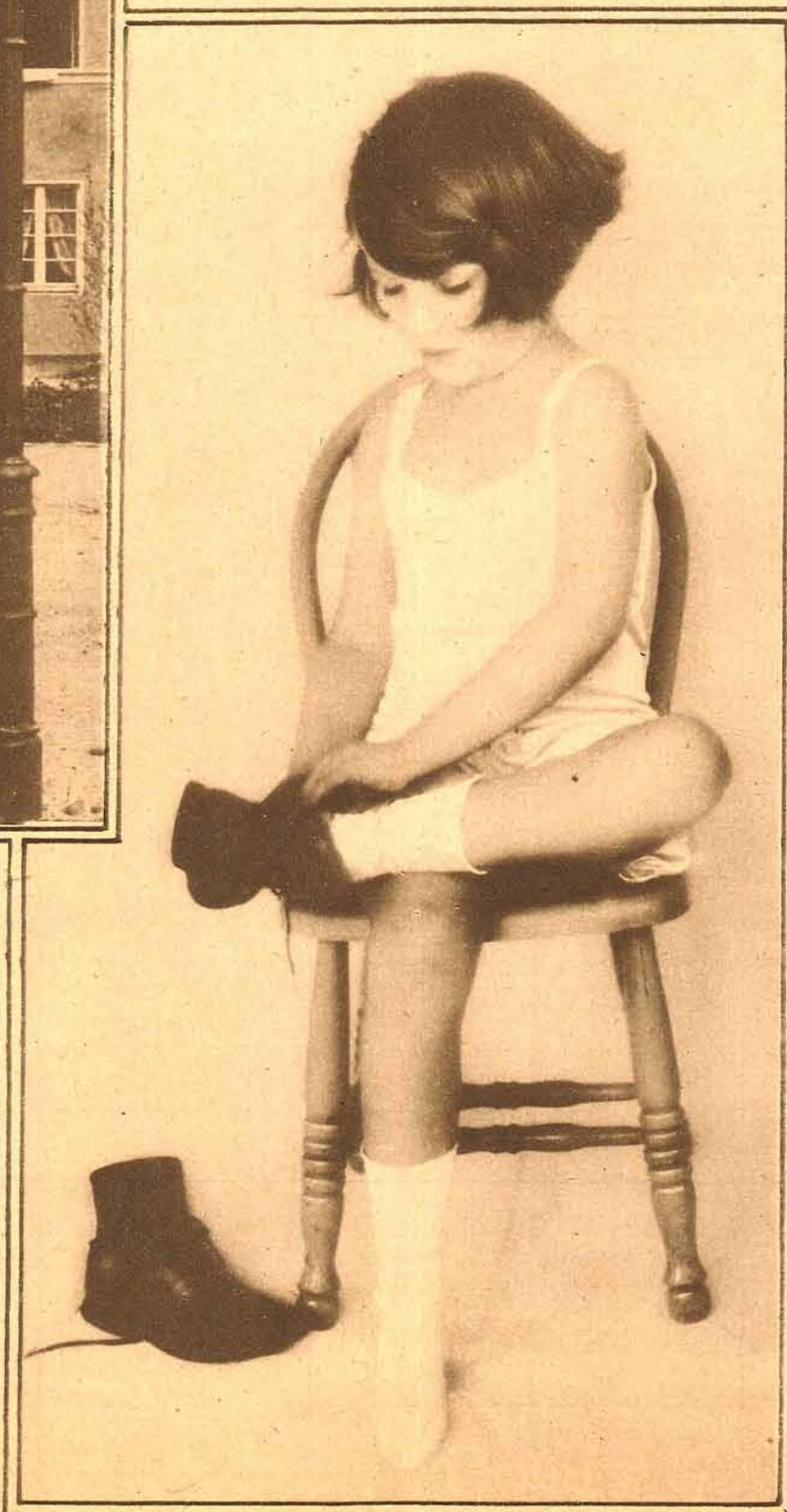
Augusto Rodríguez Larreta, hijo del doctor Augusto Rodríguez Larreta y de doña Adela Leloir.



La oración en el desierto.



El artista Melas, de Berlín, es sumamente popular en todas las aldeas de Alemania. Es el más famoso artista que trabaja sobre zancos en su país.



La fotografía artística. "¡Buen día!"

AL TACTO PARECE
COSTOSO!
PERO CUÁN ECONÓMICO ES!!



Solo es preciso tocar el Jabón "LUX" de Tocador para comprender lo fino que es. Contra su mejilla, la pastilla blanca parece más suave que la seda. Es una verdadera perla entre jabones.

Y cuando usted lo emplea su espuma tiene la misma exquisita suavidad. Su cutis sentirá rápidamente esta diferencia. Este es un jabón sumamente suave y de calidad refinada. Y le cuesta tan poco que usted lo puede emplear diariamente sin incurrir en una extravagancia.

50 centavos la pastilla

LUX JABÓN DE
TOCADOR

LEVEY HERMANOS LIMITADA, BUENOS AIRES

LTS 9

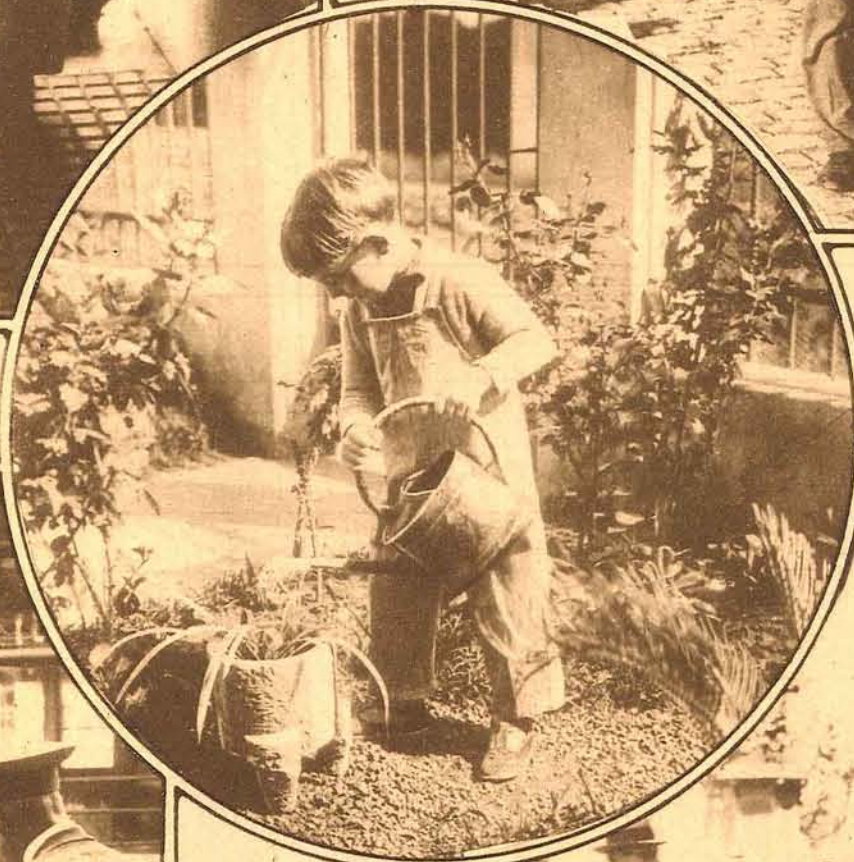
instantóneas



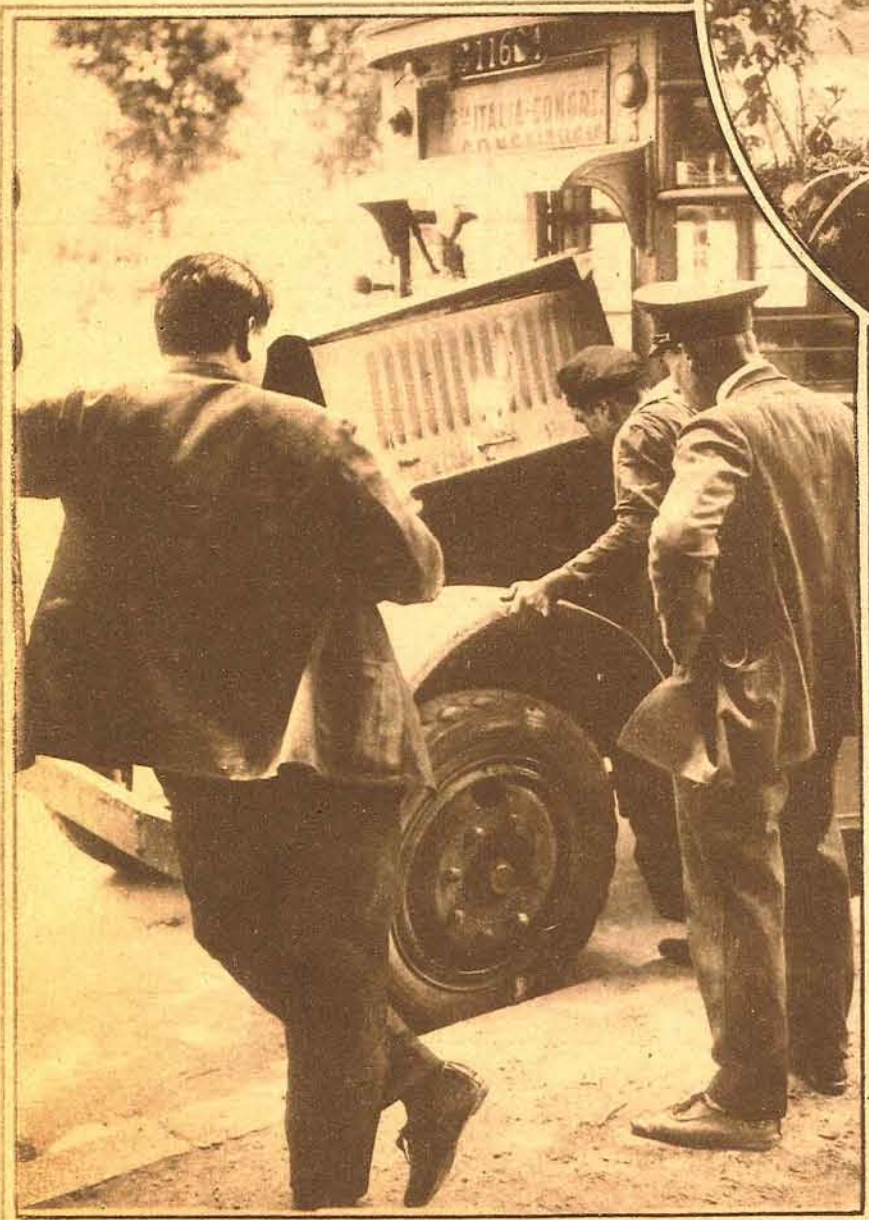
*La lluvia estrecha las distancias y
anula los desniveles.*



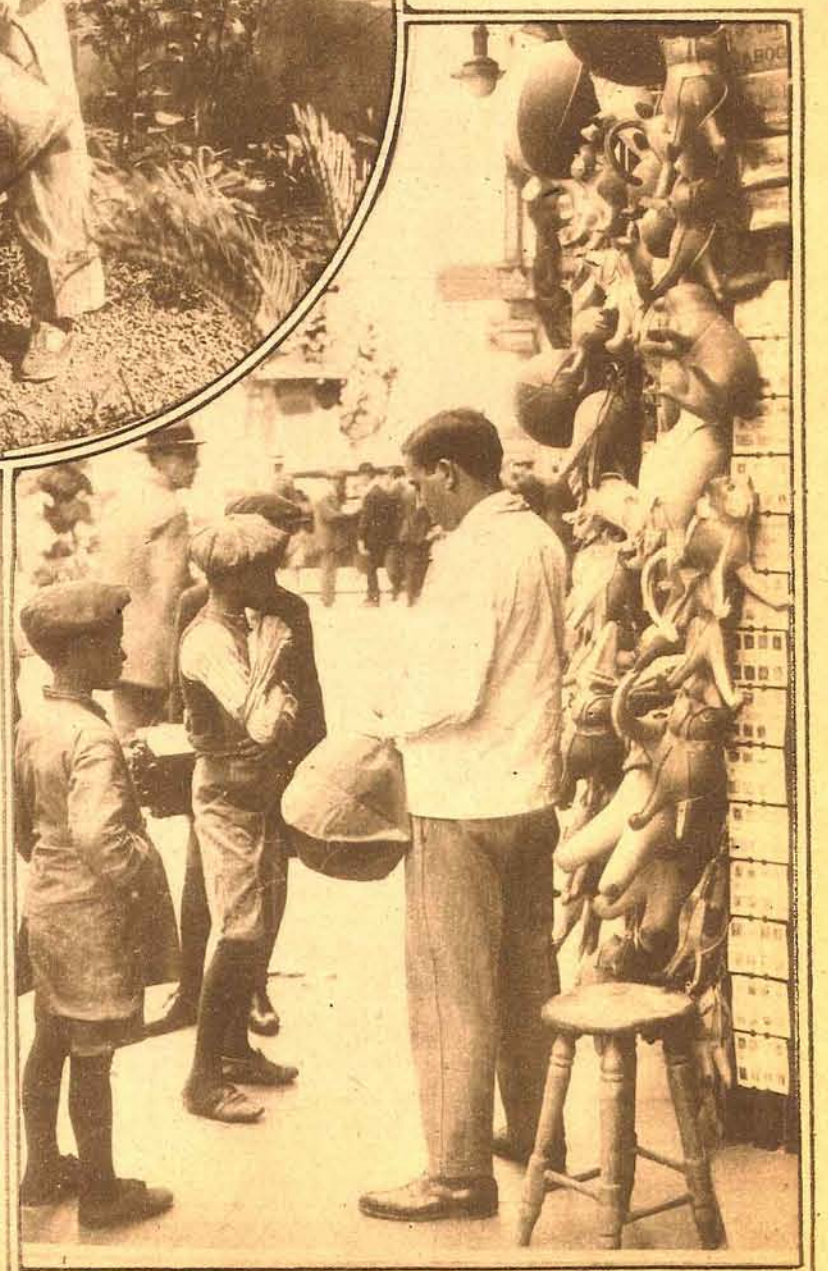
*Un malabarista
del trabajo.*



*"Chiche" es un
jardinero precoz.*



*Uno de los pocos mo-
mentos en que el
ómnibus es solamen-
te un inofensivo me-
dio de transporte.*



*Frente al comercio
de juguetes.*

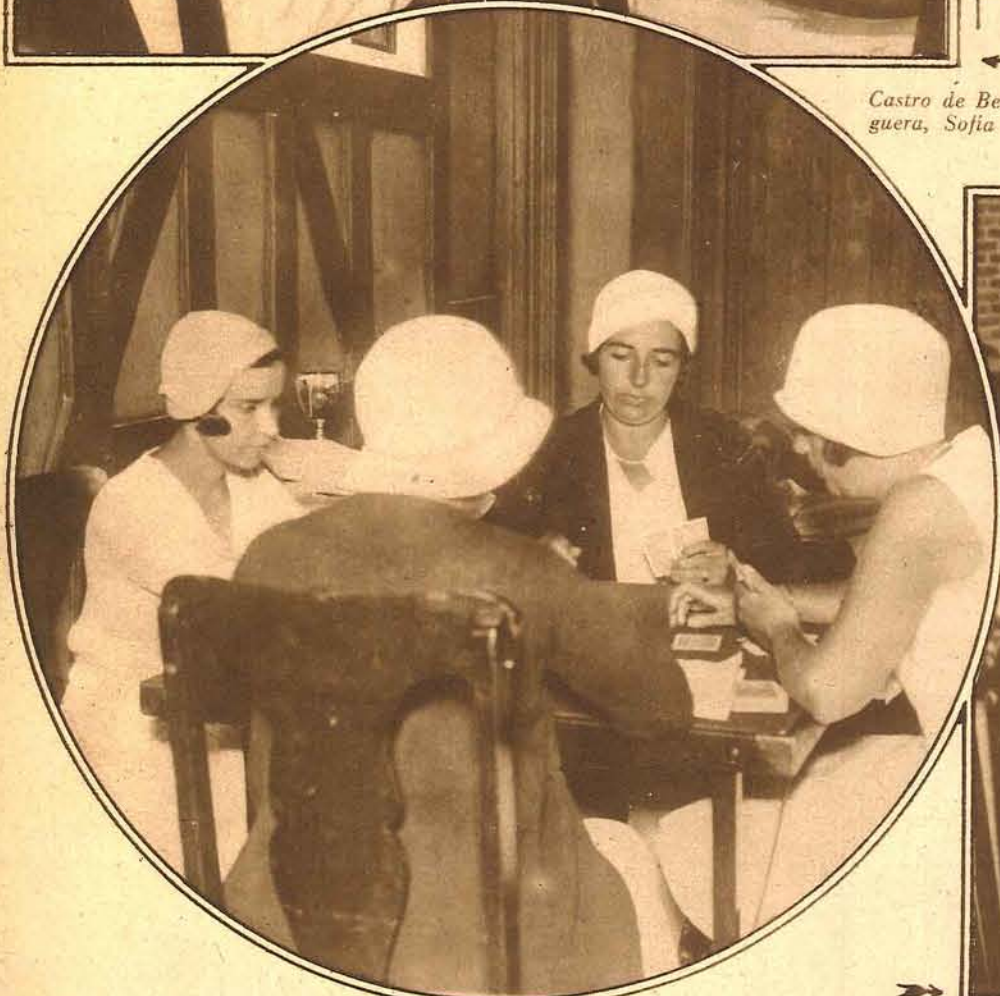


EL BRIDGE EN EL GOLF CLUB

ACTUALIDAD
MARDIPLATENSE

Señoras Damasia Castro de Becú, Marcela Torres Duggan de Helguera, Sofía Cranwell de Demarchi y señorita María Sauze.

Señoras María Celsa Achával de Guerrico, Rosa Amelia Campos de Sojo, Elena Luro de Arana y Ana Eloisa Achával de Roca.



Señoritas Mercedes Dellepiane Avellaneda, Marta y Raquel Guerrico y Adela Carabassa.

Señora María Elvira Paz de Rivarola, señoritas Ester Pérez Mendoza y Lia Saborido Wappers, y el colaborador en la sección bridge de LA NACIÓN, don León Casabal.

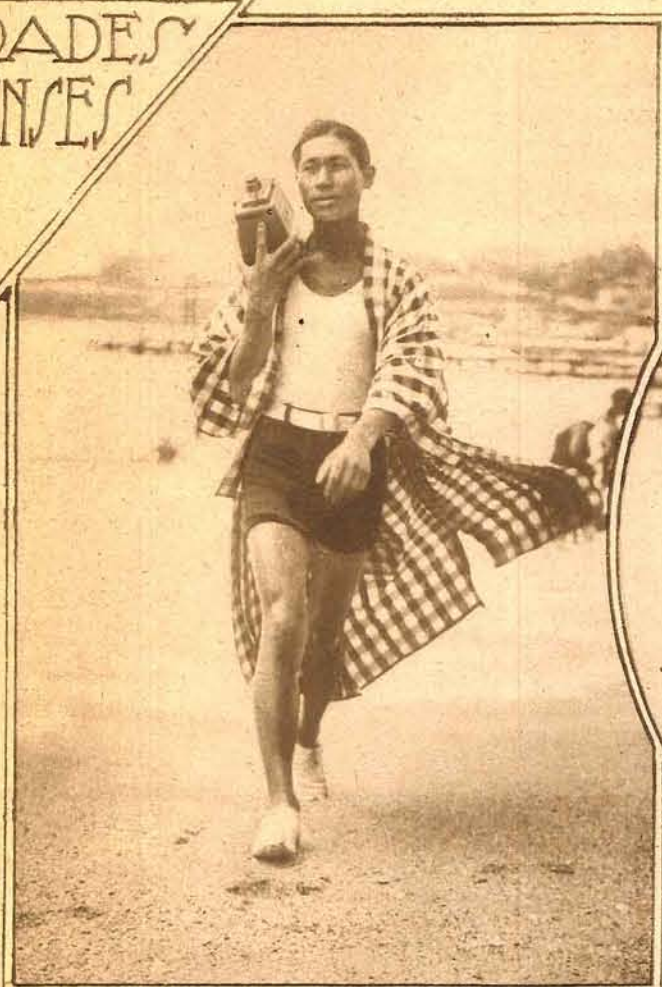


Señoras María Eloisa Obejero de Berisso, Enriqueta del Solar Dorrego de García, Angélica Elia de Riglos y Jacinta Moreno Carabassa de Lezica.

Señoras Rosa Amelia Barrerucha de Campos Urquiza, Leonor Ceballos de Mansilla, María Schuchard de Rodríguez y Nelly Boote de Alchin.



ALIDADES
ATENSES



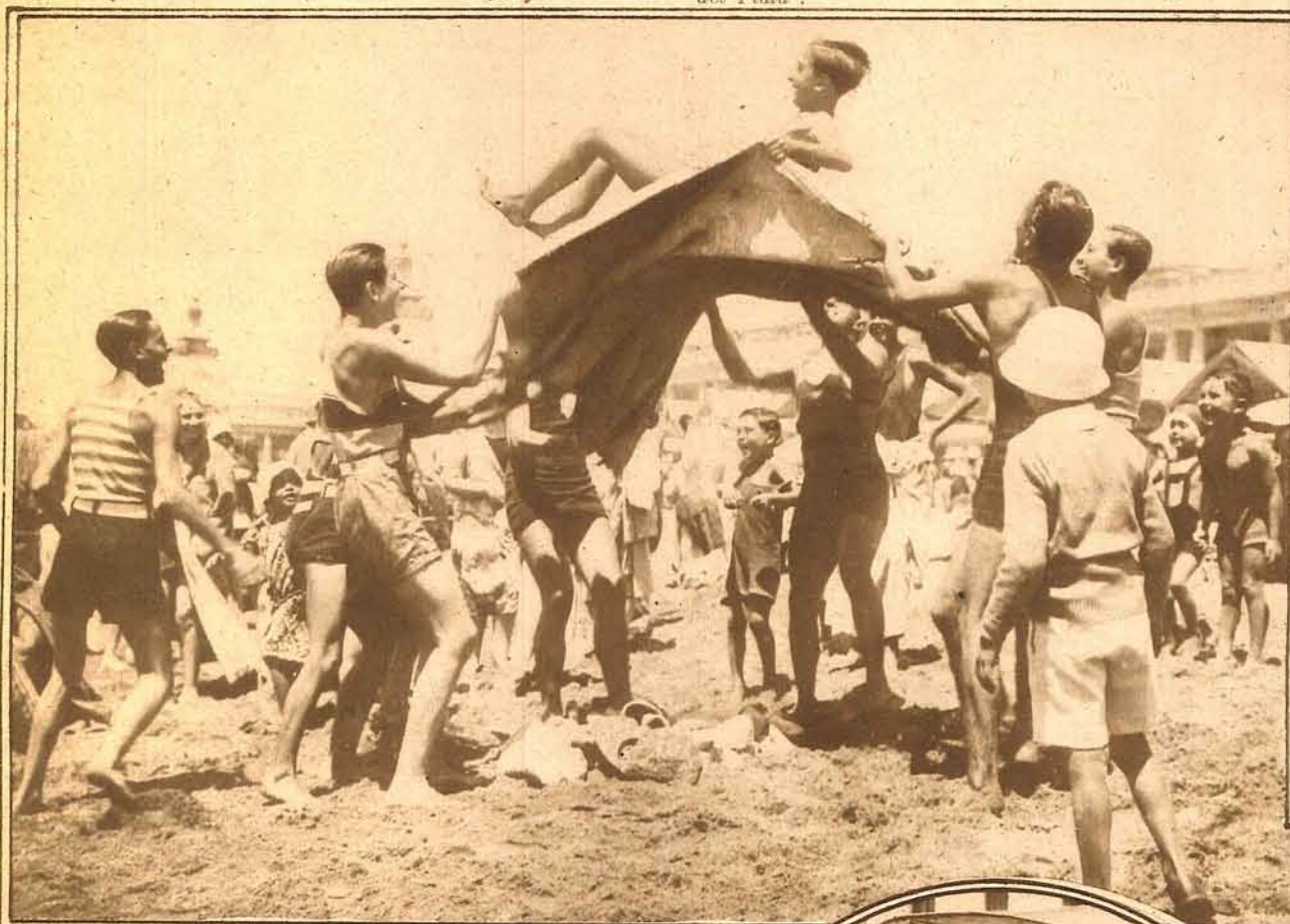
Los fotógrafos de la rambla también "tienen su corazoncito". Cuando la tarea les permite una tregua, gozan del placer del baño como lo hace este nipón auténtico, sorprendido en la Playa Bristol.



Este original reclamo anuncia las habilidades de la "troupe" que actúa en el "Circo Trianón", patrocinado por la "Comisión Pro Mar del Plata".



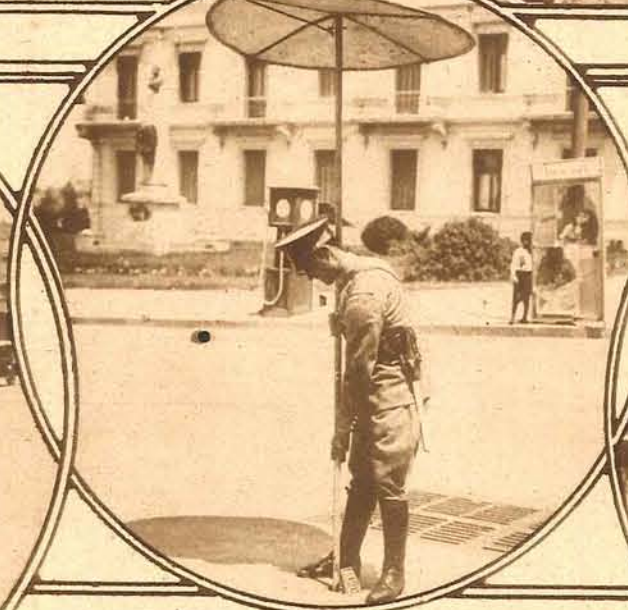
ESCENAS
PINTORESCAS
DEL
BALNEARIO



La escena del "manteo" del caballero Don Quijote, se reproduce en la playa, cada vez que un bañista novel se resiste a entrar en el agua.



El profesor Cabrera, con su banco portátil, equipo de herbolario y pluviales barbas.



La canícula obliga a los agentes de policía a guarecerse bajo quitasoles. Al desfilar por las calles, después del relevo, su paso semeja el de un aguerrido soldado romano de coraza y lanza.



Primeros días del recluta



La marcha rítmica y marcial es la pesadilla del recluta.



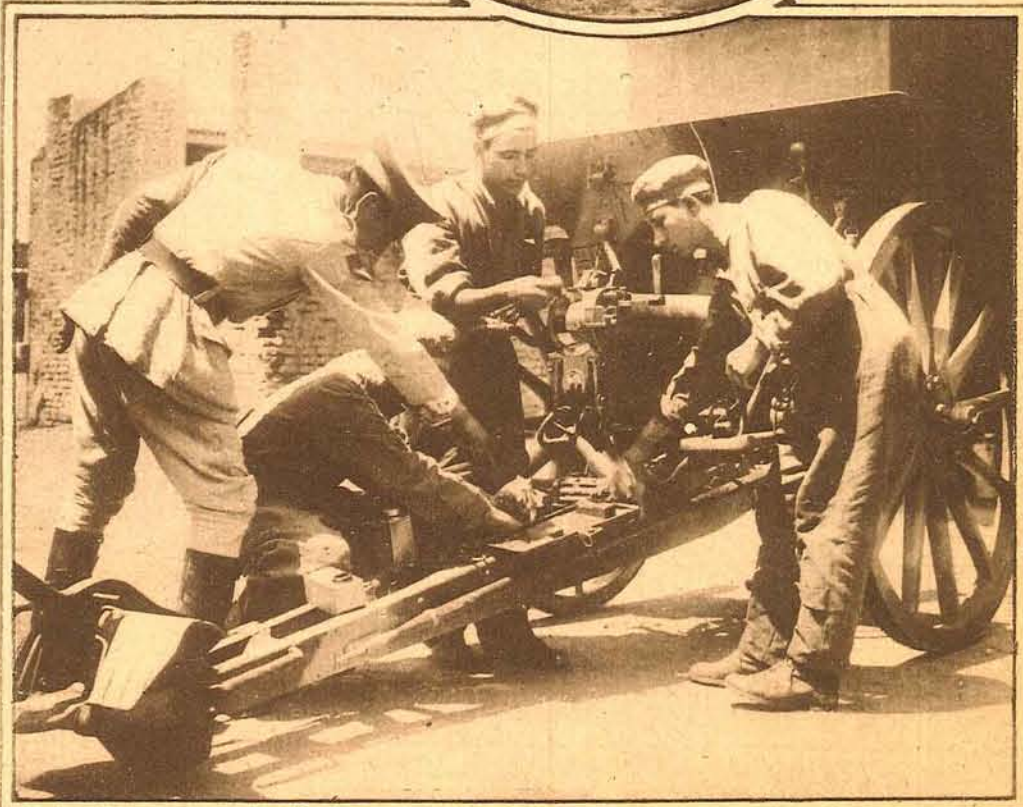
A las cosas hay que comenzarlas por el principio: dentro de poco intervendrán en obras valiosas de la ingeniería militar.



Al empezar la jornada ya tiene destinado un amigo para todo el año: el caballo.



Adquiriendo la difícil facilidad de hacer la venia.



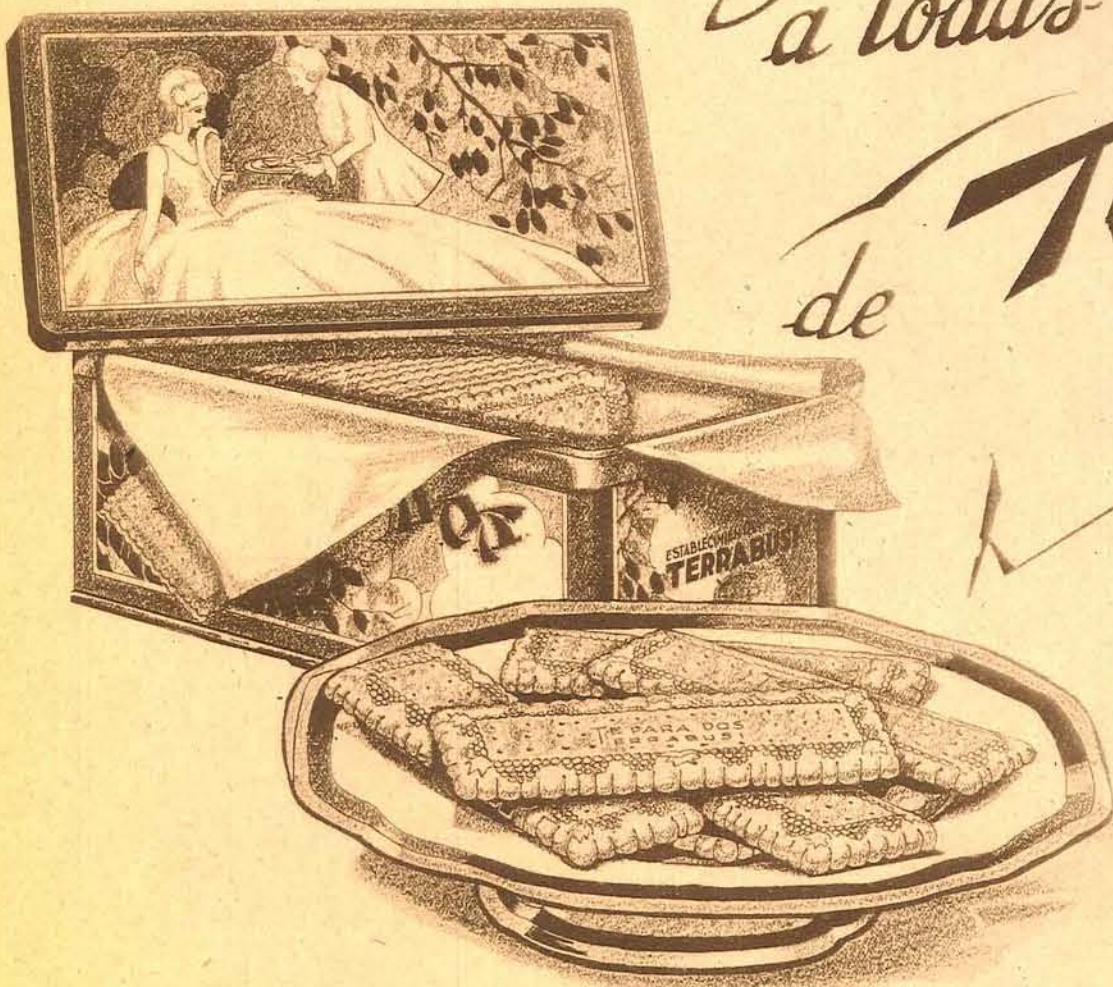
El cañón es un arma poderosísima; pero no logra vencer así no más la timidez explicable del recluta.



TE PARA DOS



*Una nueva galletita que se une
a todas las otras delicias
de Terrabusi*

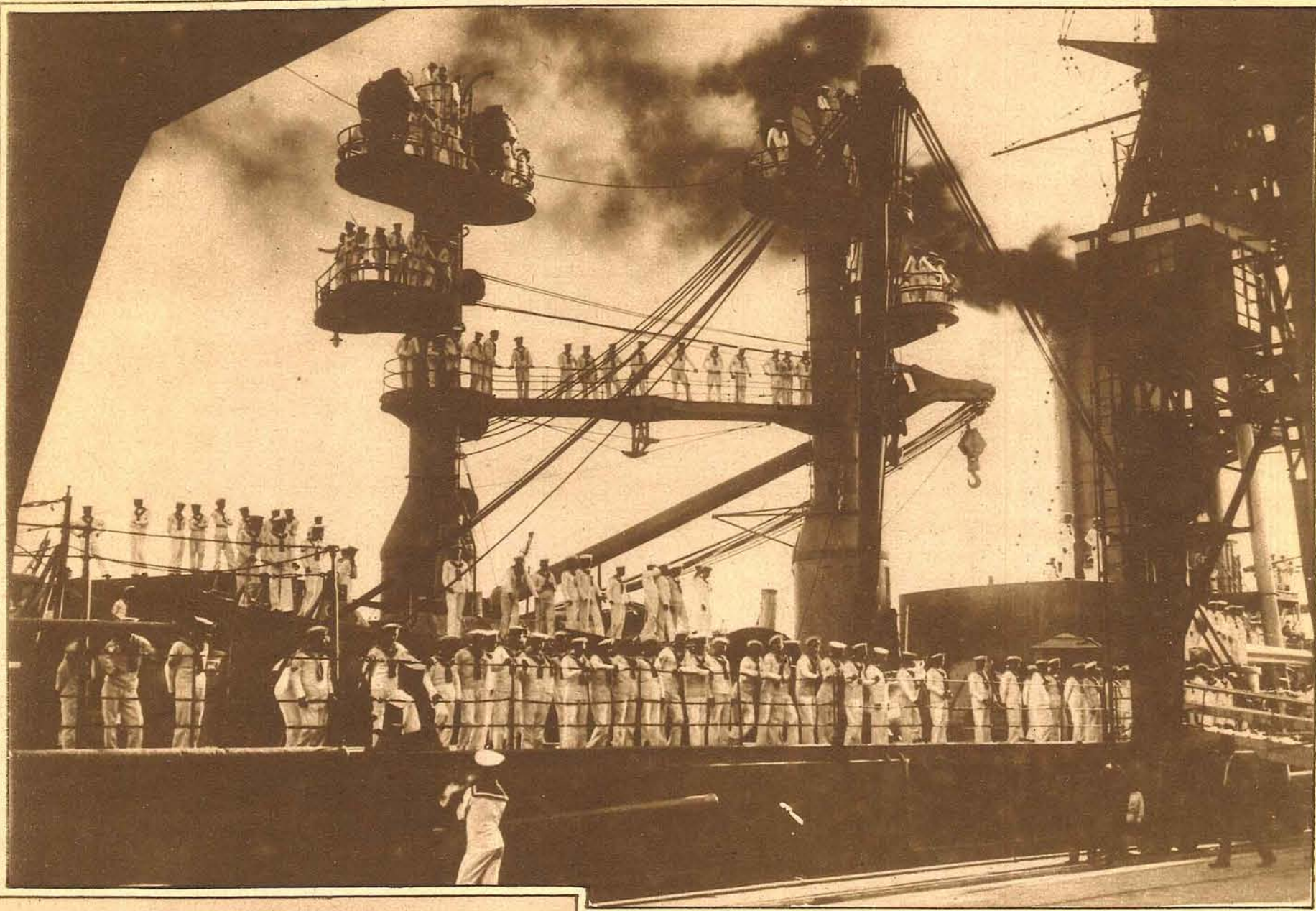


Hasta hoy tuvimos siempre la fortuna de acertar con el gusto del público consumidor. Cada nueva galletita lanzada a la venta ha sido un éxito. Por esto habríamos hecho mal en iniciar la venta de "TE PARA DOS" si no hubiéramos tenido antes la seguridad de que responden ampliamente a la promesa y a la garantía que representa hoy un envase de TERRABUSI.

Centenares de paladares nos habían dicho ya que "TE PARA DOS" es una nueva delicia. Desde ayer suman millones los paladares consultados. Por ello, a estas horas, confiamos en que "TE PARA DOS" se ha abierto un sitio permanente en la despensa de cada hogar.

No olvide de pedir las hoy a su proveedor.

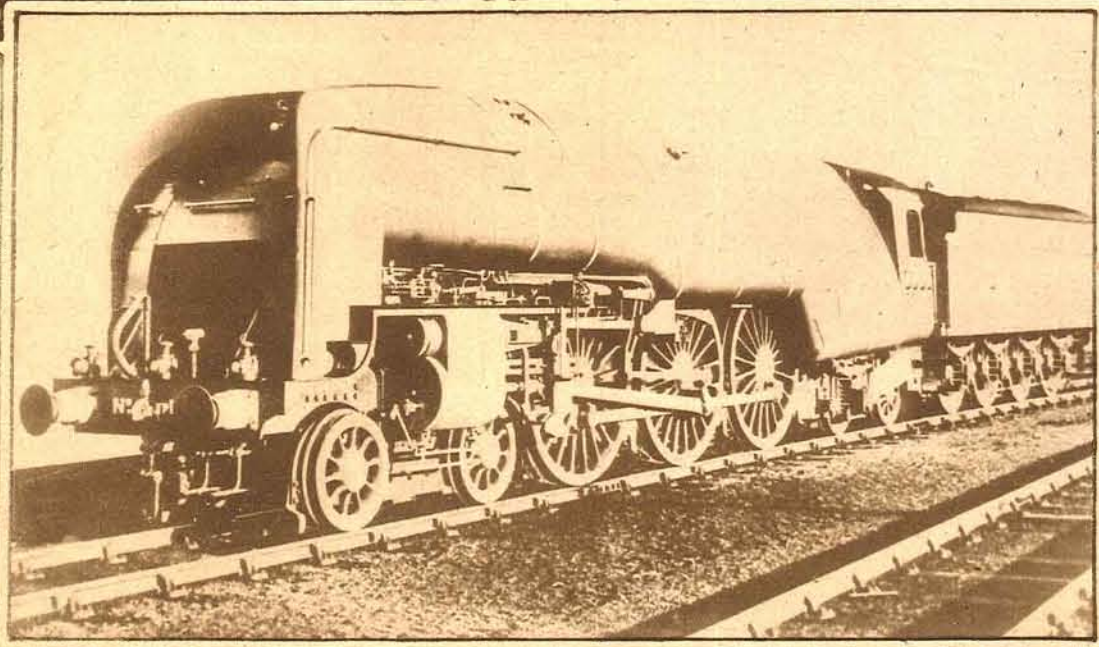
**S.A. ESTABLECIMIENTO MODELO
TERRABUSI**



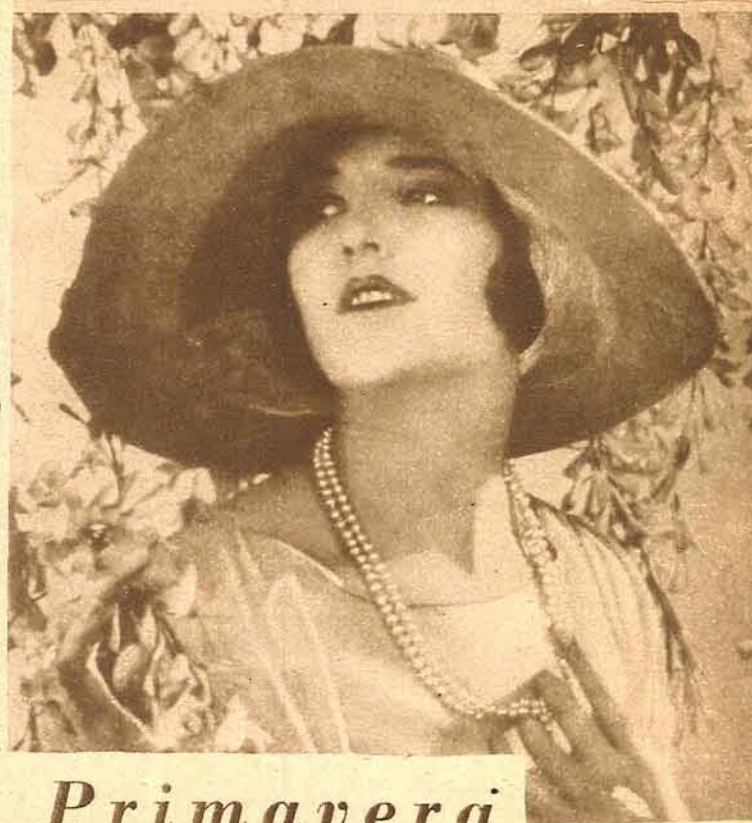
La tripulación del acorazado "Rivadavia" poco antes de que la nave argentina de guerra abandonara su fondeadero de Puerto Nuevo.



Un águila sorprendida en pleno vuelo.



Locomotora gigantesca fabricada en Darlington, Inglaterra, y destinada a un servicio rápido a lo largo de la costa este de Gran Bretaña.



Primavera para Todos menos para Ella!

ALLI estaba pensativa — triste — desilusionada — sola — una mujer de 26 años.

Era Primavera — pero — en su vida no había romance.

¿Por qué era soltera todavía? En un tiempo pudo haber elegido entre sus muchos pretendientes, pero ahora no tenía ninguno. Aún sus viejas amigas la evitaban. Para ella todo eso era incomprensible.

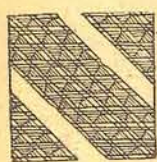
Mal aliento es la falta social más detestable e imperdonable. Su presencia no es notada por sus víctimas — por lo que es la última cosa que nos imaginamos tener, — pero debería ser la primera.

El mal aliento es una amenaza diaria definida de la que ninguno de nosotros está a salvo. Una cosa tan pequeña como un diente cariado puede causarlo, o una condición anormal de

las encías, o partículas de alimentos que no han sido removidos por el cepillo de dientes y que fermentan, o una pequeña infección de la nariz o garganta, o por exceso de comida, bebida o tabaco.

Las personas cultas reconocen esta amenaza y se ponen a salvo de ella enjuagándose la boca con ESTOMATINE, todos los días, a la mañana, a la noche y antes de reuniones.

ESTOMATINE hace desaparecer el mal aliento porque es un antiséptico y germicida eficaz, especialmente preparado para eliminar la causa de los olores. Empiece a usarlo hoy mismo. Compre ESTOMATINE en las buenas farmacias o remita \$ 2.— a la Compañía Industrial Farmacéutica calle Cangallo 2563, Buenos Aires, y recibirá un frasco a vuelta de correo.



O existe ser alguno que en más de una oportunidad no haya observado el curioso fenómeno, suerte de adivinación

o de intuición, que le anticipa el conocimiento de un suceso o de un estado mental ajeno, que se desarrolla distante de sí en el espacio y en el tiempo.

Hay una palabra que explica todo esto: "Casualidad". Pero la casualidad es un término impreciso, inexpresivo y falso, que hemos inventado por comodidad o por pereza, para explicar lo que no tiene una explicación fácil e inmediata, y para ahorrarnos la tarea de una investigación.

Pero los investigadores, que no se conforman con estas definiciones vagas, han tratado de penetrar, desde hace siglos, en el enigma de este fenómeno. Cicerón, unos cincuenta años antes de nuestra Era, escribió un tratado sobre la adivinación, que puede considerarse como el punto de partida de las investigaciones acerca de esta materia, y después de él, no hay apenas filósofo o científico que no haya tratado de hallar su clave.

A principios del siglo XIX, cuando Mesmer y Puysegur hicieron sus primeros estudios sobre el sonambulismo y el magnetismo animal, creyeron hallar en ellos el origen del fenómeno que nos ocupa, e igual cosa sucedió algunos años más tarde, cerca de 1850, cuando Allan Kardec abordó la teoría de los espíritus: todos los fenómenos de orden psicológico fueron subordinados a tal teoría, y por mucho tiempo se sostuvo que en su realización intervenían esas fuerzas ocultas, de carácter místico-religioso que, según los espiritistas, desarrollan las almas de los muertos.

Tuvieron que pasar cerca de 40 años para que las investigaciones fueran conducidas por otros caminos. A François Myers se debe la nueva orientación, que sentó la hipótesis de que tales fenómenos de adivinación se deben a fuerzas espirituales latentes en el individuo. Por aquellos años se había adelantado ya lo suficiente en el estudio de los movimientos moleculares y de las vibraciones de la materia, y se estaba a punto de coordinar la teoría de que la materia ponderable no es más que la agrupación de una determinada cantidad de energía, acumulada en forma perceptible para nuestros imperfectos sentidos.

Desde luego, Myers creó el vocablo "telepatía". Y con los trabajos de Eduardo Gurney, H. Sidgwick y Sir William Barrett, se llegó a la hipótesis de que el pensamiento humano, es decir, las vibraciones de un cerebro humano, se transmiten a otro cerebro humano, del mismo modo que las vibraciones de una cuerda dada hacen vibrar al unísono a otra cuerda armónica. Pero la explicación de las vibraciones cerebrales sincrónicas o armónicas no puede referirse a la totalidad del problema psicológico, y tampoco abarca o explica ciertos singulares fenómenos de adivinación, en que no interviene la telepatía, puesto que no se trata de la simple transmisión de pensamiento de una persona a otra, sino de la visión anticipada—previsión—o el presentimiento de sucesos que aun no se han desarrollado.

Charles Richet, el notable psicólogo e investigador francés, llevó adelante los estudios. De 1883 a 1920, con una dedicación extraordinaria, se ocupó de investigar en el misterioso problema. Y apoyado en la tesis de Claude Bernard, de que las ciencias biológicas no son accesibles sino por la observación y la experiencia, puesto que no es posible someterlas a las disciplinas de las

EL SEXTO SENTIDO

POR LUIS ENRIQUE CARRERA

EL hombre posee, en forma rudimentaria, un sexto sentido, que es "esa sensibilidad misteriosa que nos revela, en algunos momentos fugitivos, y de una manera imperfecta, un fragmento de la realidad". Tales son las declaraciones formuladas después de medio siglo de investigaciones y experiencias por el célebre psicólogo francés Charles Richet. Ese sexto sentido es el que nos permite, en ciertas ocasiones, prever un suceso que se desarrolla distante de nosotros en el espacio o que se desarrolla distante en el tiempo, y que nos induce a "adivinar" el pensamiento de un ser querido—también en limitadas ocasiones—antes de que éste lo exponga

matemáticas o del razonamiento, optó por los primeros medios, y en dos obras sucesivas, "Traité de Metapsychique" y "Notre Sixième Sens", esta última publicada hace poco, revela el resultado de sus investigaciones y llega a la conclusión de que el ser humano, igual que muchos seres inferiores, posee un sexto sentido, el cual no es otra cosa, para decirlo con sus propias palabras, que "esa sensibilidad misteriosa que nos revela, en algunos momentos fugitivos, y de una manera imperfecta, un fragmento de la realidad".

Posiblemente, y con los honores debidos a su autoridad de psicólogo, Richet no ha estado acertado al llamar "sexto sentido" a este misterioso medio de revelarnos una noción del mundo exterior. Si es cierto que la fisiología clásica, la que aprendemos en la escuela, nos dice que el hombre posee cinco sentidos, hace muchos años que la psicología experimental ha demostrado que poseamos hasta diez, con funciones perfectamente delimitadas.

En efecto, el tacto—para empezar—no es un sentido simple. Más bien dicho, por error o insuficiencia de investigación, se han acumulado bajo tal denominación tres facultades distintas, como son el sentido de la presión, el del dolor y el de la temperatura.

Además, hace algunos años se descubrió que el laberinto del oído interno es un órgano encargado de mantener el equilibrio, es decir, es un verdadero sentido del equilibrio. Y hay investigadores que han lanzado la hipótesis de la existencia de dos sentidos más: los encargados de transmitir al cerebro las sensaciones de hambre y de sed, y que adelantan todavía la posibilidad de la existencia de otra serie de sentidos, ubicados en el interior del organismo, encargados de velar por que se cumplan las funciones de la vida vegetativa, tales como los que proporcionan la sensación de la falta de respiración, el decaimiento, etc. Pero estas sensaciones caen más bien bajo la denominación de percepciones orgánicas, puesto que no se ajustan a la definición psicofisiológica del sentido, que es el medio que nos proporciona una noción del mundo exterior.

Pero la denominación no altera la calidad de la investigación de Richet, ni mucho menos sus resultados. Llámese sexto o undécimo, lo positivo, lo indiscutible, es que ha logrado establecer que poseemos una sensibilidad misteriosa que nos pone en contacto con fenómenos que sólo imperfectamente se asoman todavía a nuestra percepción y que necesariamente debemos poseer un órgano conductor para ello.

Todos sabemos que las percepciones, las noticias digamos, que nos llegan del mundo exterior, son percibidas por nuestro cerebro por medio de vibraciones de carácter distinto, que según sean, obran sobre tales o cuales nervios conductores. Nuestro cerebro es, en cierto modo, como un complejo receptor radiotelefónico. Ciertas vibraciones, como las luminosas, poseen determinado largo de onda—para seguir con el simil—y son captadas por los nervios que actúan en la

retina. Otras, de diferente largo de onda, actúan sobre la membrana de Corti y nos producen la sensación de ruido; las células gustativas u olfativas son excitadas por las ondas odoríferas o sápidas, y, finalmente, los nervios del tacto lo son por la resistencia mecánica de los objetos, por la densidad de su estructura atómica.

Pero hay centenares, millares de vibraciones de la misma índole de las perceptibles, que nos rodean, pero que no logramos captar. Nuestro cerebro, no obstante su prodigiosa



El insigne hombre de ciencia y filósofo francés M. Charles Richet, autor de "Tratado de metapsíquica" y de "Nuestro sexto sentido"

organización, es un receptor de alcance limitado: no capta ondas demasiado largas ni demasiado cortas.

Tenemos, por ejemplo, la fuerza magnética. Conocemos la propiedad del imán, de atraer los cuerpos. Hemos presenciado mil veces el maravilloso espectáculo de la brújula, cuya aguja se dirige, invariablemente, al Norte. Sabemos que existe latente, en torno de nosotros, rodeándonos, envolviéndonos, esa prodigiosa fuerza y, sin embargo, ninguno de nuestros sentidos la percibe. Huxley puso un día la cabeza entre los dos polos de un poderoso imán y dijo: "Vamos, aquí ocurre algo extraordinario: yo no siento nada!"

Luego podemos citar el ejemplo de la corriente de alta frecuencia. Apenas pasa de 100.000 veces por segundo, se hace insensible para nosotros. D'Arsonval ha demostrado que una corriente de esa índole, de 1000 voltios o más, es capaz de encender una lámpara después de pasar a través de nuestro cuerpo, sin que nosotros sintamos la influencia de su terrible poder. Y, sin embargo, una corriente continua de 200 voltios es capaz de fulminarnos.

¿Y qué decir de las ondas hertzianas? Un aparato sensible, ideado y construido por el hombre, es capaz de interceptar y traducir en sonidos las misteriosas ondas que cruzan el espacio en todas direcciones, lanzadas por otro aparato igualmente ideado por el hombre, y que nos traen el eco de vibraciones sonoras producidas a veces a miles de kilómetros y, sin embargo, nuestros sentidos no son capaces de percibirlos. En estos tiempos de difusión de la radiotelegrafía y de la radiotelefonía vivimos ro-

miten asegurar que nuestro cerebro, a la vez que receptor, es un admirable aparato emisor de ondas. Ayudado por el electrotécnico Mario Rosasco, Cazzamali logró establecer la presencia de ondas cerebrales y captarlas en aparatos análogos a los receptores radiotelefónicos.

Conocidos tales detalles y en presencia de estos fenómenos, cabe decir: ¿qué extraño sería que exista en nuestro organismo, en potencia, en formación o atrofiado, un órgano sensorial, un sentido más bien, capaz de captar no sólo las ondas emitidas por otros cerebros, sino las misteriosas revelaciones de lo desconocido, de la realidad exterior, de lo absoluto, que nuestros sentidos normales no pueden percibir?

Es el sexto sentido de que nos habla Richet. Sexto sentido de que no debemos enorgullecernos precipitadamente, pues hay muchos indicios para creer que más que en el hombre, está desarrollado en las formas inferiores de la vida animal, en las termitas, por ejemplo. Todos los entomólogos que estudian la prodigiosa vida de las hormigas, con tanto afán de psicólogos como interés de naturalistas, convienen en afirmar que estos insectos no sólo son inteligentes, sino que poseen órganos más afinados que los nuestros, y hay algunos que aventuran que el prodigioso instinto que los guía no es otra cosa que un sentido de que nosotros carecemos: el de la percepción de la realidad absoluta.

Sólo que en las hormigas, y posiblemente en muchos otros insectos, esta facultad, este sentido, está ampliamente desarrollado y sirve eficazmente a su vida vegetativa, mientras que en el hombre, el rey de la creación, se halla atrofiado o en formación, y es apenas un leve columbramiento, que empezó por llamarse casualidad, ha seguido llamándose simpatía y recién ahora un investigador audaz se atreve a llamarlo sexto sentido.

A esta conquista, como decimos, ha dedicado Richet cerca de medio siglo de investigaciones. Una tras otra ha ido acumulando cien mil pruebas irrefragables de que esta facultad de "adivinanza" existe latente en muchas personas, que se desarrolla con más facilidad en unas que en otras, pero que, en todo caso, es susceptible de perfeccionamiento.

Y con el testimonio de esa copiosa observación y de la experiencia continuada, llega a la conclusión de que poseemos ese sentido, pero que no lo desarrollamos debidamente, lo cual no obsta para que haya seres de sensibilidad tan afinada, que lo utilizan consciente o inconscientemente, pero en forma muy limitada aun, lo que quiere decir que es posible, mediante un cultivo disciplinado, desarrollarlo hasta convertirlo, en una ventana más, sutil y espiritual, abierta en nuestro organismo hacia el maravilloso mundo de lo absoluto.



Una cuenta bancaria
ahorra preocupaciones y
siempre produce ventajas.

ABRA Ud. SU CUENTA

en el Banco "El Ahorro": porque abona el 3 o/o de interés anual en Cuenta Corriente y el 8 o/o en Caja de Ahorros, pudiendo usted efectuar depósitos o hacer cobrar sus cheques desde las 9 a las 17 horas. Este Banco, además, coloca todo su dinero en créditos sobre propiedades, bien garantizado.

Los depósitos y sus intereses pueden retirarse en cualquier momento. Opera desde hace veinte años a completa satisfacción de sus clientes.

ILUSTRACION DE
LUIS MACAYA

HABIA una vez una vieja muy fea a quien llamaban la Barrabás. Tenía más arrugas que un garbanzo y era más ácida que un limón. Todos le temblaban por su maldad, hasta tal punto que cuando asomaba sus narices a la ventana, todos los chichuelos corrían a esconderse.

La Barrabás tenía una hija, bonita, sencilla y muy buena, pero coqueta y haragana, que pasaba el día entero riendo y bailando, cuando no dormía.

Cuando salía el sol, la vieja estaba ya escoba en mano gritando a la joven:

—¿Te levantarás, haragana? ¡En mi tiempo las niñas se levantaban antes que sus madres! Si no estás listas dentro de cinco minutos, verás cómo suena el mango de la escoba contra tus costillas.

La joven la oía como se oye llover, y sólo se apresuraba cuando recibía alguna bofetada. Una mañana, Isabel sintió que alguien cantaba un alegre estribillo debajo de su ventana.

—Debe ser Gregorio — se dijo la joven —, voy a verlo antes que vuelva mamá.

Pero no bien había asomado la cabeza, sintió un golpe en pleno rostro, y en vez de la cara del novio matinal que esperaba encontrar, se vio frente a frente con su madre.

—Sin vergüenza! — gritó ésta —. ¿No te había prohibido que hablaras con Gregorio?

—Pero mamá, es mi novio — respondió la joven.

—¿Qué novio, ni novio! ¡No quiero que tengas novio!

—Pero tendré que casarme un día — insistió Isabel.

—¿Casarte? ¿Estás loca?

Ayúdame en la cocina en vez de pensar en esas idioteces. Y empujando a su hija entró en la cocina donde hervía el puchero.

Tomando la olla, quiso retirarla del fuego, con tan poca suerte, que ésta cayó al suelo, quemando a la infortunada mujer.

—¡Por los mil demonios del infierno, esto no me habría sucedido si mi hija sirviera para algo! — exclamó la vieja —. ¡Juro darsela al primero que se presente aunque sea el mismo demonio.

¡Es gran imprudencia nombrar e invocar al diablo en alta voz!

Unos días más tarde se instaló en el pueblo un hermoso y joven caballero, que parecía ser muy rico, pues gastaba sin contar. Todas las jóvenes deseaban conquistarlo para marido e Isabel, cuya cabeza daba más vueltas que un molino cuando sopla el viento de Guadarrama, olvidó pronto a Gregorio para pensar únicamente en el otro.

El joven no tardó a su vez en demostrar gran preferencia por Isabel, a la que acompañaba en los paseos, pero sin penetrar nunca en la iglesia. La madre Barrabás reía sin decir nada y se hacía la que no veía los festejos. Poco tiempo después el joven pidió permiso para visitar como novio a la joven. La vieja no lo echó, murmuró una respuesta que nadie llegó a oír, pero no negó su consentimiento.

—Todo va bien — se dijo la vieja cuando estuvo sola —; había prometido dar a la tonta de mi hija al mismo diablo y cumpliré mi promesa. Lo que sí, mi yerno puede morderte los dedos por haberme elegido como suegra.

El día de la boda, después del interminable banquete, el novio salió para acompañar a

sus invitados, y la vieja dijo a su hija:

—Antes que vuelva tu novio, quiero decirte algo muy importante. Estás muy contenta de haber encontrado un marido, ¿pero has pensado acaso que esos bichos son difíciles de contentar, y que es bueno saber cómo hacer para que sean siempre fieles?

Como la joven confesó que nunca había pensado en ello, la vieja le dijo:

—Toma esta agua y esta rama bendita. Cuando estés a solas con tu marido, échale una buena cantidad, después de haber cerrado las puertas y las ventanas de manera que no pueda escapar. Cuanto más le echas mejor será.

Por primera vez en su vida Isabel obedeció puntualmente lo que le había dicho su madre, y el resultado fué que apenas cayeron las primeras gotas de agua bendita sobre el diablo — pues supongo que habréis imaginado que el novio era él en persona —, éste se puso a correr desesperado por el cuarto, como si lo quemaran vivo, hasta que viendo que las puertas estaban cerradas, resolvió pasar por el agujero de la llave. Pero su suegra que era tan lista como él, lo esperaba allí con la olla en la que guisaba los garbanzos todos los días, y cuando el diablo cayó en ella se apresuró a atarla fuertemente.

—¡Abrame! ¡Abrame, mi suegra adorada! — gritaba el diablo desde adentro —. ¡Le prometo que le daré todo lo que me pida!

—¡Yo no deseo nada sino verme libre de ti! — respondió la vieja.

—¡Abrame y juro que me iré tan lejos que nunca más volverás a verme!

—No creo en tu palabra, yerno de mi vida. Prefiero verte encerrado aquí no más. Eres muy tonto, y te has dejado dominar por una pobre vieja como yo. Unos cuantos años de prisión, te servirán de mucho.

—¡Vieja bruja! ¡Ya me la pagarás! Lo juro por mi cola...

—¡Calla! O te costará más caro.

—¡Bruja! ¡Sapo! ¡Gusano!

—Pues bien, ahora verás — exclamó la vieja llevando la olla y colocándola sobre el fuego. Se sintió entonces un espantoso olor a azufre y se oyeron los gritos del diablo.

—Si prometes callar te retiro del fuego — propuso la vieja.

—Te lo prometo! — gritó el diablo.

Así vivió prisionero durante diez años, que fueron de gran felicidad para todos: los chicos obedecían; las mujeres no se peleaban con sus maridos; éstos eran buenos y cariñosos con ellas; los jueces no tenían nada que hacer, pues ya no habían ladrones ni asesinos, y los reyes licenciaron a los soldados, pues ya no se necesitaban ejércitos. Isabel, que era a la sazón buenísima, se había casado con Gregorio con quien vivía muy feliz y hasta la Barrabás, estaba continuamente de buen humor, pensando que tenía prisionero al diablo, y reservaba para él todas sus maldades. El diablo quería hacer olvidar su presencia en la olla y se quedaba quieto sin protestar. De cuando en cuando, para asegurarse que estaba allí, la vieja lo ponía sobre el fuego y entonces no tenía más remedio que protestar.

Un día volvió al pueblo Juan el Soldado, sobrino de la Barrabás, a quien su ejército había

LECTURAS INFANTILES LA SUEGRA DEL DIABLO (CUENTO POPULAR ANDALUZ)

se estiró se hinchó y echó a correr. Juan tuvo apenas tiempo de agarrarse de su cola antes de que escapara.

—Lárgame — dijo el diablo. —Págame primero — respondió el soldado.

—Bueno, pero primero salgamos de aquí. Necesito aire y tengo miedo que vuelva esta vieja infame.

Juntos salieron. El diablo andaba a grandes trancos que el otro no podía casi seguir.

—¿A dónde vamos? — preguntó el hombre.

—Al infierno. Pero si quieres puedes dejarme ir solo.

—¡Dejarte! ¿Y mi recompensa?

—Te la pagaré allí.

—Eso lo veremos — dijo Juan tomando un cuchillo y cortando un buen pedazo de la cola del diablo.

Al cortar la cola, de la que venía casi coigando, el diablo se precipitó contra el tronco de un árbol y cuando volvió en sí Juan, se encontraba sobre el pedestal de una cruz de piedra que había en el camino, de manera que no podía tocarlo.

—¡Devuélveme mi cola! — gritó el diablo —. ¡Ladrón, salvaje, traidor!

—Si me das dos mil ducados de oro te la devolveré — dijo el hombre.

—Jamás — respondió el demonio.

—Entonces te juro que se la daré a la madre Barrabás, para que la haga freír en aceite y la muestre a todo el mundo.

—No pronuncies nunca el nombre de esa bruja! — exclamó tapándose los oídos.

—Acepta entonces lo que te propongo. Si esta noche me llevas al café los dos mil ducados, prometo que te devolveré la cola.

Satanás pensó que él no podía presentarse nuevamente en el infierno sin esa parte de su

cuerpo, pues todos los diablitos se reirían de él y prometió lo que le pedían. Efectivamente, por la noche se presentó un desconocido en el café, el cual entregó la suma indicada a Juan el Soldado. Después de verificar que todo estaba en regla, devolvió la cola al demonio diciendo:

—Toma tu cola. Ahora que estás completo te voy a presentar a tu suegra. Acaba de llegar y te reclama...

Era una mentira, pero el diablo lo creyó y volteando oro, sillas, mesa y todo lo que encontró a su paso, escapó gritando:

—¡La madre Barrabás! ¡La madre Barrabás!

—¡Qué orgullosa se va a poner mi tía, cuando sepa que inspira tanto terror al diablo!

—pensó Juan mientras guardaba su oro y se dirigía a su casa.

Al acercarse a ella oyó unos gritos espantosos. Era la Barrabás que de vuelta a casa había visto que el diablo no estaba más en la olla. En vano le prometió Juan los dos mil ducados como regalo; nada pudo aplacar su ira. Sólo por la noche dejó de gritar: había muerto.

Su alma fué directamente al infierno, pero encontrando la puerta cerrada se puso a gritar:

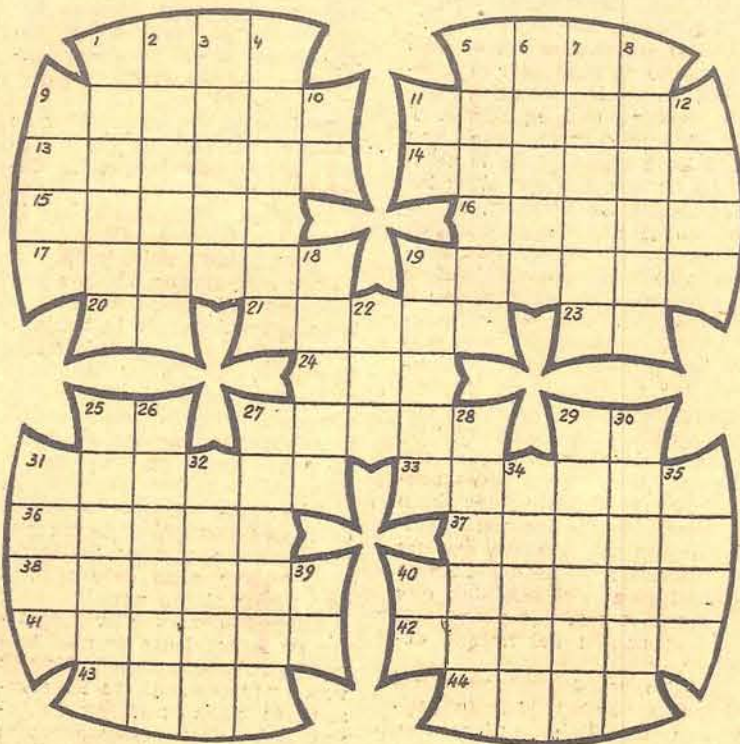
—¡Abreme, mi yerno! ¡Abreme! ¡Soy tu suegra, la madre Barrabás!

Al oír este nombre, Satanás exclamó:

—¡Maldición! ¡Es mi suegra! ¡Cierren! ¡Cierren todo, que no quede el más mínimo lugar por donde pueda entrar! ¡Echenla! ¡Que se vaya a quemar a otra parte!

Se oyó el ruido de puertas y ventanas que se cerraban: el infierno estaba cerrado. Entonces la madre Barrabás no teniendo cómo entrar, no tuvo más remedio que dirigirse al purgatorio, donde aun se encuentra.

PROBLEMAS DE PALABRAS CRUZADAS



REFERENCIAS

Horizontales

1. Figurada y familiarmente, hombre soso o incauto.
5. Hendí, partí, abrí.
9. Monasterio cerca de Moguer, Huelva, España, donde residió algún tiempo Colón antes de su primer viaje.
11. Estío.
13. Escoged, preferid a una persona o cosa para un fin.
14. Terminas.
15. Usos, modos o costumbres que están en boga durante algún tiempo, con especialidad en los trajes, telas y adornos.
16. Vano, fútil, inútil.
17. Recorten e igualen el pelo con tijeras.
19. Diminutos espacios huecos que hay en el tejido celular de las plantas.
20. Artículo.
21. Penacho de plumas que tie-

nen en la cabeza algunas aves.

23. Dativo y acusativo del pronombre personal vosotros.
24. Grande extensión de agua salada.
25. Interjección con que, repetida, se da a entender haber venido en conocimiento de algo que antes no se comprendía.
27. Laguna de la provincia de Corrientes.
29. Entrega, concede, otorga.
31. Sumamente malo, que no puede ser peor.
33. Pierde la memoria de una cosa.
36. Empieza a mostrarse.
37. Cierta substancia de carácter ácido, muy usada como desinfectante.
38. Infiere, deduce una cosa de otra.
40. Señal exterior para distinguir personas, grados u otras cosas.
41. Sujetos que han perdido el juicio.

42. Excusar, huir de incurrir en algo.
43. Departamento de la provincia de Salta.
44. Roturar la tierra.

Verticales

1. Palo mediano, como las baquetas con que se tocan los tambores.
2. Arbol de la familia de las betuláceas, cuya corteza, que contiene un aceite esencial, se usa para curtir y aromatizar la piel de Rusia.
3. Hierros de doble T destinados en las construcciones para formar los techos de los edificios y sostener y asegurar las fábricas.
4. Viaje largo y en el cual abundan las aventuras adversas y favorables al viajero.
5. Poco tiempo antes.
6. Embuste, trampa, estafa.
7. Hijo pequeño o cachorro de la jabalina.
8. Personas de extraordinaria pequeñez.
9. Boga.
10. Preposición inseparable que denota proximidad o encarecimiento.
11. Se trasladada de un lugar a otro.
12. Te atrevas.
13. Aureola.
19. Monte o peñasco escarpado que sirve de marca a los navegantes en la costa.
22. Quita como cortando y raspando la superficie, pelos, barba, vello, etc., de una cosa, con instrumento áspero o cortante.
25. Cantidad de dinero, valores u objetos preciosos, reunida y guardada.
26. Poner por el suelo, destruir, arruinar, arrasar.
27. Figura, representación, semejanza y apariencia de una cosa.
28. Orgullosa, soberbia.
29. Renuncie, deje el empleo.
30. Poner espalda con espalda.
31. Francisco.
32. Ejecuta una cosa a ejemplo o semejanza de otra.
34. Habitar o morar en un lugar o país.
35. Alero.
39. Existe.
40. Preposición que indica propiedad o pertenencia.

'LA NACION

EL LOBO DE LAS ABEJAS

EL filante apívoro, al que los alemanes han denominado "el lobo de las abejas", es un curioso insecto que llega a medir un centímetro y medio, de color marrón, manchado de amarillo. Este insecto, gran enemigo de las abejas, tiene costumbres de lo más curiosas.

En pleno verano este insecto se encuentra perfectamente desarrollado, y la hembra, en condiciones de empezar a poner sus huevos, prepara la casa. Para esto cava en terrenos de preferencia expuestos al sol, unos agujeros de 30 a 35 centímetros de profundidad que servirán de nidos para las larvas de la próxima generación.

Una vez preparada la casa, la hembra vuela hacia las flores, donde espera la llegada de una abeja. Cuando se presenta una, da una o dos vueltas alrededor suyo y cayendo de golpe sobre ella, la toma al vuelo entre sus poderosas patas. Sin dejar tiempo a su víctima para defenderse, la traspasa con un aguijón, y ésta cae al suelo donde muere en el acto. Su feroz enemiga la lleva entonces a uno de los nidos, pone allí un huevo sobre el cadáver, tapa cuidadosamente el agujero y ya está lista para repetir la operación.

Una tras otra caen las abejas, víctimas de este terrible insecto que prosigue su caza cruel, mientras sigue poniendo huevos.

Poco después aparecen las larvas que se alimentan de la carne que su madre ha colocado previsoriamente a su alcance, pasan el invierno en forma de ninfa y cuando vuelve el verano, vuelan a las praderas para continuar su guerra a las abejas.

La única manera de perseguir a estos terribles insectos, es remover a fondo los terrenos are-

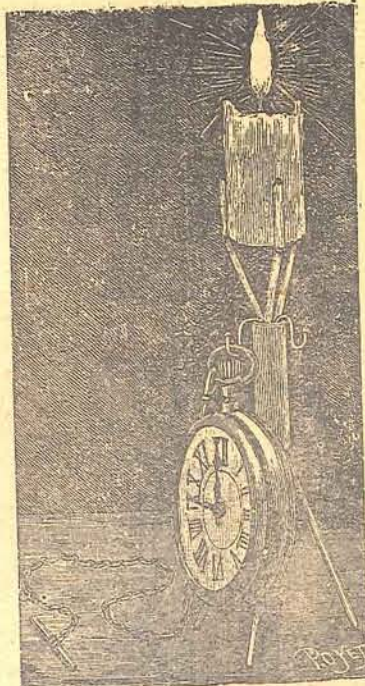
nosos expuestos al sol situados cerca de un lugar en el que abundan las abejas. Se consigue de esta manera destruir los nidos en que se encuentran las larvas.

ANIMALES ALEGRES

DE igual modo que entre la gente se encuentran personas alegres y otras taciturnas, entre los animales los hay aficionados a jugar, bailar y saltar, como también los hay perezosos y tranquilos.

Basta ir a un jardín zoológico para convencerse de ello, al ver a las focas y las otarias que se lo pasan el día jugando en el agua. Lo mismo que si estuvieran en libertad, ellas se divierten tirándose al agua desde unas rocas y haciendo toda clase de vueltas dentro del líquido, desplegando una habilidad y agilidad verdaderamente extraordinarias.

En alta mar nada hay más divertido que encontrar bandadas de delfines. Colocados en largas filas relativamente apretadas, estos alegres viajeros recorren los mares saltando y andando a una velocidad que asombra. Lanzan su cuerpo lustroso fuera del agua a una altura de uno o dos metros, haciendo un arco gracioso y caen con la cabeza para abajo al agua, repitiendo de nuevo la operación. Los más alegres de la tropa hacen una vuelta en el aire, otros se dejan caer de lomo o de costado, y otros, por fin, se mantienen unos segundos sobre la superficie del mar, haciendo equilibrio sobre su cola. Apenas ven a lo lejos una embarcación, se precipitan hacia ella rodeándola y siguiéndola durante largos trechos, causando la alegría de los viajeros, a los que divierten con sus saltos.



UN CANDELERO IMPROVISADO

NATURALMENTE, nuestro candelero no resulta muy elegante, pero puede ser que más de una vez resulte bastante útil en alguna excursión campestre; tendréis así el reloj a la vista. Procuré una caña o una tarjeta de visita que enrollaré atándola con un hilo. Tres fósforos colocados en forma de tripode, servirán de base mientras otros tres doblados como lo indica el grabado sostendrán la vela. Un alfiler de latón o una horquilla a la que doblaré en forma de gancho, bastará para sostener el reloj que no sufrirá así con el contacto frío del mármol de las mesitas de luz.

EL SAPO VOLADOR

ENTRE los batracios existe también un animal volador: es el racofor o sapo volador, que habita las islas de la Sonda. Es una especie de rana muy curiosa, cuyas patas palmípedas son de grandes dimensiones. Una vez abiertas, su superficie total es mayor que la del resto del cuerpo y las extremidades de cada dedo están provistas de ventosas. Un animal medido por el naturalista Wallace, tenía unos 10 centímetros de longitud y las membranas de las patas reunidas medían unos diez y ocho centímetros cuadrados. Gracias a este vasto paracaídas, el sapo volador vuela fácilmente de una rama a la otra precipitándose sobre los insectos de que se alimenta. Es un bonito animal cuyo lomo verde y panza amarilla, están cubiertas de manchas negras o azuladas.

GANCHOS

(Continuación de la pág. 13)

los puños! O llorar. Romper de un puñetazo ese cansancio brusco que se le apretó al pecho.

En la calle luchó por llenarse los ojos de imágenes alegres. Una garúa fina rompía sus alfileres de vidrio sobre las carnes estremecidas. La lluvia besaba dulcemente los pechos de las mujeres pobres hasta modelarlos sobre la tela de los vestidos. Pasó un hombre violento bajo un paraguas. Asustados, los autos sonaban sus bocinas aquí y allá, moviendo estúpidamente sus ojos amarillos, sucios de lluvia.

¡Maldito señor! ¡Pero no; pero no! Se iría a la fonda a comer. A esa hora ya empezaban a llegar los parroquianos. A veces... Lo miró... ¡Dios!... ¡Dios!

Era inútil querer levantar proyectos o enredarse en el paisaje de la calle. Su alma se había detenido en la escena del banco. Los anillos hicieron un ruidito breve—¡tic!—sobre la bandeja del empleado—consumido, terco, la corbata con lunares rojos—; atrás... el jefe—ojos dulces, húmedos, pegajosos...

Se detuvo en seco, rechinando los dientes, y regresó hacia el banco. Pero en la entrada, la angustia cerraba la puerta como una lámina de cristal. Cruzó el afirmado, y esperó. Y he aquí que se había dejado ganar por esas mismas imágenes que antes rebotaban en su cerebro; y el jefe (andaría despacio, agachado, protegiendo la galera—porque debía usar galera—del agua) se había marchado.

EL MISTERIO DEL MARIE CELESTE

(Continuación de la pág. 17)

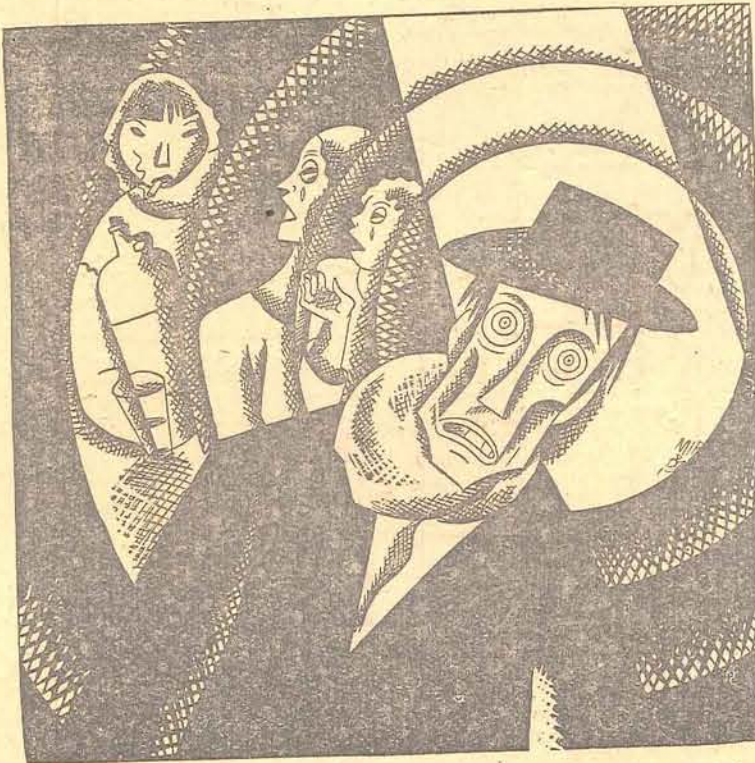
pitán, sin duda, según Fosdyk, y en tal caso igual suerte corrió el resto de la tripulación. En otro caso, aquel y el piloto pudieron perecer, nadando para salvar a la señora Briggs y a la "nena".

Sea como fuere, lo cierto es que ninguno de los naufragos pudo alcanzar al bergantín en

Caminaba lentamente, siguiendo una línea imaginaria que dibujaban las goteras de los balcones altos. Cada vez que una gota le golpeaba el ala o la copa del sombrero alzaba los ojos estremecido. Después las oyó caer sin asombro. El pequeño tenía una carita

me, se doblaba en un cansancio penoso; pero de pronto comenzó a animarse: las pupilas se hicieron inmóviles y brillantes; hubo un temblor en sus labios:

—Una fija. Te digo que es una fija. Una fijota como una casa...



flaca y amarilla. Su cabeza era redonda, enorme, mientras el cuello—¡tan pálido!—parecía próximo a quebrarse de tan fino. Al principio, sus ojos—muy grandes—estaban apagados, semicubiertos por la delgada membrana de los párpados, y su boca, gruesa, defor-

Era la voz de Mingo, el fondero—ronca, vinosa, frecuentada de eructos—la que salía de la boca descolorida del pequeño.

El hombre se pasó la mano por los ojos, horrorizado. Quería arrancarse la imagen monstruosa, aunque su carne

se desgarrara con esa violencia. Pero era inútil: ella continuaba inmóvil—sobre los ojos, pero adentro—enturbando la realidad inmediata de la calle.

Arreció la lluvia. Las gotas caían oblicuas, con fuerza, levantando ampollas huidizas sobre la piel de los charcos.

Buscó un sitio cualquiera donde meterse. Desde el fondo de un cafetín lo miraban los ojos sin alma de los espejos carcomidos de avisos. Cruzó, y eligió una mesa cerca de la entrada, desde donde pudiera contemplar el paisaje de la calle mojada.

Aquel señor había dicho:

—Vaya, llévele los medicamentos al chico, ¡pronto!

El guiso reirise para sus adentros pero no pudo. Tomó el dinero y enfiló hacia la puerta, rápido, angustiado. Sólo en la vereda comprendió que tenía donde ir. Los ojos se le desorbitaron de asombro. ¿Qué chico?

Metió el billete crujiente en un bolsillo y continuó más despacio. En vano era que dijese y volviera a decir que lo del chico era una patraña suya, una mentira estúpida. Sentía que ese chico vivía en alguna parte. No atinaba dónde, pero ese chico vivía en alguna parte. Era como Farol, como Taponilla, como El Grasa, como tantos otros que él no veía desde hacía mucho, pero que sin embargo vivían.

Su impotencia le llenó los ojos de lágrimas.

—¿Pero dónde?... ¡Dónde está, gran Dios!

Vió su cara reflejada en la vidriera del cafetín y se irrepó en voz alta.

—¡Estás loco, Gancho? Lo-

UNA SOLUCION PARA REGULAR LA TEMPERATURA DEL MUNDO

M. R. Herbert Janvrin Browne, meteorólogo de Washington, Estados Unidos, sugiere que se podría regular la temperatura del mundo rompiendo los bloques de hielo de Groenlandia y el Continente Antártico. En la misma forma en que regulamos la temperatura de una habitación durante el invierno abriendo una ventana y permitiendo que el aire frío entre, del mismo modo, según el aludido meteorólogo el calor del verano podría moderarse en todo el mundo "abriendo las ventanas" del Ártico y Antártico y dejando que más témpanos de hielo penetren en los océanos.

co completamente... ¿Cuándo tuviste un hijo vos? Nunca. En la perra vida...

A lo lejos sonaron unas bocinas enronquecidas. Pasaron dos mujeres curvadas bajo la lluvia.

Y de pronto el hombre sintió un puntazo helado en el fondo del pecho. Su corazón se apagó como una llama. Lejos, en alguna parte, en Dios sabe qué pieza muy pobre, había muerto su hijo. Quiso abrir la boquilla hinchada, sus ojos se hicieron más brillantes, más redondos... y de pronto dobló la cabecita sobre el cuello exiguo, muerto.

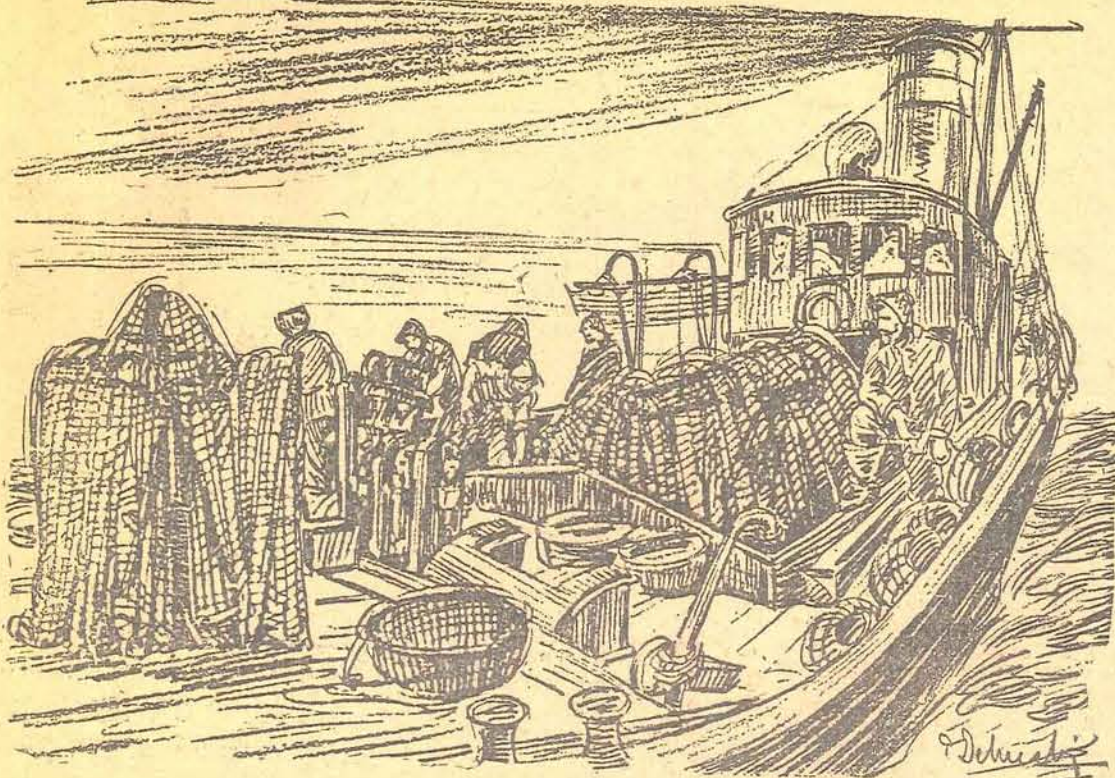
El hombre sintió que una sábana fría—mojada—se apretaba a su espalda; sus manos se abrieron como dos estrellas sobre el mármol de la mesa. Y lentamente, como si se rompiera, fué doblándose sobre sí mismo, desarmado en sollozos.

Sobre su espalda se incendió de música la tarima de la orquesta.

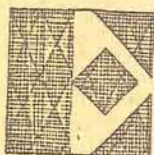
que pudo haberse cortado con ella, ya casualmente o en una tentativa frustrada de suicidio, muy poco antes de la tragedia final. Asimismo, su depresión nerviosa explicaría el abandono del diario de navegación diez días antes de la catástrofe, por más que en esto también una información sostenga que fué llevado hasta cuarenta y ocho horas antes de que la Dei Gratia encontrara el barco abandonado. Por lo demás, las versiones divergen en lo tocante a los papeles y el cronómetro del bar-

co: al paso que unas afirman que se perdieron, otras sostienen que el cronómetro se encontró en el cuarto de mapas y no hacen mención de los papeles. Suponiéndolos perdidos, el capitán, atacado como se dice de neurastenia, pudo arrojarlos al mar en un momento de aberración transitoria.

Con todo, mientras el mar no devuelva sus muertos, no habrá probablemente mejor explicación que la de Fosdyk de este misterio verdaderamente extraordinario del océano.



LA GUERRA EN EL MAR



N aquella región el día dura 24 horas en cierta época del año, es decir, que nunca es de noche. A las cuatro de la mañana, frente a Kya Islet, un cañonero noruego nos detuvo. Yo había dispuesto que el Tenby Castle fuera disfrazado nuevamente de buque pesquero. Las redes ocultaban los cañones para no hacer entrar en sospechas a los vapores alemanes.

—¡Tenby Castle, ahoy!— nos gritaron desde el cañonero —¿qué están ustedes haciendo aquí?

No podíamos engañarlo, y por lo tanto, mandé izar la bandera blanca, que nos identificaba como buque de guerra. El comandante Malthe Brunn, del buque noruego, vino a bordo, y después de conversar conmigo por espacio de algunos minutos y de tomar algunas copas de whisky con soda, se retiró nuevamente a su barco, no sin antes recomendarle de no cruzar la línea de las aguas neutrales.

A la mañana siguiente, a las 4, vi que un vapor de carga se acercaba a nosotros. No llevaba bandera. Me dirigí hacia él y, dando vuelta por su popa, comprobé por el nombre que se trataba de un buque alemán. Lo alcancé y le disparé un tiro delante de la proa, al mismo tiempo que izaba la bandera de la armada británica. Hasta ese momento el capitán del vapor alemán no me había dado la menor importancia, confundiendo al Tenby Castle con un pacífico vapor pesquero; pero cuando notó la señal hizo una rápida maniobra para acercarse a la costa. Era, pues, necesario detenerlo.

Di orden a los artilleros de hacer fuego contra el timón. Media docena de tiros alcanzaron para romper esa parte del buque, el que comenzó a navegar describiendo círculos, y detuvo la marcha. Lo abordé y tomé prisioneros a los tripulantes.

Un crucero británico se hallaba a cuarenta millas de la costa. Tenía orden de comunicarle toda captura, y por lo tanto, le anuncié radiotelegráficamente que tenía en mi poder un barco cargado con 5000 toneladas de mineral de hierro sueco.

No haga nada hasta mi llegada—me ordenó el comandante del crucero. La orden no me satisfizo en absoluto, porque estábamos en aguas neutrales y era preciso ganar tiempo; pero las órdenes son órdenes y tuve que obedecerlas, esperando en ese lugar la llegada del crucero.

Por fin, después de un par de horas, apareció el crucero.

Mis felicitaciones. Venga usted a bordo — me telegrafió el comandante.

Apenas estuve a bordo del crucero, el comandante me invitó a tomar una copa con él para celebrar el acontecimiento.

Comandante — le dije —, si no nos apuramos vamos a tener un disgusto — le dije —, por-

que estamos en aguas neutrales.

Me mandó a bordo del vapor capturado, ordenando que la tripulación alemana pasara al crucero. Yo deseaba llevar lo antes posible aquel barco a Inglaterra, comprendiendo que su cargamento podía ser de utilidad para nuestro gobierno. En consecuencia, ordené de inmediato que fuera reparado el timón destruido por nuestra artillería. Mientras estaba ocupado en vigilar esa tarea, apareció repentinamente el comandante Brunn con su cañonero. Se acercó a nosotros. También el crucero británico y el Tenby Castle se acercaron.

—Ustedes están aquí en nuestras aguas territoriales—nos dijo el marino noruego, y, por cierto, tenía razón.

—La corriente me llevó hacia la costa después de haber realizado la captura — le contesté, con el deseo de engañarlo. Sabía perfectamente que ya no me sería posible llevar el barco a Inglaterra; pero deseaba, por lo menos, sacarlo de la zona neutral para hundirlo. Creí haber convencido a Brunn, cuando uno de sus oficiales le gritó algo en su idioma. Brunn nos aconsejó de trasladarnos todos al crucero británico. Allí yo era un subalterno y debía acatar las órdenes de mi superior.

Y perdimos la presa. Al fin de la conferencia, Brunn llevó a remolque el buque alemán hasta la costa.

Enví un informe detallado acerca de todo lo sucedido al vicealmirante Sir Reginald Tupper, comandante de la décima escuadrilla de cruceros, a la que pertenecía el Tenby Castle, y éste dió traslado del informe al almirante Sir John Rushworth Jellicoe, quien a su vez me envió la contestación:

—Después de esto, aplique usted su propio criterio.

No podía haber recibido una mayor satisfacción.

Me dirigí con mi barco rumbo al Norte, hasta Vest Fjord, donde permanecí algunos días, con la firme decisión de no perder la próxima presa.

Una madrugada, a las 2, estábamos cerca del lugar anteriormente citado. Reinaba una densa niebla. En esos momentos oímos el ruido de un vapor que se acercaba. En seguida me propuse buscarlo, y, en efecto, no tardé en encontrarlo. Era un vapor alemán, que llevaba la bandera de esa nación. Estábamos dentro del límite de las aguas territoriales, o, por lo menos, muy cerca del límite. Pero era necesario capturarlo. Mandé disparar media docena de tiros delante de su proa, pero el vapor no detuvo la marcha hasta que ordené que le fuera destruida la chimenea con un tiro. En ese momento, uno de mis vigías me anunció: "Cañonero a la vista, señor". En efecto, uno de esos barcos se acercaba a nosotros a toda máquina.

—Vamos a hundir a este vapor y huir—ordené.

Con toda prisa ordené que la tripulación del buque alemán pasara al Tenby Castle, y abrí el fuego contra la nave, a la

Las redes ocultaban los cañones para no hacer entrar en sospechas a los vapores alemanes

ILUSTRACION DE PEDRO DELUCCHI

altura de la línea de flotación. Cinco minutos después, se hundió. Después me alejé del lugar a toda máquina, mar afuera. El cañonero noruego nos persiguió durante algunos minutos, pero después suspendió esta tarea.

Algunas horas después regresé nuevamente hasta el límite de las aguas territoriales, donde permanecí algunos días. Una mañana, otro barco apareció ante mi vista, navegando aguas abajo. Llevaba una bandera sueca; pero por las líneas del barco, comprendí que se trataba de un vapor alemán. Lo detuve, subí a bordo y comencé a revisar la documentación.

—Capitán, somos suecos—protestó el comandante.

—Quizá sea usted sueco—le contesté—, pero va a ir ahora a Inglaterra.

—No podemos—protestó.

—Pero va usted a poder a la fuerza—le repliqué.

En efecto, puse algunos hombres a bordo, y el vapor, llamado India, tomó rumbo a Inglaterra. Allí se comprobó que se trataba de alemanes y no de suecos.

Como puede verse, el Tenby Castle tenía bastante suerte para echar a perder, en parte, el trabajo de los alemanes a lo largo de la costa de Noruega. Muchas veces tuvimos que actuar dentro del límite de las 3 millas; pero, al fin, la guerra es la guerra.

Más tarde, el almirante me recomendó para una condecoración, el 25 de junio de 1915, y me fué concedida la Cruz para Servicios Distinguidos. En el momento de serme otorgada oficialmente la condecoración yo me hallaba en viaje, y sólo el 17 de mayo de 1916, cuando regresé a tierra, me fué comunicada la orden de presentarme en el Palacio de Buckingham para recibir la condecoración de manos del rey Jorge V.

Apenas salí del hotel, rumbo al palacio, comencé a sentirme nervioso. Al llegar al palacio fui conducido a una antecámara. Allí uno de los oficiales de la Corte me indicó cómo debía conducirme, lo mismo que anteriormente se me había hecho saber cómo debía vestirme para la ocasión. Después el mismo oficial sujetó en mi chaquetilla un alambre en forma de una S. El Rey no sujetaba en aquel tiempo las condecoraciones; éstas se otorgaban en tal número, que la tarea hubiera sido demasiado ardua. Para ahorrarle trabajo, se había dispuesto que cada uno de los agraciados debía cuadrarse delante del monarca, quien le colgaba la condecoración en el gancho que cité anteriormente.

Mientras estaba en la antecámara, sentí que el sudor me corría por la frente. En el bolsillo de mi chaquetilla llevaba un pañuelo. Lo saqué y me enjugué la frente. En ese momento, el ganchito debió quedar

EL CAPITAN DE LOS SIETE MARES

POR EL CAPITAN

JOHN THOMAS RANDELL

prendido del pañuelo, sin que yo reparara en ello.

Un momento después, estaba frente al Rey. El monarca se acercó para colgar la condecoración en el ganchito, pero éste no estaba allí. Por cierto, el Rey conocía el nombre de cada uno de nosotros por la respectiva citación.

—Parece haber perdido su gancho, Randell—me dijo.

—Debe haber quedado enganchado con el pañuelo, Majestad, contesté completamente sofo-

cado.

—No importa—me contestó, —le prenderé la condecoración con un alfiler.

Cuando lo hizo así, vió las medallas de la guerra de África del Sur que lucía en el pecho.

—Ya debe usted estar acostumbrado a recibir condecoraciones—me dijo sonriendo el Rey.

—Su Majestad la Reina me la colocó cuando era aún Duquesa de York y estaba en su compañía en San Juan de Terranova, señor—contesté—; yo formé allí su escolta oficial.

El Rey sonrió, me estrechó la mano y me dijo algunas palabras que jamás pude recordar. Después le correspondía el turno a otro.

Aquella noche, en el salón de guardia del buque de S. M. Británica Iron Duke, buque insignia del almirante Jellicoe, remojé la condecoración en rueda de colegas.

En medio de la fiesta, uno de los oficiales me preguntó:

—Oiga, Juan, ¿qué le dijo Su Majestad en esa larga conferencia confidencial?

Había sido condecorado después de mí, y había observado el incidente.

Todos estábamos alegres en esos momentos, y, por tal motivo, contesté:

—Y bien, si me guardan ustedes el secreto se lo contaré. Su majestad vió las otras medallas y me dijo: "Hola, Juan, ¿está usted aquí de nuevo? ¿Qué ha estado usted haciendo mientras tanto? Bueno, mire, ahora voy a despachar a esos almirantes y generales, y después descorcharemos una botella".

Yo contaba el incidente con el aire de mayor seriedad.

—¿Y qué le contestó usted? — preguntó un joven e inocente oficial.

—Le contesté así: "Vea, Jorge, con mucho gusto; pero la patrona me está esperando en el hotel. ¿Por qué no trae usted a su esposa esta noche y celebraremos el acontecimiento con una fiesta? Y Su Majestad me contestó: "Con mucho gusto lo haría, Juan, pero la última vez que sali de noche, María me gritó en tal forma a mi vuelta, que no me atrevo a repetirlo".

En 1917 fui designado comandante del buque pesquero armado Rushcoe. Este nombre le había sido conferido en homenaje al almirante Jellicoe, cuyo nombre completo era John Rushworth Jellicoe. Era una embarcación magnífica. Estaba dotado de un camarote especial, destinado a ser usado por el dueño de una flota de buques pesqueros, en el caso de querer hacer un viaje. Todos los detalles de la ornamentación revelaban lujo y buen gusto.

Realizaba un viaje de las Hébridas a Islandia, a gran distancia de la costa, cuando oí unos disparos. No se veía nada; pero ordené tomar dirección hacia el lugar de donde partían las detonaciones a toda máquina. A eso de las 11, pude ver un velero francés. Llevaba las velas colgando y todo el cordaje había sido destruido por el fuego de la artillería de un submarino alemán, que estaba baleando al buque francés. La tripulación francesa, en un bote salvavidas, estaba remando desesperadamente, con las balas cayendo a su alrededor, en el agua.

Aun nos hallábamos a una distancia de unas 10.000 yardas, cuando impartí orden a mis artilleros de abrir el fuego. El primer tiro fué corto, el segundo largo. El quinto disparo dió en la torre, y una llama de fuego se levantó. Un segundo después, había desaparecido, para no levantarse más. Antes de que llegáramos al velero, había nau-

fragado. En el lugar en que había desaparecido el submarino, sólo se veía una gran mancha de aceite. Creo que lo hundimos, porque nuestro proyectil debió haberle arrancado la torre.

Tomamos a nuestro bordo a los marinos franceses y los llevamos hasta tierra.

Tres meses después, recibí del Almirantazgo francés un pergamino, por la tarea de "salvamento".

Me puse tan orgulloso del Rushcoe, como Sir Aleck Black, su propietario, un fuerte armador de Grimsby. Era el buque pesquero más rápido, mejor armado y más grande del mundo.

En el otoño de 1917, navegaba con este barco a lo largo de la costa de Islandia. Tenía instrucciones de encontrarme en un lugar dado con el crucero francés Artois. Antes de llegar al lugar indicado, oí que de esa dirección llegaba un ruido de artillería. Ordené a los ingenieros que imprimieran al Rushcoe su velocidad máxima.

Eran las 2 de la tarde cuando llegamos al lugar donde se hallaba el Artois, observando entonces que todos los cañones de éste hacían fuego simultáneamente contra un submarino, que se hallaba apenas un poco más arriba de flor de agua, y que ya le había disparado tres torpedos. El crucero francés huía a la vez que seguía el fuego, y el submarino alemán, una vez disparados sus primeros tres torpedos, que no dieron en el blanco, resolvió sumergirse. Comprendí que sería inútil recurrir a la artillería y dispuse que el Rushcoe se dirigiera a toda máquina hasta el lugar donde se había sumergido el submarino. Una vez allí, comenzamos a lanzar bombas submarinas. Las primeras no tuvieron ningún resultado; pero, de repente, apareció una gran mancha de aceite. No se veían restos de naufragio; pero siempre creímos que lo habíamos alcanzado con alguna de las bombas.

El comandante del Artois comunicó nuestra actitud al Almirantazgo francés, y tres meses después el vicealmirante Sir Reginald Tupper, comandante de mi escuadrilla, me mandó llamar para entregarme la Cruz de Guerra de Francia.

En los meses del otoño de 1917 tuvimos bastantes encuentros con submarinos alemanes, y si bien yo jamás informé haber hundido alguno, pues nunca se veían restos de naufragio, mi personal juraba haber alcanzado por lo menos a tres de ellos.

A principios de 1918 fui citado nuevamente por el almirante Tupper, por mi labor en general, y se hizo mención de mi nombre en los despachos británicos. El gobierno de Francia me concedió dos palmas para mi Cruz de Guerra y el Almirantazgo británico me otorgó la hoja de roble, para llevarla en mi cinta de servicio general, lo que significaba "mencionado en los despachos".

(Continuará)

EL POLVO Y EL SOL
envejecen el cutis



El uso diario de la

CREMA HINDS

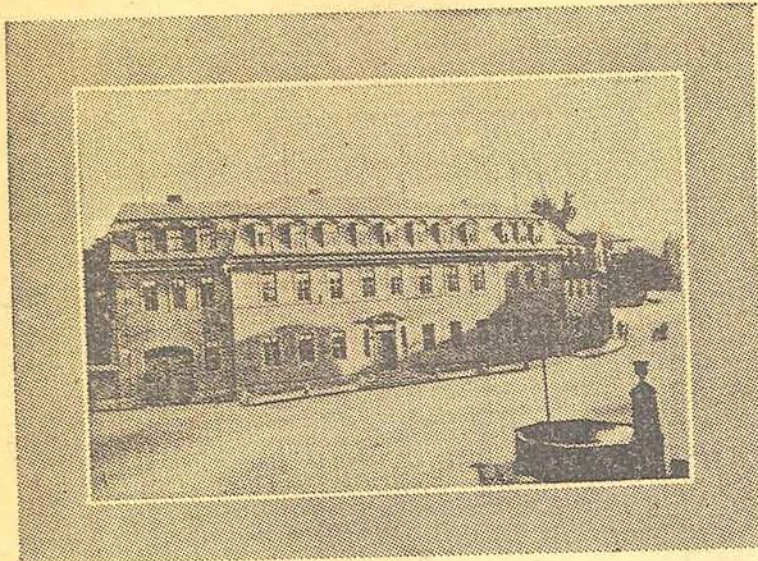
LO REJUVENECE

PÍDALA DONDE VENDAN
ARTÍCULOS DE TOCADOR

ITINERARIOS ALEMANES VISITA A LAS MANSIONES DE GOETHE Y DE SCHILLER POR PIETRO SOLARI

(Para LA NACION)

WEIMAR, diciembre de 1929



Ha aquí, en la plaza mayor, apareados en un monumento, sobre el mismo zócalo de granito, a los dos ciudadanos más grandes de esta ciudad: Wolfgang von Goethe y Federico Schiller. Sostienen, el primero con la mano derecha, el segundo con la izquierda, una sola corona de laureles, en un gesto ambiguo, que no estuvo, por cierto, nunca en sus intenciones y menos en las intenciones, excelentes de todo punto de vista, del escultor, pero que desagrada al que contempla el monumento. Parece que los dos hombres célebres, conscientes del lugar en que se encuentran expuestos en tal forma, están en actitud ceremoniosa y que con académica y literaria cortesía quieren reparar el descuido o la avaricia del estatuero que ha dado a dos poetas—¡y qué poetas!—una sola corona, de modo que pugnan por cedérsela uno a otro. A menos que estén forcejeando por quedarse cada cual con ella: pequeñas miserias capaces de avergonzar a cualquiera que no tenga, como estas dos figuras, cara de bronce.

La entrada que se paga para visitar la casa de Schiller es menos cara que la entrada a la casa de Goethe (¡Ay de mí!, hasta la gloria está marcada en marcos y peniques en la escala de los valores tangibles y pagaderos). Difícilmente se adivina cuál es la casa de Schiller entre los demás edificios blancos y bajos de la Schillerstrasse. Los cicerones demuestran tenerle menos veneración que a la de su gran vecino, no porque sea menos venerable en realidad, sino porque evidentemente da un rendimiento menor. Es la casa de un poeta pobre. ¿Qué se puede ver en la casa de los poetas pobres? Aparte del inquilino, poco o nada; y poco o nada se ve en definitiva en la casa de Schiller. Para ser piadosos con su memoria, para recordar su genio, sólo debería mostrarse a la curiosidad de la posteridad la pieza de trabajo, angos-

La casa de Goethe en Weimar

ta y obscura, donde escribió y murió: únicas cosas memorables que saben hacer los poetas.

Hay una humilde cama, hecha con tablas de abeto mal unidas y carcomidas (que debían estar en ese estado ya en tiempos de Schiller), y un escritorio proletario de madera de manzano, que parece no comprender todavía por qué la escogió el caprichoso destino para servir de cuna a las obras maestras de ese grande hombre: un mueble que hoy por hoy tendría escrúpulo un tenedor de libros en ponerlo en la antecámara para sus empleados, pero que entonces fué para el poeta un lujo insensato, uno de esos sibaríticos derroches que los poetas pobres se conceden alguna vez y a consecuencia de los cuales su presupuesto queda desequilibrado y claudicante durante muchos años.

Una visitante que ha conservado el incógnito ha depositado cerca del tintero un ramillete de "edelweiss" polvorientos, que en pocos meses han tomado la fisonomía secular y sepulcral de toda la casa; al lado hay media hoja de papel de oficio cruzada por la letra firme de Schiller: una escena del "Demetrio" interrumpida por la muerte. Y ni esto puede admirarse, porque a los poetas menos que a los demás se les tienen en cuenta las intenciones y los bocetos. Otros visitantes han depositado sobre la cama vacilante hojas y ramas de laurel. Nada hace más daño que la visión de un mueble tan humilde y hasta hosco acoplado a un símbolo pomposo y marchito, apergaminado por el tiempo y los abusos de la retórica.

El resto de la casa no habla de la grandeza del poeta, sino de la indigencia y las miserias del hombre. Y uno concluye que para ver estas últimas no es necesario entrar en esa casa precisamente; basta—si uno no quiere quedarse "chez-soi"—ir a cualquier casa de esta calle, de esta ciudad y de este mundo: y sin pagar un marco oro de entrada.

culcar a los hombres para su felicidad". Sobre este tema bordó cuarenta páginas no exentas de talento ni de cierta poesía ni, sobre todo, de énfasis. Bonaparte no obtuvo el premio, pero escribió muy complacido su tratado, para el cual se adiestró coleccionando expresiones en un cuaderno especial, con el fin de pulir su estilo. En suma, no estaba lejos de considerarse escritor y, además, en esa época comenzaba a avisarse. Las agitaciones de Ajaccio le hicieron bien y sus amigos de Valence lo hallaron favorablemente cambiado; sociable y mucho más alegre aunque demasiado republicano para la alta sociedad. Aficionado ya a la política, se inscribió en la Sociedad de los Amigos de la Constitución, donde solía también hablar, sin reparar que al ligarse a los sucesos de Francia se alejaba de su otra patria.

Ahora le toca el turno al palacio del poeta rico, y aquí conviene limpiarse bien las suelas de los zapatos en el "Salve" del felpudo que está en el dintel: "a tout seigneur, tout honneur".

Realmente, esta residencia soberana participa del genio de quien la habitó, la amuebló y la ordenó con industria, amor y largo estudio: solemne y tranquila, magnífica como un palacio real, silenciosa como una iglesia, ordenada como un catálogo, armoniosa como un poema, incolmable como la cabeza que la organizó, y que estaba llena, abarrotada y no saciada. Del atrio a la buhardilla (no puedo hablar de la bodega, pero garantizo que también le gustaban las buenas botellas) hay una infinidad, una furia, una batalla de memorias, documentos, antigüedades, objetos, instrumentos y colecciones; pero una batalla ordenada, victoriosa, de esas en que basta una ojeada para tener la medida exacta del cerebro del capitán y de su indiscutible triunfo. Cincuenta años combatió ese hombre en esta casa, durmiendo tranquilamente, como el Gran Condé en la vispera de cualquier encuentro importante, vale decir, todas las noches, todas esas noches que Schiller pasaba desvelado, nervioso y febril, en lucha con los "Ladrones", en coloquio con Guillermo Tell, en íntima comunión con María Estuardo próxima al patíbulo. No era nocturno el genio de Goethe: en sus horas—presididas y reguladas por la meridiana—ignoró las exaltaciones, las turbaciones proféticas, el encantamiento que el arte ha reservado para muchos a las horas de la noche. "Obras y días" hubiera podido ser su lema. ¡Y qué obras! ¡Y qué días!

En ninguna época, en ningún país encuentro un ejemplo que oponerle, una grandeza más imperturbable, una sed de saber más disciplinada. Espíritus universales fueron Dante y Leonardo, sí, pero eran italianos, vale decir, hijos del fuego, capaces de toda ira y fiebre, majestuosos y terribles como los volcanes, mientras que el genio de Weimar fué un

De esta suerte, al producirse el episodio de Varennes conciliaba en uno muchos estados diversos: era oficial hijodalgo, corso, filósofo, escritor y orador de club. La partida de Luis XVI y su regreso humillante a París dejaban prever la caída de la monarquía, y así lo entendieron los militares a quienes se pidió un nuevo juramento que debía presentarse por escrito y solamente ante la Asamblea. Muchos oficiales se rehusaron a ello considerándose obligados en su honor para con el rey, y emigraron; Napoleón, que interpretará sus escrúpulos de conciencia, será indulgente más tarde con estos emigrados. Otros prestaron juramento, a veces con entusiasmo, más a menudo con resignación, ya sea por amor a su carrera, porque les dolía salir de Francia o, finalmente, porque no

La humilde habitación en que murió Schiller

majestuoso témpano eterno: lo que no constituye una contradicción, puesto que el hielo quema también.

El máximo genio alemán fué también el más alemán de los genios, el más marcado por el imperativo categórico de ordenar, reagrupar, clasificar. Hoy que han aumentado en número las ciencias, extendiendo hasta el infinito su campo de acción, podría asegurarse que Goethe hubiera muerto de pena, desesperado por no poder llegar a comprenderlo todo, a saber y dominarlo todo. Su posición frente al mundo fué en grande, en sublime, la del príncipe Torlonia frente al Lago Fucino: "o él me absorbe a mí, o yo lo absorbo a él", y no carece de trágica belleza la imagen de ese anciano de ochenta años, célebre y decrepito, casi moribundo ya, observando sobre un plato de hoja de lata, que aun se ve en su estudio, la reacción de un ácido sobre un mineral que le habían obsequiado pocos días antes, en la vispera de la reacción última, la muerte. Y esta fué la forma que adoptó él, el poeta, para morir de pie como los héroes.

Fué un coleccionista entusiasta de obras de arte y un gran conocedor, demás está decirlo. En su viaje a Italia, el principal acontecimiento de su vida, fué el más tenaz y porfiado buscador que se haya visto en la península: para comprobarlo, volvé a leer el "Italienische Reise". Naturalmente, a pesar de la pensión y los haberes de ministro de Carlos Augusto, que era una prebenda razonable también, no le bastó el dinero para llevarse todo lo que hubiera deseado, sobre todo de Roma. Y fué una suerte para nosotros, pues en verdad se hubiera hecho empaquetar y fletar por algún anticuario de entonces—que eran más ávidos aun que los de ahora—el mismísimo Coliseo.

Y a pesar de lo mucho que se llevó, fué más aun lo que dejó, pues su gran corazón quedó en Roma. "Desde que pasé, de regreso a mi patria, el

"Ponte Molle"—decía Goethe en su vejez—, no he vuelto a conocer un día perfectamente feliz". Es mucho decir, tratándose de un hombre cuyos ochenta años de existencia estuvieron compuestos de días felicísimos. Pero más expresiva aun es la romántica expresión de "Ponte Molle" en vez de "Ponte Milvio", que olería demasiado a turista. ¿Goethe turista? ¡Bah!

¡Hermosa, inolvidable casa! Es posible que la gran sombra del poeta espere la noche, cuando los guardianes cierran las puertas al salir el último visitante del día, para reaparecer en la amada mansión y volver a contemplar la cabeza leonina de su Júpiter de Otricoli, el busto de Pericles, el retrato admirable del Duque de Urbino pintado por Domenico Barroccio: bellezas eternas, como él.

Muy conmovedora es la visita del estudio, la pieza más apartada y silenciosa de todo el edificio. Allí, todo ha permanecido religiosamente intacto, tal como estaba a la muerte de Goethe. Las mesas y escritorios—¡oh, maravilla!—son sin adornos y pobres como la de Schiller. Además, sólo hay una estufa monumental de mayólica, en que apoyaba la espalda friolenta, y permanecía horas y horas mirando el techo. En esa postura, alzándose de vez en cuando sobre la punta de los pies y dejándose caer luego sobre los talones, dictaba en voz baja a Eckerman o a su anciano secretario, palabras inmortales. A veces, el secretario se detenía para cortar la pluma de ganso, operación larga y fastidiosa; entonces, el genio paciente e imperturbable aprovechaba la oportunidad para volcar en la estufa una pala de carbón.

—¿En qué estábamos?—preguntaba luego al vejete, que mientras tanto se había afianzado los quevedos sobre la nariz y había cortado la pluma como para merecer un primer premio en cualquier concurso. El secretario repetía el último período o el último verso, y de los labios del poeta volvía a brotar, igual y sublime, el torrente de palabras inmortales.

ligarse de una vez de Córcega, a la que siempre volvía con obstinación. Su amada no quiso saber nada de él y para su felicidad lo arrojó lejos de sí.

Así hay hombres que deben libertad y fortuna a una decepción juvenil y a una pena de amor.

CREMA DE LIMON DE KRANK

Refresca y limpia la piel. Quita el ardor de la quemadura de Sol. Evita y elimina las pecas, corrige y cura los granos, espinillos y erupciones cutáneas. En tarro grande de porcelana \$ 5.— No encontrándose en esa pídalo al importador R. Espinal Hannier. Maipú 574. Bs. Aires.

Fabricantes A. J. Krank Mfg. Co. St. Paul Minn. U. S. A. Si al hacer un pedido se acompaña el recorte de este aviso la casa pagará los gastos de encomienda.

BETTY

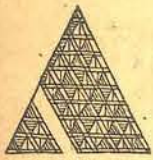
por C.A.Voight

© 1929 N.Y. TRIBUNE, INC.

OH, LAS MUJERES!

(DERECHOS EXCLUSIVOS PARA LA ARGENTINA ADQUIRIDOS POR "LA NACION". CUALQUIERA OTRA REPRODUCCION DE ESTA HISTORIETA EN NUESTRO PAIS DEBE CONSIDERARSE ILEGITIMA).





L llegar a Venezuela he vuelto a leer "Doña Bárbara", novela de Rómulo Gallegos, y su lectura ha confirmado la impresión que tuve al principio:

en mi opinión, es una de las obras imaginativas de mejor factura literaria y de más vivo interés de cuantas han podido escribirse en los últimos años en las naciones americanas de lengua española. Este interés con que yo he seguido las descripciones y los episodios de la novela, ¿habrá sido excitado por su particularidad de reflejar de un modo tan directo la vida de los llaneros venezolanos, tan semejantes a los gauchos argentinos?

Los norteamericanos en el cinematógrafo habían abusado tanto de la novelaria de los "cow-boys", que el tema empezaba a carecer de prestigio fantástico. Por otra parte, el gaucho argentino tenía que sufrir los efectos lamentables de esas cuadrillas de músicos que recorren los escenarios europeos vestidos con chiripás absurdos y cantando con voces abaritonadas unos tangos que destilan merengue sentimental. Parecía agotado el tipo del hombre agreste y libre, en lucha contra las fuerzas de la gigante naturaleza americana, así como la emoción de las infinitas llanuras desiertas o de las salvajes serranías.

El libro de Rómulo Gallegos me dice que el tema no estaba agotado. La novela "Doña Bárbara" tiene por escenario el extenso territorio tendido al norte del Orinoco y que lleva el nombre de Los Llanos. Allí vagan los rebaños innumerables sobre una planicie sin término; allí viven unos hombres rudos, los célebres "llaneros", jinetes incomparables, diestros en el manejo del lazo y no menos hábiles en blandir la lanza. Un hijo de la tierra, el famoso general Páez, agrupó en escuadrones a estos llaneros y los lanzó contra las fuerzas organizadas de los españoles, contribuyendo en gran parte a que la larga y duflisima guerra de la independencia de Venezuela pudiese, por último, llegar al éxito.

En la novela no hay escuadrones de llaneros que vociferen injurias y amenazas contra España. Al revés, en sus páginas alienta continuamente un interior espíritu hispánico, aunque el nombre de España no aparezca en el libro sino raras veces y de un modo muy accidental. Quiero decir que el lenguaje y el acento de la obra hablan con un sentido tan nuestro, tan hondamente racial, que el lector asiste verdaderamente a un mágico desplazamiento del mundo hispano.

Cuando examinamos la estructura de la América de habla española, cuando los libros de las distintas naciones americanas nos aportan las formas más espontáneas de su vivir, vemos claramente hasta qué punto el fenómeno de la unidad hispano continental está vigente ahora mismo como en los primeros tiempos de la colonización. La novela de costumbres venezolanas arriba citada nos revela el curioso parecido entre las costumbres y el lenguaje de los llaneros del Apure y el modo de vivir y hablar de los paisanos del Plata. ¿Se explicará la semejanza por el parecido físico de las dos inmensas llanuras ganaderas? Pero ahí tengo a mano otro libro revelador: "El Cancionero de Antioquia". La colombiana Antioquia no es tierra de llanuras y ganados, sino de sierras bravas y mineros; no obstante, las palabras y giros de los cantos antioqueños son, en su mayoría, los mismos que se emplean en el campo argentino. Igual observación pude hacer antes leyendo la novela de ambiente popular peruano "Mata-

laché", de Enrique López Albújar.

La novela "Doña Bárbara" nos dice que en los llanos venezolanos se emplea la palabra baqueano, o baquiano, con igual sentido que en la Argentina. Nos encontramos con palabras como pulpería, taita, mandinga, rancho, hacienda (en la acepción de ganado), que los argentinos consideran de uso exclusivamente nacional (y así se deshace una y otra vez la cómica quimera del "idioma nacional"). Los venezolanos llaman fundo a una gran finca agrícola, tal como hacen los chilenos. Dicen en Venezuela disparar (por escapar o salir precipitadamente), lo mismo que en el Plata. Y venezolanos y rioplatenses coinciden en el empleo del verbo maliciar (por sospechar o presumir). Frases enteras de esta novela venezolana parecen escritas por una pluma argen-

GAUCHOS Y LLANEROS

cial y popular se conserva tan propia, que este fenómeno que a punto no puede parecer exagerado.

En Venezuela, como es natural, abunda el asfalto, el automovilismo, la policía sistematizada, la electricidad y todas las formas habituales de la civilización moderna; con todo, las características tradicionales pueden más que las formas externas del modernismo. El tipo colonial de las casas, el aire y el color de las gentes, el tono del lenguaje y el ritmo especial de la vida contribuyen, en fin, a

vo de los campos, y creen degradarse con inclinar la cabeza ante la misma madre tierra. Sus casas ofrecen siempre la más triste apariencia y están privadas de las más necesarias comodidades. Aunque la tierra es extremadamente fértil, no consideran como esencial el pan, usando en su lugar un trozo de hígado cocido que les agrada más. Viviendo en medio de innumerables rebaños, rodeados por los munificentes dones de una benefactora providencia, se privan hasta de la carne fresca, no por avaricia o economía del ganado, que allí tiene un precio infimo, sino por ser naturalmente sobrios, mirando la leche y la manteca como alimentos sólo propios para niños. El centauro moderno de las desiertas comarcas del Nuevo Mundo, el llanero, gasta su vida a caballo, y éste le acompaña en todas sus accio-

Cuando ensillo mi caballo y me fajo mi machete, no envidio la suerte a naide, ni aun al mismo Presidente.

Sobre la hierba, la palma, sobre la palma, los cielos, sobre mi caballo, yo, y sobre mí, mi sombrero.

Llaneros y gauchos coinciden también en el humor malicioso alrededor de un donjuanismo de primitiva jactancia. Así canta el hombre de los Llanos, con un retintín que en la Pampa argentina parecería natural:

Mi mamá me dió el consejo que no fuera enamorado, y cuando veo una bonita me le voy de medio lao, como el gallo a la galina, como la garza al pescao, como la tortola al trigo, como la vieja al cacao.

El llanero goza en Venezuela un prestigio tan universal como el gaucho en la Argentina. Tiene una extensa literatura, aunque ésta no alcance el volumen y el valor que ha logrado la que gira en torno al gaucho rioplatense. Merece observarse el hecho de que en Venezuela, al tratarse los tipos y costumbres rurales, no se hace tanto uso del lenguaje o argot del pueblo bajo y campesino. En la Argentina este uso del habla popular va alcanzando proporciones de abuso, y hay una literatura que ya fia todo su mérito en la reproducción, con frecuencia exagerada, de los giros y vocablos del pueblo inculto. No se tiene tanto en cuenta el tono íntimo y peculiar del ambiente, como la mera presentación de maneras idiomáticas populares. Así está formándose artificialmente una literatura de argot, cuyo principal perjuicio consiste en que por propia voluntad limita, empujando el radio de difusión de la obra, tendiendo a lo contrario a que debe aspirar toda literatura, o sea a la universalidad. Una novela, por ejemplo, como "Segundo Sombra" se hace difícil de comprender en Colombia o Méjico, y todavía más en España, y al ser traducida a un idioma extranjero pierde la mitad de su interés y casi toda su gracia. Al contrario, la novela "Doña Bárbara", de Rómulo Gallegos, a pesar de pintar costumbres y personas tan típicas, y de referirse a una vida tan primitiva como la de los Llanos de Venezuela, no emplea los vocablos y modismos locales más que con una sobria discreción, lo cual no impide que sea una obra en la que el ambiente se halla expresado con una fuerza y veracidad excepcionales. Y así consigue cautivar la atención de los lectores de España y de cualquier país del mundo, por su inteligibilidad y lo universalista de su fondo humano.

Para que en todo sea igual su destino, gauchos y llaneros sufren el golpe de la adversidad y marchan parejamente a la ruina, tal vez a la extinción completa. El enemigo del gaucho es la inmigración de los colonos europeos y el sistema ordenancista y utilitario de la civilización moderna. El llanero, por su parte, languidece y disminuye al golpe de una fatalidad física; una espantosa e incontrastable plaga de paludismo está azotando, en efecto, el extenso territorio de los Llanos desde hace más de medio siglo, acaso desde la expulsión de las autoridades y de la organización política y social de España.



Un paisaje característico en Caracas (Venezuela)

tina, salvo diferencias insignificantes.

"—Salgan pajuera, muchachas — gritó Melesio —. No sean tan camperusas. Arriemense para que saluden al doctor.

"—Salí tú primero, chica.

"—¿Guá, y por qué no salís tú?"

El general Bolívar pretendió ser un estadista después de haber sido un gran guerrero. Quiso reunir los antiguos virreynatos en un haz federal, en algo así como los Estados Unidos Españoles de América. La idea fracasó. Allí donde el revolucionario y el guerrero acierta, el político puede equivocarse como cualquier hombre ingenuo. La idea de Bolívar ha parecido una simple ingenuidad porque pretendía, dicen, reducir a un orden lo caótico y formar una unidad de tantos elementos fatalmente antagónicos. Examinando bien la cuestión se llega, sin embargo, a reconocer que el pensamiento de Bolívar era difícil, pero no absurdo o disparatado. Bolívar sabía hasta qué punto la América española es una y homogénea, no obstante sus diferencias de climas y frutos. Un siglo de vida independiente ha hecho que las naciones americanas cobren intereses particulares y fisonomías estatales caracterizadas. Pero por debajo de lo oficial separador, ahora mismo esos pueblos están unidos y se comunican por los conductos esenciales del ser.

Entre Venezuela y la Argentina median distancias y diferencias considerables; sin embargo, el recuerdo de la Argentina acude continuamente a mi imaginación mientras contempló las poblaciones y los tipos venezolanos. Y esta evocación se cumple, para que sea más atractiva, con un efecto de pintoresca reacción histórica. Quiero decir que me siento en Venezuela como si me hubiese trasladado a Buenos Aires con ochenta años de atraso. La vida venezolana se halla todavía tan poco contaminada por la inmigración y por las empresas industriales y comerciales extranjeras, el cosmopolitismo es tan insignificante y la vida so-

que uno se figure que Caracas, por ejemplo, se ha convertido en el Buenos Aires de la época de Caseros.

El efecto se acentúa cuando trazamos un paralelo entre los Llanos venezolanos y la Pampa argentina. Efectivamente, la distancia que separa a ambos territorios es enorme; pero la naturaleza, sobre todo en América, sabe saltar fácilmente sobre éstos y otros obstáculos. El caso es que hay una inmensa pradera que se derrama desde el pie de los Andes hasta las selvas del Orinoco, completamente parecida a aquella otra gran pradera que se extiende de los Andes al mar y al Río de la Plata. La primera está enclavada en plena zona tórrida; la segunda, en la zona templada. El sauce y el ombú rompen de tarde en tarde la soledad de la Pampa argentina, en tanto que los grupos de palmeras forman especies de islas en el mar infinito de los Llanos. La impresión resulta igual. Una llanura parece ser continuación de la otra. Cientos de miles de reses pastan en libertad en ambas praderas. Y los hombres a caballo que vigilan esos rebaños inconcebibles se asemejan tanto por su hablar, por su carácter y sus hábitos, que una mayor coincidencia no sería posible.

Es verdad que la Pampa ha sido amojonada y alambrada convenientemente, mientras los Llanos permanecen abiertos y sin alambrados separadores. Pero ya dijimos antes que en Venezuela, para ciertas apreciaciones, conviene retrasar el curso del tiempo en ochenta años. El hijo del general Páez, en su curioso libro "Escenas rústicas en Sud América", dice: "Son los llaneros esencialmente pastores, ajenos al culti-

nes y actividades. Nada más noble para él que recorrer las llanuras sin límites, echado sobre su ardiente corcel, dominando los toros salvajes o derribando a sus enemigos. Desgraciadamente, siempre está dispuesto para meterse en el primer movimiento revolucionario que surja..."

Esto se escribió a mediados del siglo anterior; pero la vida en los Llanos ha sufrido tan escasas mutaciones, que esa pintura puede servir perfectamente para el actual llanero. Y los que conocen al jinete de la Pampa argentina comprenden sin gran esfuerzo que las líneas anteriores podrían aplicarse íntegramente al gaucho que retrató Sarmiento, y hasta al paisano que ahora mismo galopa por muchos lugares de la llanura rioplatense.

El llanero es cantor y amigo de la guitarra como el gaucho. En las pulperías venezolanas, como en las pulperías argentinas, hay concursos de payadores en los que se dicen las mismas cosas, se mortifican y bromean los contrincantes de parecido modo y acaban a veces los cantos también de idéntica manera: a golpes y cuchilladas. El propio Martín Fierro no desdenaría el pronunciar los siguientes versos del payador llanero, cuando contesta a una insidiosa provocación de su contrincante:

Supongo que sea un portento El cantador que ha cantao, y por si acaso, le arvierto que aquí me tiene a su lao.

Te llaman gallo de espuela, mas tu pluma no respeto, que yo he mandao a la escuela a gallos de más talento.

He mandao yo a la escuela a verdaderos cantores; ¿qué me haré con este intruso, díganme ustedes, señores?

Es muy grande tu saber, por lo que me has dicho infiero; mas deseo que me adivines: ¿cuántos pelos tiene un cuero?

¡Ay, Jesús, María y José! que me has dejao confuso: los pelos que tiene un cuero fueron los que Dios le puso.

Por supuesto, el llanero es guapetón y amigo de decir arrogancias, como su hermano el gaucho. Y exclama en sus canciones:

JOSE MARIA SALAVERRIA

(Para LA NACION)

CARACAS, diciembre de 1929.



PAUL SOUDAY



Se considera desde lejos el mundo de los diarios, parece que la prensa fuera la más estable de todas las industrias.

Nosotros nos imaginamos desde París el cuadro de la prensa argentina como inmutable, con precedencias, situaciones reservadas y géneros bien definidos para cada uno. Sin embargo, en Buenos Aires se sabe que la realidad es muy diferente, que cada año, cada trimestre, aportan cambios, mejoras, progresos, retrocesos. Bajo la fachada impasible de las titulares, aquel que vive dentro del periodismo sabe descubrir las incesantes metamorfosis.

Sin duda que los argentinos piensan, por su parte, que los diarios franceses, cuyos nombres les son conocidos por tradición, mantienen o aumentan sin cambios profundos su forma, su fondo y su clientela. Cuando abren "Le Temps" comprueban que nada ha cambiado en la fisonomía tipográfica, desde los tiempos de Adrien Hébrard. Es por otra parte verosímil que en el curso de su larga carrera este diario haya compuesto y anunciado con los mismos caracteres la derrota de Sedán y la victoria del Marne, la caída de Napoleón III y la de M. Herriot. La casa de la rue des Italiens no trata nunca de producir sensación.

El "Journal des Débats", y aun los cotidianos más modernos, son conservadores de su forma física: afirman y fijan muy luego su género, sus opiniones y su zona de influencia. No solamente los abonados, sino los lectores a número suelto, se crean por su parte sus hábitos: se adhieren a sus órganos con una fidelidad desesperada y son los últimos en darse cuenta de las variaciones de doctrina, mientras que la manera de armar las páginas no sufre modificaciones. Un periodista escéptico me decía: "El católico 'Echo de Paris' podría ser comprado por los francmasones y consagrarse a la defensa de la escuela laica, sin perder por eso, hasta dentro de unos diez años, el abono de lejanos curas de campaña, que no se darían cuenta del cambio." Es muy posible: sus pretendidos guías le han impuesto sucesivamente tan variadas y tan contradictorias consignas, desde que se acabó la guerra, que un diario puede impunemente cambiar de política. Si lo hace con habilidad y las transiciones necesarias, fácil le será convencer a sus lectores que no es él, que son las circunstancias las que han variado. ¿Cuántos de sus fieles devotos sospecharán que la metamorfosis depende de que un paquete de acciones del diario ha pasado de manos de Pedro a las de Pablo, o que, para hacer frente a un vencimiento difícil, la administración ha tenido que someterse al contralor de un banco que, por su parte, tiene que defender la política de sus intere-

EN EL MUNDO DE LOS DIARIOS

POR

RENE
RICHARD

(Para LA NACION)

PARIS, enero de 1930

ses? Este trabajo subterráneo, pero incesante, y que sólo conocen los iniciados, hace que en la prensa haya menos creaciones que metamorfosis. Es más rápido y menos costoso el obtener el contralor de una dirección que el fundar un nuevo órgano. Y por esto, a pesar de la identidad de sus aspectos, la prensa es como el mar, maravillosamente agitada y cambiante.

Parece, por otra parte, que le agradara justificar el proverbio: "Plus ça change, plus c'est la même chose". Son con frecuencia los órganos de opinión ultraversátiles los que más conservan un exterior siempre rígido. Se trata de conservar "el tono de la casa", cuya conservación sirve para disimularle a la clientela las revoluciones interiores de Palacio. El ejemplo más divertido lo da "Le Quotidien", fundado para asegurar la victoria electoral del Bloque de las Izquierdas y que fué el órgano oficial del gobierno de Herriot. Sostenido por las subscripciones de miles de buenas gentes, maestros de escuela y de camineros socializantes, generosamente favorecido por las subvenciones del gabinete republicano, fué puesto secretamente, por gestión de su director, M. Dumay, bajo la fiscalización administrativa y financiera de la famosa madame Hanau, hoy en la cárcel acusada de estafa, y así acabó en el fracaso una carrera comenzada bajo el signo de las esperanzas democráticas. Entonces M. Hennessy, su propietario, ha vuelto a ocupar su dirección. M. Hennessy es miembro del gobierno de Unión Nacional, fórmula de colaboración entre los republicanos de la izquierda y los de la derecha.

Pero la clientela radical del "Le Quotidien" es intransigentemente opuesta a esta formación política. M. Hennessy periodista está, pues, en contradicción con M. Hennessy ministro, porque el periodista no quiere perder sus lectores y el ministro no quiere abandonar su cartera. Y si se puede estar cierto de que los suscriptores no saben ya a qué atenerse, no se tiene mayor seguridad de que el inspirador vea claro en medio de sus contradicciones.

El gran estado mayor de los diarios parisienses ha sufrido en estos últimos tiempos sensibles cambios. No es posible seguir exactamente las modificaciones de influencia que se suceden en el "Journal". El "Petit Journal", que sigue en manos de M. Loucheur, para servir sus planes políticos, ya no está bajo la dirección técnica del coronel Guillaume, que ha pasado a "Paris-Midi". Pero el cambio más considerable es el que se ha producido en "Le Temps", que escapa a la dinastía de los Hébrard y se somete a la fiscalización de la gran industria minera. Este cambio no afecta directamente al cuerpo del diario ni a su cuerpo de doctrinas: más bien repercute en la página económica y financiera. El editorial de "Le Temps" sigue confiado a M. Roland de Maré, que continúa bastante débilmente las tradiciones de los Tardieu y los Herbet. Pero una sucesión que ha interesado mucho a los lectores ha sido la del deplorado Paul Souday en el folletín literario.

"Le Temps" circula en los centros intelectuales y universitarios; se da cierto tono profesoral y recluta la mayoría de sus principales redactores en el cuerpo enseñante y en los bancos de la Escuela Normal Superior. Esta clientela, cultora de las ideas, forma un público a la vez dócil y exigente. Era en ella que se apoyaba M. Paul Souday, y gracias a ella este crítico independiente pudo re-

sistir la campaña desencadenada en su contra. Seguro de esa fuerza provincial, hasta se complacía en provocar a sus adversarios. Y tanto lo hizo que, por muchas reservas que se hicieran sobre los gustos y las repulsiones de M. Souday, había que reconocer que sus notas cotidianas y que su folletín semanal tenían esa vida atrayente que da el combate. Los continuos ataques lo obligaban a definirse sin cesar, en suma, a personalizarse, con una nitidez cada vez más grande. Lo beneficiaban, pues, al mismo tiempo la admiración de sus amigos y las críticas de sus adversarios.

Una brusca desaparición abrió inopinadamente su sucesión, para la que había numerosos candidatos. Se habló de M. Pierre Lasserre, quien no la aceptó, temiendo que su libertad de escritor pudiera ser demasiado limitada por el marco de las opiniones políticas de "Le Temps". Después de largas gestiones, ha sido a M. André Thérive a quien le ha correspondido el honor de reemplazar a M. Paul Souday. M. André Thérive es un hombre joven aun y que conservará largo tiempo el aspecto de serlo. Es un espíritu fino, cultivado, ingenioso. Es a la vez creador, porque ha publicado cinco novelas y diez y ocho volúmenes de ensayos y de folletines literarios. Delicada y finamente purista, ha hecho la guerra al mal estilo y comparte con M. Abel Hermant la tarea de defender la lengua francesa. En fin, si algunos le reprochan que no tenga la robustez algo pesada de su predecesor, le será posible hacerse respetar por la finura cáustica y asaz mordiente que caracteriza su manera.

Porque M. Thérive se verá obligado a atacar... para defenderse. Y tendrá que defenderse porque está a la cabeza de un movimiento literario que reacciona contra ciertas tendencias muy de moda en nuestros días. La nueva escuela de M. Thérive es el populismo, especie de prolongación y de renacimiento del movimiento naturalista, que incita al escritor a volverse hacia la vida cotidiana, fuente de emoción, en lugar de concentrarse en el análisis de sí, en la introspección, que engendra la esterilidad de la sensibilidad y corta las comunicaciones humanas. Ahora bien, los introspectores son legión y gozan de bastante prestigio. Se han refugiado en su "Yo", porque los ha herido la vida. La guerra y sus consecuencias han sido, sin duda, demasiado duras para ciertas sensibilidades, y buscando refugio, la vida interior ha sido para ellas la suprema trinchera contra las hostilidades del exterior. Pero la sociedad tiende a recuperar cierto equilibrio; las condiciones de la vida vuelven a normalizarse, y ya un hombre, aunque sea delicado, puede circular sin armas y sin mayor riesgo de ser herido. Hay que salir de sí para tener mejor salud. El momento es favorable. M. Thérive lo afirma. Hay que visitar ese mundo nuevo, que se afirma y se equilibra. El populismo parece así lógicamente y cronológicamente una consecuencia de la estabilización. Pero será mal recibido por los caballeros de la Torre de Marfil.

Queda por saber, naturalmente, si M. Thérive, en su folletín de "Le Temps" seguirá

siendo el inspirador y el jefe de escuela o si se inclinará hacia un liberalismo que lo obligará, sobre todo, a elogiar los esfuerzos de sus adversarios. En el primer caso será combatido; en el segundo, será olvidado. Su elección dará la medida de su temperamento de crítico.

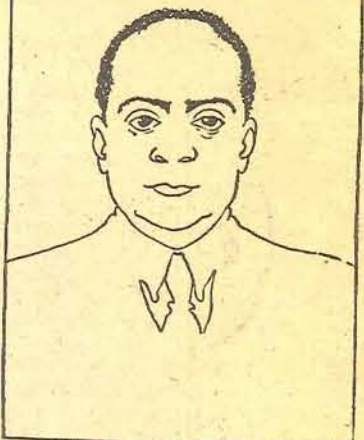
El nombramiento de M. André Thérive en "Le Temps" no ha llenado la sucesión de M. Souday, cuya colaboración se extendía a varios diarios.

La palabra melancólica "sucesión" toma en este caso toda su tristeza, cuando se ha asistido a la venta de los muebles y los libros del famoso crítico. Esta pobreza de un decorado pasado de moda y, confesémoslo, de un mal gusto atroz, y esa enorme biblioteca, toda para el trabajo, en la que el lujo de las ediciones no tenía lugar; esta ruina material y esta riqueza intelectual son títulos de honor para quien sólo se entregó a los trabajos del espíritu. La gente maliciosa demostró mucho interés en hojear los libros de M. Souday. Las anotaciones severas acribillaban los textos de escritores para quienes el crítico fué, sin embargo, indulgente en sus artículos. Esto prueba que este hombre muy detestado no era tan severo como se ha dicho.

Volviendo a la sucesión periodística de Souday, es curioso comprobar que en dos diarios en que colaboraba, LA NACION, de Buenos Aires, y "Candide", de París, su cetro de crítico ha pasado a las manos del mismo escritor, M. Benjamin Crémieux, cuyo elogio está demás, puesto que nuestros lectores han podido apreciar ya sus artículos. Este hecho concurre a demostrar que no abundan en la prensa los grandes críticos. Cuando se ha nombrado a los Sres. Thérive, Crémieux, Thibaudet y Ramón Fernández, y sobre todo si se agrega el nombre de M. Gabriel Brunet, se ha enumerado lo mejor de nuestros recursos. No hablo, por supuesto, más que de los especialistas, porque si se tratara de "jueces", creo que todos estarían de acuerdo para ver en M. León Daudet al más grande crítico de nuestra época.

La coincidencia de LA NACION y de "Candide" en la elección de M. Benjamin Crémieux, me induce a apuntar, a propósito de este último diario, una creación que merece señalarse en un artículo, consagrada a las metamorfosis de la prensa francesa. Es quizá la innovación más original, en materia de periodismo, la creación del semanario literario, cuyo mérito corresponde, a pesar de todas las falsificaciones, al editor Arthème Fayard. Este promotor ha comprendido que las inmensas necesidades, y hasta la avaricia de un público que aumenta constantemente y que exige un enorme material de lectura a poco costo, no podían ser satisfechos ni por las hojas cotidianas, cualesquiera sea la dosis de literatura que las recargue, ni por las revistas, dedicadas a la crítica retardada, ni por los libros demasiado costosos para que se puedan variar sus materiales. Imagino, pues, este "Candide", que obtuvo en seguida un éxito sorprendente, no sólo nacional, sino también universal, y que reúne todas las semanas, en diez y seis grandes páginas de rigurosa actualidad, cuentos, novelas, piezas de teatro, ecos, artículos de crítica, reportajes, cosas vistas, ciencia, medicina, música, teatro, dibujos, caricaturas, todo completamente inédito... y por quince sueldos. Tal suma de vida, de movimiento, un interés tan variado, en tan perfecta unidad de to-

ANDRÉ THERIVE



no, le han dado a este periódico espiritual, que todo lo dice riendo, una enorme tirada.

En este momento, en que tanto se incita a la prensa parisiense a que imite a la americana, la creación de "Candide" ha demostrado una buena dosis de originalidad en la industria de nuestros diarios. Lo que no quita que si este ejemplo merece ser imitado en el exterior, el que nos da la prensa del Nuevo Mundo ofrece a la nuestra no menos cosas excelentes que aclimatar entre nosotros.

ACCIONES HEROICAS

La abnegación y el sacrificio son cosas tan elevadas, que deben inspirar siempre admiración. La historia se encarga de hacer llegar hasta nosotros relatos de acciones heroicas, algunas de las cuales nos vienen ya sin nombres.

Existe una impresionante anécdota de un rey pagano que recibió de sus sacerdotes la orden de sacrificar el ser que le era más querido, para apaciguar la cólera de los dioses. Acababan de apoderarse de su hijo más pequeño, a quien parecía mimar más que a todos, cuando su mujer se precipitó para ocupar su lugar, diciendo que su hijo debía vivir. Muriendo ella, impedía que sacrificaran a la criatura y no titubeaba en declararse más querida que el niño, con tal de no dejarlo morir. El sacerdote miró al padre. Su rostro, hasta entonces imperturbable, se contrajo con una terrible angustia y se precipitó para salvar a su mujer, más bien que a su hijo. Esto sirvió de respuesta al sacerdote, que se apoderó inmediatamente de la madre por ser la más querida. Antes de que el rey pudiera impedirlo, el sacerdote le dió el golpe fatal y la desgraciada mujer murió con la sonrisa en los labios al comprender cuán grande era el amor de su marido.



COLECCION PRINCESA

Las novelas predilectas del público femenino

ULTIMO GRAN EXITO



por el célebre autor francés
PIERRE ALCIETTE

Las novelas de "Colección Princesa" se venden en todas las buenas librerías. Pídanse la lista de las novelas publicadas.

Editor:

EUGENIO SUBIRANA
APARTADO 203, Barcelona

CORREO DEL CINE

nes. Para ésta ha sido contratada una de las bandas militares húngaras. Terminados los exteriores de "Melodía del corazón", el aparato registrador será trasladado a las montañas de Steiermark, donde han de tomarse los exteriores de la nueva producción, Joe May, "El inmortal Brigón".

El campamento de "El diablo blanco"

Para la nueva gran película Bloch-Rabinowitsch, "El diablo blanco", ha sido levantado en las altas montañas de Pouet, cerca de Niza, un campamento de guerra caucásico, fiel reproducción de la realidad. En vista de las dificultades para llegar al lugar donde el campamento se halla situado, resolvieron los actores, directores y comparsas residir en las tiendas de campaña hasta terminar la toma de vistas.

Sobre el campamento se desencadenó recientemente una tormenta que puso en peligro la vida de algunos de los acampados. Afortunadamente, las únicas desgracias que hasta ahora ha tenido que lamentar la expedición, se reducen a la muerte de dos caballos, caídos en el curso de los grandes combates puestos en escena.

Los exteriores de "Triple alianza"

En el parque del palacio Wilkendorf, magnífica posesión situada en Strausberg, cerca de Berlín, acaba de terminar la toma de vistas para los exteriores de la nueva película

riores de la nueva película Jenny Jugo "Triple alianza", realizada por Hans Behrendt, bajo la dirección del productor Alfred Zeisler. En esta nueva película, Jenny Jugo aparece rodeada de los actores Enrico Benfer, Ernst Stahl-Nachbaur, Raimondo van Riel, Michael von Newlinsky, Max Maximilian, Kurt Katsch, Viktor Gehring y Alfred Beierle. La parte fotográfica corre a cargo de Werner Brandes.

Nuevas películas culturales sonoras

La película de la Ufa, "Animales transparentes", ha sido acogida con el éxito que dada la calidad de sus fotografías y el alto nivel científico de las mismas, era de esperar. A reforzar el éxito ha contribuido la desaparición del texto escrito que, por primera vez, ha sido reemplazado en esta película, por una conferencia hablada a cargo del profesor de la Universidad de Berlín, Dr. Berndt.

Por el mismo método procederá la Ufa a editar algunas otras películas de carácter biológico, de las cuales, serán las primeras "Rarezas del mundo animal marino" y "La lucha por la existencia en el fondo del Mar". Ambas películas constituirán para el espectador nuevas e interesantes revelaciones de las formas maravillosas que la vida reviste entre los seres minúsculos de la fauna marina.

"El país de los renos"

La nueva superproducción cul-

tural de la Ufa, producto de una estada de varios meses de los operadores Paul Lieberenz y Jensen, en Laponia, lleva por título "El país de los renos". Entre muchas escenas de la vida en Laponia puede presenciar el espectador de esta película, una manada de varios millares de renos atravesando un fiord helado, de tres kilómetros de ancho.

CARTA DE HOLLYWOOD

Por WHITE SCREEN

UN PAPEL HISTORICO PARA ROD LA ROCQUE

PARECERA extraño, pero la insistencia del rumor hace que tome nota de lo que posiblemente se convertirá en realidad. Rod La Rocque ha sido contratado por el director D. W. Griffith, para hacer de Lincoln en la gran producción parlante basada en la vida del ilustre presidente americano.

■ ■ ■

Dorothy Dalton, prominente estrella de la pantalla hasta hace algunos años, que abandonara las luces Kleig por escenarios de operetas neoyorquinas y también por su matrimonio con el empresario teatral Mr. Arthur Hammerstein, volverá a presentarse frente a las cámaras cinematográficas en el "lot" de la compañía Artistas Unidos, juntamente con la simpática Lois Moran, en los papeles principales de la opereta cinematográfica, a titularse: "La novia 66".



Un autógrafo de Mary Nolan, la nueva estrella de la Universal, para LA NACION. Mary Nolan ha triunfado recientemente en los Estados Unidos, desempeñando el principal papel en "La dama de Shanghai".

CARTA DE ALEMANIA

El primer papel de Jannings en una película sonora

CARL Vollmoeller y Carl Zuckmayer, dos de los más conocidos dramaturgos alemanes, preparan el argumento de la primera superproducción "Ufaton", interpretada por Emil Jannings. La realización de esta película corre a cargo de Josef von Sternberg, y Erich Pommer se ha encargado de dirigir la producción de la misma.

"La última compañía"

En el gran "studio" alemán de Neubabelsberg tienen lugar actualmente, bajo la dirección de Kurt Bernhard, los primeros ensayos para la película "La última compañía". Uno de los primeros artistas sometidos al examen ha sido el actor holandés Varno. La dirección de toma de vistas corre a cargo de Eduard Hubat.

"Si entregas tu corazón"

La nueva película de Lilian Harvey, "Si entregas tu corazón...", inspirada en la novela de Ludwig von Wohl, "El vagabundo del Ecuador", ha quedado terminada. El realizador Johannes Guter se ocupa actualmente del montaje. Los papeles principales corren a cargo de Lilian Harvey, Igo Sym y Harry Halm, y los exteriores fueron rodados en los lugares más pintorescos de las islas Canarias. El argumento es de Robert Liebmman, la fotografía de Fritz Arno Wanger, y el decorado de Jack Rotmil y Heinz Fenchel.

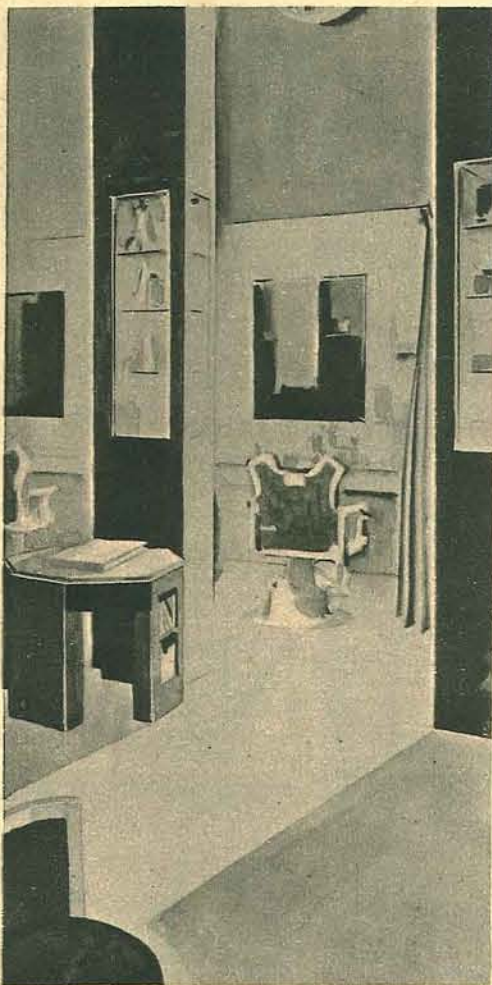
Exteriores sonoros en Hungría

El primer aparato registrador transportable para cinematografía sonora de fabricación alemana, acaba de ser transportado a Budapest, donde en la actualidad se están rodando bajo la dirección del realizador Hanns Schwarz, varios exteriores para la superproducción "Mediodía del corazón". En extremo interesantes serán las escenas impresionadas en el Luna-Park de Budapest, reproducción fiel de la ruidosa agitación típica de los grandes parques de atraccio-

En París, VINCENT

Conocido especialista internacional en belleza
recomienda este tratamiento básico del cutis

Este especialista Parisiense aconseja a sus clientes la manera de conservar el cutis hermoso, usando un simple tratamiento, basado en el jabón de aceites de palma y oliva.



Artefactos eléctricos de cristales geométricos; mobiliario sencillo y angular de línea moderna; elegantes vitrinas donde se exhiben finos artículos de tocador — estas son las notas salientes del establecimiento de Vincent en París. El piso de mosaicos y el brillo de los cristales forman un conjunto de refinado gusto, digno de la distinguida clientela que concurre a este conocido salón de belleza Parisiense.

"Hemos encontrado que la edad no tiene que ver tanto con el desmejoramiento del cutis, como los métodos impropios usados frecuentemente en el hogar. Por lo tanto, le recomendamos a toda nuestra clientela se laven la cara diariamente con un jabón y uno solamente... el jabón elaborado de los aceites de palma y oliva."

Vincent

No solamente se debe la gran reputación que tiene el establecimiento de Vincent en París a su interior tan encantador y elegante, sino a la gran pericia artística de su director monsieur Vincent. La mayor parte de su tiempo lo emplea en consultas sobre el cuidado del cutis.

"No hay una razón verdadera", dice Vincent, por la que una mujer en su edad media o de más avanzada edad no pueda conservar el encanto de un cutis limpio y juvenil.

Les recomendamos a todos nuestros clientes se laven la cara con el jabón especial que contiene los aceites de palma y oliva... después de lo cual les aconsejamos usen la Crema Vincent, que fortalece y completa los efectos de este sin igual jabón.

Lo que estos aceites hacen para el cutis

La necesidad de "lavarse diariamente la suciedad, polvos y colorete que obstruyen los poros", es recomendado urgentemente por Vincent. Para limpiar los poros de impurezas y dejar el cutis firme y con un color fresco, reconocidos especialistas en todo el mundo concuerdan con este tratamiento básico.

En Londres, madame Jacobson, la consejera en belleza de la Familia Real; en Berlín, Elise Bock, la distinguida especialista de la Europa central; en Viena, Pessl; en París, Lina Cavalieri y todos los demás eminentes especialistas..., dicen: Para conservar el cutis hermoso, lávese la cara con el jabón Palmolive.



Vincent, reconocido especialista en belleza, dirige este exclusivo establecimiento en la Rue Royale, la pequeña y distinguida avenida que conduce de La Madeleine a La Place Concorde en París.

He aquí el famoso tratamiento

Los especialistas concuerdan en este método para hermosear el cutis: Con ambas manos haga una espuma abundante del sin igual jabón Palmolive y frótese bien la cara con ella. En seguida, enjuáguese y séquese completamente.

Sin duda, la gran sencillez de este tratamiento es una razón de su popularidad tan enorme. Colgate, Palmolive, Peet Ltda. S. A. Ind. Buenos Aires.



35 centavos la pastilla

3 por \$ 1.—

JABON PALMOLIVE

SPORT EXTRANJERO



En la pista de Saint Moritz suelen apreciarse algunos saltos con esquíes realmente magníficos. La agreste belleza del paisaje y el hecho de reunirse los mejores especialistas permiten la realización de pruebas notables que ponen a prueba la serenidad y el valor de los arriesgados sportsmen



El viejo velódromo de la calle Oliver de Serres, en París, ha sido recientemente transformado en una cómoda pista de patinaje que hace las delicias de los numerosos entusiastas de este sport. Una parte del local ha sido destinada para la realización de partidos de hockey sobre patines



Más de una hora de trabajo le ha costado a M. Drews, que aparece en la fotografía, la pesca de este espléndido ejemplar, obtenido en el río Mulde, Alemania. Este raro pescado mide 1,60 metros y pesa alrededor de 20 kilogramos



Curiosa ofrenda al capitán de un equipo de football americano en California. Miss Holly Halsed, consagrada "reina en el torneo de las rosas", ofrece una corona de flores a Nate Barrager, capitán del team de football de la Universidad de California del Sur, antes de iniciarse el match entre este conjunto y el de Pittsburgh



PALAIS DE LA
MEDITERRANEE
(Casino)

NICE

Eternal Spring
Immortal Joy





CINEMATOGRAFO Y TOROS DESDE NUEVA YORK

(NOTAS DE UN VIAJE A NORTE AMERICA)

P O R
J A C I N T O
MIQUELARENA

(Para LA NACION)

BILBAO, diciembre de 1929.

la nube una pequeña granja del Norte de Francia, con una madre joven y un niño con la cabeza envuelta en yute...

"Por ella y por su patria". Se asegura que la Gran Guerra de Europa la organizó y pagó una casa norteamericana de películas para obtener de ella varios "escenarios". Pero emociona hasta tal punto que estos soldados de las palangana se enamoren de las granjeras francesas, que la Gran Guerra se prolonga ahora en Hollywood a base de cartón, bengalas, cañones de madera y cien mil bajas diarias.

No se conoce ni un solo "extra" en California que no haya muerto veinte veces, por lo menos, en Le Marne.

Esta debe ser la razón por la cual Francia se niega a pagar sus deudas.

—¿Usted ha estado en España, Mr. Down?

—Ciertamente.

—¿Ha visto usted corridas de toros?

—Ciertamente. Me gustaban mucho, pero ya no me gustan porque me he enterado de lo que cobran los toreros. Un espectáculo con hombres que no tienen dignidad no me interesa.

—¿Le parece a usted que cobran mucho?

—Me parece que no cobran. Un americano tiene tal concepto de su vida que no torearía una corrida por menos de cien mil dólares. El torero español es demasiado barato. La estimación de uno mismo debe cotizarse mejor.

—Entonces, cree usted que se tiene más dignidad cuanto más se cobra?

—Naturalmente. El público también es barato. Apenas paga cuatro o cinco dólares por un asiento y esto le da derecho a insultar a los catorce hombres de la arena si le soslayan el riesgo de la muerte. Por menos de cien dólares no se debiera tener derecho a esas grandes satisfacciones. Es necesario que le crueldad sea el vicio más caro de la vida.

Supone Mr. Down—después de ofrecerme un puro y de guillotinar a diente la punta del suyo—que los toros terminarán en España cuando se realice una propaganda eficiente contra ello.

—Es, dice—una cuestión de publicidad acertada. Terminarán las corridas cuando se les demuestre claramente a los toreros que matar toros no es negocio, aun prescindiendo del riesgo. Cuando se les diga que en cualquier "asunto" pueden ganar más y hacerse más ricos. Nada de sentimentalismos; nada de caballos nobles que mueren en la plaza; nada de toros bravos que comen en la mano del vaquero; nada de huérfanos vestidos de negro... Publicidad de lo que se gana en la aviación; de lo que se gana cultivando la tierra por los sistemas nuevos; publicidad amplia de todos los que han llegado a millonarios desde la pobreza por los canales normales y dignos de la vida. Para contraste, lista de todos los toreros en el olvido y en la miseria. No es negocio y hay que decirlo.

Pero Mr. Down sonríe. Y añade:

—¿Le gusta a usted el procedimiento?

—Mucho.

—Yo no he inventado nada, sin embargo. Esto se emplea ya en los Estados Unidos con los ladrones. Se está haciendo en la prensa una publicidad muy inteligente en este sentido, con la que se explica que robar no es negocio. Aun suponiendo que el delito no llegue a castigarse, robar no es negocio. Esto se demuestra con cifras. Hay demasiados "gastos generales" y los balances de fin de año resultan desastrosos.

Existen, sin embargo, grandes ladrones que hacen grandes negocios.

—Estos ya no son ladrones; son negociantes. Yo me refiero

al ladrón gimnástico y acrobático.

—¿Cuánto ganan las grandes figuras de la pantalla, Mister Down?

—Mucho menos de lo que se dice.

—Por ejemplo...

—Por ejemplo, la décima parte de lo que se cree. Depende, sin embargo, del compañero o compañera que se le ofrezca en la película. Si a ella no le interesa él, particularmente, pedirá más dinero y exigirá que la escena final del crepúsculo sea lo más breve posible. En caso contrario, la artista suele mostrarse generosa, pero estropea intencionalmente toneladas de celuloide en la escena de la seducción.

—¿Sabe usted quién es el que más cobra de todos?

—Es un hombre...

—¿Se llama?

—No le conoce usted. No trabaja. Es el que más cobra... por dejar a su mujer que trabaje.

—¿Y ella es?

Mr. Down me señala un retrato. Aparece vestida con un traje de terciopelo negro, hermosísima. Un hombre a sus pies, vencido.

—Es "la mujer fatal" más famosa del mundo.

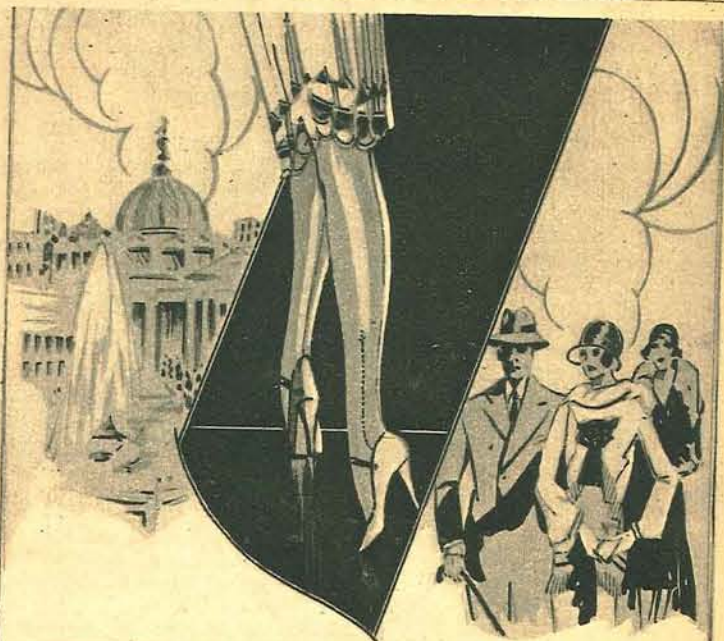
Cuando me despido de Mr. Down, todavía me habla de sus observaciones en las plazas de toros:

—Lo que me agradaba allí —exclama—era los buenos sentimientos del público hacia el toro. El público no tolera que le hagan sufrir demasiado al toro y arroja naranjas contra los toreros de a pie y de a caballo cuando éstos hieren demasiadas veces al animal. Si les arrojaran cosas más duras, su indignación sería absolutamente agradable; pero con naranjas nada más, me parece un poco hipócrita...

—Se tira lo que se tiene más a mano.

—Sí; pero podría organizarse una corporación—sería un buen negocio seguramente—que vendiese en las graderías naranjas de dos clases: la naranja-fruta para comer y la naranja-hierro para tirar. Entonces yo quedaría totalmente satisfecho.

En el Hotel Pennsylvania me espera una carta de Harold.



...“FAMOSAS POR SU CALIDAD...”

como por su elegancia,
duración y economía”.

Es el elogio máximo
para las Medias París.

He aquí algunos precios de las mismas:

Artículo 48 — De pura seda natural, con cuchilla calada y en colores de rigurosa moda ... \$ 5.20

Artículo 44 — En seda Nipón, con cuchilla calada, colores de moda \$ 4.20

Artículo 42 — En seda Nipón, con cuchilla calada, en colores de actualidad \$ 3.60

PARIS

MEDIAS DE CALIDAD
para señoras, caballeros y niños

Fabricantes:

N. MUÑOZ SAUCA y SALZMANN

Distribuidores al por mayor:
LOPEZ GOYA & Cia. — Alsina 1273, Buenos Aires
STAUDT & Cia. S.A.C. — B. de Irigoyen 330, Bs. As.



VENTA AL DETALLE:
En las principales casas del
ramo de toda la República.

Rodolfo Valentino, el famoso y malogrado astro de la pantalla, luciendo un pintoresco atavío de "toreador", "made in Hollywood"

—Si un torero no usa patillas, tampoco interesa...

—Naturalmente. Los toreros de antes usaban patillas. Los toreros españoles de ahora, no. Esto no importa. Los toreros norteamericanos, más tradicionalistas y más... toreros, las sigue usando.

Y Mr. Down se ríe. Y tiene razón.

—Mire usted—añade—cuando Valentino iba a impresionar "Sangre y Arena", se trajo de España todo lo que hacía falta. Y además vino un torero de verdad; no era el que mejor toreaba de todos los toreros, ni el más valiente, pero era el que mejor vestía de torero. Pues bien; no pudo ser. Aquel "Sangre y Arena" no tenía gracia.

Luego me dice:

—Peor es lo de los chinos. No he visto hombres más dulces. Y, sin embargo, "tienen" que ser bandidos casi todos, en Hollywood. Esto sí que es una pena; pero no puede ser de otra forma. O son bandidos o no hay China.

—“Por ella y por su patria”. Es un gran cartel. Soldado americano, con su pequeña jofaina en la cabeza, que muere entre barro y alambradas, estrujándose el corazón a través del uniforme; las bombas estallan en la litografía, que ofrece en un ángulo una nube blanca y en



El célebre galán, en la indumentaria más o menos caprichosa con que aparece en la película "El águila solitaria"

N la Quinta Avenida, número 485, formando ángulo con la calle 42. Uno de los ángulos más estrepitosos de Nueva York. Allí, un edificio de nueve pisos,

como un diente roto entre la larga y feroz dentadura que se alinea a sus lados. Un "building" dedicado al comercio del celuloide negro.

De arriba abajo, películas. No se habla sino de "producciones", de distribución, de exclusivas. Todas las grandes casas tienen allí su oficina y sus salas de prueba. Y allí huele a menta intensamente.

Los teléfonos, enlazados constantemente con los "estudios" de Hollywood. Los hombres de los ascensores, se han encerrado muchas veces en sus jaulas con Mary Pickford, con Bebe Daniels, con Gloria Swanson. Han estado tan cerca de ellas que saben cómo se perfuman.

Casi todas las mecanógrafas de este edificio son ya un poco otoñales. Las jóvenes, las frescas, se han marchado a Los Angeles, en busca de la gloria.

¿Quién va a seguir dando conciertos de "Underwood", pobremente, cuando en California se paga a las muchachas con el mejor oro por besar a los hombres más guapos del mundo?

Mi amigo Juan Sheffer me presenta a Mr. Down, "manager" general de una de las más fuertes compañías cinematográficas de la Unión.

—¿Qué opina usted—me dice—de la producción americana?

—Espléndida. Y sin embargo, las cintas de tema español o sudamericano tienen un ambiente completamente falso.

—El que hace falta. Es necesario agudizar lo pintoresco, teatralizarlo, para que interese. Nosotros hacemos una España más bonita, como hacemos un Japón que vale más que el Japón del día y unos Estados Unidos mucho más románticos que "esto".

—Pero no se puede ver tranquilamente a un torero paseándose por las calles con su traje de luces y la espada en la mano, como si tuviera que matar un toro en cada acera...

—¿Por qué no? Hay que ofrecer la España que se sueña. Si un español no es un hombre terriblemente celoso, no interesa. Si es rubio, tampoco.

SE ESTABILIZA
LA MODA NUEVA

Por EVA A. TINGEY

CUANDO hay cambios en la moda, es interesante observar cada media estación la medida de su vuelo, pues a veces los cambios apenas se notan y otras veces es tan grande el paso que sorprende. En este último caso hemos estado en las tres últimas estaciones. El largo de las faldas, la línea del talle y la silueta entera han variado mucho más que durante muchas estaciones anteriores. Hoy se puede gozar de cierta exclusividad en el vestir, imposible durante estos años pasados.

El sacudimiento de la guerra que desniveló y niveló a la vez las situaciones, si puede decirse así, trajo la "standardización" de los trajes, como de muchas otras cosas, igualándolos por su corte al menos. A medida que nos alejamos de esa época, el conjunto se vuelve más personal, más lujoso, menos práctico hasta cierto punto y, si el término se permite, menos comunista.

Hoy el traje de sport es el único lugar común y, con todo, es mucho más variado que anteriormente. A no ser para practicarlo decididamente, el sweater y falda se ven menos cada vez y los substituye un tipo de traje que se usa para la mañana, para viaje y para "tout aller", lo que llaman ustedes "todo andar", muy elegante y atrayente. Casi siempre consisten en chaquetas tres cuartos, que se usan sobre vestidos enteros en tweed. La línea de cuello es esencialmente sencilla en estas chaquetas, consistiendo en tiras que atan o variaciones sobre el corte, estilo cardigan. Este termina con un echarpe en lana o en seda, o una piel si la ocasión lo permite. A veces la parte superior del vestido es en jersey, haciendo juego o entonando con el tweed o tweed jersey del conjunto, con el cual se terminan los bordes del cuerpo. También se usan blusas en jersey fino o en seda chemisier blanca o en color, según la estación o la temperatura.

Las faldas son tableadas o con un poco de vuelo. En general son más largas hasta la parte ancha de la pantorrilla. Eso es un punto más personal y depende de la figura de cada cual. Una característica esencial, sin ninguna excepción, es que todas las faldas ajustan las caderas y las más nuevas hasta la mitad del muslo, saliendo desde allí en tabloncitos rectos bien planchados o tablas que por cierto aspecto triangular dejan adivinar que son cortadas al bies en la tela; o también se ven ligeros godets incrustados.

Con vestidos de lana se usan cinturones de cuero con hebillas modernas o en metal. Otras figuras quedarán mejor con cinturones anchos y sin cuerpos abultados, mientras que a otras les favorecerá un poco de ablusamiento y un cinturón angosto.

La moda de la tarde es suntuosa y elegante. El negro es siempre el color preferido en todas las telas: terciopelo chifon, paño, marocain, satén, crêpe de chine, etc.; le sigue el azul, desde el tono más claro hasta el más obscuro, el verde y el beige. La forma princesa, en vez de abrirse desde la cintura ajustada, sigue hasta más abajo. Otros modelos son ligeramente ablusados, sobre todo detrás, sobre un cinturón o una línea de cadera ajustada.

Las siluetas muy finas soportan mejor una línea más alargada entre el talle y las piernas, que las más llenas.

Los vestidos muy cortos ya están pasados de moda. Los modelos con agregados en chifon o en tul, permiten el arreglo y la modernización de los vestidos buenos de la estación anterior.

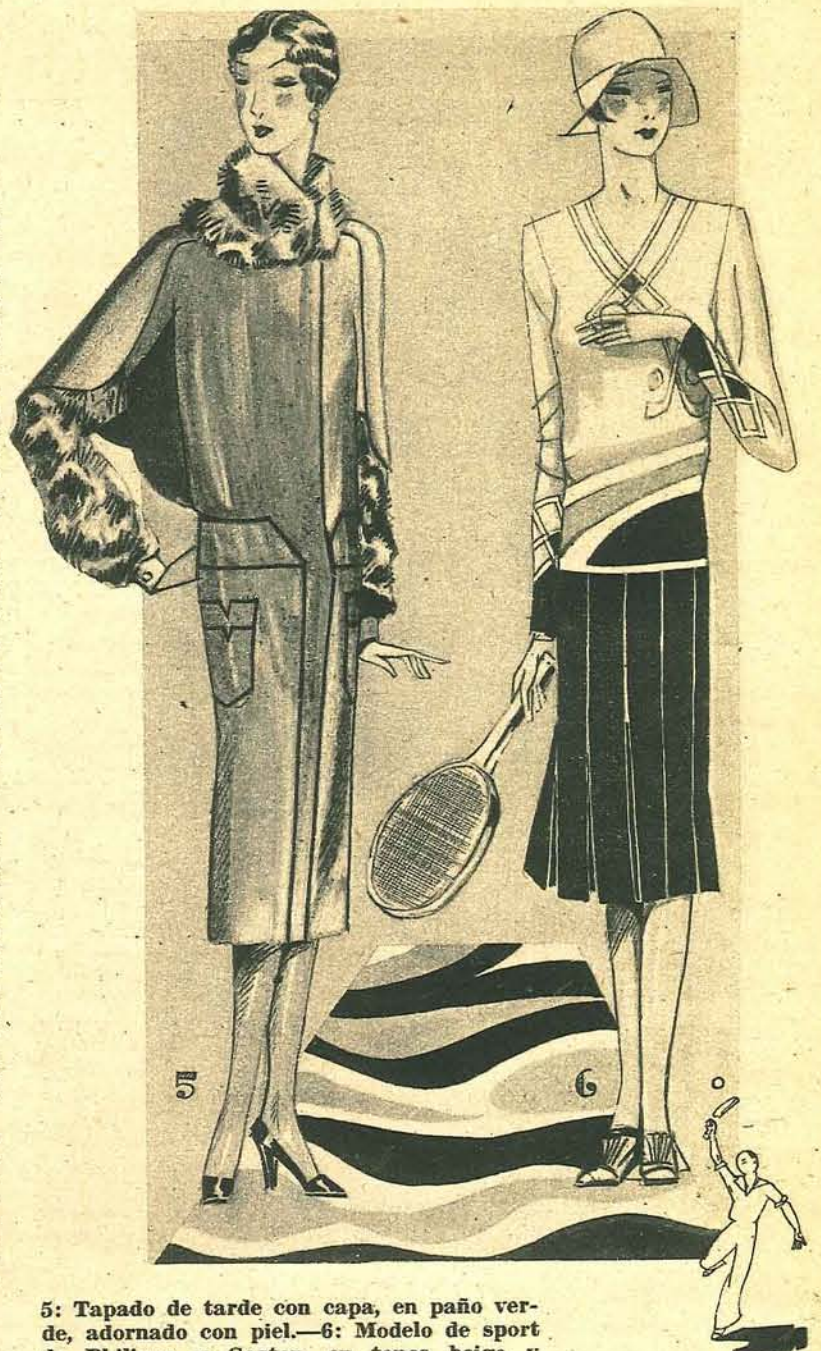
Se llevan muchos adornos en cristal o cristal y brillantes que son de mucho efecto, especialmente sobre el negro.

DIBUJOS DE
PIERRE FOSSEY

1: Modelo de Lelong, en satén negro, hebillas y collar en cristal.—2: Vestido de Molyneux, en georgette negro con volados plissés



3: Vestido de Nicole Groult.—4: Vestido de Lucile, en crêpe de Chine rojo y blanco



5: Tapado de tarde con capa, en paño verde, adornado con piel.—6: Modelo de sport de Philippe y Gaston, en tonos beige y naranja

ALGUNOS MODELOS ORIGINALES DE LANVIN

HE visitado el departamento de sport de Lanvin, que está enfrente de la casa principal. Había allí prácticos tapados de viaje o sport en cheviot diagonal con y sin piel. Esta era astrakán o cualquier otra piel chata. Otros modelos cuatro piezas con faldas a tabloncitos adelante, jumpers sin mangas, usados dentro o fuera de la falda, una chaqueta cardigan y un tapado largo.

Uno en verde tenía los bordes adornados con pastillas del mismo género del tamaño de una moneda chica, una al lado de la otra.

Casi todos los tapados tenían bordes trabajados, lo que les daba una nota muy individual. Algunos vestidos eran en seda de corbatas.

Un modelo en tweed con cinturón ajustado, abrochado de arriba abajo, tenía un tapado tres cuartos en la misma tela. Algunos de éstos tenían un cuello forma capucha, sin piel. Un conjunto con levitón, en tweed beige y marrón, de Meyer, tenía cuello de skungs, blusa sweater verde fuerte y falda de tweed. Los tapados de lluvia eran en pana a cuadros impermeable, con reverso en satén. La nueva blusa rusa de Lanvin es a cuadros rojos y blancos en fular, con traje negro estilo sastre. Muchos conjuntos con cardigan en jersey Angora de distintos tonos, con pliegues en los sacos.

EL PROBLEMA DEL BIEN VESTIR
RESUELTO POR EL BUEN GUSTO

Por MADAME HAVET

EL mundo femenino se divide en dos categorías: las que hacen un estudio con ciehzudo de la manera de vestir mejor, y las desprecupadas. Mi misión de directora de uno de los más grandes establecimientos de costura de París me obliga a preocuparme únicamente de las primeras.

El error en que se incurre con frecuencia, de la necesidad de poseer muchos recursos para vestirse bien, tiende a desaparecer en las personas que tienen ese arte y comprenden que sobre los medios de fortuna están las condiciones de gusto, equilibrio perfecto y discernimiento.

La indumentaria no es un lujo en sí; es una necesidad práctica; al elegir este objeto "práctico" de necesidad puede, ejercitando las condiciones antedichas y agregándole los accesorios y detalles más correctos, convertirse en un objeto de apariencia lujosa, a pesar de que no lo sea por su costo.

La norma de mi casa ha sido la sencillez y la feminidad. Mis cortes son sencillos; conservo la falda más corta para el día y larga para la noche. Si no se puede tener muchos

trajes cada estación, conviene limitarse a los tonos más conservadores: el negro y el blanco y sus combinaciones, el azul, el beige, disponiéndolos de manera de poderlos emplear solos o conjuntamente; los grises y las mezclas de colores sobrios, en lanas de fantasía. Si no se pudiera tener más que un vestido o un tapado, éste sería necesariamente negro, agregándole algún toque de color, que podrá variarse.

Para el verano el blanco es el color más práctico, así como el negro para invierno. Este año se usa mucho el blanco y el rojo.

Las nuevas características de mis modelos son la cola dividida en dos, el brazal, donde se coloca un pañuelo fino, y adornos aplicados haciendo juego con la tela del traje.

Estos nuevos brazaletes bordados se usan sobre la muñeca izquierda y tienen quince centímetros de ancho más o menos. El primero que creó esta casa era bordado en plata sobre blanco, haciendo juego con el vestido de lamé plateado. Su aceptación hizo que se adoptaran en todos los tonos, según el traje.

SENCILLA DECORACION MODERNA



"Living - room" con revestimiento de madera en nogal. Chimenea en mármol en tres tonos de gris, con mármol negro como coronamiento. La luz se proyecta sobre el cielorraso desde cuatro lámparas de hierro

HUMANISMO Y CIVILIZACION MATERIAL.

(Continuación de la pág. 3)

pectos, contra el progreso vertiginoso, que llega a demeritar a los individuos, contra el culto de la máquina, una minoría lúcida y obstinada busca, en el seno de los Estados Unidos actuales, inmediato contrarresto. La crítica virulenta de un Mencken, la crítica mesurada de un Waldo Frank, al destruir, al condenar, preparan el advenimiento del humanismo. Recordemos con qué acedia, desde su primer libro, "Nuestra América", Mr. Frank criticaba en su pueblo "la abstracta concepción del progreso", el poder de las máquinas "divinidades del mundo americano" que exigen sacrificios humanos, como el antiguo Moloch, la funesta intervención de "gigantes" como Gould, Rockefeller o Morgan, que dirigen las finanzas castizas con métodos y conciencia propios de la edad de piedra.

El humanismo aflora, la Universidad combate la "hibris" de los negocios, de que es reciente manifestación el "crack". En un libro que ha consagrado últimamente al movimiento humanista en los Estados Unidos el profesor francés M. Mercier, que enseña en la Universidad de Harvard, topamos con la revelación de tendencias destinadas a combatir un utilitarismo violento y a establecer armonía en el desarrollo tumultuoso de las energías norteamericanas. Se distingue ya y forma escuela un maestro autor de importantes libros, Mr. Irving Babbitt, quien ha defendido las humanidades, las letras clásicas, frente a la preocupación exclusiva de lo útil, y ha mostrado los peligros de lo que denomina el humanismo utilitario, a la manera de Bacon, y el humanismo sentimental según las predicciones de Rousseau. Para la democracia busca una élite, una clase capacitada para dirigir el necesario "leadership".

Durante la guerra Mr. Babbitt se derramó en expresiones de pesimismo. El hombre moderno aparecía ante sus ojos, en el conflicto, como animal estúpido movido por mortal frenesí. El antagonismo sangriento de las grandes naciones europeas ofrecía la mejor demostración a la tesis de que el progreso material de nada sirve si falta el progreso moral, y que ha sido vano empeño substituir a la civilización de base religiosa de la Edad Media una civilización con fundamentos laicos.

El humanismo de Mr. Babbitt se señala por su riqueza y su amplitud. Ajusta y coordina las más diversas experiencias humanas, la lección europea y el mensaje de Oriente. Pide inspiraciones al Damapada y a la filosofía de Laosé; en el budismo, y sobre todo en el confucionismo, verdadero humanismo del Asia, halla exqui-

sitas esencias y esas leyes necesarias de medida, de paz y de humildad a que conducen, en todos los continentes, las más altas especulaciones morales. Entre Asoka, el rey budista, y San Pablo establece paridad de intenciones, halla semejanzas entre Cristo y Platón y el justo medio aristotélico le dirige en sus disquisiciones.

Enriqueciendo el humanismo grecorromano que impera en Europa, se avicina el profesor norteamericano a modernos investigadores que, como M. René Grousset, especialista en historia y filosofía asiáticas, ambicionan ampliar la cultura actual y agregar al clasicismo entendido en sentido estrecho, formado por las exclusivas normas grecorromanas, inspiraciones derivadas de las culturas asiáticas agrupadas en torno a la fe búdica. A la formación de un humanismo más completo contribuyen las universidades norteamericanas, y si en la antigua Alejandría se asociaron la teúrgia, las voces del Oriente místico y la cultura grecorromana, concebimos que en una Alejandría norteamericana de las costas del Adriático se mariden el platonismo que encandiló a Emerson, la moral asiática y una filosofía de las ciencias y de las relaciones entre las diversas clases sociales que sea el coronamiento del admirable esfuerzo nacional en el laboratorio y en el taller.

SOBRE EL TRAJE POPULAR

(Continuación de la pág. 5)

dad, sino precisamente en la portentosa ilusión de vetustez, más aun de sin-edad que el pueblo da a cuanto adopta, aunque sea de ayer. Esta es su peculiar y genial ironía. Mientras las clases superiores acentúan la "novedad" de cuanto usan y hacen, cayendo siempre, más o menos, en una gesticulación de "parvenus", aunque, en verdad, no lo sean, el pueblo parece complacerse en lo contrario y da a su traje y a su canto y a su vocablo pátina de milenio y resonancias inmemoriales.

Ningún traje popular es autóctono ni eterno y, sin embargo, todos lo parecen. Esto es lo interesante, lo sugestivo. En esto revela, efectivamente, la clase inferior social de su potencia de estilo. La auténtica antigüedad de un objeto usado por ella y sólo por ella nos permitirá reconocer su fuerza de creación artística, personalísima, impregnadora de cuanto materia toca.

ARTE COLONIAL DEL BRASIL

(Continuación de la pág. 8)

miento. El trono de la Virgen se eleva en escalones abundantemente decorados, donde resalta la plata de los candelabros y reliquias. El coro es igualmente notable por su com-

posición, que armoniza con las capillas laterales, las balastradas y los siales de madera.

Cada retablo y cada imagen policroma nos hablan aquel lenguaje de expresión y realismo patético de donde han surgido los caracteres del barroco. Las guirnaladas, ángeles y volutas de los paramentos multiplican el movimiento de la talla pomposa para recreo y delectación de los sentidos.

La capilla del Sacramento, tal vez por su estilo, la última en la historia centenaria de la residencia, responde al gusto rococó más depurado y armonioso, cuyos detalles se repro-

ducen en las naves abiertas y en las galerías realmente aristocráticas, con adornos de carteles y medallones. Estos motivos también se advierten en la coronación de las puertas, situadas en las murallas laterales.

Diremos, para terminar, que el monasterio de Sao Bento fué transformado en abadía durante el siglo XVII. A esa época corresponde el período más floreciente de la Congregación benedictina, que posteriormente sufrió las alternativas del abandono y la pobreza. El gobierno imperial clausuró la escuela de novicios en 1854, con la po-

sible idea de expropiar los bienes del monasterio cuando los viejos monjes fallecieron.

La República otorgó plena libertad a las órdenes religiosas, y el abad fray Domingo de la Transfiguración obtuvo del Sumo Pontífice la venida de algunos frailes restauradores, que llegaron en 1895 bajo la superioridad del reverendo Gerardo Van Caloen, quien en 1903 inició los trabajos de reconstrucción y reforma. Dos años más tarde fué creada por el papado la prelacia de Rio Branco del Amazonas, cuyo título ostenta desde ese tiempo el abad de Sao Bento.

O 64, a \$ 35.— De última moda, este par de aros ganchos de oro 18 quilates, destaca sus perlas EVAX "Oeuf", engarzadas en adornos de brillantitos EVAX.

F 60, a \$ 48.— Delicada concepción artística. Caprichoso prendedor interpretado con brillantitos EVAX y zafiros calibré "a jour".

O 235, a \$ 26.— De mucha aceptación por la elegancia de sus líneas y lo perfecto de su terminación. Aros ganchos de oro con brillantitos EVAX y zafiros "a jour".

PERLAS EVAX

PRESENTAMOS...

en nuestro seleccionado surtido de alhajas los más originales modelos creados por MONTSENY y realizados por artífices de nota. La mujer "chic" encuentra en una joya artística y de buen gusto el más encantador de los obsequios.

SOMOS LOS ÚNICOS
CONCESIONARIOS DE
LAS PERLAS EVAX.

CENTRAL
CORRIENTES 789

Creaciones
Montseny

MAR DEL PLATA
SAN MARTIN 2334-46

Perlas
EVAX

SOLICITE CATALOGO, QUE
ENVIAMOS GRATIS AL
INTERIOR.

LAS "CREACIONES
MONTSENY" SOLAMENTE SE VENDEN EN
NUESTROS SALONES.

ANEXO
GALERIA GUEMES

A 250, a \$ 27.— Perla EVAX de oriente "uni foncé", zafiros "carré a jour" y brillantitos EVAX, en elegante modelo de anillo oro 18 quilates.

A 361, a \$ 40.— Distinguido anillo oro 18 quilates, de clásico estilo "encontre", con regia perla y brillante EVAX.

GENTE QUE VIVE Y DEJA VIVIR

Por IRVIN S. COBB

"LA ARGENTINA ES EL PAIS DONDE LOS RICOS SON MAS RICOS Y LOS POBRES MAS FELICES QUE EN NINGUN OTRO LUGAR DEL MUNDO"

PASAR de Chile a la Argentina, viene a ser más o menos lo mismo que saltar de California del Sur a Nebraska Occidental, por la ruta del Gran Cañón, la Royal Gorge o el Yellowstone Park, etc. Ninguna otra extensión topográfica del planeta ha de tener seguramente par, en cuanto al conjunto de contrastes escénicos y cambios abruptos tanto climáticos como altitudinales, en la extensión que salva el ferrocarril desde el momento de abandonar Santiago una mañana y arribar a Buenos Aires al día siguiente por la tarde.

Llegamos tan colmados de toda suerte de emociones, que durante varios días, apenas si logramos realizar algunas débiles tentativas totalmente ineficaces de descripción de lo que acabamos de ver en un viaje tan extraordinario.

Una visión especial destaca-se de las memorias de ese mi viaje por la ruta americana. Nos topamos con ella justamente después de haber cruzado a una altura de once mil pies aquel paso montañoso y a medida que nos aproximábamos a ese curioso y simétrico puente natural llamado Puente del Inca.

A mi izquierda, el pináculo dentado de una montaña árida y puntiaguda elevábase hasta el límite de las nieves eternas. Justamente debajo de su cima nevada destacábase un corte triangular del mismo verde deslumbrante y abrigado que se advierte en el cuello de un pato salvaje; más abajo, una segunda franja, debida a un capricho del tinte mineral, asemejábese por su tono y por su forma a una enorme piel de pantera leonada.

Atravesando la Pampa—

A la mañana siguiente, una vez levantado, al asomarme por la ventanilla no pude menos que sufrir un brusco sobresalto. La transición de la montaña a la llanura, habíase produ-



El novelista norteamericano Irvin S. Cobb, ganador de varias carreras automovilísticas en Indianápolis, y a quien la temeridad de los motoristas porteños ocasionó más de un sobresalto

cido durante el sueño; pero a mí, al despertar, me pareció que todo había sucedido en una forma por demás repentina. Atravesábamos ahora la famosa "pampa", ese enorme terrado que se extiende en pendiente y hacia el Este desde la Cordillera de los Andes hasta el mar.

Falanges de alegres gauchos, equivalentes argentinos de nuestros cow-boys, deberían de hecho, haber aparecido galopando de aquí para allá, a través de las altas matas, enarbolando sus boleadoras para lanzarlas a los cuerpos del ganado semisalvaje y detenerse a cortos intervalos para llevar a cabo sus pintorescos y sangrientos duelos a cuchillo. Eso era por lo menos, lo que esperaba contemplar de acuerdo con las lecturas de mi juventud que aun conservo en la memoria.

He aquí, en cambio, lo que contemplé: caminos barrocos corriendo en línea recta y cruzándose en ángulos agudos, tal como sucede en nuestras propias llanuras; tapias de material, cercos bardados, bosquecillos plantados al azar; en las estaciones, elevadores de granos de techos gal-

LA ARGENTINA VISTA POR UN ESCRITOR NORTEAMERICANO

EN su número de enero, la revista "Cosmopolitan", de Nueva York, ha insertado un artículo en que su colaborador el popular novelista Mr. Irvin S. Cobb—quien nos visitó no hace muchos meses—refiere sus impresiones de turista. El "descubrimiento de la Argentina", por Mr. Cobb, no carece de interés, ni tampoco de rasgos pintorescos, circunstancias que nos inducen a ofrecer a los lectores de LA NACION una versión del mismo.

vanizados y rústicos abrevaderos de madera para el ganado; entre ellas, vastos y hermosos campos de trigo, praderas extensas lindamente cultivadas y dilatándose hasta el horizonte, donde pastaban cabezas de ganado vacuno de raza; de cuando en cuando largos y estrechos pantanos, semejantes a los del centro occidental de nuestro país, de los cuales, ante nuestra ruidosa proximidad, se elevaban enormes bandadas de aves acuáticas.

El traje característico del hijo del país, cuidador de ganado, es el mismo uniforme de los granjeros de Minnesota y de Kansas, con la misma correa de cuero, garantizable contra roturas, descosidas y botones que se saltan; nadie llevaba daga; por lo menos a la vista. Estuve a punto de creer que alguien se acercaría a la puerta del vagón para anunciarme que la próxima parada sería Grand Island.

Tan sólo la visión casual de un avestruz sudamericano corriendo por los caminos escarpados, y de una hueste rosada de flamencos levantando su vuelo desde la laguna adonde van en procura de alimento, prestaba a la escena un toque de exotismo que era lo único que distinguía estos variados, pero chatos e insípidos panoramas, de los panoramas que son tan cansadoramente familiares para cualquiera que haya hecho el viaje desde el Misisipi hacia las Montañas Rocallosas o viceversa. Entre nosotros nos preguntábamos: si el interior de la Argentina era así, ¿a qué se asemejaría Buenos Aires a nuestra llegada? ¿A la ciudad de Kansas, o a Omaha?

En Buenos Aires—

Mas he aquí que Buenos Aires no tenía en lo menor el aspecto de la ciudad corriente del Corn Belt. Si algo tenía, era aspecto parisien. Efectivamente, en muchos detalles revelábase a la observación más o menos superficial como una urbe parisina.

Este es uno de los más notables ejemplos que nos ofrece el mundo, de cómo una ciudad que se ha levantado gracias al esfuerzo puro del hombre sobre terrenos absolutamente desprovistos de interés y de romanticismo, puede, merced a discreción y buen gusto, convertirse en una hermosa ciudad dotada de un encanto individual y de una personalidad exclusivamente propia.

En cierto aspecto, Buenos Aires me ha hecho recordar notablemente a Nueva York. No me refiero a lo físico; físicamente no se parecen en lo más mínimo. Me refiero a la costumbre de emplear constantemente superlativos para expresar las proporciones o la importancia de tal o cual rasgo sobresaliente. Tal y tal cosa es la mayor del mundo o la mejor del hemisferio.

Hay un puerto, mejor dicho una sucesión de puertos, donde se abarrotan en tal forma los buques provenientes de los siete mares del mundo, que el que no es marino no puede menos que sorprenderse pensando cómo puede un barco penetrar en esta rada o volver a salir una vez dentro. El barrio comercial no tiene rival en la América del Sur, y por su elegancia puede competir con el de Nueva York, de Londres o París. El trazado de sus calles, avenidas, plazas, paseos, campos de deportes y parques adyacentes; el Jardín Zoológico y el Botánico;

sus galerías de cuadros y sus museos, etc., llaman la atención por su grandiosidad, su belleza y su refinamiento.

Hay un cementerio, situado justamente en el centro de la ciudad y que constituye una de las curiosidades de la misma, donde se han derrochado fortunas en tumbas, monumentos, capillas y mausoleos, en mármoles negros y blancos, en obeliscos y sepulcros conmemorativos.

Algo sobre los argentinos—

Ofrecen fisonomía enteramente cosmopolita que se hace más fácilmente comprensible cuando se llega a saber que menos del cincuenta por ciento de los residentes son de ascendencia española. La población italiana constituye una proporción enorme de los habitantes; los alemanes forman otro grupo grande y hay menos mezcla de sangre británica.

Una persona de la sociedad en este país, no es nada provinciana. Ha recorrido por lo menos todos los países de Europa y conoce lo mejor de allí. Por regla general, no ha visitado nuestra nación, pero hay que tener en cuenta que somos en comparación, muy pocos los que conocemos su tierra. De modo, pues, que la base de su cultura está adaptada a la europea; recurre a Francia en procura de modas y a Italia, principalmente, para sus nociones artísticas.

Rasgos y tipos de la ciudad—

Se dice que en Buenos Aires es posible vivir decentemente y mejor con menos gasto o con el mismo presupuesto que en cualquiera de las grandes ciudades, de éste o del otro lado del Atlántico. Por lo que he podido ver en los mercados y tiendas de los barrios más pobres, y de los más ricos, juzgo que ello debe ser verdad. La co-

mida, una comida buena, fresca y alimenticia es asombrosamente barata en los suburbios y no muy cara en los principales restaurantes. Pero si se desea lo más refinado y lo más lujoso habrá que pagarlo carísimo.

Las últimas novedades de la moda francesa, es decir, esas novedades costosas tan apreciadas por las mujeres, llegan a esta parte de la América del Sur medio año antes que al este de los Estados Unidos, y eso es debido a que las estaciones están invertidas y las próximas modas veraniegas son enviadas desde París a las damas sudamericanas al tiempo que sus hermanas de los Estados Unidos usan todavía las creaciones del actual invierno.

El mejor punto para observar el desfile de la moda es desde esa angosta calle del barrio céntrico, llamada sencillamente Florida. Desde la media tarde hasta la hora del crepúsculo una sección de esta suntuosísima arteria queda cerrada al tráfico de vehículos; es el momento en que los jóvenes acompañados de una muchacha de su relación aprovechan para pasear por esa calle.

Casi sin excepción, estos paseantes van bien vestidos; muchos, espléndidamente. Es una multitud amable, decente y tranquila.

Permitaseme intercalar aquí un detalle de observación: casi todos los sudamericanos son más moderados, saben dominarse más y se conducen con más seriedad en público que nosotros. Poseen una circunspección innata y digna de confianza, considerada fuera de lugar por quien se ha criado en la idea falsa de que el temperamento latino es invariablemente voluble, ligero y efusivo. Esta reserva característica se destaca especialmente en la población de Buenos Aires.

Existen "bares" ubicados a corta distancia unos de otros, a lo largo de la calle Florida, bastante bien concurridos, pero donde no se suele ver ebrios. Nuestros primos sudamericanos viven bajo una extraña ilusión. Ignoran que la borrachera es el objetivo más importante y el fin principal de la bebida.

St. MORITZ
ENGADIN 1850 M. S. M. SUIZA

PRINCIPALES HOTELES
KULM HOTELS
GRAND HOTEL
SUVRETTA
PALACE
CARLTON

GOLF 18 Y 9 AGUJEROS
CAMPEONATOS DE GOLF
Cuatro torneos internacionales de tenis

Carreteras accesibles a los automóviles

Haced que los niños se limpien los dientes y haréis algo importante para su salud.

El dentífrico de confianza es

DENS en la Capital
\$ 1.25

Sabe a menta dulce. No raya el más tierno esmalte.

PERFUMERÍA GAL
Madrid - Buenos Aires.

Contando con las nuevas normas éticas del prohibicionismo, podríamos enseñarles mucho...

Creí que la calle Florida constituía un campo propicio de conquistas para los ociosos hijos de ricos, esos jóvenes disipados que con tanta frecuencia se encuentran en la rue de la Paix y en los elegantes "dancing" de Montmartre, que en estos lugares han dejado fama de libertinaje y de extravagancia desenfrenada; pero en mis andanzas no hallé sino un ejemplar típico, y debo declarar a su favor que constituía una brillante variedad digna de premio.

En el campo—

Salimos de la ciudad para visitar uno de esos establecimientos, la estancia San Juan, un duplicado en miniatura de los establecimientos típicamente antiguos. Nos dijeron que era un modelo en pequeño; pero a mí me hizo el efecto de que era lo bastante extenso y completísimo en todos sus detalles.

Una vez adentro, recorrimos millas por caminos bien cuidados; pasamos cerca de canchas de polo, galpones para animales y una pista particular para caballos de carrera; inspeccionamos la hacienda, entre la cual vimos padrillos premiados y toros campeones hasta hartarnos; echamos una ojeada a las diferentes casas y la capilla; vimos un espléndido parque interior; un lago artificial y una vasta laguna ornamental; invernáculos y jardines; cotos de caza; enormes bosques plantados; un pueblo entero formado por las viviendas de los trabajadores; y después de todo ello, persistieron en decirnos que ésta no era realmente una estancia de trabajo, sino sencillamente una demostración práctica de lo que ellas son en realidad. El argentino tiene, ciertamente, ideas un tanto grandiosas y liberales.

No es de extrañar, pues habita un país grande y libre y eso significa serlo literal y figuradamente hablando. Las leyes de su patria son tolerantes para los inmigrantes de todos los credos y de la mayoría de las razas, y la actitud de sus habitantes está admirablemente de acuerdo con el espíritu de dichas leyes.

Reflexiones sobre el prejuicio antinorteamericano—

El prejuicio antinorteamericano que se manifiesta aquí dondequiera no es de carácter religioso, sino político, y se basa en una desconfianza hacia la conducta histórica de los Estados Unidos para con los países hispanoamericanos. Desconfianza fomentada deliberadamente por un sector de la prensa local. Antiguamente existía otra razón, felizmente desarraigada en la actualidad.

Un distinguido miembro del Senado argentino, caballero de cultura cosmopolita y amplia experiencia política, me decía: "Hasta 1914, sus compatriotas, generalmente hablando, casi ignoraban y desdénaban este mercado comercial. Lo más importante de nuestras importaciones provenía de Europa, especialmente de Alemania, Gran Bretaña y Francia. Vino luego el trastorno de la guerra, que cerró esas fuentes donde acostumbrábamos surtirnos, y casi podría decirse en contra de su voluntad, sus industriales y manufactureros empezaron forzosamente a invadir estos países.

"Fuimos invadidos por una verdadera horda de agentes vendedores que se precipitaron sobre nosotros provenientes de los Estados Unidos. En su gran mayoría ignoraban nuestras características raciales y nuestra idiosincrasia. Muy pocos hablaban castellano y menos aun comprendían el carácter latino. Su principal objeto era vender la mayor cantidad posible de mercadería en el menor tiempo posible.



"Algunos de ellos parecían no profesar la idea de que practicar la amabilidad es una parte esencial de la tarea del vendedor. Algunos no tenían escrúpulos, o para ser más caritativo, eran negligentes y dejaron mala impresión.

"Las condiciones mejoraron al cabo; hoy día las casas norteamericanas están representadas por distinguidos caballeros y directores residentes aquí, como usted lo habrá advertido durante sus visitas al Club Norteamericano. Nuestro pueblo sabe ahora que la palabra de esos hombres es digna de su confianza y que los artículos le hacen crédito.

"¿Cuál es el resultado? Desde la guerra el volumen de nuestro comercio con los países europeos efectivamente ha aumentado; pero el de nuestros negocios con los Estados Unidos de América ha crecido considerablemente y proporcionalmente sigue desarrollándose día a día. El industrial norteamericano, deseoso de estudiar nuestras necesidades y de adaptarse a nuestros principios comerciales, puede estar seguro de contar con interés por sus mercaderías, de lograr buena acogida para sus vendedores y tiene la perspectiva de robustecer ventajosas relaciones mutuas.

El auge deportivo—

Instantes después, este mismo caballero me hacía estas otras observaciones significativas:

"Desde hace relativamente pocos años nos hemos convertido en un pueblo entusiasta por los deportes, lo que, de cualquier modo, ha sido una ventaja para nosotros. Cuando yo era muchacho apenas si sabíamos lo que eran los deportes al aire libre. El mejor placer del jovenzuelo lo constituía la disipación, no tanto en materia de bebidas, como en conquistas amorosas. Concedíamos demasiadas energías y la mayor parte de nuestras preocupaciones a la parte sexual de la vida. Física y moralmente aquello era pernicioso para la salud.

"Actualmente cada escuela de la ciudad o del campo tiene su campo atlético y se han formado "teams" de football, de cricket, de carrera, etc., y clases de gimnasia en casi todas las ciudades importantes o secundarias. Nuestro pueblo ha aprendido a jugar y a jugar fuerte y, lo que es mejor, a propinar zurras cuando ha sido justamente zurrado. El efecto benéfico de este último punto sobre nuestra fisonomía política ha sido incalculable.

La evolución política—

"Lenta y penosamente hemos tenido que ir gradualmente produciendo un tipo de gobernante dispuesto a trabajar, anónimamente si fuera necesario, en bien de la prosperidad pública. Era difícil extirpar a los que, fuera o no el momento oportuno, estaban prontos para apoderarse del gobierno y de la situación. Los hombres de Estado dispuestos a pasar des-

La Avenida de Mayo, según el ilustrador norteamericano del presente artículo

apercibidos eran raros al principio entre nosotros; en cambio, los autopropagandistas y los aprovechadores de la cosa pública tenían una actuación destacada.

"Las ávidas ambiciones personales de unos cuantos han tenido la culpa en el pasado de la mayor parte de nuestras desventuras políticas.

"Comenzamos, pues, jugando partidos. Poco a poco fuimos aprendiendo a comprender, a apreciar y también a aceptar la disciplina racional, que es una de las mejores consecuencias de la competencia en los deportes. Como acabo de decir, comenzamos aquí en América del Sur a aprender la lección más importante, a saber: que aceptar de buen grado una derrota inferida con justicia; atenerse a la decisión del "referee", y proseguir la lucha para conseguir mejor resultado en el período siguiente, todo eso constituye la verdadera esencia del deportismo.

"Afirmo que la consolidación entre nosotros de un republicanism sólido y el afianzamiento de nuestras instituciones federales y provinciales son en buena parte consecuencia del reciente desarrollo de los instintos deportivos entre las masas de esta parte del Continente. En resumen, como lo dicen ustedes los norteamericanos, hemos aprendido finalmente en esta generación a saber jugar."

Un deporte singular—

Creo, por lo pronto, que mi buen y sabio amigo el senador tiene razón en lo que me dice; pero ha olvidado indicar especialmente un deporte propio de los conductores de "taxi" latinoamericanos: la caza de peatones.

En mi ignorancia, creía yo saber algo de lo que es conducir a gran velocidad. Entre mis amigos íntimos es un secreto a voces que bajo el nombre profesional de Dare-devil-Dugan solía ganarme todas las carreras de velocidad de Indianápolis y que también por pura diversión imitaba las proezas de Tom Mix y de Bill Hart.

Más aun, he viajado como pasajero en los "taxis" de Chicago, Los Angeles, San Francisco, París y otras ciudades donde las reglas de tráfico son, como diré, tan solo bosquejo e impresionismo. De manera que el lector diría, como decía yo, que mi voluntad de hierro estaría a prueba de pánicos y que mi fortaleza frente al peligro tendría el temple del acero. ¡Hum! Lo que viene ahora prueba lo equivocados que hubiéramos estado los dos.

De mis acostumbradas andanzas en automóvil por entre los innumerables peligros del tráfico de Buenos Aires, regresaba en un estado de semiposición, durante el cual no dejaba de murmurar delirante las mil veces repetidas palabras "despacio", que es la traducción castellana de "slowly". ¡Cuánto me alegré de haber

sabido esa palabra; creo que hasta me ayudó a salvar la vida.

Como buen patriota, ansioso de ver sobresalir nuestro nombre en el extranjero, debo declarar lo siguiente, aunque me repugne hacerlo: a todos los conductores de automóviles de la costa este de la América latina se les debería aconsejar que adquiriesen nuestros vehículos, pero que no los manejaran.

Apenas un conductor latinoamericano toma posesión del volante, parece perder todo dominio sobre la parte más débil de su naturaleza. Le encanta iniciar la marcha a toda velocidad.

El automovilismo y sus excesos—

El "chauffeur" a quien me confié para un paseo de placer por las avenidas de la ciudad, la tarde de mi llegada, ha de haber sido hermano gemelo de aquél. Pertenecía a la escuela de los que se fían exclusivamente del freno para la conservación de sus vidas. Al penetrar por entre el tráfico con los frenos chirriando y con toda aquella profusión de ruidos agudos y desagradables debajo de los pies, tuve la sensación de estar viajando en una jaula portátil de pájaros y animales, y entre aquel cúmulo de emociones contradictorias recordé los versos del poeta en forma de paráfrasis ajustada a las necesidades de la ocasión:

"Brake, brake, brake on these cold gray stones, oh gee! And I would that my tongue could utter the thoughts that arise [in me.]"

(Frena, frena, frena sobre estas piedras frías y grisáceas, caballito!—Quisiera que mi lengua pronunciara los pensamientos que brotan en mí.)

Todo era automóviles a mi alrededor. Me parecieron millones de millones que huían rápidamente de un lado a otro con la misma alegría libre y bulliciosa de una bandada de peces o golondrinas; ora relampagueando de derecha a izquierda; ora volviendo de izquierda a derecha; ora persiguiendo a un miembro de la clase inferior (es decir, a los peatones) hasta lo alto de un árbol de sombra; ora "afeitando" a su paso los botones del vestido de una dama o los guardabarros de un coche particular; ora girando en una curva cerrada sobre dos ruedas. En resumen, diré que los conductores de los demás coches se conducían en la misma forma que el que guiaba el mío.

Todo lo que pude observar fué que la única regla que go-

bierna aquel pasatiempo es que cuando un peatón consigue traspasar el cordón de la acera y llegar sano y salvo hasta la opuesta, se le considera fuera de los límites del juego y no puede volver a entrar hasta que alguien no lo obligue con un empujón.

Transpuestos ya los confines del municipio, el "chauffeur" prosigue su juego emocionante, empeñado en obligar al extremo superior de nuestra espina dorsal a que atravesase nuestro cráneo. Nada, ni el temor de un obstáculo por formidable que sea, refrena su entusiasmo por esta diversión.

La vida nocturna porteña—

Hace veinticinco años solía gozar con la palpitante vida nocturna de Paducah, pero cuando en la edad madura gusté de la de París y de la de Viena, me pareció un tanto insulsa y desprovista de interés. En cuanto a Berlín, estuve allí en 1913, inmediatamente después que el Kaiser decretara que sus dignos súbditos deberían pasar las veladas en sus hogares, seguramente con objeto de observar mejor el tráfico de turistas; como buenos y obedientes súbditos, todos acataron el mandato de Su Alteza. Por lo menos trataron de hacerlo; pero, francamente, no advertí el resultado feliz de semejante esfuerzo.

Es difícil ser alegre y jovial a reglamento; sobre todo lo es para los alemanes. Sin ningún rodeo, me veo obligado a opinar lo mismo de la vida nocturna de Buenos Aires. En primer lugar, estábamos allí en tiempo inoportuno para ver gente por las calles, y en segundo lugar, los argentinos conservan en proporción considerable las ideas españolas de que después de anochecer el mejor lugar para la esposa y la hija es su hogar; de ahí que las damas de las mejores familias no concurren a los lugares públicos de diversión.

Como observador consciente y aficionado a estudiar las costumbres y las modalidades de las demás razas, me pasé una noche entera haciendo penosos esfuerzos por sondear las fuentes verdaderas y las inspiraciones subterráneas de la vida nocturna argentina. Mas al regresar, al alba, a mi habitación del hotel, abrigaba firmemente la melancólica convicción de que después de los cincuenta años no conviene llevar a efecto una pesquisa sobre diversiones. Todo lo que me faltaba para sentirme una ruina imponente era que me cubriese alguna hiedra.



¡Qué Desilusión!

Cuando él ya creía que iba a oír el ansiado "sí", ella se fijó, con no poco disgusto, en el descuido que mostraba en el vestir su enamorado pretendiente.

LAS LIGAS PARIS

(No hay Contacto de Metal con la Piel)

hubieran rendido ese corazón.

Mantienen las medias cómodamente ajustadas, signo inequívoco de pulcritud y buen gusto. Y no tienen rival por lo cómodas y durables. Las LIGAS PARIS son las elegidas por el hombre bien vestido en el mundo entero.

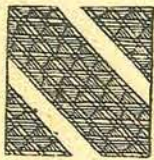
Fabricantes: A. STEIN & COMPANY
Chicago, U. S. A. — New York, U. S. A.

Concesionario: Paulino Barrio - Talcahuano, 177, Bs. As.

MUJERES CRIOLLAS

POR

B. GONZALEZ ARRILI



O quedó en pie un solo muro de la población de Cangallo, incendiada por las tropas realistas para castigar la rebel-

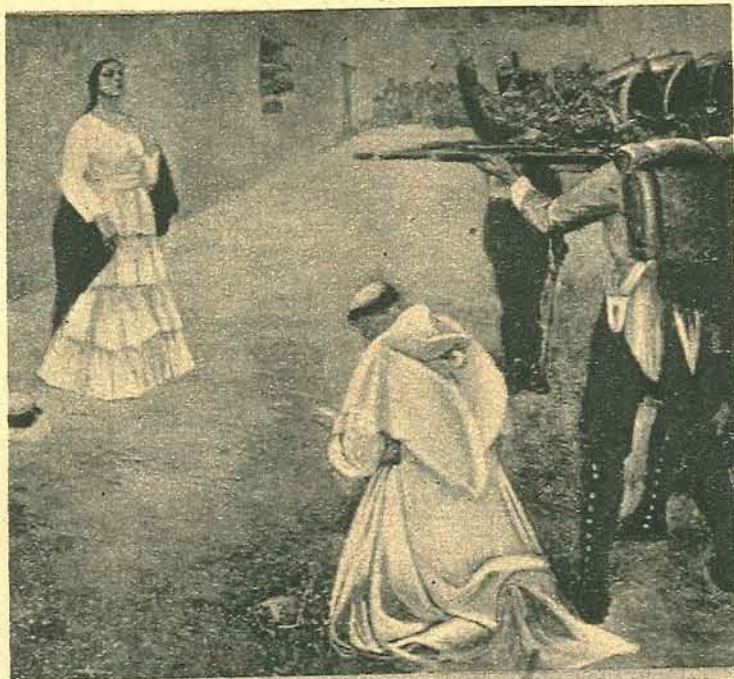
dia de sus moradores. Estos se "alzaron" en grupo heroico. Criollos e indios fraternizaron en una "partida". La encabezaba D. Cayetano Quirós. Se les llamaba "Los montoneros de Cangallo" y así pasaron a la historia de América, fórmula de heroicidad. La montonera iba, venía, desaparecía entre las sierras para descolgarse, inesperada y audaz, sobre los valles. Las tropas realistas, autoras de la hazaña de Cangallo, acampaban en Huamanga, al mando de Carratalá, jefe tonante como su apellido. Los "insurgentes" de Quirós no se conformaban con sorprender y batir las tropas regulares que se aventuraban por los rincones serranos. Llegaban, en su audacia, a buscarlos hasta las cercanías de su cuartel, y cuando salían, procurando sorprender a su vez, los montoneros se dispersaban con una oportunidad que hacía ridículas todas las previsiones de los militares estrategas. Los hombres de Cangallo desaparecían "como por encanto" para reaparecer en sorprendente ocasión. La burla exasperaba al carrasposo de Carratalá y le obligaba a multiplicar la expedición de sus habituales "sapos y culebras".

Los montoneros de Cangallo le quitaban el sueño y sus órdenes se repetían con abundancia igual a la de sus maldiciones.

Un día los realistas dispersaron a los montoneros en Quicamachay y se apoderaron de unos despojos. Entre ellos, una chaqueta de piel de "carnero" que los indios usan para defenderse del frío de la Puna, y que llaman "Chamarra" (zamarra). En uno de sus bolsos hallaron una carta que decía:

"Huamanga, 26 de marzo de 1822. — Idolatrado Mariano: mañana marcha la fuerza de esta ciudad a tomar la que existe allí y a otras personas que defienden la causa de la libertad. Avisale al jefe de esa fuerza, señor Quirós, y trata tú de huir inmediatamente a Huancavelica, donde nuestras primas las Negrete, porque si te sucediera alguna desgracia, que Dios no lo permita, sería un dolor para tu familia y en especial para tu esposa que te adora, María".

¿Quién es María, vecina de Huamanga, esposa de un "idolatrado" Mariano, con primas de apellido Negrete que habitan en Huancavelica? Pronto se la encuentra. Es una buena mujer que vive en casa fronteriza a la del Deán de la Catedral. Llámase doña María Parrado de Bellido (1). Ten-



drá unos sesenta años de edad, de estatura mediana, metida en carnes, no mal parecida. Había casado a los quince años con Mariano Bellido, de quien hubo siete hijos, dos de ellos varones. El mayor, Tomás, formaba, junto con su padre, en la montonera de Quirós desde el incendio de Cangallo y de Paras, donde los Bellido tuvieron propiedades, casas, mulas, maíz... (2).

Rezaba doña María Bellido, acompañada de sus cinco hijas mujeres y los esclavos de la casa, cuando se llenó su sala de soldados. Eran las ocho de la noche. La calle, en penumbras, poblada ahora de voces, de ruido de armas y de pisadas, se hizo más oscura y temible. A poco, sacaron a la buena mujer a empujones, entre bayonetas. A las hijas no parecieron hacerles caso en los primeros momentos, y huyeron. Una, la mayor, Gregoria, supuso mucho después que escapó por el techo y se asiló en la capilla de Belén, cuyo sacristán era compadre de doña María. Allí, la Gregoria, durante el día debía ocultarse detrás de un gran cuadro de la Virgen, y de noche, dormir en un rincón de la casa del sacristán. Las otras hermanas encontraron refugio en el Convento de Santa Teresa, escondiéndose tanto de los soldados de Carratalá como de la Madre Superiora, furiosa realista...

Al Cuartel General fué conducida la Bellido. Carratalá en persona la interrogó, insultante, amenazando tormentos, mutilaciones, muertes... Doña María parecía una mujer débil, pero era de bronce. No respondía. Miraba al cielo. Se le prometió salvar la vida del esposo y del hijo insurgentes, para cuando cayeran en poder de los realistas, si confesaba quiénes eran sus cómplices, quiénes le escribían sus comunicaciones, quiénes las llevaban al "enemigo". "No sé nada", respondía. La encerraron en un calabozo oscuro, chiquito. Para respirar era necesario poner la cara junto a la tupida reja. Volvieron a preguntarle ella a responder "no sé nada", firme y mansa, resignada a todos los suplicios y a la muerte. Resuélvese entonces someterla a un Consejo de Guerra, a un terrible Consejo, presidido por el mismo Ca-

Fusilamiento de la heroína de Huamanga, María Parrado de Bellido (27 de marzo de 1822) en la Plaza de Armas de la ciudad de Ayacucho

(Cuadro al óleo de Consuelo Cisneros)

rratalá enfurecido. Deliberan sobre lo ya deliberado y la sentencian a la última pena "viendo la obstinada repulsa de aquella incontestable mujer", dicen, en el sonoro estilo de la época. A doña María pareció no conmoverle la noticia. Pero se conmovió la sociedad toda de Huamanga. El Cabildo eclesiástico en pleno, la Comunidad Mercedaria, el Seminario Conciliar de San Cristóbal, las mejores familias, realistas probadas todas, piden por aquella mujer magnífica. Dicen en sus peticiones que la Bellido "no es una insurgente común", que ha procedido así por amor, por su amor de esposa y de madre... Eso no conmueve ni interesa a Carratalá. ¿Sensibilidades de mujeres y de gente de sotana!

Una mañana—comenzaba el otoño—se llenan las calles de Ayacucho de tropas y de vecinos. A las 9 sacan a doña María de la cárcel. "Viste traje de olán, blanco con pintas negras, el clásico rebozo de las hijas del país, de color pardo, y el infaltable sombrero de paja"... Va apenas pálida, y camina a buen paso, con el fraile José de Aiguada, su confesor, al lado. La rodean soldados, con las armas listas. Dan una vuelta a la plaza, recorren las principales calles y se detienen entre la plazuela y el templo del Arco. En cada bocacalle un oficial lee en voz alta la sentencia. El pueblo la escucha con silencioso espanto. ¿Cuántos "insurgentes" brotaron de aquel pueblo que llenaba las calles de Ayacucho! Frente a Santo Domingo, en el atrio, se arrodilla la Bellido para orar. Seguramente pide por la vida de su esposo y de su hijo; seguramente recomienda a Dios las cinco hijas desamparadas de su amor. Los oficiales creen que aquella circunstancia es propicia, suponen un desfallecimiento que no existe, y entonces le preguntan:

—¿Quién escribió la carta?
—Yo la escribí...—responde ella.

—¿Mentira! Si tú no sabes escribir...

—¿Y cómo no has podido escribir después?... ¡Ni firmar!

—No he querido.

—Escribe ahora...

Doña María no respondió. No pronunció palabras para ser oídas por humanos. ¿Para qué? Los otros continuaron:

—¿Te obstinas?

—¿No quieres confesar?...
—¡Buena, pues, adelante!...

Y todos caminaron hacia el banquillo. Ella llega por sus

LA HEROINA DE HUAMANGA

pies, serena, engrandeciéndose a cada instante, hasta el lugar designado. No le vendan los ojos ni le atan las manos. Ella dejó su sombrero de paja en el suelo, a un lado. Y estaba tranquila, hermosa, rejuvenecida. ¿Sesenta años tenía la Bellido? Aquella mañana no era sino una mujer de treinta, treinta años bellísimos y lozanos...

Se oyó un tambor. Un pelotón de soldados se puso frente a ella.

—¡Preparen!... ¡Apunten!... El oficial, la espada en alto, se adelantó:

—Por última vez, responde, di, ¿quién es tu cómplice?...

Todos temblaron. Ella abre un poco el rebozo, sobre el pecho, antes de contestar, segura, con voz clara y fuerte:

—Nadie. No he venido aquí a delatar sino a morir.

Creció su hermosura en aquel momento. Alzó la cara y puso sus ojos en el cielo. La mano izquierda a la altura del corazón, seguía abriendo el rebozo, dejando el pecho limpio a las balas. ¿Sesenta años tenía aquella mujer americana?... No parecieron ni treinta. No se vió en Ayacucho morir una mujer más joven ni más hermosa.

Dos balas le rompieron el cráneo. El pecho le quedó limpio, el corazón intacto. Cayó blandamente. El oficial que mandaba el pelotón—se llamaba Chirinos—le dió el "tiro de gracia" sobre una oreja.

Vestido el cadáver con el hábito de los mercedarios, se le condujo al templo de La Merced. Lo quiso así la comunidad, para hacer la "exhibición de precepto" respecto a los ajusticiados. Por la noche lo sepultaron en la capilla de Chiquinquira.

Se dijo que un cura realista, el P. Lázón, "instigó en el sentido de soliviantar la indiana de los barrios altos para que arrastraran e incineraran los restos". Los patriotas lo

evitaron, substrayendo el cuerpo de la iglesia de La Merced y llevándolo a la capilla antedicha.

Los montoneros de Cangallo fueron desbaratados poco tiempo después. Cárcelieron de los oportunos avisos de doña María. Su heroico jefe, Quirós, fusilado en Ica. Mariano Bellido logró librarse de persecuciones refugiándose en Viscapalca. "Pasado el peligro—dice el historiador citado anteriormente—volvió a casarse con una señorita de apellido Melgar, que le dió otros siete hijos, y cuéntase que llegó a ser propietario de siete haciendas"... El idolatrado Mariano!... Su hijo Tomás escapó también, pero enfermo de paludismo hubo de recluirse en un hospital de Lima. Allí le dieron la noticia del fusilamiento de su madre. La conmoción fué tan grande que le saltó el corazón, como el engranaje de un juguete, y murió.

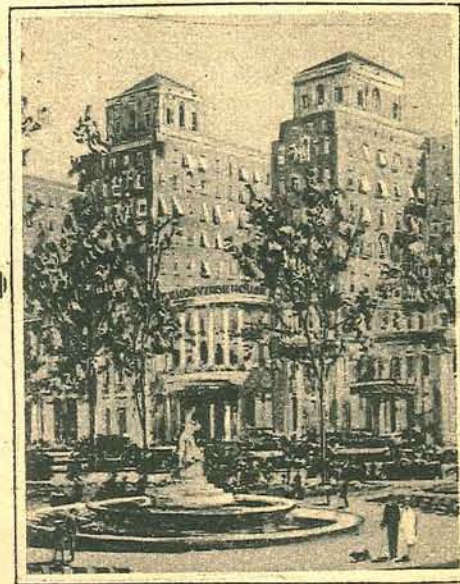
La Bellido, una de las mujeres heroicas con que se diviniza la historia de América, hízose figura eterna en el alma del Perú. Ciento dos años después de su muerte—en 1924—se alzó su estatua en el mismo lugar del fusilamiento, y a la antigua plaza del Arco se le rebautizó con su nombre.

Al verla allí todavía se escuchan sus magníficas palabras:

—Nadie es mi cómplice. Yo no he venido aquí a delatar sino a morir.
¡Criolla cabal!

(1) Vulgarmente se le llama Parrado, pero se ha comprobado que era Parrado; dícese también María Andrea y este segundo nombre era de una hermana.

(2) Datos que da D. Germán Leguía y Martínez en su obra póstuma e inédita "Historia del Protectorado de San Martín en el Perú" y de la cual ha publicado solamente algunos fragmentos su hijo, Jorge Guillermo Leguía, brillante continuador de su obra.



EL MEJOR Y MÁS MODERNO HOTEL EN LONDRES, INGLATERRA

Grosvenor House es el único Hotel en Park Lane. De al Hyde Park, el más regio de los Parques. Esta situado en Mayfair, el centro de la vida social, a poca distancia de Piccadilly y de los Teatros.

Confort supremo - Tarifa equitativa - Toda comodidad moderna Posición admirable

500 Dormitorios, cada uno con su cuarto de baño; agua corriente helada para beber y con entradas separadas.

50 DEPARTAMENTOS. RESTAURANT. GRILL ROOM. SALONES PARA BANQUETES.

El mejor Salon en Londres para patinar a hielo. Oficina St. Phalle para las cotizaciones de la Bolsa Americana.

GROSVENOR HOUSE

EL ÚNICO HOTEL EN PARK LANE

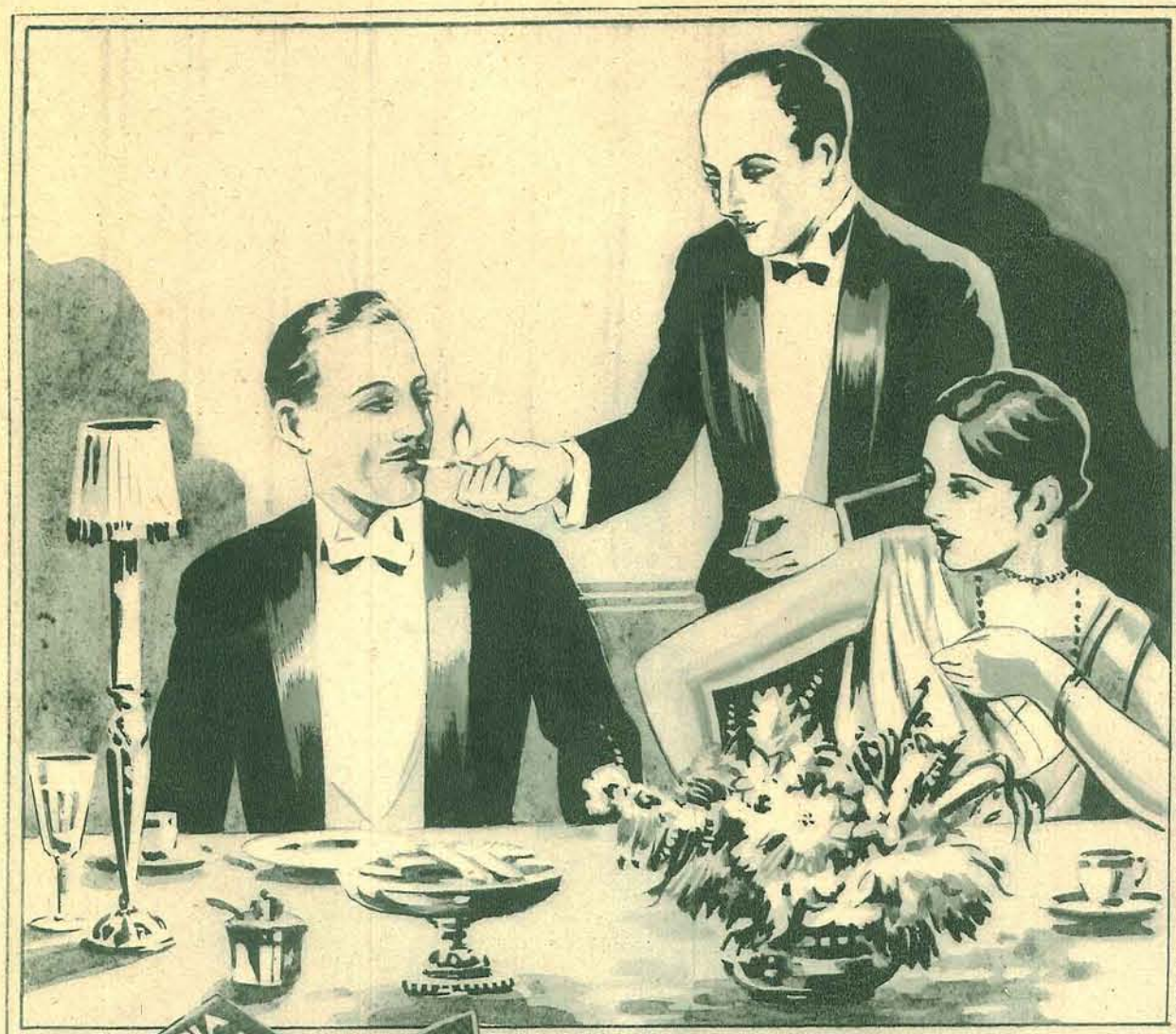
Telegrams Grosvenor's Audley Londres.

Combata su debilidad general
con Kola Cardinette

El tónico ideal para hombres, mujeres y niños, universalmente recetado. Su sabor es sumamente exquisito.

Kola Cardinette
Tonifica y Sustenta.

The Palisade Mfg. Co. — Yonkers, New York, E. U. A.



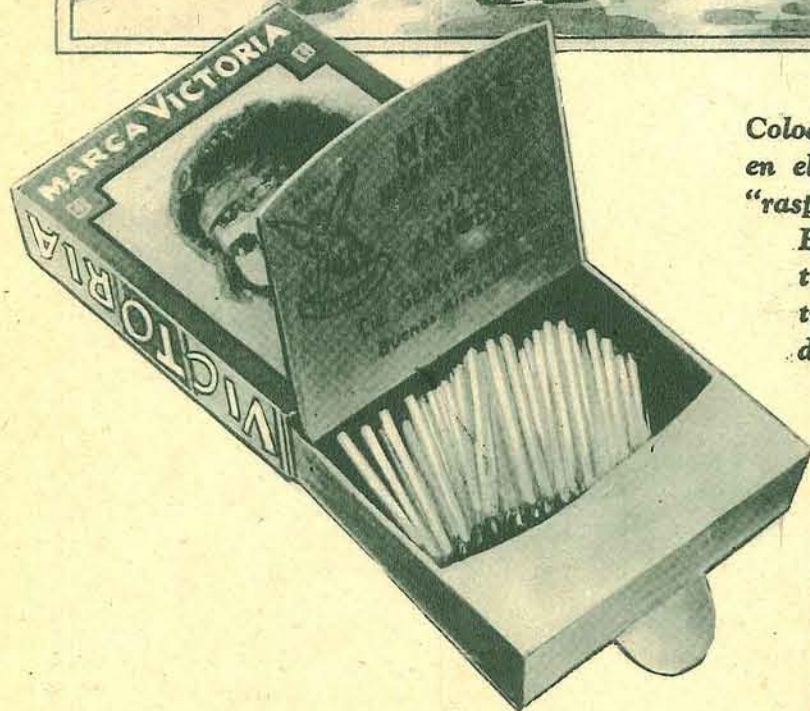
VICTORIA-

*El Fósforo de Lujo
consagrado por gene-
raciones de fumadores.*

Los cuarenta fósforos, contenidos en su estuche elegante y sin propaganda, sirven para encender fuego cuarenta veces: no hay desperdicio.

No saltan sus cabecitas, ni existe el peligro de quemarse los dedos o la ropa, y mantienen su fuego aún frente a la brisa más fuerte.

Son los predilectos, en dondequiera haya personas de distinción y buen gusto.



*Coloque sus fósforos
en el bolsillo con la
"raspa" hacia arriba.
Eso le facilitará su ex-
tracción, sin
dañar el forro
de aquél.*



-FLAMMA-

*100 Fósforos
por 5 centavos...*

No existen similares. Son los fósforos de calidad por excelencia para la cocina. Millares de dueñas de casa los adoptaron.

Son los más económicos y resistentes de cuantos fósforos existen para el hogar.

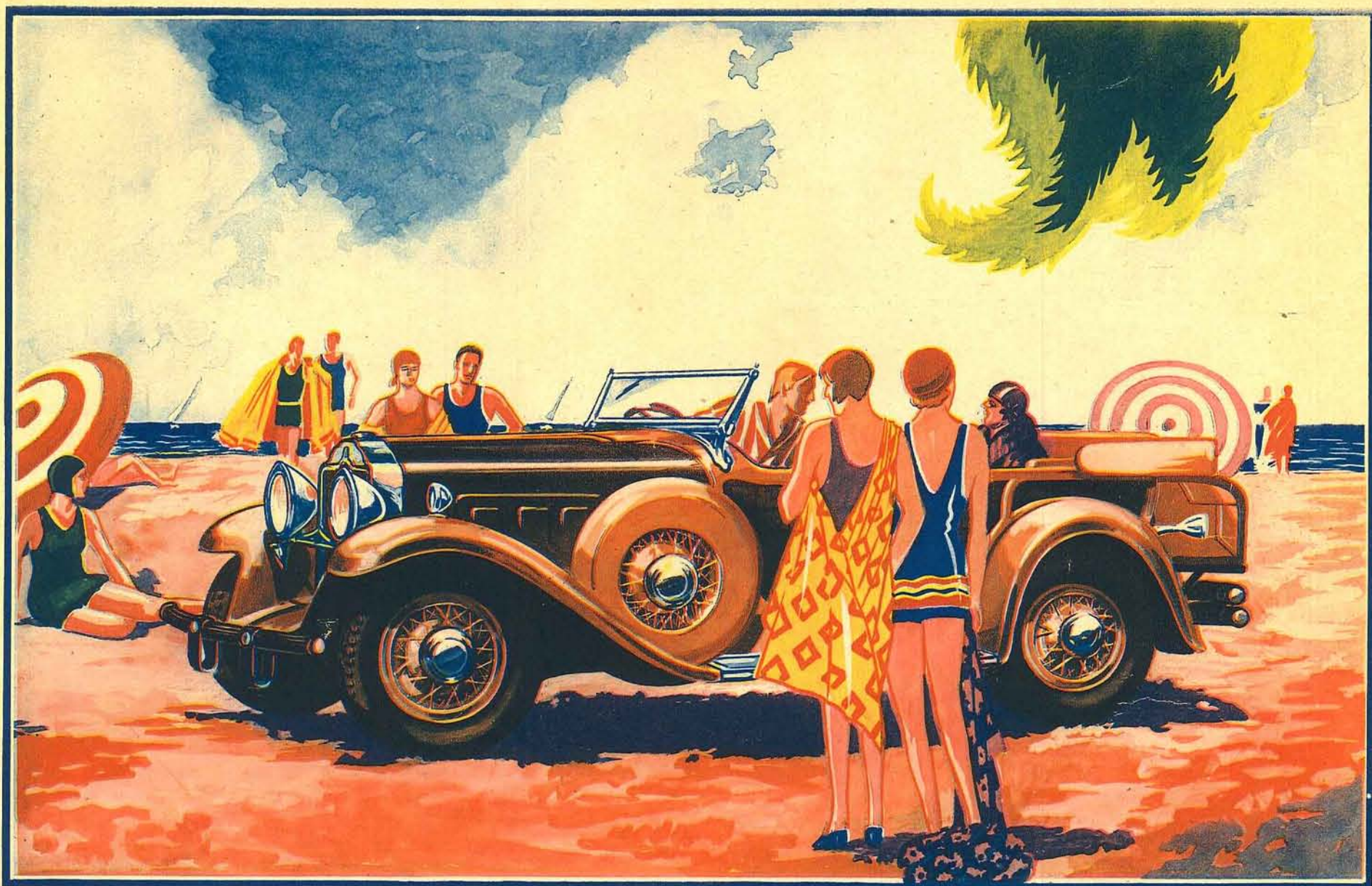
Ensáyelos. Los almacenes y cigarre-rías los venden.



COMPAÑIA GENERAL DE FOSFOROS SUDAMERICANA

LIMA 239

BUENOS AIRES



Un automóvil modelo.

Así se califica al Nuevo Willys-Knight Gran Seis, desde que fué expuesto al público. Es que este coche moderno, cuya marca es ya sinónimo de prestigio, tiene algo más que su apariencia suntuosa. Todos y cada uno de sus resortes mecánicos, responden a un control absolutamente preciso y digno de la ingeniería técnica de Willys Knight.

Reconocidas sus grandes dotes de eficiencia y de confort, por su famoso motor patentado, y por sus espa-

ciosos interiores tapizados lujosamente; impuesta la originalidad de su inconfundible silueta y admirado su artístico diseño, se explica el éxito rotundo que obtuvieron desde su presentación, constituyendo hoy el complemento de las personas de buen gusto.

Si Vd. necesita un automóvil, hónrenos con su visita y tendremos mucho gusto en facilitarle una práctica demostración del Nuevo Willys Knight Gran Seis, cuyo valor real es superior al actual precio de venta.



Willys-Knight

HAMPTON, WATSON & Cía. - CERRITO 702 - AVENIDA ALVEAR 3466 - BUENOS AIRES